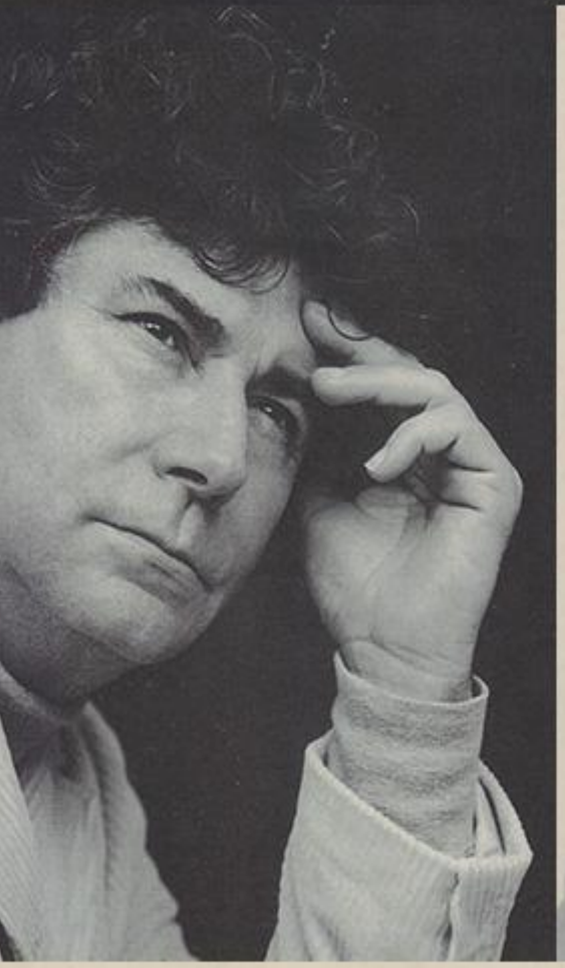
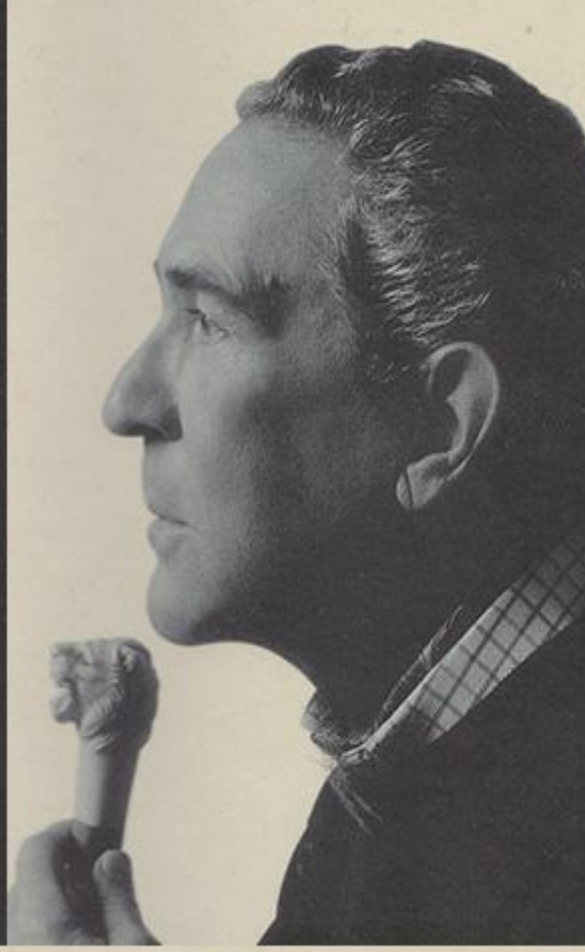
JESÚS
QUINTERO

ANTONIO
GALA

EN

TRECE NOCHES







Introducción

La televisión era una mina abandonada y saqueada. La televisión era la palabra que más se pronunciaba y el tótem de mayor culto. Se leían menos periódicos y revistas que en los años treinta. El pueblo vivía en permanente zapping. Nada ni nadie existía si no salía en la caja tonta. Ser era ser visto y la televisión estaba para ser visto, para salir. Los mercaderes y los políticos aprovechaban el medio más poderoso de todos los tiempos para vender su mercancía. La basura, el morbo, la frivolidad, la violencia, el sexo y el sentimentalismo barato y de lágrima fácil se habían convertido en el único reclamo para atraer a la audiencia, a la que se halagaba alimentando sus más bajos instintos. Todos buscaban una primacía absurda, porque además no había primicia. Todos buscaban el gran caso que les permitiera montar un juicio paralelo cada noche en sus programas. Todos buscaban la gran exclusiva que hiciera reventar los audímetros y les supusiera el mayor pelotazo de su vida. Pero, mientras tanto, se dedicaban a copiarse, a repetir los mismos argumentos con los mismos inevitables personajes, cada vez peor y con menos gracia. La televisión estaba llena de bufones millonarios. Los informativos perdían rigor y credibilidad y pasaban a formar parte del espectáculo. Los debates eran gallineros en los que se imponían el guirigay, el grito, el golpe de efectos, las bromas de mal gusto, las descalificaciones, los insultos, y la más elemental falta de ética y de respeto. No había ideología ni ideas ni reflexión ni opinión. Todo era fuego de artificio, pirotecnia, vacío intelectual y moral. Los platos estaban llenos de un público mercenario, que se emocionaba, aplaudía, lloraba o reía a una orden del regidor. Nada era espontáneo ni verdadero ni auténtico. Se hacía una programación para bobos que no entendían nada mínimamente profundo ni tenían otra inquietud en la vida que las desgracias de los culebrones y los cotilleos de la prensa rosa. Si el pueblo supiera lo que realmente piensan de él los que programan las televisiones públicas y privadas, probablemente habría otra guerra civil. España entera era una portería. La televisión pasaba de la cultura como de algo aburrido y que no le interesaba a nadie. En su circo no había lugar para los sabios, los filósofos, los intelectuales, los líderes de opinión, los creadores, los poetas, los hombres y mujeres que de verdad tenían cosas interesantes que decir e historias que contar. En la patria de Cervantes, de Picasso, de Federico García Lorca y de Juan

Ramón Jiménez los reyes de la audiencia eran las Veneno, los padres Apeles, los Chiquito de la Calzada y los Lequio de turno. La noticia más importante de la década era que la becaria Mónica Lewinsky había aprobado el examen oral en el despacho oval. Las portadas y los espacios de prime time estaban reservadas a las estrellas de la Liga de las Estrellas, a las diosas de las pasarelas y a los más famosos de entre los guapos, ricos y famosos. En este desolador panorama, en este apocalipsis de la verdadera comunicación, tuve la idea y el placer, hace años, de grabar una serie de televisión con el escritor Antonio Gala. Se trataba de «Trece noches», un programa que se emitió en Andalucía, con el que pretendíamos reivindicar la palabra, el diálogo, el pensamiento, la sabiduría, frente a la basura que inunda los medios.

Una mesa, una luz azul, dos hombres, la noche y la palabra eran los únicos elementos con los que se quería atraer la atención del espectador inteligente y sensible, cansado de la televisión fecal. Durante trece noches, Antonio Gala y yo dialogamos, en profundidad, sin prisas, sobre trece temas de ahora y de siempre: el amor, el sentido de la vida, el paso del tiempo, la soledad, la muerte, la guerra y la paz, la religión, la política, el dinero, España y los españoles, los mitos, los paraísos, el arte y la cultura. El resultado, en mi opinión, es un documento único, imprescindible para conocer de cerca y a fondo a uno de los más brillantes intelectuales del siglo XX: Antonio Gala, dramaturgo, poeta, novelista, un hombre culto, valiente, ameno y profundo, dotado de un envidiable poder de comunicación. Con «Trece noches» quería alejarme de mi etapa de malditismo y marginalidad. Después de haber profundizado en anteriores programas, como «El perro verde» y «Qué sabe nadie», en la locura, las situaciones límite, lo excepcional y lo raro, en definitiva, ahora necesitaba enfrentarme a la sabiduría y al conocimiento, en un intento revolucionario de regresar al principio, al verbo, de rescatar la palabra de esa maraña de imágenes, casi siempre frívola y engañosa, en la que está atrapada, para devolverle su auténtico protagonismo. La serie se grabó en Sevilla. Antonio Gala llegó con su secretario, se instaló en un pequeño apartamento de la judería sevillana y se concentró en el trabajo. Fue quizá lo primero que me llamó la atención: su seriedad profesional, el rigor que se exige a sí mismo y, en consecuencia, exige a los demás. Aunque le sobran recursos e ingenio

para salir brillantemente de cualquier trance, se preparaba cada encuentro como si fuese a pasar un examen. La idea del programa no era hacer trece entrevistas, a un personaje, sobre trece asuntos, sino dialogar con un maestro de la palabra, con un hombre sabio, sobre trece temas, en el sentido casi platónico del término diálogo. Gala era, de algún modo, Sócrates, y yo un alumno que preguntaba con la curiosidad de quien busca respuesta. Sin embargo, no siempre estábamos de acuerdo. El discípulo, a veces, salía respondón y rebelde, con lo que el choque, el enfrentamiento, la esgrima dialéctica se hacían inevitables. Durante las trece noches procuré que Antonio Gala no se perdiera en las estrellas, que hablara al nivel del hombre, con los pies en la tierra, y siempre que podía intentaba desequilibrarlo y bajarlo a la cruda realidad, con preguntas desconcertantes, irónicas e incluso impertinentes. En cada programa procuraba introducir cuestiones personales, porque no sólo me interesaba la visión teórica de Gala sobre cada tema, sino también, y sobre todo, su experiencia humana, su visión directa y su reflexión práctica. Como buen dramaturgo, Antonio Gala conoce a la perfección todos los recursos del teatro, y los emplea como un actor magistral. Confieso que, por momentos, me hacía dudar de la sinceridad de su discurso. No sabía si lo que me estaba diciendo lo sentía de verdad o sólo lo interpretaba magistralmente. El diálogo discurría, a veces, ceremoniosamente, remansándose en bellos y profundos parlamentos. Otras, por el contrario, era un chispeante toca y daca, un continuo intercambio de preguntas, como una ráfaga de metralleta. Antonio Gala es una de las personalidades más carismática de este país, aunque no tenga una opinión muy favorable del carisma: «Cuando escucho carisma, se me pone la carne de gallisna», me dijo una noche que hablábamos de la política. Pese a ello, él es un personaje carismático que llega a todo tipo de públicos. La prueba es que en un país, como el nuestro, en el que pocos leen, Antonio Gala es un escritor del que todo el mundo ha oído hablar y al que todo el mundo ha oído hablar alguna vez, supongo que con fascinación. Una de las virtudes que más me impresionan de Gala es su valentía, su independencia y libertad de pensamiento, esa disposición a jugársela, si hace falta, por defender sus verdades en voz alta. Otra de sus cualidades es su don de comunicación. Siempre me han fascinado los oradores, los maestros de

la elocuencia. No creo exagerar si afirmo que Antonio Gala es, para mi gusto, el más brillante hablador de estos tiempos, aunque sé que es mucho más que un orador. Él es, en directo, mejor que cualquiera de sus libros. Después de casi treinta horas de charla ante una cámara y muchas más en privado, creo que conozco un poco a Gala. Hemos convivido y lo he visto de cerca. He sufrido sus caprichos, su divismo —no siempre amable—, su mala uva cuando las cosas no son como él espera o desea y los picotazos de su afilada lengua. A veces, es como un niño, puede ser duro y arrogante. Tiene carácter y lo manifiesta. Pese a sus manías, estoy convencido de que Antonio Gala es mucho mejor al natural. Aunque no es un hombre fácil, gana cuando se le trata de cerca. En sus apariciones en público suele dar la imagen que de él se espera: brillante, poético, casi rozando lo sublime… Pero Antonio Gala es todo eso y mucho más. Es tierno, divertido, socarrón, ingenuo como un niño a veces, desconfiado, profundo, superficial, ingenioso… Como Oscar Wilde, es un creador de frases para la posteridad, que con frecuencia se pierden sin que nadie las recoja. Gala acuñó célebres expresiones, como «contra Franco vivíamos mejor» o «el oro del becerro», que luego se han hecho populares. Este libro, sin ir más lejos, está lleno de frases rotundas y de golpes geniales. Cuando le pregunto, por ejemplo, que qué mundo le gustaría dejarle a sus hijos, Antonio Gala me responde: «Hombre, a mí me gustaría, sobre todo, dejarle algunos hijos al mundo». Cuando le pregunto si habla solo, me contesta: «En España, muchas veces, hablar solo es la única manera de tener una conversación coherente». A la pregunta: ¿cree usted en un amor para toda la vida?, responde: «Para toda la vida de los demás, sí; para toda la vida mía, no». Cuando le digo: usted estuvo una vez en la frontera de la muerte, ¿no?, exclama: «¿En la frontera?… ¡Estuve en San Juan de Luz, como mínimo!». A propósito de la muerte, recuerdo un día que paseábamos por Buenos Aires Antonio y yo. En un momento dado, saqué el tema de Andalucía y de lo mal que trata a sus mejores hijos. Desde Blanco White a Cernuda cuántos andaluces habían tenido que abandonar su tierra, huyendo del desprecio. Le decía a Gala que en Andalucía la gente sólo era solidaria con los muertos, en los entierros. A lo que Antonio me contestó: «Sí, pero a los entierros van para comprobar si el muerto se ha muerto de verdad. No se engañe usted, amigo Quintero». Podría citar

miles de ejemplos más de la agudeza y de la rapidez mental de Gala, pero prefiero que cada lector los descubra por sí mismo. En «Trece noches» Antonio Gala aparece tal cual, al natural, fiel a su imagen, pero enriqueciéndola con perfiles menos conocidos, que lo humanizan más si cabe y lo acercan al lector. El libro, al igual que la serie de la que procede, ofrece la oportunidad de pasar trece veladas con Antonio Gala, en amena y siempre provechosa tertulia. Gala tiene la virtud de hablar como si le hablase a una sola oreja, de hacer que quien lo escucha sienta que le habla a él. En «Trece noches» esa sensación es aún más fuerte, puesto que siempre se pretendió tener presente al espectador, a nuestros «semejantes», como a Gala le gustaba decir al referirse al público, a la audiencia. Creo, por tanto, que el principal atractivo de este libro es que nos permite conocer directamente, de primera mano, a un personaje singular que reflexiona, desde el conocimiento y la experiencia, sobre algunos temas sobre los que todos hemos reflexionado alguna vez. Un personaje que no sólo dice cosas hermosas y verdaderas, sino que se implica y se retrata a sí mismo a través de sus opiniones, anécdotas y recuerdos. En «Trece noches» está el mejor Antonio Gala, ese Antonio Gala del que ya dije que gana cuando se le trata de cerca, cuando uno se aproxima a su área de fuego y la atraviesa para calentarse.

—¿Usted se deja acariciar?

—Depende.

—¿De qué?

—¿Qué está usted insinuando en este instante?

—Nada malo. ¿De qué depende?

—Depende del momento, de la ocasión, de la mano… No se crea usted. Yo estoy cada vez más propenso a la caricia.

—Yo le veía arisco.

—Tengo fama de arisco, tengo fama de distante. Pero es que, verdaderamente, al distante hay que aproximarse para que esté menos distante. Hay un área de fuego, que tiene cada ser humano, y hay que

atravesarla, para calentarse en ella, para quemarse si es preciso. En «Trece noches» Antonio Gala nos permite que nos aproximemos a él, sin reserva, como amigos que charlan animadamente en la mesa de un café de lo divino y de lo humano, mientras pasa la noche. Palabras previas de Antonio Gala Me he resistido a autorizar la publicación de este libro un poco más de lo posible. Tenía razones que a mí me parecieron de peso; pero a mí solo, por lo visto. Se trata de unos diálogos mantenidos de forma oral para televisión. Es decir, el último aseo y corrección de la frase queda fuera de lugar, porque lo escrito se fragua en un mundo distinto de lo coloquial, incluso en el campo del teatro, en el que lo coloquial es el producto de una reflexión intencionada y anterior y hasta va acompañado por las acotaciones. Y, en segundo lugar, se trata de unos diálogos en que las expresiones, no ya verbales sino físicas y hasta faciales, tienen verdadero protagonismo. Se me antojaba —y se me antoja— que, al ser leídos en lugar de al ser vistos, pierden buena parte de su mordiente y de su gancho.

Dos impulsos me movieron a acceder a su impresión: primero, el de la editorial, que coincidía con Jesús Quintero, partidarios los dos de hacer público en libro algo que, más o menos, consideraban valioso y significativo. Segundo, el mío, al considerar que también el teatro se publica y tiene buen número de lectores que, en ocasiones, prefieren leerlo a verlo representado. De ahí que solicite, de quien se adentre en este libro, que supla, no sólo con su magnanimidad sino también con su intensa colaboración, las carencias que en este sentido pueda descubrir. Yo no he querido volver sobre lo dicho, precisamente para que la vuelta no me ratificara en mi postura tan contraria a la imprenta. En cuanto al modo con que Quintero y yo abordamos y cumplimos el proyecto, es él mejor que yo quien lo conoce. Estuvimos de acuerdo desde el primer momento, prescindiendo de combates, casi deportivos, posteriores. La elección de temas fue hecha por consenso. La diversión, en el alfo sentido germinal del término, que supuso para ambos fue evidente: lo pasamos muy bien grabando, en una Sevilla que celebraba su Semana Santa durante gran parte de la grabación. Creo que vivimos, mientras duró, en exclusiva para ella: nos absorbió y nos llenó la vida unos pocos días. Contamos con un equipo generoso y entusiasta, que nos jaleaba cada tarde en el estudio y fuera de él. La empresa llevó consigo una

recompensa no pequeña: la de adentrarme en el complicado engranaje de Quintero, que conocía de contactos anteriores más cortos y tangenciales. Su seriedad para preparar y realizar su trabajo; su estudiada sencillez; las pausas que tan nerviosos suelen poner a sus entrevistados; la improvisación mucho más cuidada de lo que puede imaginarse; la absoluta fe en la dirección a seguir, una vez definida… Todo eso lo ofreció a mis ojos como un profesional en lo suyo igualable con mucha dificultad. Lo cual me ratificó en mi opinión de que no triunfa en ningún ámbito el que quiere sino el que se lo merece: con su trabajo, con su experiencia y con su entrega. Supuso un gozo y un aprendizaje enfrentarse, aunque sólo fuese dialéctica y corporalmente, con Jesús Quintero. A él le agradezco aún tal oportunidad. Y que sepan, los que se introduzcan en esta catarineta, que a ellos va muy en especial dedicado lo mío que haya en ella. Sobre todo a quienes, contemplados en su hora los programas de televisión, los grabaron y los cedieron y se recrearon o se recrean en ellos todavía. Uno no anda tan sobrado de campos donde sembrar como para desperdiciar o menospreciar los que se le oferten de una manera tan fraternal, tan bien dispuesta y tan sencilla. Con la misma donación de mí que puse cuando nacieron estas cintas, pongo ahora su texto, descarnado ya, entre las manos de quienes a él se acerquen. Gracias de todo corazón por ello.

ANTONIO GALA

A MODO DE RETRATO IMPRESIONISTA

J. Q.—¿Quiere hablarme de Antonio Gala como si fuera su peor enemigo?

A. G.—Yo no creo tener muchos enemigos y, desde luego, no hablo mal de ellos. Pero si tuviese que hablar mal de mí, diría que soy petulante, que soy distante y que soy populista. No es verdad, pero lo diría.

—¿Cuáles son sus pasiones?

—Para desgracia mía, mis pasiones son leer y escribir, y espero que no sea para desgracia ajena.

—¿Habla solo con frecuencia?

—¡Naturalmente! ¡Por quién me ha tomado usted! En España, muchas veces, hablar solo es la única manera de tener una conversación coherente.

—¿El día más triste de su vida?

—Fue un día que preferiría no recordar, en el que me enteré, cuando ya era tarde, porque ya no me oía, que yo había sido el hijo predilecto de mi padre.

—¿Qué es lo que no llegará a saber nunca?

—Lo que hay después de la muerte, supongo. Porque, aunque me entere, ya no seré yo.

—¿Soporta mejor a un hombre malvado que a un hombre vulgar?

—Soporto mejor al malvado, porque me parece que el malvado descansa de cuando en cuando y el vulgar no descansa nunca.

—¿Si lo tentara Satanás, se dejaría?

—Pues mire, si tentó a Jesucristo, que era alguien tan por encima de mí, ¿por qué yo no me iba a dejar tentar? Además, no creo que el demonio pida permiso para tentar.

—¿Por qué habla usted tanto, porque de pequeño no lo dejaban?

—No, yo hablaba mucho de pequeño. Lo que sucede es que no me escuchaban y entonces tenía que hablar más.

—¿Qué es lo único que le queda por probar?

—Las lentejas. Hace tiempo que tengo decidido probarlas, pero no he tenido todavía la ocasión ni el valor.

—¿Qué son los nervios?

—Los nervios son esas cuerdas que, cuando no están bien templadas, acaban por estropear la sinfonía.

—¿Cuál es la mayor dicha del ser humano?

—Yo pienso (o por lo menos, en mi caso, así ha sido) que conocer con claridad cuál es su destino, y entrar en él de acuerdo, gozosamente.

—¿Usted sabe a cómo está el kilo de besugo?

—Pues, mire usted, calculando la cantidad casi infinita que hay de besugos, debe estar baratísimo.

—¿Se conoce mucho?

—Es una empresa larga ésa. Me conozco un poco. Prácticamente me he dedicado toda la vida a conocerme. Si no me conozco más, sin duda, es por torpeza mía.

—¿Se quiere mucho?

—No, no me quiero mucho. Me respeto más que me quiero. Soy como un padre para mí.

—¿Le atormenta la duda?

—No creo. La duda me enriquece, me serena y me ayuda a no juzgar.

—¿Qué es lo que ha perdido para siempre?

—Yo creo que ese amor que me iba a acompañar hasta el final.

—¿Qué dolores soporta mejor: los del cuerpo o los del alma?

—Usted sabe que yo tengo una salud verdaderamente poco envidiable. Entonces, a los dolores del cuerpo ya estoy un poco acostumbrado. Me los nconozco, sé ponerme la cruz donde menos me duele, son invitados míos. Hombre, cuando aparece alguno, siempre me extraña que haya aparecido sin permiso; pero, en todo caso, prefiero los físicos.

—¿A qué sucesos de su vida le metería fotocopia?

—Hay veinticuatro momentos de mi vida que están plasmados en una colección de poemas, que se llama Testamento andaluz. A cualquiera de ellos. No me importaría que una fotocopiadora me los repitiera.

—¿Rectifica mucho?

—Procuro pensar bastante, pero luego me abandono. Creo que el tiempo y la vida toman las decisiones de una manera más sabia que nosotros. Sólo hay que seguirlos, obedecerlos.

—¿Cuál es su utopía?

—La vieja utopía del hombre: llegar otra vez a la libertad, llegar otra vez a la igualdad, llegar otra vez a la fraternidad. Mientras eso no se consiga, el hombre seguirá siendo un lobo para el hombre.

—¿Cree usted en un amor para toda la vida?

—En un amor para toda la vida de los otros, sí. Para toda la vida mía, no.

—¿Qué hiere su sensibilidad?

—Los gestos vulgares, la zafiedad cuando está fuera de lugar, cuando no es zafia ni vulgar esa persona. Eso es lo que más me hiere.

—¿Cómo evita topar con la iglesia?

—La iglesia dice que los caminos de Dios son imprevisibles e inescrutables sus juicios. Yo creo que la mejor manera es quitarse de en medio, porque, si no, se topa siempre. Ella es un bulldozer.

—¿Qué poder le gustaría tener?

—Yo creo que el único que tengo: ninguno. El de decir la verdad a los poderosos.

—¿Es usted un hombre de costumbres austeras?

—Mucho, mucho. Estoy seguro de que mucha gente se asombraría y no me envidiaría nada, si viera mi austeridad.

—¿Le molestan las mujeres?

—No, me molestan las generalizaciones. Es decir, hay algunas mujeres que me molestan, pero no por mujeres, sino por estúpidas. Y hay bastantes hombres que me molestan, pero no por hombres, sino por estúpidos.

—Un lugar para nacer.

—No puedo decir otro, Quintero, de ninguna manera, sino cualquiera de Andalucía.

—Un lugar para vivir.

—Vivo un poco a caballo y de perfil entre Madrid y Hoya de Málaga: una ciudad y un campo. Cualquiera de los dos, no siempre. Soy un sedentario sucesivo, diríamos.

—¿Más sedentario que nómada?

—Sí. Siempre he compadecido al caracol que, como dice la soleá, «va con su casa a cuestas, con más fatigas que Dios».

—¿Un lugar para amar?

—Cerca de un mar, de un mar pacífico. No de un mar irritado. No soy oceánico. Soy o Caribe o Mediterráneo.

—¿Para envejecer?

—Para eso no pido mucho. Creo que donde haya una chimenea y donde haya viejos amigos con quienes conversar, viejos leños que quemar, viejos libros que releer.

—Pemán decía que el langostino iba para jamón. ¿Prefiere un buen libro a una caja de langostinos?

—Sí, incluso un libro un poco menos bueno.

—¿Cómo es la Andalucía de sus sueños?

—La Andalucía de mis sueños es como pensamos que fue: culta, tolerante, generosa, justa, hospitalaria y fructífera.

—¿Cómo es su Andalucía real?

—Es un poco el proyecto frustrado de mi sueño.

—¿Qué hubiera sido usted en la Andalucía esplendorosa, en la árabe: filósofo, poeta, emir, rabino, sacerdote o surtidor?

—Me da usted una posibilidad magnífica. Pero de todas maneras me temo que, dado mi carácter, habría sido filósofo.

—¿Qué mundo le gustaría dejarle a sus hijos?

—Hombre, a mí me gustaría, sobre todo, dejarle algunos hijos al mundo. Y los habría preparado lo mejor posible.

—¿A cuántas muertes ha sobrevivido usted?

—Pues, hasta ahora, a todas. No han sido pocas.

—Usted estuvo una vez en la frontera de la muerte, ¿no?

—¿En la frontera?… ¡Estuve en San Juan de Luz, como mínimo!

—¿Cree usted que deberíamos jubilarnos a los trece años?

—Yo ya estoy jubilado desde mucho antes de los trece. Creo que cada uno debiera hacer lo que quisiera a la edad que quisiera.

—¿Está usted ya en la edad de la meditación?

—Si se refiere a que mi edad es provecta, está usted completamente equivocado. Hay gente muchísimo mayor que yo afortunadamente. No, en serio, no estoy en una edad tan grave como para que lo único que haga sea la meditación. Pero sí he sido siempre reflexivo.

—Dicen que el loco lo pierde todo menos la razón. ¿Para usted qué es un hombre cuerdo?

—Un hombre cuerdo, para mí, es el que actúa de acuerdo con su propia convicción. Pero con una convicción generosa, compartida, pacífica. Me

parece que todo el que vaya contra corriente de la vida es el gran loco. Porque entonces está prefiriéndose a sí mismo a todo lo demás.

—¿Usted se deja acariciar?

—Depende.

—¿De qué?

—¿Qué está usted insinuando en este instante?

—Nada malo. ¿De qué depende?

—Depende del momento, de la ocasión, de la mano… No se crea usted. Yo estoy cada vez más propenso a la caricia.

—Yo lo veía arisco.

—Tengo fama de arisco, tengo fama de distante. Pero es que, verdaderamente, al distante hay que aproximarse para que esté menos distante. Hay un área de fuego, que tiene cada ser humano, y hay que atravesarla, para calentarse en ella, para quemarse si es preciso.

—¿Cree que hay mucha gente dispuesta a aproximarse a los demás hasta el punto de quemarse?

—Hay que hacerlo. Mire usted, en estos momentos todos estamos marcados por una serie de límites: los negocios llegan hasta tres metros, la amistad dos metros, el amor cincuenta centímetros… Estamos llenos de peldaños, crispados, erizados. Si nos damos la mano, es para cerciorarnos de que no tenemos armas.

¿En qué nos estamos convirtiendo? En enemigos de todos. No hay nada tan desconfiado como el hombre actual. No se atreve a pasear por la calle de noche, a ver la luna creciente, porque teme que alguien le dé un golpe en la nuca. No se atreve a confiar ni en el acto del amor. Teme abandonarse, estar inerme… ¿ante qué amenaza? ¿Cómo es posible que hayamos llegado al extremo de desconfiar hasta de nosotros mismos? No nos atrevemos a decirnos la verdad: que estamos solos, que tenemos miedo, que queremos ser acariciados, que queremos descansar en otro, que queremos amar y que nos amen.

—¿El hombre le parece un animal que ama o un animal que razona?

—A mí me parece admirable lo del hombre. Es un animal que ama razonando. Los demás animales parece que se tiran al amor como a una piscina. El hombre puede preguntarse por qué ama, por qué ha dejado de amar. Y puede resignarse a no dejar de amar, porque puede todo menos eso.

—¿Para usted, todo está permitido en el amor?

—Si el amor es correspondido, voluntariamente, todo. El amor no tiene la moral de las Bancas, ni de las cajas de ahorros, ni de los burgueses.

—¿Le gustan los enamoramientos súbitos?

—No, no quiero tener amores de una noche. No quiero la aventura, porque no sacia la sed, da más sed. En este momento, yo volvería al amor, pero volvería de una manera un poco especial. Esas parejas que andan como en una burbuja, aisladas por un foso del resto del mundo; esas parejas que lo primero que se compran es un confidente de dos asientos y un juego de café con dos tacitas me parecen absolutamente imbéciles. Comprensibles, porque en amor todo es comprensible, pero no me gustan. Yo ya necesitaría, con la persona amada, un proyecto en común; un proyecto en común en el que no interviniesen sólo el tú y el yo, ni el nosotros, sino que el nosotros abarcara también al ellos. Ya sólo puedo hablar de un amor mucho más grande. Todo lo que he hecho hasta ahora son ensayos; ensayos malos, por otra parte.

—¿Le ha dedicado mucho tiempo al amor?

—Infortunadamente, ese es un tren que me parece que he perdido o, por lo menos, he hecho viajes demasiado cortos. Me habría gustado llegar en ese tren a la estación fin de trayecto. No ha sido así y lo lamento. Supongo que ha sido culpa mía. Quizá debiera haber amado mejor o haber amado más o haberme dejado amar mejor o haberme dejado amar más. Todavía no es tarde.

—¿Qué ha estudiado usted?

—He estudiado Derecho, Filosofía y Letras, Ciencias Políticas y Económicas. He estudiado Teología. Es decir, no ejerzo nada de lo que

he estudiado. He hecho oposiciones magníficas, pero no han significado, en principio, nada para mí. Sin embargo, creo que sí han significado. Me han enseñado a reflexionar, a estarme quieto, a contar (no hasta cien, sino hasta mil, muchísimas veces) y, por supuesto, han ejercitado una cosa que me parece esencial en el ser humano, que es la razón.

—¿Dónde hay que tocar al ser humano para que espabile?

—Yo supongo que siempre en el corazón. El corazón es el motor de todo. El corazón es lo que mueve el sol y las demás estrellas, cómo no va a mover al hombre.

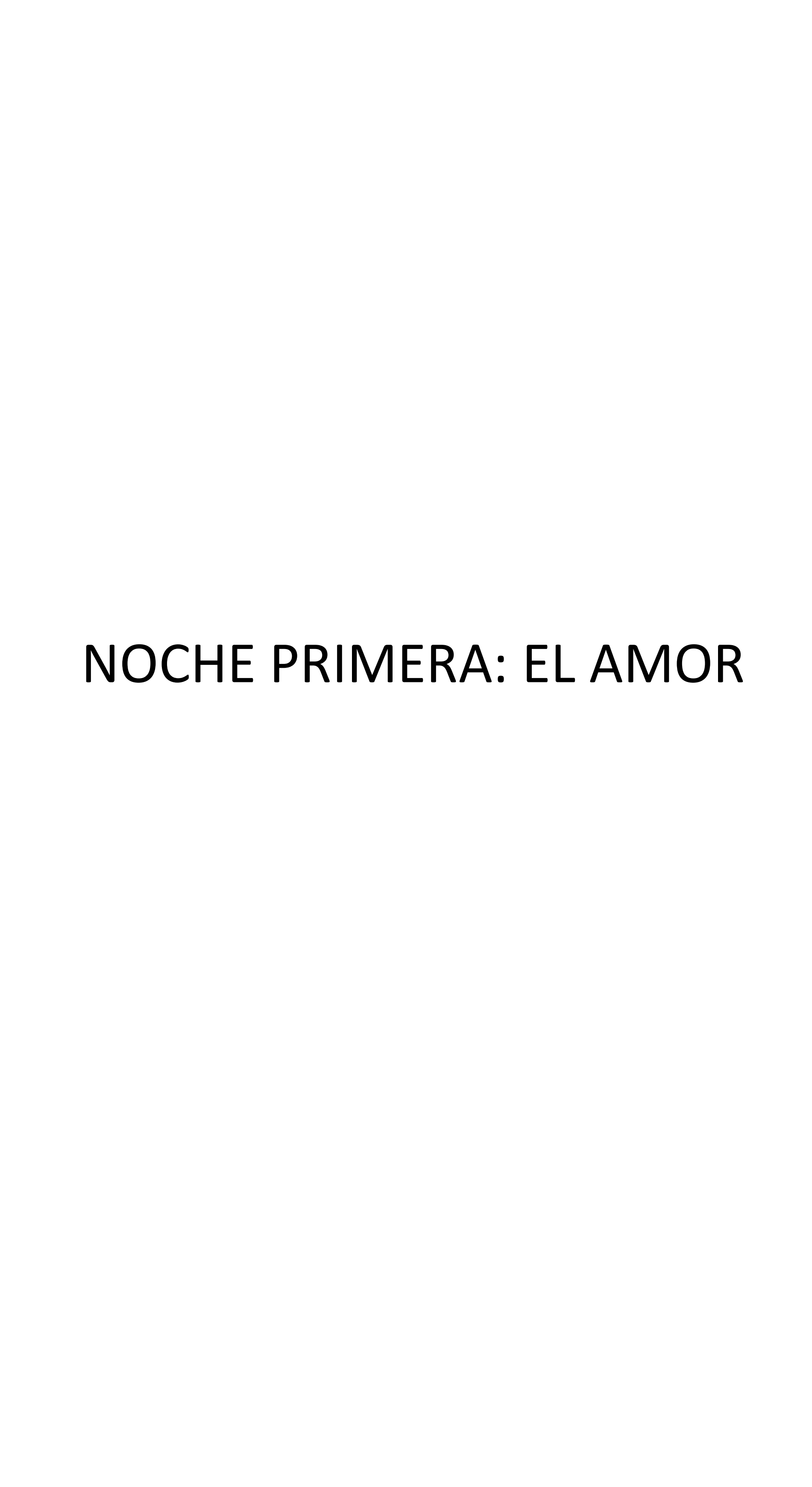
—¿Ha tomado alguna decisión para estas trece noches?

—He tomado simplemente la decisión de estar aquí, de charlar aquí, de volcarme encima de esta mesa, de poner mi corazón aquí y esperar que otro corazón escuche. Pero sin decisiones previas, sin prejuicios y sin presentimientos.

—¿Qué quiere decir en estas trece noches?

—Yo no querría decir nada, pero me parecería egoísta no comunicar lo que yo he conseguido, que es poco, que hay gente que ha conseguido mucho más; tanto que probablemente no se brindaría a decirlo, porque consideraría que es indecible. Pero si para algo sirve lo que una cabeza normal, modesta, ha reflexionado sobre esos grandes temas sobre los que casi nadie reflexiona (la muerte, la guerra, la paz, el amor, el sexo, la vida…); sobre esos grandes temas que digerimos porque ya nos los dan digeridos, nos los dan ya pensados… Decir que cada uno sabe seguir su camino, que cuando se gana algo por sí mismo vale muchísimo más que cuando nos lo regalan. Eso es lo que quiero decir.

NOCHE PRIMERA: EL AMOR

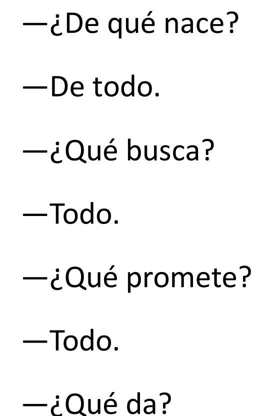


—Es decir; primero me gustas…

—Luego te quiero y, por fin, te amo.

—Y, cuando pasa el tiempo, al revés: te amo; en realidad, te quiero: pensándolo bien, te estimo bastante, que dicen Les Luthiers…

—Y luego: vete a la calle inmediatamente con tu madre… No, eso no es así. Creo que una de las primeras veces que vi airado a Antonio Gala fue cuando le pregunté si tenía sida. «Por si tiene intereses personales —me respondió—, le puedo asegurar que no tengo sida y que, además, tengo grandes esperanzas en el sida». Luego me contó que hacía unos días que le habían tenido que hacer un análisis de sangre (por razones de una posible artritis, que resultó que no lo era) y que había aprovechado la ocasión para pedir que le analizaran el VIH, o virus de inmunodeficiencia adquirida. Se había olvidado ya del tema cuando lo llamó el analista para decirle que todo estaba bien y que, por descontado, el VIH había dado negativo. Me contaba Gala que formó un escándalo espantoso. Aquel «por descontado» lo irritó de verdad: «¡Cómo por descontado! ¿No puedo yo ser promiscuo, no puedo ser drogadicto, no puedo tener toda clase de contactos?…». Aquel «por descontado» era, para Gala, como si lo tachasen de la vida. Unos momentos más tarde, íbamos a sentarnos frente a una cámara para hablar del amor, y yo temía que la pregunta hubiese enturbiado el clima, que Antonio se mostrase reservado o a la defensiva, pero no fue así. Estuvo especialmente cálido, ingenioso y, como siempre, brillante.



—¿De qué nace?

—De todo.

—¿Qué busca?

—Todo.

—¿Qué promete?

—Todo.

—¿Qué da?

—Todo.

—Habla usted como si estuviese enamorado.

—Yo siempre he estado enamorado. Me parece que no se puede dejar de estarlo. De una cosa o de otra, de una persona o de otra, de una idea o de otra. Pero el amor, de verdad, es lo que mueve el mundo. Sin él, el mundo se detiene.

—¿Pero qué es el amor?

—Hay muchas definiciones del amor. Diré una, por ejemplo: es el deseo de unión total.

—Dijo Cernuda, refiriéndose al amor, «este inútil trabajo de quererte que tú no necesitas». ¿Puede ser el amor un trabajo?

—Para mí, y para el viejo padre Shakespeare, es un trabajo: trabajos de amor perdidos. Es un trabajo que consiste en ayudar a que una persona se cumpla y se realice, y que al mismo tiempo nos ayuda a nosotros a cumplirnos y realizarnos.

—Le preguntaba antes que de qué nace, y me respondía que de todo. Pero ¿cómo nace? ¿Qué es el flechazo?

—Me gustaría contar un poco el proceso del amor, aunque no todo el mundo lo realiza completo. Hay gente que se para en el primer descansillo y gente que se para en el segundo y gente que llega al tercero. El flechazo es como si tuviésemos todo el mundo por delante. Una persona da un paso al frente, se le ilumina la frente o suena un timbre de alarma, y nos fijamos, nos interesamos en esa persona. Ahí no interviene la voluntad. El flechazo es un puro impulso, es casi un empujón. El verbo que yo aplicaría a ese suceso es el de gustar. Pero eso puede suceder en la calle… Entramos en la casa, a otro lugar, que es ya un dormitorio. Se produce el enamoramiento, que es la segunda fase, y ahí interviene la voluntad como sentimiento, una voluntad un poco maniatada, un poco amordazada, porque el ser está alterado, es decir, hecho otro; está enajenado, es decir, vendido. Y se produce otra subida a la casa común que es el verdadero amor, el estado de amor, que es como un cuarto de estar en que ya la voluntad interviene de una manera decidida, Ubre. Y aparece la convivencia, ese trabajo del que hablábamos antes. Hay quien sube toda la escalera y hay quien se queda

en un rellano o en otro. Pero me parece que ése es el proceso para empezar a hablar.

—Es decir, primero me gustas…

—Luego te quiero y, por fin, te amo.

—Y, cuando pasa el tiempo, al revés: te amo; en realidad, te quiero: pensándolo bien, te estimo bastante, que dicen Les Luthiers…

—Y luego: vete a la calle inmediatamente con tu madre… No, eso no es así.

—Pero si ya no hay deseo… Porque el amor es deseo, ¿no?

—El amor es siempre un deseo; pero el deseo, si no es un deseo amoroso, es un simple deseo: como el de beber agua. El amor es el deseo de unirse a otra persona y de unirse probablemente para siempre. El amor es la fusión y, por tanto, la fusión no puede ir si no es precedida del deseo de fusión, de esa confusión de fundirse con la otra persona, de hacerse una con la otra persona. «Seréis dos en la misma carne», dice el Génesis. Siguen siendo dos, pero ya son uno. No sólo es el yo y el tú, sino el nosotros.

—¿No tiene la sensación de que la mayoría de las personas no llegan tan lejos ni tan hondo, de que se marchan de este mundo sin haber conocido profundamente el amor?

—Sí. También hay gente que se marcha sin haber probado el caviar, y hay gente que prueba el caviar y no le gusta. Eso no tiene nada que ver. El amor no es ir a la guerra, no es una obligación. El amor es un don fortuito que aprovechamos o no.

—¿Cómo anda usted de amor?

—Yo no ando. Estoy absolutamente plantado como un pino. Me coge usted en el peor momento. Por eso hablo, porque el amor no se dice, se hace. Cuando se dice, malo.

—Si no le importa, antes de seguir hablando del amor en abstracto, me gustaría hacerle unas preguntas personales para concretar el tema.

—¡Vaya por Dios!

—¿Cuántas cosas ha hecho y cuántas ha dejado de hacer por amor?

—Le voy a ser sincero: todo lo que he hecho y todo lo que he dejado de hacer, ha sido por amor.

—¿Prefiere el amor a oscuras o con luz?

—Cuando lo hacía, lo hacía siempre con una vela… o con dos.

—¿Perdona y olvida?

—En general, siempre he preferido no poner demasiada atención, para no tener ni que olvidar ni que perdonar.

—¿Cuándo está enamorado se le nota mucho?

—Sí, no hay quien me aguante, ni yo.

—¿Pone más empeño en el trabajo que en el amor?

—Para mí es lo mismo.

—¿Ha vivido muchas lunas de miel?

—Tres… Bueno, cuatro. Pero la cuarta fue una falsa alarma: una luna menguante.

—¿Ha participado en alguna orgía?

—Sí, pero pequeñita, ¿eh?

—¿Hay en su vida algún amor imposible?

—Por supuesto que sí. Casi en todas las vidas hay un amor imposible, o debe haberlo.

—¿Ha amado a alguien más que a sí mismo?

—Sí, sí… Fue un desastre.

—¿Le ha hecho algún mal amor odiar la vida?

—Odiarla no, pero me la ha ensombrecido.

—¿Ha deseado matar a alguien en un ataque de celos?

—He estado a punto de que me mataran en un ataque de celos.

—¿En la variedad está el gusto?

—Seguramente usted, a esa pregunta tan personal, respondería que sí. Pues yo le digo, amigo Quintero, que la variedad se puede, dentro de la mismidad (como diría Ortega), evocar. Porque no hay ningún gesto, ningún olor, ninguna mirada, ninguna luz igual para la misma pareja.

—Cuando el amor se olvida, ¿adónde va?

—Podría decirle: pues va donde el ruiseñor cuando se acaba mayo, pero no es verdad. Los que nos vamos somos nosotros, no el amor. Y nos vamos absolutamente heridos, con nuestro propio cadáver a cuestas.

—¿Es dolor?

—Sí.

—¿Es entrega?

—Sí.

—¿Es sacrificio?

—Sí. El amor es la baraja entera, querido Quintero. La baraja entera.

—Es traición, es derrota, es conquista… ¡Vamos!, una guerra.

—Ojalá todas las guerras fuesen de amor. Mi paisano Góngora decía: «A batallas de amor, campos de pluma». Se refería a la cama, el muy sinvergüenza. El amor es una guerra en la que todos salen ganando algo de botín. Hay víctimas, hay vencidos, hay vencedores, pero todos ganan. Yo soy autor de teatro, no puedo negarlo. Entonces creo que el amor es como una comedia, bien o mal escrita, y todos nacemos con los papeles repartidos. Todos, al nacer, traemos debajo del brazo el papel de protagonista o de antagonista, el papel de amante o el papel de amado. No de una manera rígida. El amante también se siente correspondido y el amado también corresponde. Pero esencialmente cada uno ya sabe, al nacer, cuál es su papel. Tiene que aprenderlo con certidumbre, tiene que asegurarse. Por supuesto que ese amante y ese amado luchan por el protagonismo de la comedia. Pero cada uno sabe cuál es su papel

en esa batalla incruenta, en esa hermosa batalla fingida tantas veces, del amor.

—¿Es un tópico entonces lo de víctima y verdugo?

—Un poco tópico, sí. Se dice: víctima, verdugo, Dios, idólatra… El amante tiene mejor prensa que el amado. El amante siempre dice: «Caramba, apostar la vida entera, que pongo yo en el tapete verde, contra tres duros que pone el amado, siempre es perder. Porque ¿qué es ganar tres duros a riesgo de perder la vida?». Sí, pero es que el amante gana tres duros cada tres minutos. Llega un momento en que esa buena prensa hay que cuestionarla, porque el que está pendiente del amante es el amado. El amado es irremisible. Realmente, el amante se satisface con el amor conseguido y, a veces, de pronto, vuelve la cara hacia otra cosa y el amado se queda sin la luz, porque recibe la luz a través del amante. Yo estoy ahora muy de parte del amado: se le ha hecho injusticia. El amante, cuando se va, recoge toda la parafernalia con que había adornado al amado: las velas rizadas, las joyas, los mantos bordados, como una virgen sevillana, se lo lleva todo y se lo pone a otra imagen. Y se queda absolutamente desvalido el amado. Yo estoy con los perdedores y me parece que el amado puede ser el más perdedor en el amor.

—¿Por qué se desea con tanta pasión poseer, y a ser posible en exclusiva, lo que se ama?

—Eso va implícito en el amor. El amor es ese deseo de posesión en exclusiva. Es el don del mundo para el amante. El mundo se va a circunscribir ya a unos ojos, a una boca, a una frente, a unas manos, a un cuerpo y a una alma. Todo el mundo va a ser, de momento, del amante y el amante es natural que lo quiera para él, del todo y para siempre.

—Y de ahí los celos, ¿no?, el miedo a que alguien pueda tener acceso a ese mundo que queremos sólo para nosotros.

—A mí las palabras en plural que no son comprensibles, como las tijeras, las narices o los pantalones, siempre me dan mucho temor: los celos, las ansias, las moradas, las canutas, las calores… Me dan temor porque no

sé ahí qué amenaza hay. En cualquier caso, los celos al amor le sientan bien. Son como lunarcillos que se ponen a la cara del amor y que lo agracian. Es natural que se sienta siempre una inseguridad, que se sienta siempre un temor, un temblor, porque aquello pueda desaparecer, porque le vayan a dar a uno sentencia de cruz cuando llegue la mañana.

—¿Los celos, por tanto, tienen siempre motivos?

—Nunca. Cuando tienen motivos se llaman cuernos.

—¿Usted comprende que se muera y que se mate por amor?

—No siempre se mata por celos, se mata porque el amor ha desaparecido, porque el amante está rodeado de escombros, porque se le ha venido su casa y su mundo encima y, además, tiene delante a la persona causante o pretexto de toda esa tragedia, de esa catástrofe, de ese enorme cataclismo. La tiene allí y entonces reacciona como en un gesto de defensa, como se parpadea, como uno se corta la pierna gangrenada o se extirpa la vesícula, y mata. Y de eso nosotros sólo sabemos el número de puñaladas que ha dado el criminal apasionado. Eso es muy triste. Yo, en cierta forma, comprendo los crímenes pasionales. Hay dos que no comprendo, que son los más españoles: aquel que mata por amor propio, que me parece simplemente un asesino, y aquel que mata por honor, que me parece una venganza extraordinariamente ruin que llena todo nuestro teatro clásico. A ésos no los quiero.

—Pero ¿no le parece que la fidelidad, la entrega total a una sola persona es algo contra natura, algo que cuesta?

—La fidelidad no es nada costosa. Uno tiene lo que tiene y lo disfruta, lo posee, lo acaricia, lo abraza. No va a mirar para otro lado. Está pleno en eso, porque el amor es la búsqueda de la plenitud. ¿Por qué va a ser infiel? Cuando empieza la infidelidad es que empieza quizá la cuesta abajo del amor; una cuesta abajo que se inicia, probablemente, antes de lo que creemos. Decimos: de la noche a la mañana el amor se terminó. No. Empezó a terminarse mucho antes: con una mala palabra, con un mal gesto, con un silencio, con una tensión no justificada, con una

mentirilla. La fatalidad tiene un largo trayecto antes de aparecer deslumbrante y quemante.

—¿La infidelidad a quién ofende: al orgullo o al amor?

—Al amor, por supuesto. No hay que ser orgulloso en el amor. Estamos pie a tierra. Yo no estoy hablando del amor romántico de palidez y ojo en blanco. Hablo de un amor verdadero, de unamor de carne y sangre. Yo no hablo de ángeles y de cisnes andando por la calle (que además andan fatal, porque el cisne es cosa del agua y el ángel es cosa del aire, y entonces se pisotean las alas y se trabucan y se caen). Hablo de un amor que tiene los pies en la tierra y la cabeza probablemente dándole con la frente a las estrellas. Pero es un amor de verdad del que yo hablo. Y ese amor es, por naturaleza, bastante fiel. No quiero decir que el hombre sea monógamo, pero tampoco que sea promiscuo; por lo menos, en esta era de la cultura en que estamos viviendo. El hombre digamos que es monógamo sucesivo y no es antinatural la monogamia. He conocido loritos verdes en el lago de Canaima, en Venezuela, que se suicidan cuando se les arrebata la pareja. Y las tórtolas… ¿Qué me dice usted de las tórtolas?

—¿Usted le exige fidelidad al ser humano?

—¡Por quién me ha tomado usted!

¡Naturalmente que sí! Yo no soy moderno.

—Pero hay quien quiere y no puede, señor Gala.

—Quien quiere y no puede ¿qué?

—Ser fiel.

—¡Bueno!, déjese usted de sandeces. No estará del todo enamorado. Porque el que ha entrado en un paraíso, en ese paraíso bipersonal y absolutamente maravilloso, ¿cómo quiere que salga para experimentar lo que hay fuera del paraíso? Eso es una insensatez.

—Lo cierto es que el desierto es muy largo para recorrerlo con una sola cabalgadura.

—Pues sí que me pone usted una buena metáfora: el desierto. No sé a cuánta gente se va a encontrar usted en el desierto.

—Yo no termino de comprender esa entrega tan absoluta a una sola persona. No me parece natural.

—Haga usted lo que quiera. Mi opinión es ésta, y espero que lo sea también de la mayor parte de nuestros semejantes, aunque incurran en la infidelidad, que eso es muy distinto. Porque una cosa es predicar y otra dar trigo. A mí me molesta que se engañe en el amor. Me molesta, porque eso quiere decir una ocultación de la verdad, y la verdad hay que decirla con todas sus consecuencias. Creo que la verdad es imprescindible porque, si no, empezamos a ser otros y ya no somos los mismos de la pareja. Empieza la pareja a multiplicarse de una manera subrepticia y extraña, empezamos a falsearnos, y ése es el principio del fin del amor.

—Pero la verdad es un tigre, señor Gala.

—El amor también es un tigre, señor Quintero. Estamos hablando de tigres; estamos hablando de sentimientos espléndidos; estamos hablando de lo único que justifica la existencia del hombre.

—Cuando se dice todo, se puede volver en contra.

—¿Pero hay mayor intimidad que la de entrar en el cuerpo que se ama o la de dejar pasar al cuerpo que se ama? ¿Hay una mayor, tremenda, física e incontrastable intimidad? ¿Por qué no tener también esa intimidad racional, esa intimidad cordial de decirse la verdad? A una persona que conoce nuestros defectos físicos, nuestros jadeos, nuestros «gatillazos», nuestra pobreza, ¿qué más da confesarle una pobreza más?

—¿El adulterio no le parece emocionante?

—El adulterio me parece sencillamente fuera de lugar. ¿Por qué razón si a usted le gusta más otra mujer u otro hombre que la que o el que tiene, no deja usted a la que o al que tiene y se va con la otra o con el otro? Qué trabalenguas.

—Porque quiere a las o a los dos.

—Pues mire usted: si duda entre dos sillas sobre las que sentarse, le juro que acabará sentándose en el suelo.

—Según usted, hay que elegir.

—Naturalmente que hay que elegir. En el amor todo es un problema de elección; de elección y de erección, si me permite el calambur. Hay que elegir, hay que ser elegido.

—Pero se puede elegir y no ser elegido. El amor no garantiza la correspondencia.

—¡Pero si la correspondencia no la garantiza ni Correos, cómo la va a garantizar el amor! El amor no garantiza nada. El amor no es una sociedad de seguros, afortunadamente.

—¿Cuándo usted ama se siente pleno, feliz y libre?

—Vamos a dejarlo. Yo cuando amo me siento absolutamente insoportable, me siento hecho una aljofifa, me siento sumamente mal. Para qué le voy a engañar… Pero una aljofifa creada para empapar aguas divinas.

—¿«Todo amor es fantasía», como dijo el poeta?

—El amor, en medio de esta pesadilla, es lo único real. Todo lo demás es real sólo si el amor lo toca con su hermosa mano, o si se seca sus manos en ese paño áspero y tosco y mal hecho que es el mundo en que vivimos. La fantasía del amor es la realidad del amor. Está hecho de fantasías porque es él mismo una fantasía. Una fantasía cuya arquitectura frágil y eterna se alza en el mínimo y quebradizo solar del sexo… Se dice: el amor es ciego. No es verdad. El amor ve lo que quiere ver, lo que necesita ver.

—¿Hay amor sin sexo?

—Sí, poco.

—¿Hay más sexo sin amor?

—Hay mucho más sexo sin amor. Yo creo que me debo acusar en público de haber dicho que hacer el amor sin amor era como bailar sin música.

Me parece, hoy, que hay ritmos hondos, primitivos que sacan la música de sí mismos, que no necesitan música, que son su propia música. Y, por otra parte, se puede bailar solo y se puede bailar en grupo: cada vez se hace más. Es decir, que yo no sé si podría decir, con entera certeza, que hacer el amor sin amor es como bailar sin música. Porque quizá la danza no necesita siempre música.

—¿Qué me dice del sexo a la carta, aquel ensayo que escribió?

—Nosotros hemos tenido, durante mucho tiempo, la confusión más terrible: hemos reducido el sexo a los órganos con los que más frecuentemente se ejercita: el pene y la vagina. Hemos confundido sexualidad y genitalidad. Eso es empequeñecerlo. Es como confundir la virilidad con el bigote o la religión con el jubileo de las cuarenta horas. Me parece una estupidez. El sexo es un impulso absolutamente sagrado, y está por encima de todo. No hay más que uno, un solo sexo. Luego, reduciéndonos a esas pequeñeces, hablamos de sexo masculino y sexo femenino. Pero, si quiere que le diga la verdad, cada criatura sexuada tiene su propio sexo y su propia satisfacción. Por eso hablaba yo del sexo a la carta. No se olvide que, en este mundo de hoy, el macho viril y hostil y la hembra frágil y débil ya han pasado a la historia. El sexo débil ha hecho gimnasia y el sexo fuerte cuida a los niños, hace la comida, la compra, la cama y no sé qué. Todo está mucho más diluido. Ya no son opuestos los sexos, ni siquiera son heterogéneos. Los dos buscan una cosa en común: realizar la propia plenitud a través del sexo. Y entonces, naturalmente, cada uno debe pedir lo que le apetezca. Debe comer a la carta en tal comida. Por supuesto, eso es arriesgado. Es mucho más fácil hacer como siempre el amor, reducirse a las posturas habituales: la mujer la postura femenina, dócil; el hombre, la postura masculina, un poquito machista. Pero ser libre es correr riesgos. El primero que se corre es dejar de ser libre. Pero hay que correrlo.

—Pues sigamos corriéndonos… en el riesgo. ¿En el principio fue el sexo?

¿El amor es una sublimación posterior del instinto sexual?

—El sexo es, por supuesto, anterior al amor. El sexo es anterior a todo. Nosotros somos sexo y un poco más, esa es la verdad. El sexo es una isla misteriosa, hemos nacido en ella, y todo es sexo a nuestro alrededor.

Entonces, el heraldo del sexo, un heraldo maravilloso y portentoso, pero sólo un heraldo, es el amor. Por supuesto que usted puede decir que el amor es una hermosa socaliña. Es la trampa que pone la naturaleza para que la especie siga funcionando. Pero muchas veces le sale a la naturaleza el tiro por la culata: Romeo y Julieta, en vez de procrear, se mataron los dos.

—¿Hoy se ha impuesto el sexo al amor?

—Aparentemente, sí. Pero fíjese usted qué curioso. Nosotros, los mayores, decimos: los jóvenes de hoy son como asexuados, van a una discoteca, no pasa nunca nada, bailan y luego se separan, cada uno se va a su casa. Pero es que es todo sexo. La forma de vestirse, la forma de mirarse, la música, el humo, los roces… Todo está lleno de sexo. ¿Qué razón hay para culminar en esa fanfarria espantosa de la penetración? Decimos: yo no sé cómo son estos chicos, se besuquean, se toquetean y luego todo acaba en nada. ¡Pero no acaba! Es que nosotros tenemos un concepto orgásmico del amor. Y no siempre es así.

—No todo el monte es orgasmo.

—Ni siquiera orégano, no nos engañemos.

—Maestro, ¿por qué me gustará a mí más la pornografía que el erotismo?

—Porque es usted pobre.

—¿La pornografía es cosa de pobres?

—La pornografía es un negocio que hace alguien que nos quiere vender aquello de lo que ya somos dueños, habiéndolo prohibido antes para aumentar la demanda. Es decir, la pornografía es exactamente hija del puritanismo, que tapó hasta las patas de los pianos por si acaso eran tentadores (reina Victoria), y del capitalismo, que lo controla todo y que quiere sacar y trincar de todo.

—¿Usted comprende el pudor?

—Usted es un cachondo. ¿Por qué razón hace determinadas preguntas con sorna? Pues mire usted, sí, comprendo el pudor. El amor es una

danzarina que se va desnudando de velos. Si aparece desnuda tiene mucho menos encanto. Y hay cosas, por otra parte, que entre la pareja no deben verse. Hay situaciones, posturas, necesidades que deben quedar ocultas. Porque el amado debe ser la esencia de lo bello, la esencia de lo limpio, y lo mismo el amante. Ahora la gente se apresura a desnudarse: yo creo que los trajes tienen como resortes: hacen ¡pum!, y ya están desnudos.

—Es verdad, todo el mundo se desnuda rapidísimo. ¿En sus años mozos soñaba con Bogart o con Brando?

—¡Qué asco! No. Primero, yo duermo muy mal. Segundo, como tomo somníferos, los somníferos me hacen no soñar, ni en blanco y negro, que parece que son las películas a las que usted se refiere.

—¿Tiene algún reparo en que hablemos de la homosexualidad?

—Es usted un antiguo, señor Quintero. Si le estoy diciendo que el sexo es único, que hay una especie de pansexualidad distribuida por el mundo, la homosexualidad se queda como un capítulo menor y sin ninguna importancia. ¿Qué importa que un ser de un sexo ame a otro del mismo sexo? Mire usted: hay matrimonios de homosexuales, ya consentidos en algunos países, que funcionan mucho mejor que aquellos matrimonios en los que en vez de ser dos homosexuales, es uno sólo homosexual, que son los que abundan aquí. Y eso funciona fatal, como es lógico. Yo no le veo el menor problema. Yo lo veo absolutamente normal. Hombre, si usted me dijera: el pansexualismo lleva a enamorarse de una vaca…

—Pues no hace mucho leí en un periódico que un italiano vivía con una cabra.

—Hombre, en Italia, casi todo el mundo tiene una cabra en casa.

—No sólo cabras. Todos hemos visto de pequeños en los pueblos a amigos que se lo hacían con gallinas, burras…

—Yo no he tenido demasiada suerte en ese sentido. No me han hecho caso.

—¿Lo más natural no será la bisexualidad?

—Lo más natural, Quintero, es la disponibilidad. Decía Pascal, que era un hombre jansenista y rígido, bastante más rígido que usted, que la naturaleza es como una primera costumbre y que la costumbre se transforma en una segunda naturaleza. Entonces, por razones de higiene social, por razones de natalidad, a la sociedad le interesa la heterosexualidad.

—¿No abusan los enamorados de la palabra «siempre»?

—Claro que sí. ¿Y por qué no? Es que a mí me parece que usted está en contra del amor y de los enamorados.

—No, es que sé por experiencia lo que suele durar la palabra siempre: nueve semanas y media.

—Pero es que un niño, al que usted le ha prometido hacerle un regalo, ¿no le pregunta veinticuatro veces por minuto si de verdad va a hacerle el regalo? ¿Cómo no va a emplear ese aval de seguridad el amante? ¿Cómo no va a decir: pero de verdad siempre, pero por siempre y para siempre? Escúcheme: el amor es siempre del todo y eterno. Aunque dure diez minutos. Porque obra subspecie aeternitatis: como si fuera eterno. La máxima, dolorosa o no, es real: el amor, mientras dura, es eterno. Y, aunque dure muchísimo, es siempre fugitivo. Recuerdo a Quevedo: «Huye lo que era firme, y solamente lo fugitivo permanece y dura».

—¿Todo amor es el primero, o el

primer amor es único?

—El primer amor sólo sucede una vez, es la verdad. Esa vez en que uno se vacía, igual que un cántaro, sin presentimientos, sin prejuicios, sin temores, sin proyectos, sin saber nada. Extraviado y recuperado al mismo tiempo. Pero cada amor sucesivo tiene mucho de primer amor, porque se abre él mismo y se cierra, como un abanico independientemente de los otros abanicos. Y comparar es malo. Se lo digo porque sé que usted acabaría preguntándome eso. Las comparaciones, en amor, son detestables. Primero son una falta terrible de educación. Y segundo, entramos al amor con nuestro pasado, que

nos configura y nos hace, pero entramos al amor con nuestro futuro, y el futuro sí lo podemos hacer con ese amor nuevo. No hay que mirar atrás.

—¿Usted recuerda su primer amor?

—Perfectamente. Era una mañana en la sierra de Córdoba, un día tres de abril. Yo dije un nombre y la persona que respondía a ese nombre volvió la cara y dijo: «Sí, sí». Todavía me quema el primer beso. En la mejilla, naturalmente. Yo me puse a cantar lo que no era capaz de balbucir.

—¿Por qué naturalmente?

—Bueno, es que tenía once años.

—Usted…

—Claro. La otra persona tenía cinco. No, tenía once también.

—¿Por qué se casa la gente? ¿No basta con estar enamorados?

—Yo no sé cómo y por qué se va al matrimonio. Hace años, cuando yo era un poquito más joven, los muchachos se casaban porque habían comido unos kilos de patatas fritas juntos a lo largo de un tiempo, y se habían bebido juntos unos cuantos litros de cerveza, o unos barriles, si duraba mucho el noviazgo. Pero se casaban un poco por eso. O porque llevaban la rosa en el corazón. Y así no se va a ninguna parte, Quintero. El matrimonio es una casa de pisos. Dedicado al sexo sólo hay uno. Luego hay otros que están como guarderías infantiles, universidades, comercios, hospitales… Hasta de pompas fúnebres tiene que haber un piso en el matrimonio. Y esa casa la tienen que hacer entre los dos. Como uno de los dos no sea arquitecto, ese edificio del matrimonio o no se hace o se hunde después de hecho. La única solución es que se case muchísima menos gente de la que se casa, un cinco por ciento, y que vaya muy preparada. Por eso admiro mucho las relaciones prematrimoniales. Me parece que hacen conocer una persona a la otra y hacen proyectar. Y, sin darse cuenta, se están ya necesitando. Así se puede ir con más tranquilidad al matrimonio. Porque si no, ¿qué sucede?: el divorcio. ¿Qué sucede ahora con el matrimonio? Que es sólo un trámite para divorciarse. Parece que a la gente lo que de verdad le

gusta es divorciarse; sin embargo, el divorcio es simplemente un acta de defunción. Porque nadie quiere divorciarse. ¿Quién va a querer divorciarse, quién va a querer abortar? Son consecuencias lógicas de una vida bastante mal vivida, por influencias de una sociedad acogotadora, exigente, tiranizante, que nos hace equivocarnos.

—¿Por qué vive solo Antonio Gala?

—Qué voy a hacer…

—Es que escuchando esas maravillas del amor que usted predica, no se comprende…

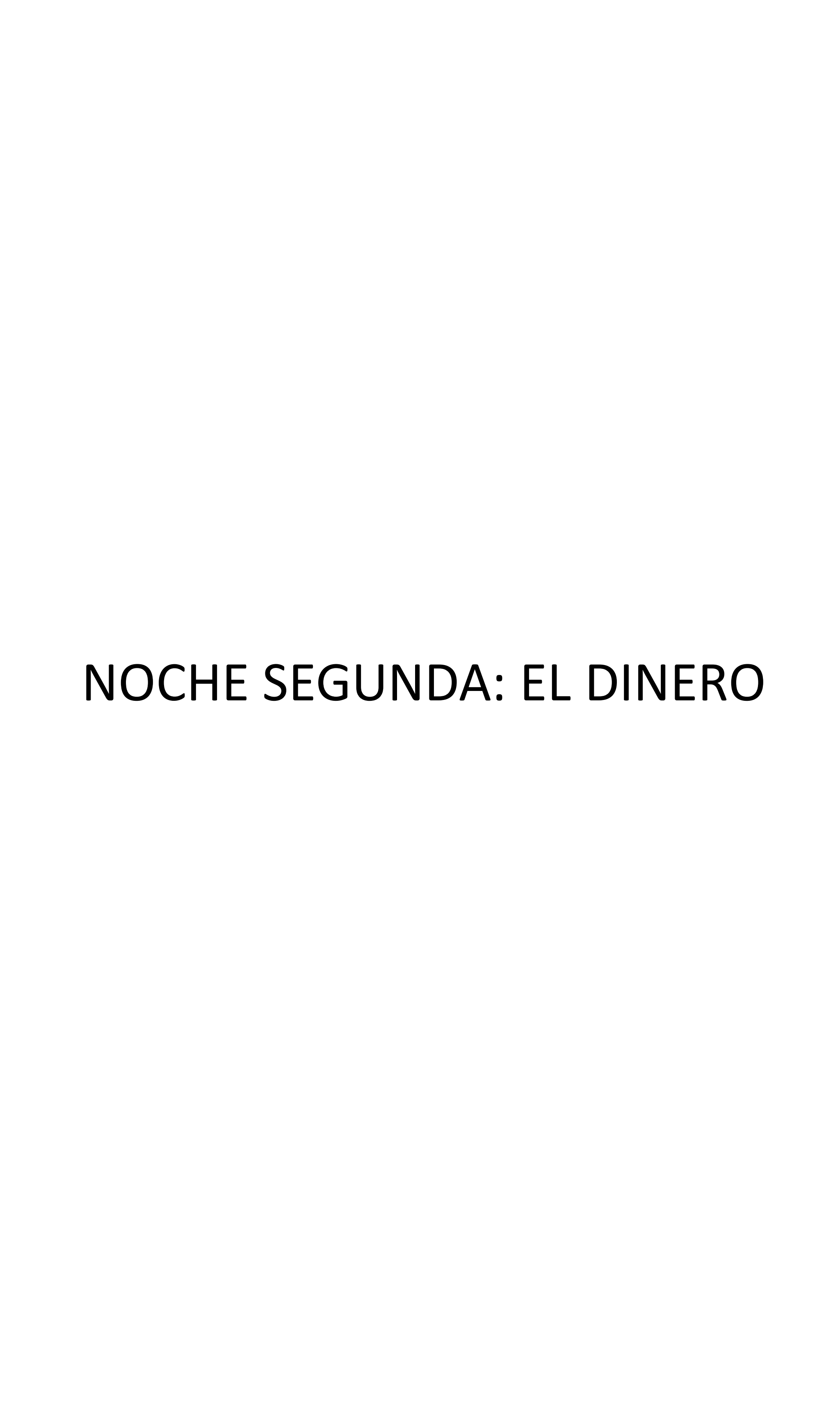
—Que se habla, se habla, se habla, y el amor no se dice, se hace, Quintero: lo repito. La literatura es lo que se dice en nvez de hacerse. Pero mi soledad no es una soledad como castigo. No soy un imbécil que, por imbécil, se ha ido quedando poco a poco solo. Es una soledad buscada. Me parece que yo rindo para los demás más estando solo que estando acompañado. Me llaman el solitario solidario. Siempre he pensado que, si yo tuviese un amor, el amor me embargaría de tal manera que no me dejaría hacer otra cosa. Mi amor es mi trabajo y, para mí, también el amor es un trabajo.

—¿Cuál es el gran enemigo del amor?

—Mire usted, no es el odio. Es probablemente el desamor. Vivimos en una época de desamor, en ese limbo que significa el desamor, en esa cámara frigorífica que significa el desamor. Todo le hace la guerra al amor. Todo: las iglesias, los estados, las obligaciones, las ocupaciones, los oficios, el tiempo, las urgencias, las ciudades… Todo le hace la guerra. Pero el amor que, a pesar de todo, triunfe saldrá tan fortificado que será invencible.

—Gracias por sus hermosas y profundas palabras, señor Gala. Me ha gustado tanto lo que ha dicho del amor que estoy dispuesto a enamorarme de la primera persona que vea.

—Pues haga usted el favor de mirar para otro lado, que me está viendo a mí.



NOCHE SEGUNDA: EL DINERO

—De cualquier forma, señor Gala, usted tiene fama de caro.

—Sí, es verdad.

—¿Y eso cómo se explica?

—Porque la única manera de hablarle a esta sociedad es con su idioma, porque no entiende otro. Entre las varias carreras que Antonio Gala estudió en su juventud una de ellas fue la de Ciencias Políticas y Económicas.

Echando mano de sus recuerdos de jovencísimo economista, me contaba que el dinero había tenido una importancia difícil de superar en la evolución humana, equiparable a la domesticación de los animales o al cultivo de la tierra. Según Gala, sin el dinero no se habría producido la división del trabajo. Me recordaba un dato fundamental: que en las economías dinerarias un hombre libre puede contratar sus servicios, mientras que en las economías que carecían de dinero tenían que cumplir esas funciones los esclavos. Es decir que, de alguna forma, el dinero es la garantía de un hombre que es asalariado, pero libre. No era ése, sin embargo, el enfoque que más me interesaba del tema que íbamos a tratar aquella noche. Me interesaba mucho más conocer la relación personal de Gala con el dinero y su opinión sobre la fiebre del oro que padece el mundo actual; un mundo mercantilista en el que todo se mide por su precio, no por su valor, y en el que todo se compra y se vende. En el que ni siquiera se adora ya al becerro de oro, sino al oro del becerro, como le gusta decir a Gala.

—¿Sabe vivir sin dinero?

—Sé vivir sin dinero… Yo renuncié a muchas cosas, y he dependido de gente cuyo nombre está en este momento en el altar de mi corazón: gente que ha compartido conmigo de verdad, físicamente, su comida. Haber pasado por eso es importantísimo, porque me parece que eso es la forja de un rebelde, y me parece que todos los hombres deberíamos atravesar esa especie de angustia de enterarse mañana de lo que teníamos que haber comido hoy.

—¿Cuáles son sus necesidades básicas?

—No quiero ser pretencioso en eso, pero tengo un modelo y procuro asemejarme a él: San Francisco de Asís. Francisco de Asís decía: «Yo necesito muy pocas cosas, y las pocas cosas que necesito las necesito muy poco». En realidad, yo dinero no gasto. Sólo gasto en medicinas, que son carísimas por cierto, porque además no pertenezco a la Seguridad Social, que llamarla social y llamarla seguridad me parece un abuso; pero, vamos, ni siquiera esa problemática seguridad poseo.

—¿Su relación con el dinero es de amor-odio o de odio directamente?

—No, de indiferencia. Lo que odio es otra cosa, no el dinero que me parece simplemente un mensajero. Al mensajero no hay que matarlo. Hay que odiar la noticia que trae, pero no al mensajero. Sin embargo, he amado una vez el dinero. Creo que debo acusarme.

—¿Cómo y cuándo fue?

—Mi querido, viejo y admirable catedrático de Economía, don Ramón Carande, me pidió una vez unos poemas que yo escribía. Debía de tener quince años. Sin decirme nada, escogió unos cuantos y los mandó a una revista, que se llamaba Escorial. Como al mes, me mandó llamar. Fui a su casa, a la calle Álvarez Quintero en Sevilla, y me dio un cheque de tres mil pesetas. Adoré ese cheque. Lo he conservado durante mucho tiempo. Caducó; pero era la primera vez que me pagaban por escribir versos, que me parecía algo tan contrario al dinero, y no se merecían de ninguna manera ni una sola peseta aquellos versos que yo había escrito con tanto amor. Pero amé el dinero. Quizá porque amaba lo que había producido ese dinero.

—¿Ahora haría lo que hace sin que le pagaran?

—Creo que debo hacer una distinción: escribir sí, porque para eso dejé todo lo demás. Es decir, yo no podría vivir sin escribir. Mi forma de respirar es escribir. Ahora, las apariciones personales, no las haría sin dinero. Porque me parece que es un signo de respeto y que es una especie de lujo de quienes me invitan: si los que me invitan son lujosos; si no, no. Pero no comparecería, porque el acto de hacerlo me transforma en un actor o una cantante, y ese esfuerzo representativo debe cobrarse.

—De cualquier forma, señor Gala, usted tiene fama de caro.

—Sí, es verdad.

—¿Y eso cómo se explica?

—Porque la única manera de hablarle a esta sociedad es con su idioma, porque no entiende otro. Como estoy hablando yo esta noche, no le puedo hablar a la sociedad del dinero porque se volvería tarumba. Se preguntaría: ¿Pero qué me está diciendo? Entonces, es necesario hablarle en su idioma, en que identifican éxito y dinero. Al éxito no se puede renunciar sino después de haberlo tenido. Yo juego un poco a Jonás y la ballena. Me dejo aparentemente tragar por la ballena para apuñalarla luego por dentro. Por otra parte, yo siempre he defendido los derechos de mi gente, de mis compañeros, de mis compañeros mártires en este caso, el respeto que se merece un creador, un escritor. Recuerdo el proceso de El Greco, en que defendió, el primero, que pintar no es un oficio sino un arte, con motivo de los cuadros de Illescas.

—O sea, que usted cobra de más por los que cobran de menos.

—Más o menos. Yo cobro más para que los que cobran de menos puedan subir su tarifa. El otro día me enteré de que me llamaban «el vengador», porque donde a ellos les dan un cenicerito de cerámica, yo pido mucho dinero. En venganza por eso. Las sociedades que normalmente nos llaman son instituciones dineradas (no quiero decir sus nombres, pero sospecho que están en la mente de todos) que quieren hacer cultura y disfrazarse de cultas a nuestra costa, y deben pagar. Porque es el único lenguaje que conocen. En caso contrario, te tomarían por tonto.

—Eso lo tiene muy claro.

—Muy claro. Y, desde luego, no me vendo ni me alquilo. Simplemente, me pongo a su disposición, previo pago. Y lo que ofrezco son las dos cosas en que, como dos rieles, se desarrolla toda mi obra: la justicia y la esperanza.

—¿Además de eso, qué vende usted? ¿Cuál es su tenderete?

—Yo no vendo turrón, yo no vendo nada… Estoy seguro de que, de tratar de vender algo, se me pudriría antes de que llegasen los compradores. Sólo ofrezco la justicia y la esperanza. Es lo único que verdaderamente no se puede vender, porque cada uno tiene que conseguirlo.

—¿Cuál es su caché? ¿Cuánto cobra por asistir a un acto público?

—Si el acto no es en torno a algo que personal o solidariamente me interese, no asisto nunca.

—¿Qué siente usted ante la presencia de un mendigo?

—Que la historia entera de la humanidad ha sido un fracaso.

—¿Se puede entender la pobreza sin haberla vivido, Gala?

—Tengo la impresión de que no. Tengo la impresión de que la pobreza es un estado de ánimo, un mundo. Si no se ha estado inmerso en ella, no se puede comprender. Por eso es imprescindible no juzgar. Hay gestos, hay actos que, desde nuestra posición, se ven absolutamente repudiables. Por ejemplo, el más repudiable: una madre que vende a su hijo. Pero ¿qué sabemos nosotros de lo que ha precedido a eso? ¿Qué sabemos de la intención de esa madre?… No se puede juzgar porque nos excede. El mundo de la pobreza es inimaginable.

—¿Usted ha conocido la pobreza personalmente?

—He conocido un mundo de pobreza relativa, como ya le he dicho, un mundo de la modestia, digamos. Yo renuncié en bloque a muchas cosas cuando decidí seguir lo que yo creía que era mi destino. Renuncié a un estatus familiar, a un porvenir que se presentaba bastante claro, después de mis estudios, y renuncié por tanto a una ayuda que no me autoricé esperar de mi casa, puesto que no cumplía ya los deseos de quienes me la proporcionaban. Renuncié a todo eso y me quedé bastante sumido, no digo ya en la miseria, ni en esa auténtica pobreza de que hablamos, pero sí en una vida extraordinariamente modesta y desprovista de todo, hasta de fichas para llamar por teléfono. Tenía a cambio la esperanza, tenía a cambio la certeza, tenía a cambio esa seguridad de que lo que yo elegía era lo que tenía que elegir. Fue la

única seguridad que me valía, aunque tampoco he aspirado mucho a las seguridades. Me parece que el ser humano se desenvuelve bastante bien a la intemperie, y no hay que temerla demasiado. Lo más seguro es la inseguridad.

—Supongo que no se imagina, entonces, en una chabola de un suburbio de una gran ciudad.

—No sólo no me imagino, sino que las conozco, y lo que me extraña es que los habitantes de esas periferias industriales, tan atroces, tan siniestras, tan improbables, no se pongan de acuerdo y estrangulen de alguna manera a la ciudad que los está estrangulando a ellos. Pienso, en este momento, en los ranchitos que rodean la ciudad de Caracas, o en las favelas de Río de Janeiro, o en los tugurios de Bogotá, o en los barrios de lata del París de antes, o de nuestro Madrid, más de antes todavía que de ahora, y me estremece. Me parece que verdaderamente el ser pobre lleva consigo un cierto acobardamiento y una cierta abdicación. Si no, no se comprende que no se reaccione, porque son más y porque tienen la fuerza de la razón y de la cólera.

—¿Comprende al que roba para comer?

—¡Cómo no lo voy a comprender!

¡Eso lo comprende hasta el Código! Hay una figura jurídica que se llama «hurto famélico». Y lo comprende hasta Santo Tomás de Aquino, que no comprendía demasiadas cosas. Habla de que se puede robar al que tiene superabundanter, dice él. Al que le sobra se le puede robar. Eso es absolutamente lógico, legítimo y hasta obligatorio.

—¿Obligatorio incluso?

—Incluso obligatorio, aconsejable… Ya que no dan…

—¿Para usted, qué es un hombre rico y qué es un hombre pobre?

—Para mí, un hombre rico sería un hombre que se mira a sí mismo y que mira a los demás; que avanza en el conocimiento sustancial del alma humana; que se fortalece socialmente y que fortalece él mismo a la sociedad que tiene alrededor; que se crea y se recrea en la belleza y en los sentimientos más altos; que alcanza una idea exacta de lo que sea

la vida colectiva, obligada a facilitar la suya propia y no a empeorarla; y que se vincula y se apoya en unas estructuras sociales que lo hacen más libre, que no lo limitan con una ortopedia extraña y un poco monstruosa. Ese me parece el hombre más rico de todos, tenga o no dinero.

—¿Y el más pobre?

—El más pobre me parece justo el contrario: el hombre que da más valor al parecer y al tener que al ser; que da más valor al cómo y al cuánto que al qué; que da más valor a la apariencia de la vida que al contenido mismo de la vida. Ese sería, para mí, el hombre pobre, realmente pobre, tenga o no dinero.

—¿No tiene la sensación de que nos vendemos muy barato; de que a cambio de un poco de dinero damos muchas cosas que no tienen precio?

—Probablemente es cierto porque, a cambio del dinero, damos horas de vida, damos ilusiones, damos ensueños, damos tiempo libre, y todo lo que se nos pague por tanto es poco. Por otra parte, para conseguir ese dinero hacemos un trabajo que normalmente no nos gusta, un trabajo que desamamos. Desde un fontanero hasta un estudiante, desde un empleado de banca hasta un dependiente de una tienda, todos estamos haciendo un trabajo que nos fastidia. Estamos deseando que llegue la hora del cierre. No nos importa levantar una pared y tirarla a los dos días, porque la hemos hecho sin amor, y sin amor se nos paga. Entonces nos sentimos estafados, porque damos una cosa, que es nuestra vida, a cambio de otra cosa que en realidad no sirve para mejorar lo que estamos dando.

—Y eso nos quita no sólo la vida, sino hasta las ganas de vivir.

—Nos quita las ganas de vivir porque, en el fondo, estamos haciendo un trabajo con desgana. Nos ganamos la vida, pero a cambio de eso parece que estamos desviviéndola. Ganar un sueldo más o menos elevado a cambio de nuestra vida no es compensatorio, no nos gratifica. Yo, que hago el único trabajo que amo y para el que sirvo, quizá debiera de escribir de rodillas.

—¿Por qué le damos tanta importancia al dinero?

—Según mis recuerdos de pequeño y jovencísimo economista, el dinero tiene una importancia en la evolución humana muy difícil de superar. Es equiparable a la domesticación de los animales para utilizarlos como ayuda; es equiparable al cultivo de la tierra, al desarrollo del poder y de los instrumentos que controlan el poder. El dinero produjo algo sin lo que no hubiese progresado el hombre: la división del trabajo; es decir, la multiplicación de las actividades. Luego hay un dato que me parece fundamental y es que, en las economías dinerarias, monetarias, un hombre libre puede ser asalariado, puede contratar sus servicios; mientras que en las economías no dinerarias tenían que ejercer esa función los esclavos. De alguna forma, el dinero es la garantía de un hombre que es asalariado, pero libre. Y eso me parece de una importancia grandísima. Lo que sucede es que, como suele acaecer en el desenvolvimiento humano, al transformarse un medio en fin, se va el invento al diablo.

—Que es lo que ha sucedido, ¿no?, que por culpa del dinero nos hemos ido todos al diablo…

—El dinero servía para, pero no en sí mismo. Ahora sirve para todo y por eso lo deseamos profundamente. Nosotros mismos nos medimos un poco en dinero: «Tanto tienes, tanto vales». Entonces, si el éxito se mide en dinero, si la felicidad se mide teóricamente en dinero…

—¿Por qué dice teóricamente? ¿No cree que el dinero da la felicidad?

—Todo el mundo sabe que la felicidad no la da el dinero, eso es una verdad indiscutible, pero el dinero ayuda a veces a olvidarse de esa verdad. En tales casos, el dinero se transforma en una especie de panacea universal, de deidad universal, de recurso universal, y aspiramos a él con uñas y dientes.

—¿Usted cree que detrás de todos los poderes, y sobre ellos, está el dinero?

—En las actuales circunstancias no puedo opinar de otra manera: sí. Creo, además, que el poder y el dinero son la misma cosa. Si se puede hablar de un poder fáctico, el del dinero es el más claro. Tanto es así que

esos dos poderes fácticos por los que siempre nos hemos sentido amenazados como dos espadas de Damocles: la Iglesia y el Ejército, o la prensa incluso, o están manejados por el dinero o son del dinero. Creo que el dinero está detrás de todo, desafortunadamente. La economía es la verdadera reina.

—Lo que es cierto es que el culto al dinero está acabando con todo. Hoy no se valoran la belleza, la inteligencia, el arte, la poesía… Nada importa si no produce dinero, si no es negocio.

—Es absolutamente natural. En este momento, nuestra sociedad no la rigen los filósofos ni los humanistas; la rigen los adinerados, los tecnócratas y los economistas. Ellos han conseguido (por ese procedimiento y esa regla de la productividad que es producir más, consumir más, tirar más) que la materia y el hedonismo sean las únicas realidades perceptibles y que el hombre no piense en otros placeres mucho más sutiles y probablemente mucho más costosos para ellos. ¿La cultura y el arte quién los elige? El dinero. ¿Quién decide sobre ellos? El dinero, el dinero con sus caminos sinuosos. En este momento no se cumple aquello que nosotros pensábamos en arte y en cultura: que el camelo no tenía futuro. Siempre pensábamos: bueno, es una luz de bengala, se apagará en seguida.

—Pero el camelo sigue, cada vez más dueño de la situación, en las paredes de las galenas, en las listas de bestsellers, en los escenarios, en las televisiones…

—Hay una inercia mantenida por el dinero, hay unos intereses creados. El que compra, compra porque es una buena inversión y tiene que mantener la bondad de esa inversión hasta el final. Y el pintor, el escultor, el hombre culto, el docente se someten a las reglas del dinero. El éxito no se mide ya nada más que por dinero y el dinero es el que justifica la maldad o la bondad de una obra. Han entrado de lleno los mercaderes en el Templo y sus caballos están abrevando en los altares.

—Incluso la política se ha puesto al servicio de la economía. Hoy no importan las ideas, importan los números.

—Me parece un conchabamiento muy grave. Pero no sólo la política, cualquier cosa está al servicio de una economía que nosotros desconocemos y que habla con un idioma de iniciados. La economía, que en el fondo es sencilla, o no es tan complicada, se enreda ella sola para poder hacer altas operaciones siempre en beneficio de sus predilectos. Los perjudicados somos siempre los mismos; por desgracia, los favorecidos también. Con todos los regímenes, con todas las razas: porque el dinero para eso es extraordinariamente abierto. Las multinacionales se expanden por doquier. No hay fronteras, no hay razas, no hay colores, no hay malos olores… A ellas no les importa nada. El dinero se lava y se estrena, como los buenos maridos de antes. No hay xenofobias ni racismos cuando aparece él.

—Y, mientras tanto, los ricos cada día más ricos y los pobres cada día más pobres.

—Hay casi un tercio del censo de España que está dentro de ese umbral triste y sombrío de la pobreza. Casi ocho millones de españoles puede decirse que son pobres. Saliendo de nuestra área, están los mundos esos que se llaman segundo y tercero, que nadie sabe por qué y quién es el que califica y cardenaliza: éste es el primer mundo y éste es el segundo y éste es el tercero, como si hubiese más de un mundo y como si realmente todos los hombres no fuésemos hermanos… Y se pone el vello de punta al considerar que mil millones de seres, iguales que nosotros, habitan en la oscura casa de la pobreza. Se pone el vello de punta al pensar que cuarenta millones de seres, iguales que nosotros, se mueren de hambre al año. Mientras exista ese destrozador, ese amargador concepto de pobreza y riqueza, los ideales que llamamos comunistas no han pasado todavía, porque no se han cumplido ni remotamente. Mientras la desigualdad sea tan notoria y tan cruel, aquellos ideales que hicieron que un mundo se rebelase contra otro no han pasado todavía y siguen exigiéndonos… He dicho la palabra hermanos, y a lo mejor le sorprende a alguno que todavía se pretenda hacer un discurso moral diciendo: son hermanos nuestros los que pasan hambre. De verdad que un león y un tigre, por comer y por dar de comer a sus cachorros, matan. Muy hermanos nuestros tienen que ser estos hambrientos para no matar. Yo creo que ya está bien de hablar de

ellos y de nosotros, de segundos, de terceros y de primeros mundos y empezar a hablar en serio de todos o de ninguno.

—Una noche me confesó que cada día se sentía más anarquista. Los anarquistas soñaron con un mundo sin propiedad privada y sin dinero, pero el sueño no prosperó.

—Y es difícil que prospere. Pero insisto en que, mientras la justicia social no se cumpla, siempre quedará la utopía; mientras la igualdad no se cumpla, siempre cabrá la posibilidad de las revoluciones. Yo, cuando veo a los jefes de Estado cómodamente sentados, juntos, cenando, siempre pienso que alguien prepara una revolución en los corrales, y me alegra. Que entren en el comedor y los devoren.

—¿Pero hay algún remedio para curarse de esta fiebre del oro?

—Yo creo que es una fiebre que sólo se puede combatir con anticuerpos, con anticuerpos de lo que en verdad es el hombre, con la cultura empleada en un sentido amplio. La cultura, los supuestos que se han perdido, las utopías que se han perdido, los ideales que hasta la izquierda ha perdido de justicia social, de redistribución de la riqueza. Cómo no va a haber desigualdad, si verdaderamente no se procura la igualdad… Esos ideales se han diluido de tal manera que la socialdemocracia en este momento se ha transformado no en la cara humana del socialismo, sino en la cara humana, más o menos humana, del capitalismo. Se han olvidado de que la economía no es la verdadera dueña de la casa, y se ha hecho un proyecto económico con una voracidad inmediata, y se ha contagiado desde las alturas hasta los últimos rincones de los países y de los pueblos ese deseo feroz, rabioso de dinero.

—Lo malo no es el dinero, sino los amantes del dinero, ¿no?

—Sí, esos acaparadores, esos estraperlistas del dinero, del dinero por el dinero, no por lo que signifique o por lo que vayan a comprar con él, sino por el dinero en sí mismo. Porque, a partir de una cifra, ya me contará usted los miles de millones para qué sirven… Es ya una especie de abstracción. Yo he dicho muchas veces esa frase, que ahora la dice ya todo el mundo, de que la sociedad actual es mala no porque adore el

becerro de oro, sino porque adora el oro del becerro, que es lo más incomprensible y más abstracto. Bueno, pues ya ni siquiera el oro, ya son números, cuentas, papeles, cheques, imaginaciones, elucubraciones, especulaciones… Y eso produce un extraordinario desánimo para los que no entendemos tal sistema de técnicas que nos dejan perplejos: organigramas, hipermercados, superestructuras, lo estructural y lo coyuntural, etc. —Y la trampa de los créditos, ¿no? La gente se compra su pisito, su coche y luego se pasa la vida trabajando para pagarles a los bancos y a las financieras.

—A mí me da eso un pavor tremendo, porque es una trampa saducea. A mí me gustaría invitar a los defraudados a rebelarse y poner las cosas en su sitio. Verdaderamente la unión hace la fuerza, y es muy difícil resistirse a la tentación de atentar contra aquellos que están pisoteando el único valor absoluto que hay en el mundo, que no es el dinero, por supuesto, sino la dignidad del hombre.

—Gala, ¿usted estaría dispuesto a soltar un poquito para colaborar a la igualdad y a la justicia social?

—¿Soltar… qué?

—Soltar dinero.

—¡Claro que lo suelto, querido amigo! Yo estoy muy acostumbrado a eso. Luego hablamos, si usted quiere.

—¿Hacienda le quita el sueño?

—Hacienda me quita todo, menos el sueño. Lo que sucede es que yo soy insomne y el sueño ya lo doy por quitado. Pero verdaderamente lo de Hacienda, sin una inmediata redistribución de la riqueza y un cumplimiento esmerado de los servicios públicos, me parece un timo.

—¿Sí?

—Me parece un verdadero timo. La fruición glotona de Hacienda, con ese aire inquisitorial que ha tenido estos últimos años, como si fuese una institución religiosa, a mí me da riguroso escalofrío. Ese afán insultante, ese poderío, esa arrogancia con los que le suministramos todo lo que tiene, porque es nuestra criada, que está ahí para quitarnos

los piojos, entre las muchas cosas que nos quita… Entonces se queda uno con las patas colgando literalmente, Quintero.

—Si por lo menos desgravasen las penas negras…

—No se haga usted ilusiones. Si tiene usted penas negras, lo mejor es que salga de ellas porque no le descuentan ni un duro. Y luego está esa especie de impuesto sobre la ilusión, que son las loterías y todas estas cosas. Es el impuesto sobre la ilusión de un pueblo que por tradición y humildad lleva una vida azarosa, se puede decir. Porque en España ahora los protagonistas absolutos, y también por razón de dinero, son los juegos de azar.

—Y qué me dice usted de los Bancos, con esas cartas tan cariñosas que envían a sus deudores…

—Maternales, son maternales… Te lo recuerdan todo.

—Incluso que van a acabar contigo.

—Sí, sí… Y, cuando no eres deudor, te mandan ofrecimientos maravillosos, engañifas suculentas, oportunidades inasequibles… Sí, es muy bueno todo eso. Está muy bien pensado.

—¿Tendría usted remordimientos si se decidiera a atracar un banco?

—Sólo en el caso de que saliera mal.

—Bromas aparte, es tremendo lo que estamos diciendo, ¿verdad?, porque hay tanto dolor detrás…

—Mucho dolor y mucha desesperanza, provocados por ello. Así ¿cómo quiere usted que yo no escupa al dinero? En cuanto tengo ocasión. Ya no tengo casi saliva.

—Si no existe, habría que inventar otra manera de vivir menos interesada, menos angustiosa, en la que no todo girase alrededor del dinero, en la que todo y todos tuvieran su valor y no su precio…

—Tendríamos que hacer un enorme esfuerzo colectivo e individual para salir de esto. Porque hasta lo que Virgilio llamaba la Edad de Oro, aquella edad en que el hombre era dueño natural de toda la naturaleza

y no había parcelas, ni vallas, ni dinero, se llama Edad de Oro. Nuestro glorioso siglo, aquel en que se escribía muy bien y no se ponía el sol en nuestros dominios, se llama Siglo de Oro. Todo está contaminado. Habría que pegarle una patada al kiosco. Yo estaría dispuesto a pegarla el primero.

—¿Aunque se quedara sin un duro?

—Aunque me quedara sin pie. Estoy acostumbrado a estar sin un duro.

—En definitiva, Gala, en este mundo, ¿qué queda de bueno, bonito y barato?

—A lo mejor el amor. Yo creo que una época que abate lo más humano que hay en el corazón del hombre, que es su aspiración al ideal, su aspiración a la bondad, a la verdad y a la belleza, es una época mala. Lo bueno, bonito y barato no interesa en un momento, como éste, en que parece que lo caro es, simplemente por ser caro, bueno; y empiezan ya los niños a saberlo. Los niños les piden a los Reyes Magos juguetes caros, los más caros. No les piden lo que a ellos se les ocurre que resultaría divertido, no. Le piden eso que ven anunciado en la televisión porque es lo más caro. Y los padres se lo compran para alardear de que sus hijos tienen los juguetes más caros. Y los adolescentes se compran marcas, y se distinguen no por el estilo de vida o por una clase social siquiera, sino por las marcas que llevan puestas, los trajes que se endilgan, las motos en que montan y los coches a los que aspiran. Dinero, dinero, dinero.

—Por cierto, Gala, ¿conoce a alguien que se haya hecho rico trabajando?

—Riquísimo, no; es decir, no lo que se llama rico ahora. Porque antes era rico un señor que tenía un millón de pesetas. Riquísimo no conozco a nadie, salvo que usted llame trabajar a esas dos graves actividades de la usura y la especulación. Esa usura y esa especulación que se sientan, y les basta esperar unas horas para que el dinero se les haya multiplicado, porque están jugando no con la realidad, no con el valor, sino con los precios de las cosas.

—¿Señor Gala, hablando de dinero,

me presta usted cincuenta mil duros?

—¡Cincuenta mil duros!... ¿Y para qué los quiere usted?

—Le juro que no son para guardarlos.

—Ya hablaremos de eso.

—¿A quién le va a dejar usted todo lo que tiene?

—Lo que tengo posee ya adjudicatario: a la Fundación para Jóvenes Creadores que, en Córdoba, lleva mi nombre.

—Mientras tanto, ¿para qué quiere usted el dinero?

—Yo lo manejo en contadas ocasiones. Hay quien lo usa para mantenerme a mí y a mis acreedores.

—¿Es usted generoso?

—Soy, en el estricto sentido de la palabra, desprendido: el dinero no me interesa nada. Pero sé cuánto cuesta ganarlo en ocasiones. No siempre me fue dado.

—¿Comprende a los avaros?

—No, siento penas por ellos. Su vicio o su defecto me da asco.

—¿Si se arruinara, para usted sería una tragedia?

—La palabra tragedia ha de reservarse para casos más extremos. Yo necesito muy poco para vivir: soy auténticamente espartano. Necesito lo justo que me permita continuar trabajando.

—¿Qué siente cuando piensa en tantos escritores y artistas que murieron en la miseria?

—Me admiran su empecinamiento y su seguridad. Si eran artistas verdaderos, supongo que el tiempo los habrá enaltecido.

—¿Cuál es la consecuencia más nefasta de la fiebre del oro que padecemos?

—La subversión de los valores, la sumisión de la vida a la fortuna, cuando ella (la vida) es nuestra única fortuna verdadera.

—¿Para qué quiere un hombre más de lo que necesita?

—Para acabar necesitando más aún. Yo he sido educado en una rigidez muy austera.

—¿Ha tenido alguna vez la tentación de robar? ¿Ha robado algo en unos grandes almacenes?

—De vez en cuando me he llevado algún libro. Creo que en tres ocasiones. Siempre me han descubierto: una desgracia.

—Tal como están las cosas, ¿usted cree que los pobres tienen derecho a la vida?

—Mire usted: si yo no creyese que los pobres tienen derecho a la vida, no tendría yo derecho a la vida, ni, desde luego, estaría aquí pensando en ellos.

—Me gusta que una pregunta tan corrosiva se la haya tomado tan en serio.

—Es que me parece que si alguien hace una pregunta como ésa, la respuesta tiene que ser tajante. Tajante, hasta el punto de que le taje el cuello, si es preciso.

—Lo comparto.

—No esperaba menos.

NOCHE TERCERA: EL PASO DEL TIEMPO

—Aunque no le inquiete el paso del tiempo, supongo que le inquietará la ruina, la decadencia que el paso del tiempo nos produce. ¿Cuándo empieza esa decadencia?

—«Media vita in morte summus», dice la antífona, y es verdad. Empezamos a morir desde que nacemos.

Reconozco que el paso del tiempo me inquieta. Puestos a comprender, hasta comprendo que uno se tenga que morir, pero ¿por qué pasar por la humillación del deterioro, de la decadencia, de la ruina que suponen los años? Me rebela que, con la edad, uno ya empiece a comprenderlo y disculparlo todo, que se vayan perdiendo la rebeldía, el idealismo, la ilusión, la pasión, la fuerza… Me rebela llegar a ese recodo del camino donde el tiempo se vuelve un enemigo, donde el placer nos abandona y se va perdiendo el gusto por casi todo, donde uno es ya un extraño que mira desde lejos la juventud y la belleza, como algo ajeno que no le pertenece. Aquella noche quería compartir con Gala mis inquietudes, porque a veces el mejor conjuro para ahuyentar a los demonios es hacerles frente, hablar abiertamente de ellos. Creía que Antonio, que me parecía un señor bastante coqueto, estaría de acuerdo conmigo en quemar los carnets de identidad y los calendarios, pero descubrí que ni le inquietaba excesivamente el tiempo ni le asustaba la vejez. Descubrí que, para Gala, el tiempo no es un ladrón que nos lo roba todo.

—¿Le inquieta el paso del tiempo, a sus años?

—¿A cuáles años?

—Bueno…, a su edad.

—Pues si quiere que le diga la verdad, y a riesgo de defraudarlo, no. Hay un tiempo cotidiano, que nosotros troceamos, medimos, manejamos, y hay otro tiempo, que consideramos un poco como una especie de asesino taimado que nos administra, que nos trocea, que nos divide a nosotros. Pero ese tiempo me parece una metáfora. De modo que no me siento inquieto porque, si me inquietase, me pasaría la vida acechando, como esos recién operados a corazón abierto que tienen unas válvulas artificiales que suenan permanentemente: tac-tac-tac… Y

hay algunos que no pueden superar ese ruido, porque están demasiado pendientes de ese tac-tac, y acaban suicidándose.

—Aunque no le inquiete el paso del tiempo, supongo que le inquietará la ruina, la decadencia que el paso del tiempo nos produce. ¿Cuándo empieza esa decadencia?

—«Media vita in morte summus», dice la antífona, y es verdad. Empezamos a morir desde que nacemos. La larga, o corta, carrera ante esos anchos ventanales, por esa iluminada galería, que es la vida, empieza a recorrerse en el mismo momento en que entramos en ella. Y el tiempo no tiene en absoluto ninguna culpa, ni ninguna responsabilidad. Están dentro de nosotros esa muerte y esa decadencia. Nos deterioramos porque estamos viviendo al lado de un derrumbadero, y nuestro sistema interior se deteriora porque está hecho para eso, puesto que no somos inmortales. La decadencia empieza desde que empezamos nosotros.

—¿A qué edad descubrió usted que

no era inmortal?

—Enseguida, como todos los niños. Mi infancia estaba rodeada de pequeños animales y, por supuesto, de muertes chiquitas: tórtolas que amanecían picoteadas y calvitas, cucarachas a las que se les echaba determinado insecticida, mochuelos que estaban en la despensa acechando la vida de las cucarachas, galápagos que desaparecían… Y a los siete años, un compañerito de clase con las rodillas gruesas como un cachorro, que jugaba muy bien a la pelota y sonreía muy bien, y de pronto nos llevaron a verlo muerto.

—A mí también me llevaron de niño a ver a un compañero que había muerto del corazón y estaba morado. Es tremendo hacerle eso a un niño, ¿no?

—Sí. El niño piensa que eso es una equivocación, porque él no está jugando a ese juego de la muerte. Y es difícil que el niño se dé cuenta de que no es inmortal, porque la vida, para él, aunque se muera al día siguiente, sí es inmortal. Incluso cuando un niño se suicida, se suicida de una forma peculiar: quiere ser entendido, quiere hacer ese juego de la

muerte como una advertencia para que los demás lo necesiten, lo echen de menos, lo atiendan más cuando vuelva. Es decir, la muerte para el niño no existe, aunque exista, aunque esté allí. El niño no la reconoce.

—Pero, a pesar de no reconocer la muerte, usted ya entendió que no era inmortal, ¿no?

—De una manera confusa supe que no iba a ser inmortal, como confusamente adiviné que tampoco iba a ser niño para siempre. Pero de una manera real es difícil. Sólo de una forma intelectual sabemos que somos mortales. La muerte nunca coincide con nosotros. Si estamos nosotros, no está la muerte; si está la muerte, no estamos nosotros. Es como la definición de Lagartijo del toreo: «Tú te pones delante del toro; que no te quitas tú, te quita el toro».

—¿Le sigue divirtiendo la vida de la misma manera que cuando era niño?

—¡De ningún modo! ¡A mí no me ha divertido la vida nunca, jamás! Divertido quiere decir «divertere», coger algo y cambiarlo de sitio, traerlo a otra parte. Y a mí la vida no me ha divertido, ¡todo lo contrario!: me ha absorbido. Estudiar la vida, vivirla, bebérmela hasta que se me atragantara, ¡eso sí! Pero, divertirme, no. Las diversiones son otra cosa menor.

—¿No será que piensa así porque para usted ya pasó la edad de la diversión y del placer?

—Yo entiendo que no. Primero, cada edad tiene sus placeres. En este momento yo no saltaría con pértiga, por ejemplo, si es que eso es un placer. Eso se lo dejaría a la gente de veinte años. Pero yo tengo otros placeres que no tienen ellos. No sólo los intelectuales.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el sexo. Yo he oído decir a una vieja duquesa española que los jóvenes hacen el amor como desatascadores, de una forma apresurada, egoísta e inexperta. El largo sexo no lo hacen los jóvenes porque tienen urgencia, tienen avidez, no sólo ya del sexo sino de otros tipos de placeres. Mire usted, cuando se come con mucha hambre no se

disfruta de la comida. Los que entienden verdaderamente de comida en pocas ocasiones son golosos. Les gusta mucho comer, pero no comer mucho. Esa es la postura de la gente un poco mayor, de nuestra edad.

—¿No envidia a la juventud?

—¿A la juventud en general?… No. Quiero mucho a los jóvenes, son mi esperanza, los tengo sentados encima de mi corazón, pero pienso que no son envidiables. En la época en que yo fui joven, todavía no había llegado ese eslogan de los «jóvenes leones», ni había tal veneración por la juventud, ni todo el mundo quería ser joven. Se decía: «Cuando seas padre, comerás huevos». Luego resultó que cuando nosotros fuimos padres ya no había huevos que comer o los huevos se los comían los niños, porque había pasado a ellos el trono. Es decir, hemos sido una generación frustrada. Pero, en cualquier caso, los jóvenes de nuestra época lo hacíamos todo juntos: viajábamos juntos a Oriente, fumábamos «porros» juntos… Éramos un poco promiscuos en el sexo. Nos escapábamos juntos, vivíamos en comunas…

—El que viviera…

—… el que viviera. Ahora se ha desperdigado esa unión que hacía la fuerza de los jóvenes, y la juventud se ha convertido en una casta, no siempre benéfica para ellos. Yo los invitaría a rebelarse, pero de uno en uno. No como jóvenes, no como casta, sino como individuos. Yo los invitaría a enamorarse (se equivocaran o no, acertaran o no en la elección) locamente.

—Los jóvenes suelen decir que nuestra generación tiene mal rollo, que nos hemos equivocado. Pero, bueno, eso también lo decíamos nosotros de nuestros padres.

—En efecto, nuestra generación y la anterior se han equivocado. Lo que yo quisiera es tener la certeza de que la de ellos no va a equivocarse, de que la suya no se está equivocando, de que la suya no está vendiendo su primogenitura por un nutritivo plato de lentejas, porque los platos de lentejas se los come uno solo. Y yo quisiera que, aparte de hacer ese reproche de que tenemos la culpa (y es cierto), participasen en la responsabilidad, tomasen partido, ¡nos echasen! Porque yo ya me doy

por echado. Entre otras cosas, porque soy de los que se han ido voluntariamente, de los que se han salido de la fila, y de aquellos pocos que los jóvenes de alguna manera consultan. Hay jóvenes que tienen quizá más de mí que de su padre.

—Cuando se es joven uno cree estar en posesión de la verdad.

—Nunca se está en posesión de la verdad. Respeto demasiado a los jóvenes como para pensar que ellos creen que lo están. En posesión de la verdad sólo están los sumos sacerdotes, y no creo que un joven sea un sumo sacerdote ni aspire a ello, qué porquería.

—¿Tampoco cree que más sabe el diablo por viejo que por diablo?

—No me parece que el diablo sepa por viejo, sabe por diablo. Y sabe tanto que ha podido llegar a viejo.

—Usted admite que nos hemos equivocado. ¿Cuáles han sido los grandes errores de nuestra generación?

—Casi los de todas: resignarse. Nuestro tiempo era un tiempo en que los presupuestos eran tan compartidos que no era necesario hablar de ellos. El tiempo este es otro. Yo me asomo muchas veces a este tiempo como a una ventana, como a una propiedad ajena. No estoy seguro de que este tiempo sea el mío. Me duele mucho, porque no sé entonces para quién escribir. No sé si estoy escribiendo para el pasado, para los de la tercera edad. Pero hay jóvenes que sí comprenden. Hay jóvenes que hablan nuestro idioma, y eso es hermoso. Me parece que esa insolidaridad entre las distintas edades del hombre es perjudicial para todos.

—¿De verdad no se siente usted de este tiempo?

—Lo veo un poco ajeno. Yo he pensado durante toda mi vida que la cultura era la expresión de mi mundo y de mi tiempo, y no estoy tan seguro de que la cultura de ahora sea la expresión de ahora. Hay tanto mito cultural facilón y extraño. Se ha cambiado el envoltorio por el contenido, se ha cambiado la realidad por la metáfora, se ha cambiado la vida un poco por el teatro, la creación por la repetición… Me da un

poco de miedo. Creo que se reaccionará, porque el ser humano reacciona siempre.

—¿Se considera hijo y producto de su tiempo, o tampoco?

—Decididamente, sí. Me considero un hijo más, no predilecto, no abortivo tampoco. Padezco y gozo con lo que mi tiempo ha gozado y padecido. No sé si soy representativo de mi tiempo o no, pero he formado con mucha gente un tiempo en un momento en que era difícil formarlo; en que todos estábamos guiados por la esperanza; en que la utopía era un poco la reina; en que la dictadura se comportaba con nosotros como una especie de madre regañona y antipática cuyas lecciones no nos servían para mucho, y teníamos que inventarlo todo. Ese era nuestro tiempo. Los supuestos eran siempre futuros. Nos estábamos preparando a fondo para el futuro, de la misma manera con que los canteros de las antiguas catedrales dejaban modestamente su signo en las piedras tan altas que nadie iba a ver, que nadie se iba a tomar el trabajo de mirar. Soy de mi tiempo, pertenezco a mi tiempo, me costaría muchísimo trabajo y una gran desilusión aprenderme un nuevo diccionario para hablar otro idioma.

—¿Siente la nostalgia del tiempo perdido?

—La nostalgia no es un buen sentimiento, salvo que esté un poco matizado de sonrisa, salvo que haya una cierta ironía. Yo me siento demasiado atraído por el futuro como para mirar continuamente atrás. Lo que sucede es que estoy avanzando. Si no miro hacia atrás, pierdo el camino; pero si miro sólo hacia atrás, tropiezo. Procuro mirar sólo lo imprescindible para saber que no voy campo a través, sino que voy por un camino que han marcado otros, otros de mi tiempo, otros que pensaban como yo, heterodoxos probablemente, expulsados probablemente, pero que es mi camino. Ya no tengo otro. Ya tengo que avanzar en línea recta por ese camino emprendido que no ha sido del todo infructuoso. No estoy contento de mi vida, pero tampoco estoy descontento. Creo que he hecho casi todo lo que he podido, y en la vida no creo que se exija más que la buena voluntad.

—¿No le asusta la vejez?

—Si me asustase la vejez, estaría todo el tiempo asustado. Estaría haciendo el ridículo permanentemente. No me inquieta el tiempo, se lo he dicho ya, y no me asusta la vejez. La vejez no le asusta a nadie porque todo el mundo quiere llegar a viejo. Lo que le asusta un poco es el proceso de envejecimiento, porque a eso nos acostumbramos mal: a ver que tenemos ya menos carne en las encías, o algunas manchas en la piel, o que las uñas se ponen quebradizas, o que tenemos bolsas en los ojos o patas de gallo… Pero la vejez no se improvisa. Y depende de nosotros el tipo de vejez que consigamos.

—A eso, entre otras cosas, me refería antes cuando le hablaba de la ruina.

—Hombre, eso no es muy agradable. Pero cuando no se ha sido verdaderamente un Apolo, tampoco importa demasiado.

—¿Usted nunca ha pensado en la restauración, en una manita de cirugía plástica?

—Si alguno de estos eximios cirujanos plásticos quisiera quitarme las arrugas de la cara, sería capaz de asesinarlo, porque son absolutamente mías. Es muy difícil que un rostro se defina por otra cosa que por sus arrugas. Porque las arrugas, además, se forman por la fisonomía, por la forma de reírse, por la forma de fruncir el ceño, por la forma de forzar los ojos para mirar mejor. Somos eso. ¿Me van a quitar a mí todo lo que significa eso? ¿Ese resultado, el producto de tantos años, me lo van a quitar, como si yo no los hubiese vivido?

—La verdad es que usted se conserva bien.

—¡Lo dice usted como si yo fuese un melocotón en almíbar! No es que me conserve bien, es simplemente que no estoy demasiado horrendo para mi edad.

—¿Asume que es una persona mayor?

—Si no lo asumo yo, lo asume el registro civil.

—¿Se tiene la edad que realmente se tiene o la edad que se representa?

—Yo creo que las dos edades son verdaderas. Hay una edad que se tiene y una edad que se representa, y me parece que las dos son, por lo menos, respetables. Yo creo que no nos damos muy bien cuenta del proceso de envejecimiento porque, por dentro, seguimos siendo los mismos. Algo sucede, pero no lo suficientemente trascendental como para que creamos que, de una forma esencial, ha cambiado nuestra vida.

—¿No le parece suficientemente trascendental estar en la tercera edad y en manos del Inserso?

—Odio la expresión tercera edad, si me permite decirlo. Odio todo ese merengue que se echa sobre las cosas. Ya nadie es lo que era: los fontaneros no son fontaneros, los porteros no son porteros, los peritos agrónomos no son peritos agrónomos, los viejos no son viejos… Todo ha ascendido, todo es excesivo. Si bajásemos un rellano en la escalera, todos estaríamos mucho más cómodos, mucho más en nuestro sitio y cumpliendo la obligación para la que estamos preparados. Hay dos sectores que no me gustan de los señores provectos, de los viejos: esos viejos que quieren ser jóvenes, que actúan como si fueran jóvenes, se visten de jóvenes, se ponen chaquetas de hombros anchos…

—Los que se aferran a la juventud.

—Se aferran a la juventud propia, y cuando se quedan solos se desmoronan los hombros y se les cae la cara, porque son un poco saltimbanquis. Se tiñen las canas del corazón, y a eso no hay derecho… Y, luego, los otros viejos, que sí que son viejos, pero que se pasan todo el tiempo hablando de sus tiempos. Llega un momento en que cansan y no les interesa a nadie su conversación.

—Cuesta darle sentido a cada edad, ¿no?

—Por supuesto que cuesta darle sentido; sobre todo, a la vejez, que parece que no tiene ninguno, que parece que ya es el camino de vuelta. Yo no creo que nadie esté en el camino de ida ni en el camino de vuelta, ni un señor mayor ni yo. Yo estoy a verlas venir, y eso me parece maravilloso: darme cuenta de que no soy el ombligo del mundo, darme cuenta de que no estoy en posesión de la verdad, darme cuenta de que

las cosas no son hirientes si no las apretamos. Poder orientar, poder orientarme…, todo eso es hermoso.

—¿La experiencia sirve para algo?

—La experiencia personal puede servir para algo, aunque siempre se ha dicho que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. La experiencia ajena supongo que no nos sirve de nada. Es inútil aconsejar. Es un bonito deporte, pero tan inútil como cualquier otro deporte. Me parece que nadie escarmienta en cabeza ajena y que nadie, cuando ve las barbas de su vecino en remojo, pone las suyas a remojar. Yo no doy jamás consejos no pedidos, y tampoco los acepto.

—¿Y qué piensa de esa receta de que el tiempo lo cura todo?

—Bueno, eso es una receta médica y en ésa sí creo. El tiempo no es que cicatrice del todo las heridas, pero nos hace mirar hacia otra parte. Nos hace quizá desear nuevas heridas, nuevos campos de batalla, guerras nuevas, hazañas nuevas. Y eso nos distrae de las antiguas. No creo que una mora quite la mancha de otra mora, ni que un clavo saque otro clavo. A veces, se quedan los dos y es un fastidio doble. No hay que sacar los clavos, hay que mantenerse con los clavos bien hondos. Si algo ha formado parte de nuestra vida, no conviene sacudírselo. Creo que hay que vivirlo todo apasionadamente, la escasez del tiempo también. Creo que hay que comerse el fruto a mordiscos, salvajemente, incorporándolo, haciéndolo nuestro. Para eso están los jugos digestivos, para hacer verdaderamente nuestro todo lo que nos suceda. Porque no somos nada: vamos siendo, nos vamos haciendo. Y vamos haciendo la digestión, incluso de nuestro propio corazón a veces.

—Con el paso del tiempo, Antonio, uno empieza ya a comprenderlo todo.

¿Qué hay que hacer para no perder la rebeldía?

—El paso del tiempo lo que nos da es motivos para la rebeldía. Un chico joven puede ser mucho más rebelde que un niño y un anciano puede ser absolutamente rebelde, tiene en su mano todas las cartas para serlo. Lo que sucede es que nos resignamos. El hombre es un ser adaptable. Yo quisiera en este momento tener la curiosidad, el entusiasmo y la

beligerancia del joven que fui, y un poco la serenidad y la ecuanimidad del maduro que estoy siendo. Un hombre es una historia. Un hombre no es sólo biología; un hombre es biografía, sobre todo.

—Me parece muy bien, pero sigo pensando que con el paso del tiempo uno ya lo comprende y lo disculpa todo.

—Lo que comprende es un poco la inutilidad de la rebeldía. Para eso sí sirve la experiencia y, por eso la experiencia tiene mala fama: porque se resiste uno a hacer gestos inútiles cuando ya no quedan tantos gestos que hacer. Uno se ensimisma un poco y dice: allá ellos, que inventen ellos… Y se queda con su pequeño quehacer, con su gran quehacer, porque el ser humano siempre tiene un quehacer muy grande, aunque sólo se esté haciendo a sí mismo. Entonces los gestos de rebeldía ya no compensan; sí los gestos de sacrificio por el ideal: esos se llevan hasta el final. Yo conozco viejos sacrificados maravillosos, ancianos llenos de una vejez cruda y verde (como dicen los clásicos que la tenía Caronte, el guardián del infierno, el de la barca de la laguna Estigia), viejos seminales, con un vigor contagioso. Científicos, escritores, viejos ilusionados, apasionados por la vida y rebeldes.

—Admitamos que se puede ser rebelde, que se puede estar ilusionado e incluso apasionado por la vida en la vejez. Pero no me negará que la época de la abundancia es la juventud.

—Pues sí, claro que se lo niego.

¡Naturalmente que se lo niego! Siento mucho tener que negarle casi todo, pero es que usted sabe con perfección inalcanzable que la época de la fructificación es el otoño. Hay unas épocas de siembra y unas épocas de recolección. Yo creo que, si la naturaleza tuviera que elegir, elegiría la madurez. Es más bonita la juventud, pero es mucho más productiva la madurez.

—¿Prefiere el otoño a la primavera?

—Me lo dice usted con tono como si me fuese a echar del plato si digo que sí. Pues, sí.

—¿Sí?

—Sí, prefiero el otoño, tiene unas luces más hermosas. La primavera me parece una estación un poco agotadora, subraya demasiado las carencias. Da un poco de vértigo ver cómo las niñas se esponjan en primavera y cómo los muchachos salen de sí, cómo los animales ronronean y se buscan unos a otros. A uno le está pareciendo ya la primavera una fiesta a la que no ha sido invitado y una canción cuya música no acabará ya de aprender.

—¿Para qué cosas ha dejado de tener tiempo?

—En general, para los caprichos ajenos. Pero no por falta de tiempo, sino porque me coartan la vida, me la llenan de cosas que no me interesan. Para la hermosura, para la vibración, para la generosidad de los demás, para ser generoso yo con los demás siempre tengo tiempo.

—Y ahora, a sus años…

—Dale.

—Perdone.

—Es que dice usted a sus años con un tono que no me gusta nada. Incluso me parece una grosería, si usted me permite.

—Bueno, a su edad…

—No intente arreglarlo, que es mucho peor.

—Ahora ¿se siente más libre que cuando era joven?

—Sí, partiendo de una cosa: la libertad no es nunca absoluta; eso es mentira. La libertad absoluta sería una libertad irresponsable y que no cuenta con las libertades de los demás. Pero, dentro de ese orden, sí me siento más libre. Por una cosa: porque puedo elegir mejor y puedo elegir entre más cosas. Y, luego, porque me hago responsable de lo que he elegido, y ésa es la verdadera libertad.

—¿Le ha perdido el gusto a muchas cosas, Antonio, con el tiempo?

—Pues de las que me han gustado a lo largo de mi vida, no. Todavía creo que puedo ser un buen amante, si llega la ocasión; que puedo ser un ser reflexivo que sabe quedarse tranquilo entre cuatro paredes, y la ocasión

ha llegado; que puedo ser alguien orientador, comunicador de mis propias experiencias; que puedo servir para alguien. No para otra cosa estoy aquí, y usted lo sabe. Es decir, no le he perdido el gusto a nada de lo que me haya gustado antes de ahora.

—Pero se va cambiando con el tiempo, ¿verdad?

—Si no, seríamos invencibles. ¿Usted me tendría a mí aquí, si yo tuviese doce años?

—Depende de para qué. En definitiva, ¿qué se pierde y qué se gana con el tiempo?

—Con el tiempo, nada. Se pierde y se gana al mismo tiempo que el tiempo camina a nuestro alrededor, utilizando el tiempo. Pero el tiempo no interviene. Nos enriquecemos nosotros, nos empobrecemos nosotros.

—¿El tiempo no da la serenidad?

—No, ni la sabiduría.

—¿Tampoco da sabiduría?

—¿Por qué va a dar el tiempo nada? Entonces bastaría sentarse y que el tiempo nos sirviera la mesa, nos hiciera crecer y nos ilustrara. No. Somos nosotros los que vamos en busca de la sabiduría y en busca de la serenidad, pero el tiempo no da nada. ¿Por qué va a dar? ¿Por el hecho de cumplir cincuenta, sesenta o setenta años uno va a ser más sabio o va a ser más sereno? No. Si no ha aprendido, si no ha estado con los ojos abiertos recibiendo las lecciones diarias, ¿por qué va a aprender?

—¿Mejora, por lo menos, la condición humana con el tiempo?

—Depende de la materia prima. Hay condiciones humanas que no, que empeoran con el tiempo, como las perdices muertas si no se las mete en el congelador.

—Entonces, el tiempo no es un ladrón…

—No.

—… que nos lo roba todo.

—No, el tiempo, en todo caso, sería, ya que usted habla de dinero, un prestamista. Tenemos ese préstamo y lo gastamos bien o mal, lo derrochamos con gozo o con tristeza, o sencillamente lo invertimos. Las buenas cabezas lo invierten, pero también pueden equivocarse en la inversión, y hay quien lo pierde.

—Y hay también muchas cosas que se pierden porque uno llega tarde.

—Algunas, pero yo estoy seguro de que las cosas llegan con su tiempo y nosotros tenemos que acomodarnos al tiempo de las cosas.

—En conclusión, señor Gala, ¿podemos decir que ha llegado usted ya a la edad de los placeres sencillos?

—Yo creo que he estado siempre con los placeres sencillos. Mire usted, yo he tenido una mala salud magnífica, una mala salud infame, una mala salud definitiva desde pequeño. Yo tengo un aparato digestivo que les da la risa a todos los médicos que lo ven a través de los rayos X, o como se llamen. Naturalmente, les da la risa y yo asomo por encima y les digo: cabrón.

—¡No me diga!

—No se lo digo a usted, se lo digo al médico por reírse. Entonces, si quiere que le diga la verdad, yo vinagre quizá no lo haya probado, pimientos comí una vez y todavía me los toco… Los placeres míos no han sido nunca excesivos ni complicados. Prefiero los placeres sencillos y la vida retirada, porque me van mejor para la salud, entre otras cosas. Comprendo que otros tendrán otras tentaciones y los animo desde aquí a satisfacerlas, aunque vivan menos.

—Por cierto, ¿por qué durará tan poco?… El gusto, me refiero.

NOCHE CUARTA: EL SENTIDO DE LA VIDA

—¿Pero de qué sirve preguntar, si no hay respuestas? Nadie sabe quiénes somos, de dónde venimos ni adónde vamos.

—No importa. Estamos aquí. Somos una centella que cruza el anchísimo pecho de la noche, de repente, y va de la oscuridad a otra oscuridad. ¿Por qué no brillar mientras dure el brillo y ser estrella? Me contaba Gala que una vez que estuvo en Roma cenando con un cardenal de la Santa Madre Iglesia, le preguntó: «¿Cuántos cardenales supone su eminencia que creen en la otra vida?». Su eminencia le contestó: «Seis». Luego dudó un momento y, tras la pausa, dijo: «Bueno, siete». Me decía Gala que no se atrevió a preguntarle quién era el séptimo, por si las moscas, pero la respuesta del cardenal lo ratificó en su impresión de que existe muy poca gente que realmente crea en la otra vida. Luego Antonio hizo una frase de las suyas, para concluir: «Yo no sé si nuestro reino es de este mundo, pero nuestro mundo sí es de este reino». (Para no gustarle las paradojas y los juegos de palabras, hay que reconocer, dicho sea de paso, que Gala puede resultar con frecuencia bastante juguetón y paradójico). Si nuestro mundo es de este reino y si la única vida que, de momento, podemos llamar nuestra es esta vida, me parecía oportuno dedicar una noche a dialogar sobre su sentido. Porque quizá la única pregunta que realmente importa es la que el hombre se viene haciendo desde que tiene uso de razón: ¿por qué y para qué estamos aquí? ¿Cuál es el sentido de la vida?

—¿Qué le parece si empezamos con algo sencillito? ¿Para qué vivimos?

¿Por qué y para qué estamos aquí?

—Sí, la pregunta es muy sencillita… Yo creo que la vida significa movimiento: crecen las flores, vuelan los pájaros, se ciernen las águilas, corre el agua… Todo es puro movimiento, un movimiento hacia la continuidad del movimiento. Parece que a la naturaleza lo único que le interesa es perdurar; lo único que le interesa es esa especie de cópula universal, en el que el futuro, el mañana, es el gran tirano. Yo siempre que estoy ante la naturaleza siento un gran temor, porque no sé su enigma, no estoy nada seguro de por qué la naturaleza quiere con tal fuerza perdurar…

—Pero, maestro…

—A mí no me llames maestro, que me da mucho asco.

—Perdone, pero es que ante usted me siento como un pequeño saltamontes. ¿Sabe alguien qué es la vida y qué sentido tiene?

—Yo creo que la vida es un inefable, como la poesía, como el amor. Es el mayor de los misterios. La vida es la madre de todos los misterios, la madre de todo. Es sólo una posibilidad que se nos brinda. Yo no me atrevería de ninguna manera a definirla. Yo me atrevería únicamente a ir diciendo lo que he ido encontrando poco a poco, si es que se encuentra algo, si es que no viene hacia nosotros. Porque yo creo que nadie avanza si no es llevado, si no es impulsado. La vida es lo único que tenemos. Y ni siquiera, porque nosotros no tenemos a la vida, sino que la vida nos tiene a nosotros, nos utiliza a nosotros.

—De niño yo oí decir muchas veces que la vida era un valle de lágrimas. Me lo decía mi madre, los curas…

—Yo espero que su madre no le haya enseñado a usted que la vida es un valle de lágrimas. Su madre es andaluza, y los andaluces tienen un sentido gozoso de la existencia. Ninguna madre puede querer que su hijo sea triste, ni traer a su hijo a un sitio triste. Yo creo todo lo contrario: que la vida es una oportunidad de gozo, desaprovechada o no, pero de gozo.

—¿No estamos aquí para sufrir?

—¡Naturalmente que no! ¿Quién puede pensar esa especie de canallada masoquista? El sufrimiento sucede como suceden las tormentas. Supongo que tendrá alguna causa secreta. Yo veo una, que es el crecimiento. El sufrimiento ayuda a crecer, como el alimento, pero tiene que ser bien digerido. El sufrimiento, cuando no se digiere bien, cuando se en quista, se transforma en resentimiento, y entonces es absolutamente contraproducente. Pero no hay que temerlo. Lo mismo que se achican los estómagos de esas personas que no quieren engordar y comen poco, también se achica el alma de los que se niegan a sufrir.

—¿Usted no cree que estemos aquí, como dicen algunos, para hacer méritos para la otra vida y para glorificar a Dios?

—Para eso se necesitaría primero creer en la otra vida y, segundo, creer en un Dios un poco cicatero. Pero si esta vida sirve para comprar, digamos, la otra, para instalarnos mejor o peor; si el Dios ese es remunerador, el precio de esta vida es absolutamente maravilloso, porque con ésta compramos la eternidad. Es decir, esta vida tiene un peso específico incomparable. Es todavía más importante que la otra, puesto que en la otra ya no hay libertad para existir, y aquí sí. En segundo lugar, no estoy seguro de que Dios necesite ser glorificado. Basta mirar alrededor para ver la gloria de la creación. Ni Salomón, en su mayor esplendor, se vistió como un lirio del campo. Quizá se le glorifique siguiendo las propias normas interiores de cada persona. Es decir, instalándose en la claridad, viendo cada día amanecer, entregándose, alegrándose, solidarizándose con los demás… Me parece que no cabe mejor gloria. Y eso, por otra parte, puede ser uno de los sentidos de la vida.

—¿Otro podría ser el trabajo, esa maldición bíblica que el paro ha convertido en una bendición para los que lo tienen?

—Esa maldición se ha ido transformando en un verdadero castigo, porque el hombre es el único animal que tiene que trabajar para comer. El hombre se diferencia del resto de los animales en que tiene razón, en que tiene conciencia de sí mismo. Un náufrago ahogándose en el mar es más grande que el mar, porque el náufrago sabe que se muere, y el mar no sabe que lo mata. Entonces, tendría que desarrollar esa razón, pero hay trabajos que no lo permiten, que no son depredadores, que no son desarrolladores del hombre; trabajos que son un verdadero castigo porque hay una mitad del hombre que no se realiza. Los calvinistas y el protestantismo instalaron el trabajo como el absoluto eje de la vida, como el marcador de los horarios, de los descansos (hasta del descanso eterno), de las semanas, de las vibraciones, de los vaivenes de la vida. Empezó a vivirse para trabajar, en vez de trabajar para vivir. Con la edad de las tecnologías, la edad en que vivimos, se produce este terrible fenómeno del paro, y entonces misteriosamente, lo que era un castigo, se convierte en una recompensa. Sólo unos cuantos pueden trabajar, sólo a unos cuantos se les da la opción de trabajar y a los demás se les da una especie de ocio baldío e impuesto, nada enriquecedor, que se

llama paro… Hay una serie de personas, de entidades, de instituciones que eran aliadas nuestras, creadas para nuestro servicio y se han convertido en enemigas, que necesitan que el hombre trabaje; no sólo para cubrir sus necesidades, sino para engordar ellos.

—¿Ellos quiénes son?

—Por ejemplo, los banqueros, las religiones que pretenden secarnos el sudor de nuestras frentes con indulgencias más o menos plenarias, el Estado… El Estado se transforma de servidor en dueño, el dinero se transforma de medio en fin, y el hombre se transforma en un esclavo de todos. Trabajo viene de trepalium, que significa potro de tortura. Para mí el trabajo no es una obligación de la naturaleza, no es algo constituido dentro del hombre, es simplemente un derecho. El hombre está aquí y tiene derecho a realizarse, a mejorar su propia personalidad y a mejorar la humanidad. Me parece que ése es el único sentido que puede tener el trabajo. Por tanto, el que no pueda cantar, alegrarse mientras trabaja, el que no esté trabajando de verdad a gusto, estará haciendo algo que no lo enriquece y que no merece la pena de hacer.

—¿Está haciendo un llamamiento para que nadie trabaje?

—No, todo lo contrario. Estoy haciendo un llamamiento para que trabaje la gente en lo que ama. Me parece que estamos atravesando una crisis de desamor. Ya ni el amor se hace con amor, y el trabajo en escasas ocasiones se hace con amor. El trabajo multiplicador del hombre, el trabajo que lo cumple, que lo realiza debe ser un trabajo enamorado. A ese trabajo es al que yo invito.

—Es cierto que el trabajo forzado, impuesto, no deseado, nos aleja de nosotros y nos roba tiempo para nuestras cosas: la vida, la familia, los amigos, la vocación, los sueños… El trabajo nos impide trabajarnos a nosotros mismos, que es quizá el trabajo más importante y que es quizá uno de los sentidos de la vida, ¿no?

—Si se dijo, y me parece un hermoso mandamiento, ama a los otros como a ti mismo, es preciso que cada uno se ame a sí mismo, que cada uno goce consigo mismo, que cada uno se conozca y se trate íntimamente. Si no, no podrá amar a los demás. La individualidad va a

veces contra la especie, pero la especie es la absoluta protagonista de todo. Y no la amaremos si no nos amamos lo suficiente.

—¿Debe un hombre vivir para los demás, o eso es un mito cristiano humanista que no tiene nada que ver con la ley natural?

—Creo que vivir para los demás nos hace ser más grandes, nos hace crecer, como el sufrimiento del que hablábamos al principio. A mí me parece admirable esa posición, ya venga por un concepto religioso bien entendido o venga por un concepto idealista. Pero en este momento los ideales no sirven para nada, casi nadie tiene ideales, todo se ha hecho egoísta y se ha empequeñecido. La vida la estamos viviendo en calderilla, cada vez más.

—¿Quiénes son los enemigos de la vida?

—Los verdaderos enemigos de la vida son esos que nos manejan, esos que nos dan una vida chiquita, esos que nos organizan nuestra propia vida, que nos la empequeñecen y acaban por matarnos. Los que conducen a los hombres a la guerra, a no ser ellos mismos, a no sentirse vivir… Esos son los grandes enemigos.

—También el enemigo puede ser uno mismo, ¿no cree?

—Puede. El hombre que esencialmente se contradice, el hombre que acepta todas esas imposiciones que lo desvirtúan, el hombre que se desconoce es su mayor enemigo porque se lleva dentro. Pero yo creo que la colaboración que tiene alrededor, en este momento, es demasiado grande, y el hombre puede ser su enemigo, pero no un enemigo en exceso culpable.

—¿Qué es lo más inteligente que se puede hacer en esta vida?

—Salir de esta especie de laberinto en el que nos han metido. Salir de una vida que no es la nuestra y que no es la mandada; una vida que es una organización que necesita esclavos para seguir manteniendo la pura organización que necesita esclavos, y así hasta el final. Salirse de esta cadena terrible, desencadenarse, a riesgo de la soledad, a riesgo de la falta de comprensión. Irse un poco al campo, en el mejor de los sentidos. Liberarse de la extraña y monótona esclavitud de cada día.

Darle a cada día su propio afán, pero también su propia sonrisa, su propio gozo, su propio color, su propio aroma. Eso es lo inteligente. Porque una inteligencia que no me ayude a vivir, no la quiero, no me sirve para nada, ni creo que le sirva para nada a nadie.

—La vida es un sentimiento, no un mercado, ¿no?

—Tampoco es un sentimiento, es una certeza. De la vida no se puede decir ningún adjetivo, Quintero. De la vida no se puede decir que es maravillosa o canalla, que es malvada o benéfica. Sólo se puede decir de la vida que es única: nuestra única oportunidad.

—¿A vivir se aprende?

—Creo que sí, que se aprende a vivir. Hay como un empujón inicial de la naturaleza, pero luego hay como un desentendimiento, como que nos olvidamos de ese empujón, como que nos apartamos. Hay que reaprender la vida, pero la universidad está alrededor, la universidad es el mundo. Todo lo que no es antivida es buen maestro para vivir: nuestros animales, nuestros maestros, que los ha habido. El Cristo fue un maestro de vida. Pero hay que volver a ellos con una absoluta limpieza y sin intermediarios: del naranjal a los labios. Los intermediarios siempre ponen su pequeña amargura, su pequeña torpeza en la transmisión…

—¿Usted sabe vivir?

—Creo que, con arreglo a lo que digo, sí. He procurado retirarme de este tráfico tremendo, de esta balumba, de este mortificador ruido de alrededor que no me deja ni oírme a mí mismo, que no nos deja ni oírnos a nosotros mismos. Me he retirado. Trabajo para los demás porque probablemente yo, por mí, no iría de aquí a la esquina más próxima. Hago lo que puedo, lo que tengo que hacer, lo que creo que debo hacer.

—¿Pero cómo podemos huir del neón y del acero? ¿Cómo podemos escapar de tantos compromisos, tantas obligaciones, tantos hábitos, tanta propaganda, tantas falsas necesidades?

—Es necesario ser. De una vez por todas, es imprescindible que aprendamos que ser está absolutamente por encima de tener. Estamos rodeados de cosas que no nos sirven para nada. El corazón ya casi no nos sirve nada más que para morir, fíjese usted qué pena.

¿Cómo es posible que pudiendo vivir en una casa blanca, casi desnuda, con lo imprescindible, nos hayamos empeñado en llenarla de cosas? Es necesario volver, lenta pero seguramente, a la naturaleza. A esa naturaleza que tenemos, por otra parte, dentro de nosotros y que está clamando por salir.

—¿Qué cosas le importan a usted de verdad y qué cosas no le importan nada?

—A mí me importa todo aquello que represente esa vida cuyo destino estamos adivinando esta noche. Todo lo que la multiplique, todo lo que me la enriquezca, todo lo que me dé la impresión de que estoy viviendo más de una vida. Parece que hay seres que se contentan con vivir la tercera, la cuarta o la octava parte de una vida. Pero, como la vida parece que necesita un cierto equilibrio, a otros seres les encarga vivir dos, tres, ocho o veinte vidas. Piense usted las vidas que vivirían Napoleón o Alejandro Magno. Pues eso es lo que me importa: vivir la mayor cantidad de vidas posibles por aquellos que no las viven, para que todo esté en ese cierto orden, en esa cierta balanza que necesita el mundo.

—¿Vivimos un naufragio, a pesar de la felicidad frigorífica?

—Creo que estamos viviendo uno de los peores momentos. Todas la épocas se han creído que eran épocas críticas, ésa es la verdad. El hombre es muy vanidoso y le parece que siempre él vive los terrores de un milenio. Pero nosotros estamos viviendo de verdad los terrores de un milenio. Y son terrores silenciosos, terrores que no se proclaman, y eso es muy grave. Porque subrepticiamente se van aposentando entre nosotros, se van quedando como huéspedes en nuestra casa, comen ya con nosotros, son esos invitados que no han llamado al timbre. Cohabitamos con el miedo. Tememos tomar un ascensor, si hay otra persona, y esa otra persona teme de nosotros. Las ciudades están llenas de pavores. Y la gelidez de la tecnología nos abruma y nos cansa y nos

lleva tras sí con la lengua fuera. La tecnología va en busca del superhombre y se desentiende del hombre. Todo progreso que no sea humano no es verdadero progreso.

—Sin embargo, por todos lados nos venden calidad de vida, algo que no creo que nadie sepa qué es.

—Sí sabemos lo que es: una idiotez. Porque si no existe primero la vida, ¿cómo vamos a hablar de calidad de vida? La calidad de vida es un invento de todos esos enemigos de la vida que nos están intentando convencer permanentemente de que son del todo imprescindibles. Y no lo son. Primero hay que vivir y luego ya hablaremos de la calidad de vida.

—Quizá por eso, entre otras cosas, hay tantos momentos en los que la vida nos parece absurda, ¿no?

—Sí, hay momentos en que la vida parece absurda, pero porque nos hemos desviado de ella. Lo mismo que nos puede parecer absurdo, yendo por una hermosa avenida, un callejón sin salida. La vida parece absurda porque nos hemos metido en el callejón, porque hemos abandonado la vereda por donde íbamos. Pero, de verdad, cómo va a ser absurda la vida… Si es absurda la vida, es absurdo absolutamente todo dentro de ella, y entonces lo mejor es salirse. Esa libertad la tiene el hombre.

—¿Usted cree que la gente sencilla se pregunta para qué está aquí?

—Lo creo muy de veras. Pero hemos llegado a un juego tan raro, cuyo reglamento desconocemos y que impone alguien desde alguna parte, que a la gente sencilla, como usted dice, le da vergüenza confesar que se pregunta para qué está aquí. Pero sí se lo pregunta, claro que se lo pregunta, y se lo responde, supongo.

—Pero no hacer demasiadas preguntas, no tratar de buscarle sentido a lo que quizá no lo tiene, dejarse llevar, dejarse ir, ¿no es una buena manera de vivir tranquilo, de no complicarse?

—«Que las olas me traigan y las olas me lleven, / que la vida se tome la pena de matarme / ya que yo no me tomo la pena de vivir». Bueno,

pues yo sí me tomo la pena de vivir. Eso que usted me ha dicho me recuerda a los tres monitos orientales: no ver, no oír, no hablar. Esto puede conducir a una cierta tranquilidad, pero no es así como se vive. Hay que vivir desviviéndose. Hay que vivir apasionadamente. Dejarse engañar no es malo, engañar es peor. Pero hay que participar en todo. Esto es una especie de carrera de relevos en la que nos dan el testigo y tenemos que salir corriendo porque de cada uno de nosotros depende la carrera.

—¿Pero de qué sirve preguntar, si no hay respuestas? Nadie sabe quiénes somos, de dónde venimos ni adónde vamos.

—No importa. Estamos aquí. Somos una centella que cruza el anchísimo pecho de la noche, de repente, y va de la oscuridad a otra oscuridad. ¿Por qué no brillar mientras dure el brillo y ser estrella?

—Pero ¿de qué sirve brillar, de qué sirve la historia, la trayectoria, el progreso, si nos tenemos que morir?

—Usted me recuerda a una tía que yo tenía, que decía: «A mí no me importa morirme, pero me gustaría que el mismo día que yo me muriese se terminase el mundo». Era muy generosa, como usted ve.

—Sí, lo veo.

—¿Por qué razón no se va a progresar? ¿No se ha dicho siempre: plantar un árbol, escribir un libro, tener un hijo? Eso es progresar. Yo acabo de plantar en La Baltasara unos almendros. Sé que no los voy a ver con fruto, quizá. Pero ¿qué importa? La tierra estará contenta de que florezcan en febrero, rosa o blanco. Hay que amar, y amar no es otra cosa que dar o que darse.

—Hay que plantar.

—Hay que plantar, tener hijos, escribir libros…, los menos posibles…

—Y hacer el hoyo.

—Eso que lo hagan los otros. Ya habrá tiempo.

—¿Podemos concluir diciendo que hemos venido y estamos aquí para ser felices?

—Esa es la gran pregunta: la felicidad… Alguien puede pensar que es un acto intelectual. A mí me parece que no. La felicidad es algo cordial, es un sentimiento, una emoción, como una especie de adolescencia y abandono del alma del hombre. Ahora se piensa con frecuencia que la felicidad consiste en tener todo lo que se desea. Lo que se desea es la felicidad, bastaría con eso. La felicidad no es una suma de objetos; no puede identificarse con el consumismo, con todas las necesidades satisfechas, con la eliminación de las fatigas, de la opinión ajena, de todas esas cosas que nos perturban, de nuestra cobardía, de nuestros miedos. Eso tampoco nos da la felicidad.

—Pero nos mueve la búsqueda de la felicidad, ¿no?

—Naturalmente, pero la felicidad no es algo que se pueda comprar, ni que se pueda conquistar como una tierra o una finca. La felicidad es la cosecha de una larga siembra de tanteos. Todo el mundo está tanteando para conseguir la felicidad. Y a veces viene, a veces nos inunda con un verde cántico y está a nuestro lado, como esos viajes en los que de repente notamos que había alguien a nuestro lado cuando ya no está. La felicidad es efímera porque nosotros la hacemos efímera, porque no nos instalamos confiadamente en ella. Estamos mal hechos y somos muy tontos.

—¿La felicidad no es una pasión inútil e imposible?

—Yo no creo que la felicidad sea una pasión. Es un don, como la vida. Pero ¿hay que buscarla apasionadamente? Sí, y también con la inteligencia. El ser humano es al mismo tiempo apolíneo y dionisíaco; es decir, que maneja al mismo tiempo la inteligencia y la pasión. Yo cada vez me fío más de la pasión, cada vez me fío más de la intuición, de ese don del descubrimiento, de la luminosidad repentina, del regalo que nos hace la vida y que, por fin, nosotros vemos claro. Porque la inteligencia es lo que aleja al hombre del animal, y yo cada vez me inclino más para el animal, que está más cerca de la naturaleza, que está más cerca de la felicidad (un poco ignorante, si usted quiere), pero felicidad al fin y al cabo. Cada vez me voy alejando más del yo para intentar fundirme más con el universo, mirar más fuera, querer más de fuera, a la gente de fuera. Sí, la pasión está bien como camino y como búsqueda. Entre otras

cosas, porque creo que cuando el hombre está buscando algo, ya tiene algo de lo que busca.

—Tarda uno en darse cuenta de que la felicidad, como casi todo, está dentro…

—Buscar la felicidad es como buscar las gafas que se tienen puestas. La felicidad está dentro y, si entráramos dentro de nosotros, nos daríamos cuenta antes. La felicidad supongo que va de dentro afuera, que es complacerse en uno, no en el que queremos ser, sino en el que somos; conociendo nuestras posibilidades, nuestras fuerzas, pero sobre todo nuestras debilidades. No queriendo crecer a la fuerza, no: dejando que la madurez naturalmente nos abra. Primero florezcamos, luego fructifiquemos y, después, maduremos, con sencillez, sin cobardía, sin ningún temor. Porque la vida es nuestra única aliada. Porque somos cosa de ella.

—¿Y usted dónde encuentra la felicidad?

—Yo hace tiempo que no la busco. Me pasa como con el amor. Supongo que si el amor tiene que volver otra vez a mi vida, tocará mi puerta. No se puede andar por las esquinas buscando el amor. Eso no conduce más que al insomnio y a la resaca. Y la felicidad, igual. La felicidad vendrá si tiene que venir. Y, si no, que la zurzan. Porque tampoco es imprescindible. Para mí ya es imprescindible otra cosa: la serenidad.

—No me diga que tiene usted vocación de sereno.

—Pues sí. Yo que creí que la serenidad era una cosa de serenos, de esos que había antes por las calles pregonando la hora y abriendo las puertas, comprendo ahora que la serenidad es sentirse como una pequeña tesela de un gran mosaico, prescindible, mínima, confusa, pero en su sitio; formando parte de una cosa muy grande, que no sabemos exactamente lo que es, pero estando en el lugar indicado, dando el perfil que se nos exige dar, el color que estaba previsto. Y eso es lo que me ha enseñado una virtud que nunca creí que iba a tener: la docilidad.

—¿Dócil Antonio Gala? No me lo creo.

—Sí. Yo que he sido rebelde para todo, ahora resulta que soy dócil para lo que creo que son las órdenes de la vida, para la sumisión y la obediencia de la vida. Ya sólo me rebelo contra los que manejan, inventan y falsean la vida de los demás, erigiéndose en dadores, administradores y trincones de las vidas ajenas.

—Me cuesta creer que su máxima aspiración sea la serenidad y no la lucidez, por ejemplo.

—Yo creo que no se puede llegar a la serenidad sin un alto grado de lucidez, ni la lucidez está reñida tampoco con el apasionamiento. Yo creo que la vida hay que bebérsela a grandes tragos, como fumarse ese cigarrillo que usted no acaba de encender. Fumarlo echándoselo a los pulmones. Si no, no se fuma. Si no, no se vive. Aunque digan ahora que el tabaco es mortal: también lo es la vida.

—El miedo a encender el cigarrillo es que me acaban de decir que cada cigarrillo son tres minutos menos de vida.

—¡Y qué importa! ¿Quién mide la vida? La vida tiene que ser intensa, no extensa. La vida, que en cualquier caso es corta, tenemos que hacerla más ancha. Y si usted la ensancha fumando un poco… ¡qué importa que la acorte en tres minutos, que es además algo que dicen los americanos!

—Entonces…

—Fumemos.

—Fumemos y vivamos con alegría, porque la alegría es importante, ¿no?

—La forma cariñosa, humana, diaria de la felicidad es la alegría. Pero no la alegría de jijijí, no: la alegría a pesar de todo. La alegría de estar vivo, de sentirse vivo, de sentirse comunicado. Dicen que existe una comunidad de los santos y probablemente existe una comunidad de los difuntos. ¿Por qué no hay una comunidad de los vivos? ¿Por qué no hay una asociación, como la de los alcohólicos anónimos, la de «los vivientes anónimos», en la que nos enseñen a vivir? Yo creo que la alegría de vivir la matamos todos. Ese fue el tema de mi comedia Carmen Carmen. La matamos todos, porque elegimos otra cosa. Sin alegría de vivir no hay

vida, porque la vida lleva consigo la alegría. Pero elegimos el poder o elegimos el dinero o elegimos la fuerza o elegimos la fama. Y la alegría no es buena colaboradora para eso.

—Pero la alegría ¿a pesar de todo…?

—A pesar de las penas. Las penas hay que saberlas llevar con alegría, y el que no las sepa llevar así, que no las tenga.

—¿Y dónde deja usted el aburrimiento?

—¿Me está insinuando que la vida es aburrida?

—No, le estoy diciendo que cada día nos aburrimos más.

—Pero no es por la vida, es por la falta de vida, es por esa vida sucedánea de la que hablaba cuando hablaba de los enemigos de la vida. Lo que produce el aburrimiento son los estrictos horarios, los fichajes, la monotonía del amor que se hace rutina, la monotonía de la vida que se transforma en costumbre. El respirar no lo percibimos porque lo hacemos de una manera automática. Pero no se puede hacer automática la vida, no se puede hacer automático el amor, ni la fidelidad a uno mismo, ni la fidelidad a sus semejantes, y eso es lo que hace que nos aburramos, que tengamos que divertirnos. Divertir quiere decir salir fuera, distraerse, llegar a otro lado. Pero ¿por qué a otro lado? ¿Por qué no miramos dentro de nosotros? ¿Por qué no miramos fuera de nosotros? Toda la naturaleza es un puro cambio, en el que es imposible el aburrimiento o la monotonía. No hay nada que se repita nunca en ninguna estación, ni el color de una flor, ni el color de un atardecer, ni el color de unos ojos… Nada se repite.

¿Dónde cabe el aburrimiento aquí? Sólo en esa vida impuesta, que no es la vida, que es un poco la antivida, la enemiga de la vida.

—Chaplin, como casi todos, empezó diciendo que la vida era maravillosa y acabó diciendo que no tenía ninguna gracia.

—Lo que terminó diciendo de verdad es que, a su edad, la vida se había transformado en una costumbre y que las costumbres son difíciles de desarraigar. Es decir, él no estaba por la labor de morirse, hubo que darle un empujoncito. Yo creo que la vida es una posibilidad que cada

cual tiene que aprovechar, y no va a haber una segunda ocasión. Si se desaprovecha ésta, nos hemos lucido. Cada uno tiene que darle el sentido que desee a la propia vida. Comprendo que hay muchas circunstancias, pero hay que procurar sacudirse las circunstancias. Hay que procurar conocerse a uno mismo y saber cuál es el sentido de la propia vida. Pero no tenemos tiempo, hay mucha gente que no tiene tiempo para pensar en sí misma, para averiguar lo único verdaderamente importante que tendríamos que preguntarnos: ¿Qué quiero hacer con la vida? ¿Qué quiero hacer en la vida? ¿Quién soy? ¿Adónde me dirijo?

—Cuando nos preguntamos por el sentido de la vida nos solemos poner muy serios. ¿La trascendencia está reñida con el humor, o también el humor es una manera de afrontar las grandes preguntas?

—Para mí, en este tema del que estamos hablando, el humor es tan importante como la religión; como mínimo, tanto como la religión. El humor es esa especie de salsa sabrosa que nos ayuda muchas veces a comer alimentos que, si no, serían rigurosamente intragables. Yo aconsejaría a todo el mundo que tuviera la mayor cantidad de humor posible. Pero el humor no es el chiste, es una actitud un poco irónica. Es darse cuenta de que nada, nada, nada tiene excesiva importancia. El humor es, como el amor, una muleta de la vida.

—Se ha dicho que el sentido de la vida es que no tiene sentido. ¿Podemos resumir diciendo que el sentido de la vida es el que tenga para cada uno de nosotros o el que cada uno de nosotros queramos darle?

—La vida es como un taxi con una luz verde. Uno se monta en él, o lo montan, o se encuentra de pronto en el taxi. Si no dice la dirección, el taxista no se mueve. Lo que podrá es volver la cara y preguntar: «¿Dónde vamos?». Hay que darle la dirección, pero no hay que estar todo el tiempo dándole la dirección porque el taxista no es tonto. Y así, con la luz verde ya apagada, ya no es un taxi disponible, ya es un taxi que va en busca de algo, porque nos esperan, porque siempre se nos espera, porque no estamos solos, nunca estamos solos. Si yo he escrito sobre la soledad, he empleado un verso de san Juan de la Cruz, que es

«la soledad sonora». Y cuando hay sonido, cuando hay armonía, nunca es la soledad total, sino al servicio de otras soledades: la soledad se lleva mejor en compañía. Porque hay más gente sola, y hay gente más sola, como dijo mi Petra Regalada.

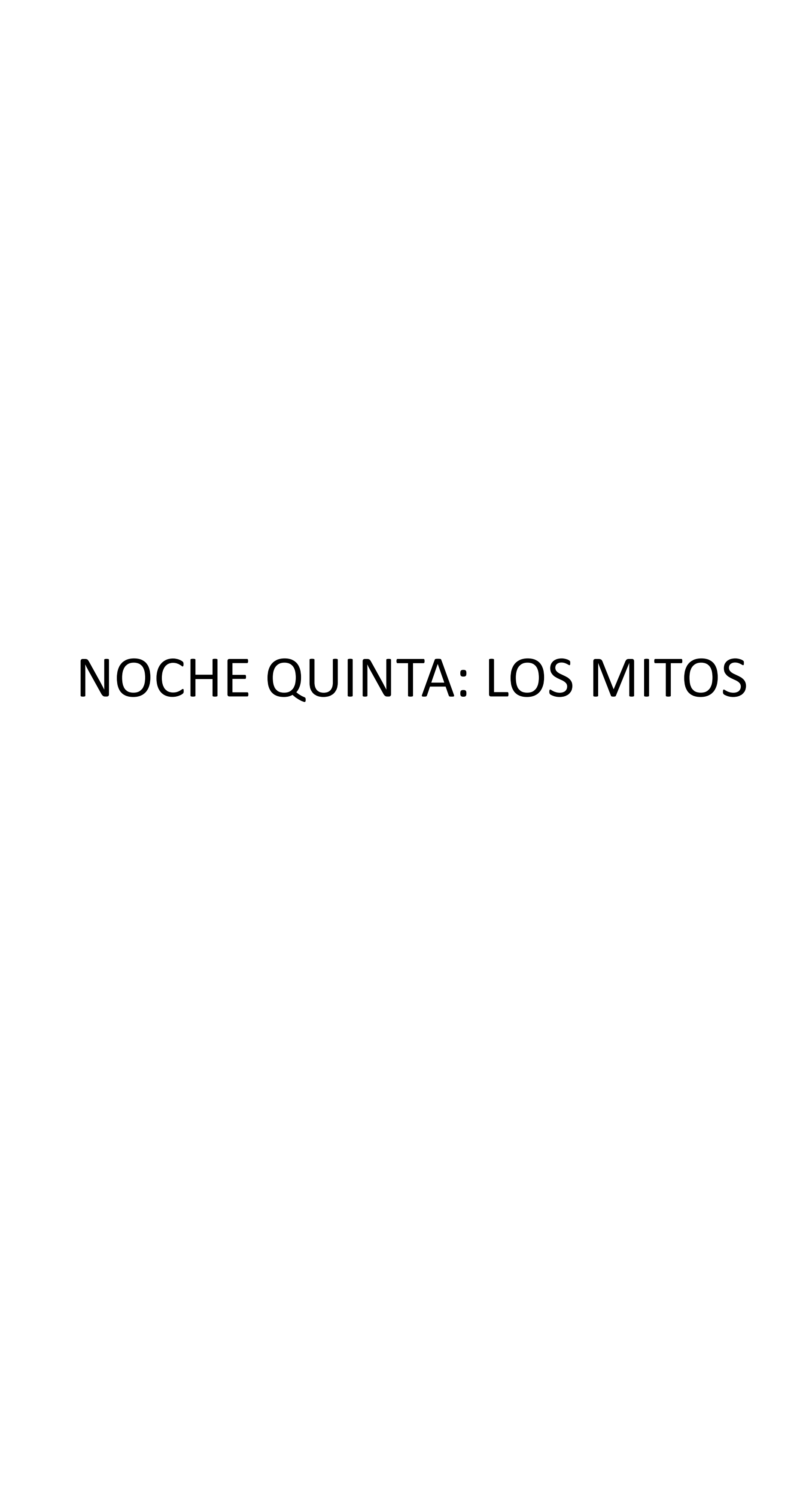
—Señor Gala, por esta noche hemos terminado. ¿Pasamos el sombrero?

—¿Usted cree que habrá alguien escuchando?

—La verdad es que prefiero no averiguarlo. La verdad es que me gustaría figurar en el Guinness como el programa menos visto de la historia de la televisión. Hasta mañana por la noche, maestro.

—Hasta mañana por la noche, pequeño saltamontes.

—Si es que cuando lo escucho mi alma se remonta como un gavilán.



NOCHE QUINTA: LOS MITOS

—El cementerio está lleno de mitos, Gala.

—El cementerio está lleno de todo, Quintero. ¡A ver si van a ser sólo los mitos los que se mueren! Lo que sucede es que los mitos se mueren más deprisa, porque ya en nuestra corta vida (¡fíjese usted qué elogio!), hemos visto caer muchos.

—Antonio, ¿qué mitos poblaron su infancia?

—Yo no he sido dado a los mitos, ésa es la verdad. El mito que tenía yo en mi infancia, y que luego he seguido teniéndolo, es por mi nombre, porque yo siempre he preferido creer que Antonio viene de Anteo. Anteo era hijo de la Tierra y tenía la facultad de volar, pero necesitaba de cuando en cuando volver, aunque sólo fuese para tocar a su madre con la punta del dedo gordo del pie, para recibir fuerzas y poder, con el nuevo impulso, volar otra vez. En mi infancia ya estaba Anteo y tuve, sobre todo, mitos literarios, como El Capitán Tormenta, de Salgari, El Principito, de Saint-Exupéry y el Dante… Lo leía en italiano, sin saber italiano para nada, pero lo leía en voz alta porque me emocionaba tanto oír ese idioma tan bello saliendo de mi boca…

—Pues, lo siento, señor Gala, porque, aunque no sea muy dado a los mitos, usted es un mito para la sociedad española.

—Mire usted, señor Quintero, yo soy mucho más asequible que un mito. Hace poco, cuando leí que yo era un mito viviente, estuve a punto de dejar de ser viviente, porque mito no lo era. No, no… Además, ¿en qué sentido lo dice usted: en el bueno o en el malo?

—En el bueno, por supuesto. Yo no suelo empezar agrediendo.

—Es que la palabra mito tiene, como mínimo, tres sentidos: uno, una fábula religiosa que procura explicar determinados ritos o determinadas situaciones humanas; dos, un invento para disfrazar una realidad; y tres, una especie de realidad transfigurada para hacerla más variada o más hermosa. Es decir, hay un sentido grande del mito y un sentido pequeño.

—¿Y usted qué clase de mito es: grande o pequeño?

—¡Y dale!… Estamos viviendo en una sociedad profundamente mitómana. Ella se inventa sus mitos, pero son unos mitos como cotidianos, unos mitos desprovistos de la grandeza de los anteriores, de la grandeza de los mitos griegos, de la mitología romana, de todas las mitologías olímpicas.

—Por ejemplo…

—Pues el rey Midas, que todo lo que toca lo convierte en oro, lo cual verdaderamente es peligroso para la alimentación y la nutrición diaria.

—¿Quién sería hoy Midas? ¿Qué serían otros mitos?

—Quizá los banqueros, que son los únicos que vienen convirtiendo en oro para ellos todo lo que tocan. O, por ejemplo, Aquiles, el de los pies ligeros, que había sido imbuido de inmortalidad y sólo le habían dejado una zona vulnerable. El talón. O Prometeo, un personaje maravilloso. Robó el fuego del cielo para dárselo a los hombres. Es el mito de la invención del fuego. Yo diría que hoy los prometeos son esos hombres que suben hasta Dios y le roban también un poco de fuego para dárselo a los más necesitados, a los más enfriados, a los más pobres. Me gustaría que los prometeos de hoy fuesen los teólogos de la liberación.

—¿Quiere decir que los grandes mitos clásicos de algún modo nos representan a todos?

—Claro. Por ejemplo, Tántalo: el pobre estaba viendo pasar de continuo los alimentos y la bebida y no podía comer ni beber; todo estaba ahí, pero fuera de su alcance. Es el proletario, el pobre, el humilde. O Sísifo, que lo trasladó a nuestra época Albert Camus. Ese hombre que subía una piedra hasta lo alto de una montaña y, cuando estaba arriba, rodaba la piedra de nuevo hasta abajo para que él volviera a empezar el eterno trabajo. Eso es un poco la monotonía de los trabajadores de hoy y de ese trabajo moderno tan abrumador, tan ensordecedor.

—¿Cómo nace un mito?

—Yo encuentro que no nace. El mito, si es verdadero, siempre procede del misterio, es como si fuese congénito, como las coplas populares. El hombre se lo encuentra. El hombre tiene la explicación de aquello que

va a hacer y el ánimo para hacerlo. Lo ha hecho ya un dios o un semidiós antes que él. El cuenta con la colaboración de los dioses. Por eso, normalmente, los mitos son religiosos siempre, porque la religión es de alguna forma lo que más une (lo que más religa) el corazón de los hombres, puesto que les quita el terror, que es lo que lo caracteriza. Y luego los otros mitos, los chiquitos piconeros, estos de que hablaremos probablemente, los mitos recortables, pues a ellos los crea cualquier listillo, no nos hagamos ilusiones.

—Incluso esta listilla, la televisión.

—¡Qué me va usted a decir! Pero la televisión es un medio: depende de quien lo maneje, de quien lo utilice, de quien lo manipule. Su intención previa es buena.

—Pero alimenta mitos…

—¡Cómo que alimenta…! Pare, alimenta, los hace crecer y los pone en casa.

—Porque los mitos hoy no los crea el pueblo, ¿no?, sino los medios, el marketing, los diseñadores de imagen…

—Sí, a veces sí los crean los pueblos. Usted, yo y gran parte de nuestros amigos semejantes hemos vivido el mito de «El Lute», por ejemplo. Ese loco solitario dando la vida por la libertad, aullando entre trenes y cárceles… ¿Qué hicieron los medios de comunicación? No crearon ese mito, sino que lo destruyeron. No convenía en aquel momento que nadie fuese el adalid de la libertad y se destruyó. Se destruyó también un poco él, porque se hizo abogado y un mito no puede ser abogado. Luego hay mitos que ya existen y que los medios de comunicación promueven. Hay uno que a mí me hace mucha gracia: el de los Reyes Magos. Sabemos que fueron maravillosos porque donde todo el mundo veía un niño chico llorando, una pobre mujer, un viejo, una mula y un buey ellos vieron a Dios. Eso es viajar y lo demás son cuentos. Pero ese mito ya estaba creado y, de pronto, hace muy poco tiempo, se intentó quitar del calendario de fiestas la de los Reyes Magos y pusieron muchos el grito en el cielo; sobre todo, los fabricantes de juguetes.

—Nuestra sociedad es propensa a los mitos, naturalmente.

—Mitómana total. Ella vive de eso y, como es trivial, como en nuestra época ya no hay ni héroes ni dioses, sus mitos son mucho más cercanos. Son mitos que en realidad uno puede alcanzar. Ese eslogan de «Usted también puede disfrutar de ella», y aparece una señora, que generalmente anuncia una colonia. Un mito es la presidencia de Estados Unidos. Su eslogan es: «Cualquier americano puede llegar a presidente de Estados Unidos», y es verdad, porque ahí está… cualquiera, no hay más que verlo.

—Es verdad, Reagan, Nixon, el rey del cacahuete… Cualquiera… Pero eso sí, ¿no? Los mitos cada vez duran menos.

—Cada vez son menos compartidos, menos colectivos y, por tanto, menos duraderos. Es como si se produjese un ansia de devorar a nuestros propios mitos. A la manera del otro mito glorioso, el de Cronos, el tiempo, que se comía a sus hijos. Pues como el tiempo aquí nos urge, como nos conmueve la prisa en esta sociedad nuestra, también nosotros devoramos nuestros mitos. Nuestros mitos son casi un producto alimenticio perfectamente enlatado, del que hacemos consumo o lo guardamos en los frigoríficos, que son a su vez otros mitos.

—¿El fin de semana es un mito del progreso y la modernidad?

—El fin de semana es el momento de disfrutar toda la mitología actual, de hacer eso que se llama cocuning (casi todas las gansadas tienen nombre extranjero, ¿se ha dado usted cuenta?), cocuning, que es el encapullamiento, en el buen sentido, querido Quintero, porque usted es muy dado al mal sentido. Llega el hombre de su trabajo, compra unos vídeos, les compra helados a los niños, la mujer ha hecho todo lo posible por no tener de ninguna manera que meterse en la cocina, hincan lo que sea en el skay, y se ponen a ver la televisión incesantemente. Abren el frigorífico, ponen un poco de música, las cadenas musicales, los discos, no sé qué… Toda la parafernalia mitológica de la época: el fin de semana. El hombre que tenía el fin de semana que olvidarse del trabajo y salir con sus compañeros o con su mujer del brazo a tomarse unas copas en una taberna, a vociferar, a reírse, a comunicarse, se encierra en su casa y, como mucho, viene algún matrimonio amigo y echan unas partiditas. Pero acaban mal porque

acaban discutiendo de quién tiene más mitología doméstica y electrodoméstica, y eso no sienta bien.

—¿A usted la modernidad qué le parece?

—Mire usted, la modernidad me parece mal, pero lo que es la posmodernidad..., eso ya me da dentera. La modernidad es un mito que ya ha pasado. No sé si se ha dado usted cuenta de verdad de la velocidad a que los mitos se extinguen en estos momentos. Basta sentarse un momento y de pronto los mitos de ayer pasan hoy por la puerta camino del cementerio. La posmodernidad incluso, y me alegro, fue sustituida por algo que no sé cómo se han atrevido a darle un nombre tan importante: el neobarroco. La posmodernidad nos inundó de reiteraciones, de repeticiones ilimitadas porque puso en manos de cualquiera los medios de comunicación de masas y la tecnología, y con eso se puede hacer ya arte. Difusos modistas, confusos diseñadores, escaparatistas, floristas, vagos líricos, reprimidos liberados, directores de cine más o menos genialoides constituían ese fenómeno llamado posmodernidad. Un arte y una vida hechos con despojos de otra vida y de otro arte. A mí la posmodernidad siempre me ha parecido como esas bag- ladies, esas mendigas que van con todo lo que tienen a cuestas, como tristes caracoles escarbando en los cubos de basura, entre los desperdicios, olvidadas, a propio intento, de si tuvieron un pasado más hermoso. Nunca la sociedad me ha producido una sensación de agotamiento tan grande como con la posmodernidad.

—¿Y qué se pretende con eso?

—Supongo que se pretende sustituir la creación por el tibio ingenio, por la burla de los que han creado antes que nosotros. Me da la impresión de que es el producto de una fábrica que se distingue por el envoltorio y que dentro está el vacío. Y ese vacío le habla al vacío común, al vacío de los otros. Y todos nos consolamos porque nada significa nada y porque uno no significa más que el otro y todos somos iguales, de la misma estatura, bajitos todos... No me gusta. Creo que el arte y la vida son el producto de un esfuerzo, de un trabajo, de una búsqueda, de una creación. Nada se nos da de balde. Y la reproducción nunca enriquece.

—¿Pero de dónde nace ese culto a la mediocridad?

—De esta situación, de esta falta de mitos altos, de metas lejanas, de esta proximidad. Todos somos ya artistas. Todo está promovido, supongo, por una cierta forma de publicidad. Lo mediocre existe; pero no me gusta su exaltación, esa patente de corso de que todo el mundo ya es igual y todo el mundo es un gran creador que puede hacer cualquier cosa. El que hacía no sé qué pinta ahora, el que pintaba hace escaparates… Todo está en manos de una especie de narcisos sin esperanza. Quizá yo estoy fuera del tiempo, quizá me he quedado antiguo, pero prefiero de verdad haberme quedado antiguo en ese sentido y sentarme a esperar. Por lo pronto, la modernidad y la posmodernidad han pasado. ¡A tomar morcilla!

—Me gustaría que hablásemos, Antonio, de esta fábrica de mitos que es la televisión. Hoy parece que nada existe si no sale en la tele: ni un producto, ni un hombre…

—Ni una noticia, nada, nada; eso es verdad. En lo privado, yo creo que la televisión ha sustituido al rosario en familia o a las antiguas sobremesas. Es una especie de comensal barato, porque en realidad no se le sirve comida, pero imprescindible. La familia está alrededor de ella como alrededor del fuego sagrado. La televisión representa los lares, los penates, los manes, los dioses del hogar. Cosa tremenda. Y en lo público… Mire usted: la semana pasada asistí, fuera de España, a la entrega de un premio importantísimo internacional. Se retrasó un poco la llegada de las televisiones internacionales y se aplazó la entrega del premio. Cuando llegaron las televisiones entraron como unas reinas, irreverentes y desdeñosas, empujando al premiado (al que trastearon, hasta ponerlo donde había luz, donde querían), a los eximios invitados y a todo quisque. ¿Y por qué esperaron? Porque si no hubiesen ido las televisiones, realmente la entrega de aquel premio hubiera sido inútil; peor, hubiera sido inexistente.

—Ella manda, compramos lo que nos dice, decide por los indecisos y hasta nos indica lo que debemos pensar o no pensar.

—Hombre, sabemos perfectamente lo que tenemos que hacer, gracias a que ella es la gran ordenadora, a la manera de la Iglesia en el medioevo. La televisión manda, la televisión decide, crea determinadas

necesidades que no existían, para cubrirlas inmediatamente con un producto beneficioso para alguien. Y es que la publicidad acaba con la libertad de elección dirigiéndose no a la razón, que es su espacio, sino a la emoción, más fácil de seducir. Emplea, pues, métodos irracionales de sugestión: la repetición, la confusión del atractivo con un perfume, de la realización con un coche, del amor con un piso.

—¿Usted ve mucha televisión?

—Veo poca, pero considero que es un medio absolutamente alucinante. Yo siempre he animado a todos los intelectuales del mundo a actuar en televisión, a trabajar para televisión, aunque sea rebajando un poco sus techos, sus altos techos mentales, para ser más entendidos, más comprendidos. La televisión es un medio que quizá todavía no se ha encontrado a sí mismo. Quizá no sabe lo que puede hacer consigo misma, como el cine, que ya lo ha aprendido. Ese vehículo maravilloso que podía ser la televisión, esa especie de sucursalita que tiene una emisora en cada casa, si pudiese orientar, si pudiese hablar, si pudiese decir lo que debe ser dicho… Mire usted: es mentira que la cultura sea aburrida. Eso es falso. La cultura puede ser extraordinariamente atractiva porque ningún pueblo es apenas nada más que su propia cultura. Entonces la televisión podría ser un medio no sólo de información, de formación y de entretenimiento, sino un medio de hacer algo por la cultura de la gente, por recordarle su cultura a la gente, o sea, su identidad, su origen y su proyecto, su memoria y su profecía. Estamos perdiendo la guerra de la televisión antes de dar la última batalla. Estamos adaptándonos a la zafiedad, a la vulgaridad, a los concursos, a toda esa bazofia que de verdad no creo que corresponda al último común gusto de la gente. Yo no creo que el pueblo español tenga un gusto tan deplorable.

—La televisión-basura.

—Sí, la televisión-basura, al lado de otra televisión que, de repente, da unos documentales admirables, que refleja la realidad de una manera tan clara, tan inmediata, y que consigue algo terrible, peligroso. Porque ¿qué niño se va a admirar hoy de Disneylandia, de Nueva York o las pirámides de Egipto? Le parecerán más pobres, porque las ha visto

mejor en la televisión. La televisión ha ampliado el campo de la visión humana fuera de su tiempo, fuera de su geografía. Lo ha ampliado todo. Es el gran descubrimiento. Pero todavía creo que no ha llegado a dar su do de pecho, a cantar su canción.

—Los programadores y los directivos de las televisiones se escudan, para dar basura en lugar de calidad y cultura, en esa vieja coartada de que hay que darle al público lo que el público quiere. Y, según ellos, lo que el público quiere es bazofia.

—Mire usted: eso es indignante. Hay artes que son más viejas que la televisión: el teatro, por ejemplo. Tenemos, en España, un sinvergüenza magnífico, un chulo espléndido, que era Lope de Vega. Pues Lope de Vega se pasaba la vida diciendo: «Pues que lo paga el vulgo es justo / hablarle en necio para darle gusto». Pues cuando no le hablaba en necio tenía el mismo éxito. Eso es un tópico, una falsedad. No puede existir tal común mal gusto en un pueblo que ha hecho tantas cosas grandes, tantas cosas hermosas, que ha pasado por sitios tan bellos y que tiene un paisaje físico y espiritual tan rigurosamente inimitable. ¡No puede ser! Yo tengo, al respecto, mi experiencia personal: ¿cómo puede haber decaído tanto el pueblo que aplaudió Paisaje con figuras o Si las piedras hablaran?

—Sin embargo, las mayores audiencias de estos años las han registrado los culebrones, los reality- shows y los concursos…

—Otro mito, protagonista de todos los concursos de televisión: el coche. Hay cosas de más precio, pero lo que verdaderamente se aplaude, donde verdaderamente la gente se despendola es ante el coche. No se sabe por qué. Le pueden regalar un castillo en la Renania, por ejemplo. ¿Comprende? Un castillo en la Renania es un regalo un poquito difícil de sobrellevar, pero, vamos, una casa preciosa en las afueras de no sé qué ciudad. Bueno, pues no: ¡el coche! Y vale diez veces menos: ¡el coche! ¿Por qué? Está divinizado: es el becerro de oro. Ese coche, que es un simple medio de transporte, representa, al mismo tiempo, una ayuda magnífica para el ligue, una consagración total, la demostración de un standing (¡que se dice muy pronto!), el reflejo de una personalidad, del éxito, la velocidad que lleva nuestra propia vida… Total, la caraba. Y

resulta que ese móvil maravilloso no tiene, por lo visto, más que un inconveniente: dónde coño pararlo, porque no hay nunca sitio para aparcar el coche. Vamos a tener que acabar comiéndonoslo… Pero así es el mito, el mal mito. Y así es la sociedad que estamos todos ayudando a construir, en vez de destruir.

—Se nos manipula a través de la televisión, ¿no?

—Ya me contará usted… Somos una despensa. El hombre se abandona, atado de pies y manos, a los verdugos de la publicidad. No sé quién ha dicho (o no sé si no lo ha dicho nadie y yo me lo estoy inventando) que la política normalmente es considerada como un fraude y la publicidad también. Entonces se entienden divinamente. Por una parte, la televisión tiende a ser utilizada por los políticos, con toda la razón del mundo. Ahora empiezan los americanos a darse cuenta de que quizá un techo excesivo de publicidad en televisión hace decaer las elecciones, porque se han pasado… Pero yo creo que usted recuerda, como profesional excelso de televisión, las elecciones norteamericanas del año setenta y las elecciones del año ochenta. En las primeras, aparecieron en el debate último, en el que precedió exactamente al día de las elecciones, Nixon y Kennedy. Nixon estaba mucho más preparado, pero Kennedy tenía actitudes de presidente, era «visualmente» el presidente. En el debate entre Cárter y Reagan, en el año ochenta, Cárter tenía muchos más datos, había sido presidente, sabía mucho más, pero estaba balbuceante y tenso. Reagan era un actor, sabía sonreír, con cara de papier-maché, de acuerdo, pero sabía sonreír. Y ganó. ¿Cómo la política no va a utilizar la televisión, si sabe que es decisiva? La propaganda comercial y la política usan los mismos métodos contra la libertad de quien elige; lo hacen creerse imprescindible, lo adulan, lo envuelven, lo manejan, lo engañan. Por otro lado, hay que vender. La publicidad tiene que sostener la televisión y, cuanta más publicidad haya, mejor para el canal.

—Y convierten una lavadora en un sueño dorado.

—Yo quisiera decirles a nuestros amigos, de todo corazón, en voz baja, como le hablaría a la oreja más querida (que nunca he conseguido tener a menos de dos kilómetros largos), les diría: ninguna lavadora-secadora

puede explicarnos la razón de ser de las más bellas cosas que tenemos al lado; ningún microondas va a darnos la clave del universo; ningún lavavajillas nos podrá poner en tensión con una caricia; todas las videocámaras del mundo no nos van a enseñar el color distinto de los días; y todas las cadenas musicales habidas y por haber no nos van a hacer percibir mejor el latido del cuello de la persona que amamos. Eso es completamente accesorio y debe dársele el papel de lo accesorio. Todos podemos vivir sin un determinado jarrón, sin un determinado cuadro, sin una cadena de televisión y sin un no sé qué. Todos podemos vivir sin lo accesorio, pero no podemos vivir sin nosotros y sin los que nos aman.

—¿Se acuerda de los yupies, aquel mito de los jóvenes triunfadores?

—Los yupies han desaparecido. Ahora se llaman de otra manera, son un poco más… humanos. Porque, por lo visto, la frialdad del yupi, aparte de conducirlos al infarto de miocardio de una manera radical y velocísima, parece que los hacía antipáticos. Y ellos no pueden ser antipáticos. Ellos cultivan la imagen, porque vale más que mil palabras. Aunque para decir tal frase hagan falta precisamente siete palabras.

—Los yupies pusieron de moda muchos mitos: la cumbre, el mejor, el éxito…

—El éxito a mí me da un poco de escalofrío, porque ¿qué es el éxito? Se suele identificar ahora con un poco de dinero, o con mucho dinero, y con un poco de felicidad. Pero el éxito no tiene nada que ver con eso. Me parece que el éxito es una realización personal, algo que nosotros sentimos; el habernos cumplido. Y el éxito, en lenguaje corriente, es algo accesorio, algo que viene de fuera, que sobreviene, que nos dan los otros. Y eso, si nosotros nos sentimos fracasados, no nos consuela. El éxito no es nunca tener, es ser de una manera muy clara. Yo creo que ni el éxito, ni el fracaso tampoco, que son cosa de los otros, sean una garantía de acierto. Una persona con éxito aparente que no se haya realizado, ha hecho un pan como unas hostias.

—¿Usted conoce el fracaso?

—Claro que sí. Siempre he dicho que yo me considero un fracasado total. Y soy el fracasado peor, porque soy el fracasado con éxito aparente… A mí me hubiera gustado, sin duda, tener un hijo, por ejemplo. Hubiera sido un mal padre seguro, porque hubiera pesado como una losa sobre él, pero ese hijo hubiera sido para mí mi carnet de identidad.

—¿Nunca lo intentó?

—Hay gente que no nace con vocación. Yo creo que soy un solitario nato y me parece que hubiera llevado la desdicha a una persona que me hubiese apasionado y absorbido tanto que yo lo hubiese absorbido a él. Me he tenido que conformar con dirigir un hospicio lleno de niños, pero todos ajenos. Yo hubiera querido decir cosas en voz baja en una oreja querida. Y, sin embargo, me he tenido que conformar con hablar a gritos, con chillar, pero para todas las orejas. Y ya quizá sea tarde, para el niño y para la oreja.

—¿En qué se nota el éxito?

—Se nota en los demás, en el exterior. Yo cada vez salgo menos a la calle, porque el éxito es invasor, te transforma en un escaparate, todo el mundo parece que te conoce porque te ha visto en la televisión o te ha leído. Entonces es verdad que la intimidad desaparece, que desaparece esa posibilidad de pasar inadvertido, de poder ver un crepúsculo o de rezarle a la Luna creciente sin que alguien se te acerque, aprovechando que estás parado. Es, como la gente dice, el precio de la fama. Pero yo no he comprado la fama, no debería pagar ese precio.

—No me diga que no le gusta que lo reconozcan en la calle…

—A mí me gusta de verdad, bajo palabra de honor, pasar inadvertido. No me complace nada el que se me reconozca, ni los autógrafos, que nunca he sabido para qué sirven. Es un homenaje de cariño que no puedes rechazar. Pero yo, dentro de mí, sé que no he tenido éxito; es decir, que mi presente, que es el futuro de ese niño que yo era, no ha sido como debió ser.

—¿Usted cree que si esa gente que se le acerca por la calle lo conociera de verdad, lo admiraría?

—Pues mire usted: eso es una impertinencia de mala leche. Creo que sí. Creo que más, porque me verían mucho más desvalido y la gente quiere a los desvalidos. La gente no llora cuando muere el envidiado, a ése se le sustituye. ¡A rey muerto, rey puesto! Pero al desvalido sí lo quiere, y a mí me quieren como a un niño que no sabe nada de la vida; que es listo, pero desgraciado. Es decir, que es listo, pero a la vez medio tonto. Y eso es así porque ellos tienen, y es verdad, más fuerza que yo; porque ellos saben lidiar la vida mejor que yo, y han llegado a convivir con quienes querían, y yo no.

—¿Pero usted no cree, Gala, que una vez que se ha probado es muy difícil desengancharse del éxito? El mundo es un hipódromo y la vida, para los que se lo montan así, una carrera hacia el éxito, quien siente el foco ya no puede vivir sin él… Y, sin embargo, dice usted que ya empieza a molestarle…

—No, perdón. A mí me ha molestado siempre. Yo quiero que se me lea, quiero que se me atienda, pero lejos de mí. Es distinto. Habla usted de hipódromos. Pero ¿qué es un escritor, amigo mío?: un caballo que ha perdido su jinete, un caballo que corre y oye una voz que le dice: «¡Más deprisa, más deprisa!»… Pero ¿adónde?, si no sé por dónde voy… «No importa, tú corre»… Es terrible ese caballo prácticamente desbocado y prácticamente sin meta alguna. Es muy difícil ser escritor. Es muy difícil ser cualquier cosa, pero, claro, yo ésta la tengo más cerca. Y, lo del foco, es cierto. Hace un año, o cosa así, hubo alguien que me vio lamentarme de la apretura de la gente (yo salía de un teatro), y me dijo: «¡Cómo vas a echar de menos esto cuando no lo tengas…!». Porque a él le había sucedido; había tenido una cierta notoriedad y luego la había perdido. ¡El mito del éxito! Quizá no puedo decir de esta agua no beberé. Pero si yo pudiese seguir tranquilamente trabajando, con el reconocimiento, que es distinto que la fama, me conformaría más.

—Pero nadie quiere irse: ni los toreros, ni los actores, ni los políticos… Todos se aferran.

—Lo que sucede es que existe una doble consecuencia del éxito, que es un tema distinto. El éxito normalmente va en manos de lo que llamamos la fama, los famosos, esos que están en la cresta de la ola. Que yo no he

visto nunca una expresión tan absolutamente exacta, porque están en la cresta de la ola viendo el abismo que tienen debajo y esperando el zambombazo en cualquier momento. La fama siempre tuvo mala prensa. No era una diosa (volvemos a los mitos, si no le importa), era una especie de objeto mudable que el pueblo veneraba, pero no estaba divinizada. Virgilio la pinta como un horror, un ave espantosa llena de plumas y, debajo de las plumas, ojos, y debajo de los ojos, lenguas… Una abominación. Porque la fama, en realidad, aspira a poco. Es como algo muy ruidoso que viene a sustituir la falta de gloria. Es la gloria en calderilla. La fama es vociferante, la gloria es más seria. La gloria es póstuma, siempre se da cuando ya no queda vida. El asentimiento a una obra hecha, a una actitud mantenida durante la vida, es la forma minúscula, perecedera, de inmortalidad que puede alcanzar un hombre. Ser glorificado, digamos, después de muerto, por sus semejantes que lo admiraron, que lo quisieron; vivir en el recuerdo es la mejor forma de inmortalidad que conozco. Pero, sin embargo, fíjese: a Verlaine, el gran poeta simbolista francés, borracho de absenta, una noche le dijeron: «¡Por fin, maestro, tenéis la gloria, por fin es vuestra!» Y él volvió la cara, dejó el vaso en el mostrador y dijo: «La gloire, la gloire… merde!» Estaba solo.

—¿Aunque está clarísimo, lo quiere traducir?

—La gloria, la gloria… ¡mierda!

—No es natural el éxito, ¿verdad? Eso de que la sociedad elija a un hombre y lo suba al pedestal y le exija ser el número uno y le aplauda…

—No es natural, pero sobre todo es terrible para ese número uno. ¿Usted sabe lo que significa ser el mejor? Ser el mejor es estar solo. Convénzase, Quintero, usted está muy cerca de todas estas cosas y le tienen que tocar muy en el corazón. Si yo tuviese un hijo nunca le exigiría ser el mejor. Siempre le diría: Sé lo mejor posible, pero no el mejor. Los pastores, querido Quintero, adoran al sol, les gustan las estrellas, pero se casan con las pastoras. El sol y las estrellas están allí arriba, solos, gélidos y ardientes, titilando, dando luz, pero solos.

—Porque, además, ¿quién decide quién es el número uno?, ¿cómo se mide quién es el mejor?…

—Claro, y luego, una vez reconocido, tiene ese esfuerzo permanente por mantener el puesto, esa envidia de los demás, esa precaución ante los nuevos que puedan llegar a quitárselo. Porque el puesto aquel es público, nadie se lo ha dado en posesión. Tiene que estar luchando como en un ring. Y los espectadores están al fondo, deseando que llegue alguien y lo derríbe en la lona. Y se muere después, habiendo sacrificado su ternura, sus amores defectuosos, su delicadeza, sus desvíos, por ser el mejor. Terrible cosa. No hay que aspirar a eso.

—¿Que siente usted por las estrellas, por los monstruos sagrados, por los grandes nombres, por los mitos humanos?

—Siento compasión. Yo estoy completamente convencido de que las estrellas están extraordinariamente solas. Sé que, cuando se retira el brillo del foco, se quedan sin luz, absolutamente mates, y tienen que seguir respetando y viviendo de aquello que precisamente desprecian, que es la opinión de los demás. Me dan mucha pena las estrellas, las estrellas del cine quizá más todavía, porque creo que se han visto impulsadas por esa ola que las sube a la cresta y que las tira y las destroza en el momento menos pensado. «Más dura será la caída». Comprendo perfectamente a esa estrella llamada Garbo, que se retiró del firmamento, se oscureció voluntariamente y dijo: «Para seguir siendo yo, tengo que dejar de ser Greta Garbo».

—El cementerio está lleno de mitos, Gala.

—El cementerio está lleno de todo, Quintero. ¡A ver si van a ser sólo los mitos los que se mueren! Lo que sucede es que los mitos se mueren más deprisa, porque ya en nuestra corta vida (¡fíjese usted qué elogio!), hemos visto caer muchos.

—Hay otros muchos mitos por ahí, de los que ya hemos hablado alguna de estas noches, como la juventud, el dinero, el paraíso, etc., y nos quedan otros mitos menores, como la alimentación sana, el culto al cuerpo…

—Ése es un mito importado. Aquí no se ha corrido nunca tanto para nada. Yo creo de verdad que, si una persona no ha conseguido, a lo largo de treinta años, hacerse habitable por dentro, ser agradable por dentro,

ser acogedora por dentro, por mucho que corra, por mucha cinta que se ponga en la cabeza y por mucho chandal que se coloque, no lo va a conseguir. Es como la gente que se opera las facciones, ¿no?, enmendarle la plana a la naturaleza… La naturaleza, mientras no se demuestre lo contrario, tiene siempre razón.

—Es que no hay cosmética interior.

—Eso es. El interior está desprovisto y entonces no estamos contentos con nosotros mismos. Pero no lo vamos a arreglar corriendo, ni acortándonos las narices, ni poniéndonos de otra manera las orejas. Si no estamos contentos con nosotros, no es por eso; es por otra cosa mucho más honda, y eso es lo que hay que rectificar.

—Por lo que escucho, deduzco que usted no practica el culto al cuerpo.

—Al mío, no.

—Resumiendo, ¿un hombre inteligente y libre puede vivir sin mitos?

—Sí, puede vivir sin mitos, pero le costará mucho trabajo. Porque la independencia y la inteligencia padecen violencia, como el reino de los cielos. A mí me da la impresión de que, por muy inteligente que sea un hombre, nunca lo es suficientemente. Y está la soledad, está el sentirse fuera del rebaño… Puede vivir sin estos pequeños mitos de ahora; sin los grandes, no. Porque los grandes los hizo el hombre para el hombre, y todo hombre que responda a las características del ser humano necesita esas ficciones, esas fábulas, esas glorificaciones, esas grandes explicaciones de la naturaleza, para poder vivir en ella atisbando sus causas fraternales.

—Gracias, señorGala. ¿Nos retiramos a nuestros aposentos? Hasta mañana por la noche.

—Hasta mañana por la noche, señor Quintero.



NOCHE SEXTA: LA SOLEDAD

—¿No será que usted no conoce la terrible soledad del fracaso?

—Yo creo que sí. Ha habido en mi vida dos ocasiones en que he sido, por una parte, casi hundido y, por otra, casi asesinado. Mi nombre ha sido peligroso en dos ocasiones, y entonces se me retiró la compañía. Tuve que tirar el listín de teléfonos de mis conocidos a la basura porque no servía para nada.

—Gala, ¿usted cree que podríamos hablar durante media hora sobre la soledad? Porque, escuchándolo estas noches, me he dado cuenta de que es un buen tema sobre el que reflexionar, un tema que nos afecta a todos.

—Yo soy un experto en soledades. Creo que he pasado por casi todas.

¿Usted sabe una cosa, Quintero? Yo recibo un término medio de ciento veinte cartas diarias. De ellas, un centenar están escritas por gente que está sola, o por gente que, estando acompañada, se siente sola. En general, basta cogerlas con una mano para que chorreen sangre. Creo que deberíamos hablar un día de la soledad.

—¿Por qué no esta noche?... ¿Usted siente que hay mucha soledad?

—Yo creo que si la soledad manchara, no habría suficiente agua en el mundo para quitar la mancha.

—¿Alguna vez se ha sentido el hombre más solo del mundo?

—No creo, siempre hay gente más sola. Creo que yo no me siento el más de nada. Creo que para lo único que sirvo, y quizá por lo único que estoy aquí, es porque soy un ser como los demás; muy parecido a ellos de estatura, de posibilidades, de sentimientos, de soledad también. Me parezco a ellos y por eso puedo ser significativo.

—Una noche me dijo que su soledad era elegida. ¿Se siente a gusto en soledad?

—En general, me siento a gusto siempre en soledad. Mi soledad es buscada, mi soledad es amada. No estoy solo porque se me haya ido dejando solo, sino porque amo la soledad y amo a los demás. Más todavía, la soledad para mí es un instrumento de trabajo. En la soledad

trabajo para los otros. Es una soledad fértil la mía. Se trata de la solitude de los ingleses, no de la lonelinesse, que es la impuesta.

—La humanidad le debe mucho a la

soledad de los creadores, ¿no?

—La humanidad le debe gran parte de lo que tiene a la soledad de alguien. Por supuesto que también la soledad es un dolor, también es un estigma. Pero si sacásemos las cuentas de una cosa y otra, quizá la medida del alma de un hombre la da la capacidad de soledad que tenga.

—¿Ser libre conduce inevitablemente a la soledad?

—No estoy seguro. Se puede ser libre en compañía. Quizá se es más independiente estando solo, porque no hay nadie que nos tire de un pie, ni de una mano, ni de una oreja. Ser más independiente sí exige más soledad, más renuncia: no pertenecer a nadie en concreto, no pertenecer a nadie en exclusiva, estar un poco por encima de las preferencias, no elegirse ni uno mismo, ser más generoso… Pero creo que la libertad es compartida y es compatible con la soledad… Aunque hay un peligro. Llega un momento en que la soledad no es ya la meta del solitario, sino su destino y su condena. Todos los respetan, pero nadie osa compartir su vida. Tiene amigos, pero nadie lo abraza; admiradores, pero ninguno estrecha lazos con él. Le rodea la atmósfera del solitario; cierta incapacidad de relacionarse, contra la que nada pueden la voluntad ni el deseo más ardiente.

—¿Por qué se siente solo un triunfador?

—Porque creo que el éxito y esa búsqueda del triunfo lo han ido arrastrando demasiado lejos. Él considera todo su entorno como un medio que puede utilizar para su triunfo. Entonces se hace generoso de cosas, pero no de su tiempo, no de él, y se va trazando a su alrededor una especie de muro que lo aísla. A mí me parece que el triunfador va siempre a la carrera y cae siempre en brazos de la soledad.

—Supongo que a la gente le cuesta entender que un hombre deseado y admirado esté solo.

—Ya, pero es que el deseo, si no es correspondido, no significa nada. El aplauso, cuando se transforma ya un poco en costumbre, no emociona. A mí me da la impresión de que ese muro de que hablaba antes sólo se puede abrir por dentro. El de fuera sólo puede llamar para que le abran.

—¿Para usted qué es el aplauso?

—Para mí, el aplauso es un ruido.

—¿Molesto?

—Quizá no el más molesto de los ruidos, pero sí un ruido. El aplauso, cuando suena a su hora, quizá sea como la muerte: uno de los nombres de Dios. Pero me parece que se puede vivir muy bien sin él, se puede vivir imaginándoselo.

—Presiento que a usted la multitud no lo acompaña, ¿me equivoco?

—La multitud nunca, porque la multitud masifica, despersonaliza. Ya no hay en ella comunidad, sino rebaño. Ya no hay rostros. El público es siempre el rostro de las mil cabezas, y no se ve ninguna. De uno en uno, siempre es mejor.

—¿La soledad del poder se parece a la soledad del éxito?

—Sí, pero quizá es más grave. En el fondo, la soledad del éxito es más continuada, porque el éxito reclama a otro éxito. La carrera del éxito es muy larga, es un reto largo, sin testigo que pasar de uno a otro y sin relevos. Pero la soledad del poder es más grave porque es congénita con el poder. El poder, al aislar, nos deja solos. No hay ya ni asesores, ni partidarios, ni amigos. Todo el que se acerca al poderoso, se acerca a él para buscar un beneficio o para manipular; es decir, se acerca a él como un arma, no como una persona, y eso hace imposible toda compañía. El poder (y me refiero a cualquier poder, no sólo el político; el político quizá sea la rama más desnuda de ese árbol del poder, pero hablo también del Papa o de un presidente de un Banco), el poder lleva consigo la necesidad de la soledad.

—En cierto modo, estamos hablando de la soledad de los elegidos, ¿no?

—O de la de los que se eligen a sí mismos, y abdican de sí mismos… La soledad de los elegidos es tremenda, porque, cuando se tiene conciencia de esa elección, para lo que sea, la soledad, con uñas y con dientes, se abre paso para hacer una puerta por donde el cumplimiento de ese destino tenga que pasar. En ese momento no hay alrededor, sino la torpeza y la incomprensión, que no acompañan. El elegido no tiene auxilios, por eso quizá haya sido señalado por ese dedo, que es el destino, y que no sabemos nunca exactamente qué es lo que pide de nosotros. Pero hay que obedecerlo.

—Debió ser terrible la soledad de Jesucristo, ¿no cree?

—Hay un momento de la vida de Jesús que a mí me parece el ápice de la Pasión. Es la oración del Huerto, el momento de Getsemaní. Ya han pasado los Tabores, han pasado las glorificaciones, han pasado las compañías, malas o buenas, y está allí, solo. Está en la víspera de la Pasión. En la Pasión ya va a ser un objeto casi, caído, llevado, golpeado, escupido, humillado… Pero, en ese momento, está siendo alguien que tiene que elegir y que tiene que elegir lo que Él sabe que es la muerte. El destino lo ha atrapado. Están allí los discípulos dormidos. Los amigos siempre roncan en esos momentos terribles. Y Él lo está previendo todo a solas. A mí no me extraña que, en ese momento, sudara sangre.

—Hemos hablado de la soledad del éxito, pero y la soledad del fracaso…

—Casi es menor.

—¿Lo cree de verdad?

—Sí, porque hay una especie de compasión por el fracasado. En este país somos muy dados a condolernos. Somos más aficionados a consolar que a aplaudir. Y al fracasado, además, siempre le queda la esperanza. Yo creo que, en el fondo, aunque sea con ese pequeño sentimiento de compasión que hace tan superior al que compadece, la soledad del fracasado es menor que la del éxito y se comprende mejor.

—¿No será que usted no conoce la terrible soledad del fracaso?

—Yo creo que sí. Ha habido en mi vida dos ocasiones en que he sido, por una parte, casi hundido y, por otra, casi asesinado. Mi nombre ha sido

peligroso en dos ocasiones, y entonces se me retiró la compañía. Tuve que tirar el listín de teléfonos de mis conocidos a la basura porque no servía para nada. Me quedaron menos de los que se pueden contar con los dedos de una mano, y los teléfonos de ellos sí me los sabía.

—¿Puedo saber por qué?

—La primera ocasión fue por una moral gazmoña, provinciana y espantosa. La segunda fue por razones políticas.

—¿Somos islas, como se ha dicho?

—Sí, nos hemos hecho islas. El hombre tenía una gran vocación de sociabilidad, una gran vocación de continente, pero la humanidad se ha ido transformando en un confuso y lóbrego archipiélago. Por una razón: porque yo creo que se nos educa más para la exigencia que para la generosidad. Se nos educa para la reivindicación permanente mucho más que para la cooperación. Los seres humanos tenemos dos características esenciales en común: primero, que habitamos este satelitillo indeciso en medio de la galaxia; y, la segunda, que somos mortales. Junto a esas dos características esenciales, las demás no significan nada más que matices. El hecho de ser de razas diferentes, de religiones diferentes, de economías, de clases diferentes no significa casi nada. Y, sin embargo, le damos todo el énfasis, como si fuesen lo sustancial. Entonces, el hombre tiene pequeños sentimientos de amor, de familiaridad, pero muy privados, no contagiosos. Y, cuando obra en público o para el público, habla de grandes palabras: democracia, libertad, amor, solidaridad…, pero es mentira. Es mentira, y es ese olvido, ese apartarse de los demás lo que va dejando al hombre aislado, convertido en isla. En una isla a la deriva, que es una postura muy rara para una isla.

—Y, a medida que nos vamos haciendo mayores, a medida que vamos creciendo y envejeciendo, nos vamos aislando más, ¿no?

—No en todo caso. Hay gente que va comprendiendo que el hombre debe abrirse, que debe entregarse a los demás, y se va haciendo más generoso y, por tanto, más acompañado, menos aislado. Pero lo normal quizá sea lo que usted dice.

—Porque no me negará que la vejez es, entre otras cosas, una etapa de soledad.

—La vejez no se improvisa. Creemos que, de la noche a la mañana, un señor o una señora se ponen viejos. No es así. Nos vamos haciendo viejos, y hay que prepararse para eso, hay que tener recuerdos imborrables, curiosidad, admiraciones guardadas. Cada edad tiene su propia juventud: incluso la vejez. Preparémonos, señor Quintero.

—Sí, pero ¿quién quiere escuchar esos recuerdos o compartir esas curiosidades y esas admiraciones a las que usted se refiere? Nadie tiene tiempo para escuchar a los viejos.

—Hemos transformado la vejez en una especie de enfermedad incurable cuyo costo es altísimo de mantener, y todo el mundo quiere sacarse a los viejos de encima: las familias delegan en la sociedad, la sociedad delega en el Estado, al Estado un viejo no le sirve o sólo le sirve para utilizar su voto. Y los dejan, como trastos inútiles, en esos asilos en que el viejo yace descuidado, temeroso, porque no quiere denunciar por temor, en que tiene una soledad maniatada y amordazada, y está esperando allí la muerte. Y se pregunta dónde están los que estuvieron con él, sus amigos, los que hicieron con él la vida y ya no están. Y llega un momento en que casi anhelan tirar de una vez la toalla. La ciencia ha agregado años a la vida, pero nadie agrega vida a esos años. Porque la vida, Quintero, es como una extraña partida de ajedrez. Sobre ese tablero nos han colocado a nosotros, y no sabemos quién juega la partida ni quién la gana. Sabemos sólo que la perdemos nosotros en el momento en que empiezan a retirarnos del tablero. La vida es como un vaivén entre el recuerdo y la esperanza, pero cuando queda poca esperanza y los recuerdos ya no son compartidos, ya no son una pértiga desde la que saltar a la esperanza, mala cosa.

—Pero ¿se puede vivir de recuerdos?

—No, pero se puede vivir con los recuerdos, se puede vivir entre recuerdos. Naturalmente, cuando una persona tiene la mayor parte de su vida a la espalda, es lógico que mire más atrás.

—Supongo que hay miles de maneras de estar solo.

—Yo creo que tantas como personas. Van desde la soledad del tonto, que por tonto se ha ido quedando poco a poco solo; o desde la soledad del malvado que, por malo, es rehuido y temido por los demás, hasta la soledad del que verdaderamente quiere estar solo, la soledad voluntariamente escogida, que es la que en verdad puede ser más fructífera.

—La más dura supongo que debe de ser la soledad de un condenado a muerte.

—Sí, yo creo que ésa, si él es consciente, será la más parecida a la soledad del Cristo en el Huerto de los Olivos. Pero no olvidemos que, en realidad, todos estamos condenados a muerte, y con el agravante de que nadie nos dice el día ni la hora.

—A mí la que quizá más desgarro me produce es la soledad de dos personas que viven juntas y que ya no tienen nada que darse ni nada que decirse.

—Sí, pero se lo produce por una razón: porque están esas dos personas viviendo en la casa que soñaron para vivir juntos, sobre la almohada común, entre recuerdos comunes, con hijos comunes… Y, sin embargo, la púa esa de la soledad se ha injertado en el hermosísimo tronco del árbol del amor, y ese amor ya va a dar los frutos más amargos que puede imaginarse. Yo estoy seguro de que si alguien ha sentido la amargura de esos frutos y nos oye, me entenderá; quien no, no.

—Pero, Gala, ¿no será la soledad una típica enfermedad burguesa, como la depresión?

—¿Por qué burguesa? ¿Hay tanta diferencia entre un burgués, un proletario o un aristócrata? Yo no veo más que pequeñísimas diferencias, y todas accesorias. La soledad es inmanente en el corazón del hombre. El hombre no quiere estar solo. Es por eso por lo que se ha buscado compañía, por lo que se ha hecho politicón, por lo que se ha hecho urbano, por lo que se ha hecho sociable. Un hombre solo no es un hombre. Un hombre necesita poder contarle a alguien… Mire usted, por ejemplo, Robinson Crusoe, el gran solo. ¿Por qué se afeita, por qué se cuida, por qué escribe? Porque está acompañado por la ilusión de

poder contar todo lo que le ha sucedido; porque está acechando la huella de un pie humano en la arena, sea el que sea, de otra raza, de otra educación… No sabe su idioma. Se llamará Viernes. Pero, aunque se llame Viernes de Dolores, el hombre no quiere estar solo. Y eso les pasa a todos los hombres: a los burgueses, que se deprimen porque tienen una vida especial, o un trabajo especial; a los proletarios porque no pueden de verdad sacar adelante a toda su familia; a los aristócratas, que están decaídos y que tampoco se encuentran ya a gusto en un mundo que ha dejado de ser el suyo. La soledad es un poco la primera dama de esta compañía.

—Decía lo de los burgueses porque parece que en los países más desarrollados, esos países en los que la gente se pasa la vida trabajando y comprando cosas, se resiste menos la soledad y hay un mayor número de suicidios.

—Porque probablemente también la soledad es mayor. El desarrollo lleva consigo otro desarrollo: el de todos los defectos que ya tenemos en nuestra propia sociedad: el aislamiento, la desazón, la desconfianza, los temores… Al subrayarse eso, se subraya la incapacidad del hombre para luchar en contra, y hay quien prefiere salir de esta vida que es un juego cuyo reglamento desconoce. Se siente aterrado por ella, humillado por ella, pisado por ella, inútil ya, y se quita de en medio. Pero la soledad la siente todo el mundo, hasta la gente que aparentemente está más rodeada por seres queridos… Hay una soledad, por ejemplo, que yo he estudiado y que quiero profundamente, porque parece increíble, que es la soledad de las amas de casa.

—Sí, es verdad, uno no se imagina sola a su madre.

—¿Cómo es posible que un ama de casa se sienta sola entre el fragor de la casa, de la casa sin hacer, de la casa recién hecha, de la casa deshecha, de los niños, del marido que llega, de las exigencias, de la cocina, de poner y retirar los platos…? Continuamente haciendo igual, como una abejita laboriosa. ¿Cómo puede sentirse sola? Y se siente. No se lo quiere confesar ni a ella misma, pero hay ahí como un diagnóstico de una enfermedad que ella misma desconoce, que le quita las ganas, que le quita las fuerzas. Y cuando los hijos van creciendo y el

marido va menguando, ella ya se lo confiesa de una manera clara: está sencillamente sola. Y eso es terrible, porque oficialmente debía ser la mujer más acompañada.

—Y un día, inesperadamente, a lo mejor decide que quiere vivir para ella, porque sólo ha vivido para los demás, o algo peor, que no quiere seguir viviendo, ¿no?

—A mí no me extraña, ni sé cómo puede extrañarle a nadie, que un día esa buena, perfecta ama de casa se tire por una ventana o se vaya con el primero que le diga vente conmigo. Para empezar otra vez un largo camino de desilusiones, pero para empezar algo. Porque tiene la sensación de que ha perdido su vida en función de otras vidas. Y ya ni el éxito del marido, ni el éxito de los hijos la consuelan, porque ha perdido lo único que tenía: se ha perdido a sí misma al no tener ya ni a quién servir.

—Gala, el dolor aísla, ¿no? El que sufre está solo en su sufrimiento.

—Hay un dolor moral que es más participable, que admite más la condolencia. Pero hay un dolor físico que es como un destierro, como un confinamiento que te deja extramuros de todo. Tú no puedes contarle a nadie lo que te duele. Se necesita que le duela a él. La gente que viene a visitar, quizá por cumplir una hermosa obra de misericordia, se cansa de los enfermos crónicos… Y ese dolor va dejándonos desnudos, enfrentados sólo con él y con la amenaza que representa, y se trata de un sufrimiento un poco inútil. Porque si el sufrimiento no es asimilado, no ennoblece, no dignifica. La vida sólo empieza a hacer de oro lo que toca cuando esa soledad del doliente ya se ha hecho generosa y se ha transformado en algo superior. Todos los gestos humanos tienen como una soledad que los acompaña. Cada profesión, cada oficio, cada actitud humana está amenazada por una soledad. La soledad es un patrimonio común, un patrimonio compartido. Y de ella se puede sacar también un partido tremendo. Porque la soledad es, como casi todo, una posibilidad.

—La elegida, no la impuesta.

—La impuesta, también. La soledad impuesta puede ser amada, puede transformarse en un huésped no molesto, que no acabe por echarnos de casa, sino un huésped que nos acostumbre a hacer las labores y al que nosotros pongamos un poquito a trabajar. Me parece que se puede hacer una soledad fructífera aún de la soledad impuesta, de esa soledad que ya se ha instalado a nuestro lado y casi se ha transformado en compañera.

—Hemos hablado de la soledad de los viejos, pero también los jóvenes se sienten solos, y mucho más quizá los adolescentes.

—Sí, la adolescencia es una edad por la que casi nadie siente ternura. El adolescente es tan poco comprensivo… Los demás, para él, están en un planeta aparte, ininteligible, que lo malentiende siempre. No sólo es poco comprensivo, sino poco comprensible. Porque resulta que a él le sucede algo terrible: ha descubierto su cuerpo en el peor momento para el cuerpo; un cuerpo desgalichado, lleno de acné, de espinillas, de huesos largos y raros, de poca carne; y ha descubierto el sexo en un instante en que él, por una parte, no puede ya vivir sin él y, por otra, lo rechaza. Está perdido en su laberinto, en la adolescencia sola de su laberinto, este ser, que todavía es un proyecto, que no tiene el encanto del niño ni la madurez del adulto.

—Son como un poco siniestros los

adolescentes, ¿no?

—Yo creo que la adolescencia está protagonizada por dos personajes extraordinariamente graves: un sexo que lo llena todo, pero que es incipiente, y una ensordecedora soledad. Creo que habría que ayudar a los adolescentes, siempre que ellos se dejasen ayudar.

—¿Se imagina la soledad de un mendigo?

—No necesariamente. ¿Por qué va a estar solo un mendigo?

—Bueno, una de las imágenes tópicas de la soledad es un mendigo en Navidad.

—No, lo del mendigo es otra cosa. No creo que sea la soledad lo más duro de él. Hay momentos del hombre extraordinariamente peores, de

los que el mendigo sí forma parte. Porque hay una marginalidad voluntaria del independiente que sencillamente ha roto la baraja y se ha ido y ha hecho de la independencia la norma de su vida. Y luego hay otra marginalidad involuntaria. Los mendigos forman parte de ella, como lo forman la gente diferente por alguna razón, los que se esconden en los guetos, cualquiera que sea la causa, y forman parte de esa marginalidad: los adictos a algo, los que tienen una pena secreta e inconfesable que los va royendo como un cáncer o los de otra raza que vienen a trabajar con nosotros y son humillados y perseguidos por los que debiéramos ser sus anfitriones… Todos ésos entran en ese mismo saco de la soledad acosada. Porque, claro, la marginalidad se produce en cuanto que hay una soledad previa, y esa soledad previa se produce en cuanto que hay una hostilidad previa. Es la decadencia de unas vidas que nosotros no consideramos fraternales. A mí me da vergüenza que suceda eso, me avergüenza de todo corazón.

—¿Y no es para avergonzarnos también que el hombre se sienta solo con tanta gente alrededor?

—Sí, sí. Pero yo creo que la multitud no acompaña. No creo que nos dejemos tampoco acompañar. Hay como una especie de campana neumática que construimos a nuestro alrededor para nuestra propia defensa. Y sucede que esa campana que nos defiende también nos aísla. No es sólo la multitud la culpable. La multitud está hecha de unidades, y nosotros somos una de las unidades de esa multitud. Es decir, todos estamos siendo culpables de que esa soledad se produzca. Cada uno va a lo suyo, y, si cada uno va a lo suyo, está solo en lo suyo. ¿No hay nada en común? ¿No hay nada por lo que se pueda ir del brazo con los otros, pasar una mano por encima de un hombro, cruzar una mirada? ¿No existe ningún fin común?… Pues si no existe ninguno, la multitud será inútil, estaremos solos de uno en uno, y será nuestro castigo. ¿Qué vida hemos organizado, qué modo de vida es este que tenemos?

—¿Qué modelo?

—¿Modelo?… ¡Llamar modelo a eso!… Una vida llena de competitividad, de rivalidad, de transformar en enemigos a los que van a nuestro alrededor persiguiendo, a lo mejor, nuestro mismo fin. Una

vida de desarraigos, de emigraciones, de dificultades de hacer amistades, de no tener ya más amistades que las que se hicieron al principio, de niños o de jóvenes, cuando todavía éramos decentes. Una vida llena de urgencias, de falta de tiempo para dedicarlo a los sentimientos sencillos, a tomar copas con algún amigo, a los sentimientos familiares, a los sentimientos amorosos, a la sonrisa, al enamoramiento… ¡Muy bien, pues en el pecado estamos teniendo la penitencia!

—¿Pero qué podemos hacer? Porque yo no creo que nadie quiera vivir así, no creo que nadie quiera esta vida de rivalidades, de desarraigos, de urgencias, de falta de tiempo para uno mismo y para sus sentimientos…

—Yo creo de verdad que el que quiera salirse de esa norma de vida, de esa estúpida norma de vida, puede salirse. Yo lo he hecho, e invito a quien quiera que me siga. Como dice la letra: «El que quiera que me siga / y el que no, con Dios se quede. / El que me siga, fatigas; que otra cosita no espere».

—¡Qué hermoso!… Pero ¿usted cree, Gala, que hay alguien que de verdad quiera estar solo?

—Lo que quiero creer es que todo el mundo querría estar acompañado, pero tampoco es eso cierto. Fíjese usted que nos vamos de los sitios pequeños en que vivíamos (ya que hablé antes del desarraigo) a las grandes ciudades. ¿Y qué sucede en las grandes ciudades, las que nos prometían la exaltación del amor, la fortuna…? Nos dejan luego en la estacada. Las grandes ciudades, que nos prometían que seríamos más libres, nos encarcelan en unos minúsculos apartamentos, y nos sentimos absolutamente amenazados en ellas. Pero ¿por qué? Porque nosotros mismos nos hemos puesto una coraza de egoísmo, porque nosotros mismos estamos hiriendo a los demás con nuestro escudo; es decir, atacándolos con nuestra defensa de ellos. Era el hombre un lobo solitario que, por no estar solitario, se agrupa y, de repente, desde esa agrupación, empieza a sentirse mucho más solitario: un lobo aullando a la luna y echando de menos aquella soledad primera que tenía, porque al fin y al cabo era menos ofensiva que la que tiene ahora. ¿Cómo no va a querer la gente estar sola? Habrá gente que quiera de verdad

separarse de la manada de una vez. Como en la fábula de los puercoespines en invierno: quieren acercarse y calentarse, pero se hieren con lo más suyo que tienen, con las púas.

—A veces, la soledad se la busca uno mismo, ¿no?, por miedo al rechazo, por timidez… ¿Usted es tímido?

—Yo creo que un poco, pero he procurado luchar contra la timidez porque me parece que la soledad del tímido sí puede ser grave. El tímido siempre entiende que no gusta porque no se gusta; que, si se abre, es para que lo examinen y para que lo suspendan, para que lo pongan a prueba. Contra esa soledad yo creo que hay un remedio. Porque el tímido tiene una especie de mayor precisión en la percepción. Él sabe cuándo tropiezan sus ojos con los ojos de alguien que lo respeta, que lo ve bien, que lo aprueba. Y entonces yo creo que el tímido, por esa otra persona, siente el amor del cachorro, ese amor fiel, continuo y ejemplarísimo.

—¿Su timidez era miedo a los otros, a que lo examinaran y lo suspendieran?

—A mí el miedo no me gusta. El miedo lo sentí de muy pequeño, hasta los seis años, y se me quitó. Me parece que es una perturbación grave. El miedo es quizá lo que más soledad origina: el miedo a los otros, el miedo a la gente que nos encontramos en una acera, en un ascensor, delante de un semáforo… El miedo es grave. Quizá es ese impermeable invisible que hace que los demás no nos penetren. Pero yo creo que hay soledades más iniciales. El hombre nace ya en la soledad. Hablamos, por ejemplo, de la infancia como de un paraíso: el paraíso de la infancia, quién volviera… ¡Mentira! El paraíso no es la infancia; el paraíso es probablemente la madre. No se sale del paraíso cuando se crece, se sale del paraíso cuando se nace.

—Quizá por eso los niños lloran al nacer.

—El niño es el ser más débil, como una flor, y, al mismo tiempo, como una centolla, erizado; porque está todo acechándolo, todo es peligro para él, todo es necesidad. El niño depende de un dios y de un todo, que es su madre. Y la madre, de pronto, se aleja de él, se va con el padre,

tiene otros hijos, lo manda a la escuela, le niega los caprichos… Y el niño entra en esa terrible soledad de que su dios se va y de que él ya no es el dios de su dios, es como un rey destronado. Eso es muy duro. Yo estoy completamente convencido de que si el niño tuviera una conciencia de su desolación, de que si supiese lo que es la muerte y cómo conseguirla, se podría suicidan Menos mal que el hombre es un ser dotado divinamente para el consuelo y para el autoengaño. Pero yo, de verdad, no querría volver a la infancia. Si lo pensamos, nadie querría volver. El niño se salva por la esperanza y el olvido: como todos.

—¿Cuántos de los que nos escuchan esta noche estarán o se sentirán solos?

—En algún momento, quizá todos. Hay horas más propicias para la soledad, depende del trabajo, depende de la gente con quien se convive; pero hay horas crepusculares, cuando se va el sol, cuando el día se apaga, cuando tendría que encenderse el fuego, cuando todos tendríamos que volver para la confidencia, para la naturalidad, para el sosiego, en que la soledad se hace más profunda. Yo querría que esos solos hoy se sintiesen un poco menos solos, con una carga un poco más llevadera por más compartida.

—¿Qué le dice al joven solitario que se siente incomprendido, diferente, y que no encuentra el camino para comunicarse con los demás?

—Ningún corazón es del todo comprendido y todos somos diferentes, más o menos. Yo le diría que mirara bien a su alrededor, porque probablemente encontrará enseguida alguien igualmente incomprendido, diferente con la misma diferencia. Me parece que saltará ese pájaro súbito de una mirada en otra. Que confíe y espere.

—¿Qué dice a esa muchacha solitaria, con una soledad insoportable?

—La comprendo muy bien, pero el tiempo y la esperanza tienen suaves los dedos para cerrar las llagas; unas llagas que creemos que no se van a cerrar nunca, que va a crecer hierba sobre ellas. Yo le diría quizá que la parte más oscura de la noche es precisamente la que precede al amanecer. Que confíe también y que tenga misericordia con ella misma.

—¿Y al ama de casa, a la que antes se ha referido, a esa mujer extrañamente sola?

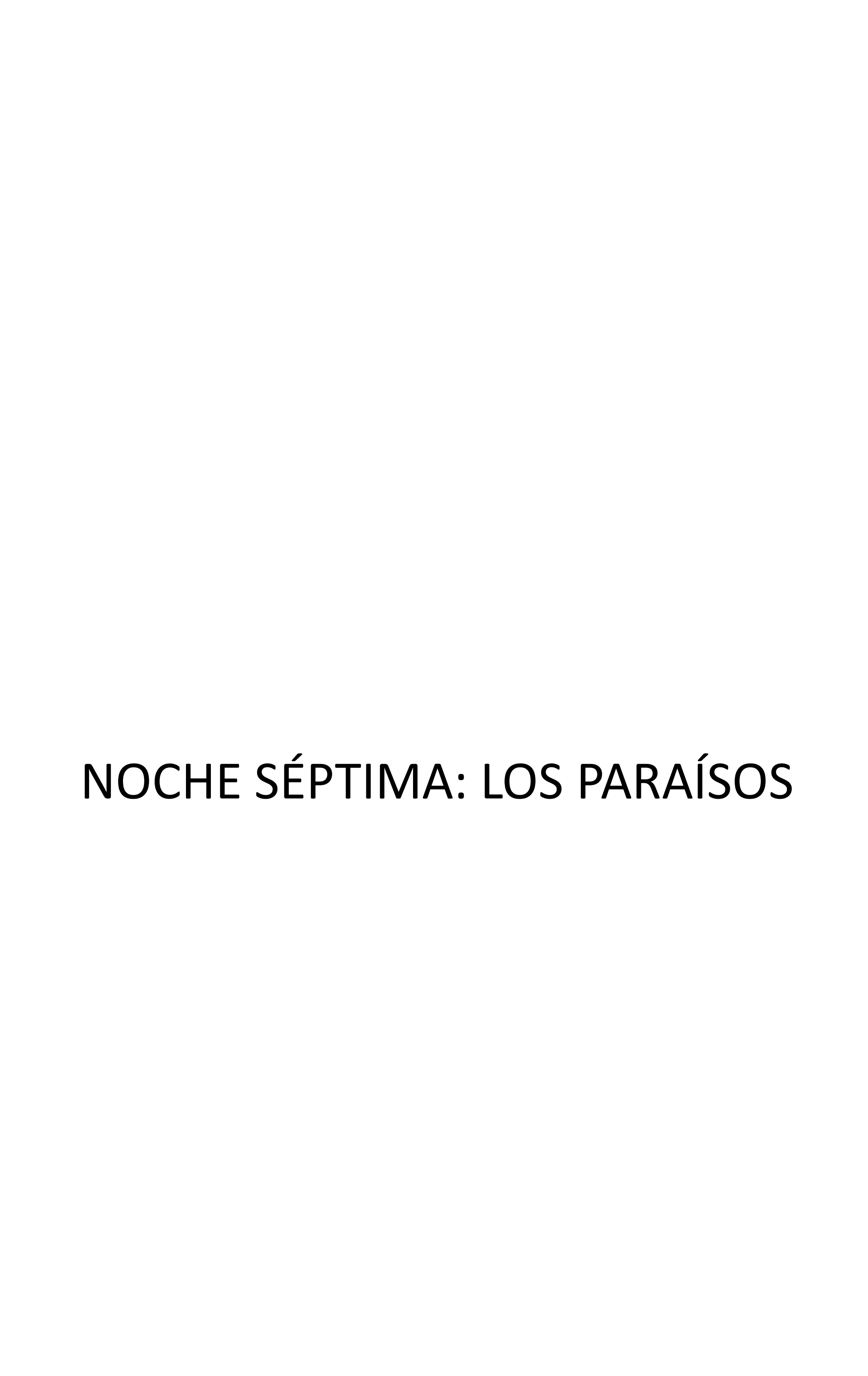
—A ésa le diría que confirme de verdad que es el ama de la casa, que es la gran reina; que, si no se lo cree, pruebe a ponerse enferma un par de días y verá cómo a su alrededor todo es desbarajuste y desconcierto; que comprenda que su misión está cumpliéndose y que su vida probablemente sea ser generosa con las demás vidas. Me parece que el interés y la paciencia son justamente sus armas. Ella no debe creerse que está sola. Lo que sucede es que está un poco rodeada de amantes sordomudos. Ya la echarán de menos.

—¿Qué le dice a ese hombre y a esa mujer, a esa pareja que vive la soledad en compañía?

—Que no dejen de ejercer la capacidad, que no desaparece nunca, del perdón, de anudar y de reanudar, de confiar y de confiarse, de desenmascararse uno delante del otro, quedándose en el puro hueso si es preciso. Y que, en último término, eleven juntos un recurso de amparo ante el Tribunal Constitucional del Amor, que siempre es un poco más piadoso que los otros tribunales.

—¿Y qué le dice al que huye de la soledad desesperadamente?

—Que cuando se muda uno a caballo, para huir de sí mismo, lleva toda la soledad, todas las virtudes, todas las cualidades y todos los defectos en el anca del caballo. Que es inútil huir de la soledad, porque la soledad va dentro de nosotros, estamos inmersos en ella. La soledad es inmanente en el alma del hombre y es un germen interior. No se puede huir de ella. Que se baje del caballo y la afronte.



NOCHE SÉPTIMA: LOS PARAÍSOS

—¿No será el paraíso el vientre de la madre?

—Eso es posible, pero no lo sabremos nunca, porque antes de salir de ese paraíso todavía no somos seres humanos en activo.

—¿El único paraíso es la infancia?

—¿Su infancia fue un paraíso? Yo tengo la impresión de que inventamos un poco el paraíso de la infancia.

—Sí, es posible.

—Me da la impresión de que todo lo que nos es arrebatado, antes o después, lo convertimos en un paraíso. El hombre, en su infancia, era el rey, un dios menor que de alguna manera gobernaba el hogar; que tenía armas extrañas, como el llanto, como la exigencia, como el grito, como el pataleo, para imponer su voluntad de pequeño tirano. Luego, ya no. El niño se hace consciente, a esa terrible edad de los siete u ocho años, y ya presiente, ya añora. Se acabó ese fingido paraíso... Yo creo que los adultos ignoran mucho lo que es la infancia: la inventan, sobre todo los que luego no fueron felices y necesitan convencerse de que sí lo fueron. Cae como un telón sobre la infancia y ya se queda allí el paraíso. Pero si investigáramos, yo no estoy nada seguro de que el niño no fuese un ser profundamente infeliz y deseoso de salir de la infancia.

—¿Usted lo fue?

—No profundamente infeliz o, por lo menos, no lo recuerdo; pero sí un ser no afortunado. Mi infancia fue una infancia preservada. Pertenecía a una clase social que podía permitírselo. Mi infancia fue una especie de hortus conclusus, un jardín cerrado. Y yo era un niño atento, sobre todo, y alegre y simpático y dicharachero. Es decir, era un niño que hacía el papel del niño que los demás querían que fuese. Era un niño dócil en apariencia y extraordinariamente rebelde en mi interior.

—¿Y sigue igual?

—Sospecho que sí, esas cosas no cambian. Yo me he ido perfeccionando por el uso, señor Quintero. Supongo que sigo prácticamente igual, con más elementos para la docilidad, con muchos más elementos para la rebeldía. Sé lo que se puede esperar de mí. Quizá sé hasta lo que ya no espero.

—Se habla de la inocencia de los niños, pero también el niño puede ser terriblemente cruel, ¿no?

—Porque es natural. Todo lo natural de alguna forma, para nuestros ojos de adultos, es cruel. Pero ¿es cruel el tigre? Yo no lo creo. El niño puede ser extraordinariamente cruel con los que están debajo, con los que él puede, como los adultos pueden ser extraordinariamente crueles con él. Un niño castigado siempre acaba por castigar a su perrillo. Pero el niño tiene algo que lo separa extraordinariamente de nosotros. Si hace una travesura, si alcanza ese tarro de miel que está en el último estante de la despensa y se le cae encima, o se le cae al suelo y lo rompe, él sabe que llegará alguien, que le dará un azote y aquel asunto habrá terminado. El niño no tiene sensación de culpabilidad. Eso es lo que hermosea probablemente la infancia.

—Eso y la sensación de inmortalidad, ¿no?

—No quiero desengañarlo, pero la inmortalidad no existe. Yo estoy convencido de que usted, como Jesús Quintero, llegará un momento en que desaparezca. Lo que Jesús Quintero tiene de ser vital, de impulso vital, no va a desaparecer, pero sí la individualidad que en este momento existe como Jesús Quintero. La inmortalidad no existe ni en el paraíso. Porque, sencillamente, el paraíso no existe.

—Pero todos sentimos, de algún modo, que hemos sido arrojados de un paraíso, al que deseamos volver. ¿Cuándo se sintió usted expulsado del paraíso?

—Yo creo que si hay una expulsión personal del paraíso, yo he nacido expulsado. No le puedo decir por qué me he sentido siempre fuera del paraíso. Aún hoy me parece como si yo fuese el habitante de la casa de los caseros que está a la entrada del paraíso, pero no dentro. Y con eso me contento.

—¿No será el paraíso el vientre de la madre?

—Eso es posible, pero no lo sabremos nunca, porque antes de salir de ese paraíso todavía no somos seres humanos en activo.

—¿Comprende que nuestros primeros padres se jugaran el paraíso por morder una manzana?

—Pues sí, lo comprendo perfectamente. Yo hubiera hecho lo mismo. Creo que el hombre sólo lo es cuando es libre de obrar o de no obrar, de amar, de desamar o de ensimismarse, de elegir o no elegir. Hay muchas religiones que confunden la libertad con el pecado y con excesiva frecuencia rebelarse y ser libre es una especie de sublevación que el poder suele castigar con rigurosidad… Y el hombre sólo lo es cuando posee la razón, o sea la discriminación entre el bien y el mal, que fue lo que sobrevino al rebelarse (toda razón y toda libertad comienzan con una insumisión) y comer el fruto del árbol del conocimiento.

—Todas las religiones nos prometen el paraíso, ¿no?

—Es natural, es un buen gancho, un banderín de enganche fabuloso. Para ser perfectamente feliz, la felicidad tiene que ser eterna, tiene que durar, y la felicidad de este mundo es racheada, son efluvios, presentimientos. Entonces, el hecho de prometer una eternidad feliz, un bien sin mezcla de mal alguno, como el paraíso, por una parte, es un buen estímulo para hacer el bien más o menos organizado por los poderosos. O, al que haga el mal, prometerle el mal sin mezcla de bien alguno, que es el infierno.

—Porque el paraíso es esencialmente la ausencia de dolor, ¿no?, no sufrir, no sentir, no pagar deudas…

—Todo eso junto y, no sé, una habitabilidad especialmente desinteresada, especialmente satisfecha, especialmente preternatural, quizá, gozando de la visión beatífica de Dios. Una especie de iluminación armoniosa, tan difícil de imaginar como el infierno, me parece.

—Algo así como el nirvana…

—Probablemente. Pero, por lo menos, el nirvana es el más modesto y el menos grandilocuente de los paraísos, el menos prometedor. A mí me

parece que ser absorbido por el espíritu universal, borrar las espinas, las congojas del yo, no es un mal final. No me parece mal ese paraíso.

—Pues a mí sí, porque si existe el paraíso yo quiero disfrutarlo con mi yo, conscientemente, en alma y, si no es pedir mucho, también en cuerpo.

—La resurrección de la carne (que para la Iglesia católica no deja de ser una confirmación del mantenimiento de la individualidad: es decir, que cada uno va a seguir siendo cada uno, distinto de los demás, en la otra vida) va a ser taxativa en el paraíso cristiano; resucitamos hasta con los órganos genitales; que no sé exactamente para qué servirán, me temo que no para mucho.

—No sólo las religiones nos prometen paraísos. También la política nos tienta o nos ha tentado con el paraíso capitalista o el paraíso comunista, ¿no?

—Sí, hay una gran variedad, y el hombre sabe que todos, poco más o menos, son falsos.

—¿Seguro que el hombre lo sabe?

—El hombre lo sabe. Lo que sucede es que no quiere decírselo, porque no quiere amargarse y no quiere ponerse triste. El hombre siempre prefiere estar andando camino de uno o de otro paraíso, pero él sabe que el paraíso al que aspira probablemente lo lleva consigo. Es como esas urbanizaciones con piscina, chalets adosados, cancha de tenis de los paraísos consumistas y capitalistas. Los habitantes de ellos ya saben que lo que ellos no llevaban no existe allí, y enseguida quieren mudarse a otro.

—Porque el hombre siempre está

intentando regresar al paraíso.

—De alguna forma, sí. De alguna forma, el hombre se engaña, es olvidadizo, necesita tener ese consuelo, necesita creer que hay una felicidad eterna que él ha intuido y anhela, algo que explica la inexplicable desgracia, las contradicciones de la vida, la finitud de la vida, la soledad: ese juego cuyas reglas desconocemos y cuya clave sólo

se nos da al final, cuando ya nos hemos levantado de la mesa en que lo jugábamos.

—Algo que explique también la injusticia, las diferencias sociales, el hecho de que unos nazcan para sufrir y otros para gozar. Algo que, aunque sea en la otra vida, compense a los hombres de buena voluntad que han pasado pisoteados por esta vida; que les toque disfrutar a ellos y sufrir a los canallas que los han hecho sufrir.

—¿No existe en esta vida la compensación?

—Yo no la veo.

—Mire usted bien. Quítese las legañas y las vendas de los ojos y verá que la vida es un puro alboroto. La vida tiene sus normas, la vida tiene su gozo, la vida tiene su satisfacción diaria.

—Si usted lo dice, que es el maestro, será verdad, pero yo sigo sin verlo. A propósito, para no creer en el paraíso, ¿no le parece que ha escrito bastante sobre el paraíso?

—Bueno, hay mucha parte de mi obra que es la añoranza de un paraíso, el recuerdo activo de un paraíso, como un extraño viaje de ida y vuelta: en Los buenos días perdidos el paraíso sería Orleans; el Edén mismo, en Los verdes campos del Edén; y en una de las últimas comedias mías, que lleva ese título, Samarkanda…

—Samarkanda…, suena bien.

—Samarkanda, para mí, fue una palabra talismán. De niño, cuando me pasaba algo malo, yo decía: Samarkanda, creyendo que eso lo iba a arreglar todo. Para mí, Samarkanda era un extraño paraíso en el que cada uno era igual que como su madre quiso que fuese al nacer. Cada uno era como fuese, pero, en cualquier caso, bello, hermoso… Todos éramos absolutamente respetables y absolutamente iguales. Sucedió que, cuando tuve ocasión de visitar Samarkanda, estuve a punto de volverme en la escalerilla del avión, porque era una de las pocas ilusiones que me quedaban: ver Samarkanda, la azul Samarkanda. Pero decidí bajar la escalerilla y Samarkanda no me desilusionó.

—¿De todos los lugares que ha visitado, en cuál se ha sentido más cerca del paraíso?

—El Caribe es una hermosa tierra para paraísos, y Andalucía también. Andalucía tiene la posibilidad, tiene el clima, la indolencia y la gracia; tiene lo previo: la hermosura, la variedad, la fertilidad. Quizá lo malo del paraíso andaluz lo hemos puesto nosotros. Pero verdaderamente Andalucía pudo ser el paraíso y, en efecto, Estrabón y Posidonio hablan de los tartessos como si habitasen un paraíso; el Jardín de las Hespérides, donde las manzanas eran de oro, quizá se referían a las naranjas. Y hablaban del viejo rey Gerión y de sus rojos toros que levantaban a la luna la frente, y de Argantonio, y del estaño, y de gentes pacíficas y hospitalarias que sonreían como reyes, y de un pueblo cuyas leyes estaban escritas en verso. En realidad, eso es muy próximo a la idea del paraíso. Hay otros paraísos mucho más domésticos y mucho más humildes. Para una tierra como Castilla, por ejemplo, Jauja no deja de ser uno.

—¿Qué es Jauja?

—Pues el sitio donde se atan los perros con longaniza. Es el paraíso de los hambrientos… Y para los pobres de nuestros siglos XVI y XVII El Dorado era el paraíso. Empezaron aquellas larguísimas aventuras, llenas de fatigas, y era necesario que tuviesen un paraíso para justificarlas. Ellos eran pobres y, para un pobre, el paraíso es lo que no tiene; es decir, el oro, El Dorado.

—¿Los ecologistas son hoy los grandes buscadores del paraíso?

—Yo no sé si los ecologistas buscan de verdad el paraíso o son más humildes. Quizá a lo que aspiramos no es a lo que hubo un día, sino a conservar y mejorar lo que todavía tenemos: este mundo. Yo creo que el hombre por aspirar a la superhumanidad está dejándose ir de las manos la humanidad. A mí me parece extraordinariamente grave que el hombre pueda y quiera visitar otros astros; que se sepa el sexo de los hijos y se curen las enfermedades prenatales; que las mujeres fértiles no quieran tener hijos pero las estériles sí; que no haya ni inviernos ni veranos y que queramos tomar las frutas y las verduras de todo el año durante todo el año; que alcancemos la velocidad casi de la luz y que las

armas sean absolutamente mortales. Todo eso me parece tremendo porque, si no es contenido, puede acabar extraordinariamente mal. Fíjese usted que la base de nuestra cultura consiste en que todo es posible en este momento. La base de nuestro progreso consiste en que entre todos tenemos que pagar los costes de todo, nosotros y los que nos sucedan, cuyo consentimiento nos inventamos, y los que de nada disfrutan ni disfrutarán. Y la base de la civilización es que la tecnología puede resolver todos los problemas que se planteen, y no es cierto. Es decir, la actitud de los ecologistas me parece la única actitud sana y posible del mundo actual.

—Lo terrible y lo absurdo es que los hombres nos pasemos la existencia soñando con el paraíso mientras vamos destrozando el único paraíso que nos queda, la Tierra.

—Sí, pero es que ellos no entienden que la Tierra es el único paraíso del que disponemos; que no se trata de aspirar a un paraíso muchísimo mejor, sino de mejorar el que tenemos y heredamos. El único animal que infringe las leyes de la naturaleza es el hombre. El único animal que no cuenta con la naturaleza es el hombre. El único animal que destroza, esquilma, anonada y vuelve improductiva la naturaleza es el hombre. A mí me parece que un delito será mayor y más terrible cuantos más sean los lesionados por ese delito y cuanto más indefensos se hallen. Nuestros hijos y nuestros nietos están en este momento absolutamente indefensos. Si el delito se mide por eso, el ecológico sería el mayor de todos.

—¿Ve posible que el hombre cambie de actitud, que comience a vivir más de acuerdo con la naturaleza?

—Me da la impresión de que tendríamos que ir demasiado lejos. Quizá en el último momento, cuando haya muchas más víctimas, cuando las llevemos en brazos, quizá entonces empecemos a recordar un paraíso que también perdimos, y ese paraíso que los hombres de entonces recuerden será este que todavía podríamos conservar. Pero el hombre, ya sabe usted, se dedica a mirar por encima del hombro del hoy y del mañana. Cuando todavía puede salvar algo, ya lo da por perdido. Está

mirando atrás o está mirando delante. No pone en el día de hoy, que es ya el umbral del futuro, su casa.

—¿Qué clase de paraíso buscan los que se refugian en la droga?

—Yo creo que cualquier ser que busca la droga, la busca como algo bueno; es decir, como una vida intensificada y mejorada, como una forma de negar la mala vida del entorno, como un místico que se adentra en sus interiores, en sus moradas interiores, ante la hostilidad de fuera. Lo que sucede es que de ese paraíso artificial se pasa a un infierno natural: a la adicción, a la oscura avenida en que se pierde el adicto que sólo lo lleva a la soledad, a la incomunicación, que era lo que no quería, y a la muerte. Esa es la cara infernal de todo falso paraíso.

—¿La ha conocido, Gala?

—¿La droga?... Sí, sí, claro. ¿Por qué no? Incluso he dicho que estaba deseando que me detuvieran en mi jardín fumándome un «porro», porque me parece una detestable intromisión en la intimidad. Los Estados, que tienen que defender los derechos del hombre, tienen que defender el primero de ellos, que es que cada uno haga con su cuerpo lo que quiera.

—¿Mejoraría la situación si se legalizara la droga, la venta de droga?

—Es inútil fingir. A mí me parece que, para eliminar algo, no basta con cerrar los ojos ni esconder la cabeza. No somos avestruces. Creo que, tal como están las cosas, puesto que la prohibición no ha dado resultado y las persecuciones tampoco, sino al contrario, quizá habría que experimentar la legalización de la droga. Pero quien puede no lo quiere porque las autoridades competentes temen que se produzcan determinadas pérdidas muy graves; porque los Estados desconfían unos de otros; porque hay intereses secretos (la mano de la droga es extraordinariamente larga); porque los narcotraficantes están interesados en que la droga no se liberalice y costean las campañas contra ella; porque hay deudas externas que jamás serían pagadas; porque hay armamentos que jamás serían vendidos y que no podrían ser fabricados; porque los precios internacionales vacilarían; porque las multinacionales no podrían blanquear el dinero, y el dinero en este

momento es el Dios; porque tendría que destronarse la economía como reina del mundo. Hasta ese punto la droga influye, y es muy difícil que se legalice, porque hasta ese punto la droga tiene poder sobre los que tendrían que legalizarla.

—Señor Gala, hemos quedado en que el paraíso es felicidad y placer; ¿o no?

—Hombre, si el paraíso no es felicidad y placer, ya me contará usted si va a ser una sucursal de Banco…

—Felicidad o, por lo menos, gusto y placer es el sexo. ¿Es el sexo un paraíso?

—Lo dice usted con un sigilo que parece que le da vergüenza.

—Es que reducir el paraíso a eso…

—Esté usted orgulloso de eso. Esa es la parte natural del hombre y con eso hay que estar absolutamente de acuerdo.

—No, si yo estoy de acuerdo… Lo que querría es estar más de acuerdo, más tiempo y con más gente.

—Yo no puedo dejar de pensar que hay una felicidad primaria, elemental, confusa y consentida en esa dádiva compartida de la caricia y del orgasmo. A mí me parece que el cuerpo tiene su noche oscura como la tiene el alma, una noche oscura en que se puede decir: «Quedéme y olvidéme, dejando mi cuidado / entre las azucenas olvidado». Las azucenas del sexo son hermosas para quien pueda poseerlas, pueda olerías y pueda cultivarlas. Porque me parece que en cada vello, en cada partícula de piel, en cada poro, en cada uña, en cada curva, en cada rodilla, en cada línea de muslo, hay un milagro y un olvido. Dos amantes, cuando están amándose, son el centro del mundo, están cumpliendo una misión absolutamente sagrada, absolutamente natural y el orbe les sirve de lecho. Lo que sucede, señor Quintero, es que todo es frágil ahí, no dura el placer, ni la dicha, ni dura el claro vergel del cuerpo, ni dura siquiera el sentimiento que creíamos verdadero y que lo fue. Y la felicidad, lo dijimos al principio, para ser paradisíaca, tiene que ser perdurable. Por eso no es del todo el sexo un paraíso. Pero, mientras

dura, lo es. Es como asomarse a través del ojo de una cerradura y ver lo que, si durara, podría ser el verdadero Edén.

—¿Y por qué dura tan poco? Me refiero al gusto o, como usted ha dicho, al orgasmo.

—Mire usted, yo no lo he inventado. Pero probablemente lo que más harían nuestros primeros padres, Adán y Eva, antes de darle el bitango de la manzana, sería ejercer el sexo y sentir orgasmos. De eso puede estar usted casi seguro.

¡Ah, una cosa! ¿Usted sabe que ninguna hembra semejante a nuestras hembras tiene orgasmos, sólo la mujer? Por algo será. Ahí habrá un recuerdo del paraíso.

—Señor Gala, ¿en esta búsqueda del paraíso es bueno probarlo todo?

—A mí me parece que el gozo de todo, de todo lo que no implique daño ajeno (que eso sí que no estaría permitido en el paraíso, supongo, ni se le pasaría por la mente a la población edénica) me parece, digo, que se puede y se debe probar. Nadie puede decir no me gustan las alcachofas crudas, por ejemplo, sin haberlas probado de antemano. Salvo que sienta una severa repulsión ante ellas.

—Hay que probar.

—Lo dice usted de una manera y con unos gestos que me dan miedo, señor Quintero.

—A propósito, ¿desde cuándo no pisa usted el paraíso?

—El paraíso no se pisa; pero yo creo además que nunca lo he pisado. Para qué lo voy a engañar… O quizá lo entreví, como de puntillas, un instante.

—¿Cuál es su paraíso personal?

—No tengo paraísos personales. Odio el paraíso personal. Me parece que el ideal mío del paraíso es todo lo contrario de un paraíso para uno solo. Creo que si yo estuviese, por un privilegio, en el paraíso solo echaría tanto de menos a los de fuera que esa añoranza me lo

amargaría. Un paraíso donde no se pueda entrar al menos de dos en dos, no merece la pena.

—¿Verá el hombre algún día cumplido el sueño del paraíso?

—No, nunca. El milagro no tiene día siguiente. Pero al hombre le queda la esperanza y luchar por la esperanza. Me parece que con el paraíso sucede lo que dice Pascal de Dios: «No me buscarías si de alguna manera no me hubieses ya encontrado».

—O te buscaba fuera y estabas dentro.

—Claro, siempre nos pasa igual. Somos muy ventaneros. Nos encontramos con la realidad cuando regresamos de la búsqueda exhaustos, cansados, y ahí estaba, esperándonos.

—¿Algún último consejo a los buscadores de paraísos?

—Que no se dejen engañar por falsos anuncios, porque el paraíso es una cosa mucho más íntima. El paraíso puede ser desde la sonrisa de un niño hasta un beso de amor. Y no vendrá nunca desde fuera ni se nos impondrá. No creo que sea un regalo, no creo que sea algo gratuito. Será algo costoso: algo que tiene un precio que sólo entre todos podemos pagar.

—Como usted suele decir: de dentro afuera.

—De dentro afuera, de abajo arriba.



NOCHE OCTAVA: LA RELIGIÓN

—¿Los enemigos del alma no son, para usted, el mundo, el demonio y la carne?

—Parece un menú. No, los enemigos del alma son los que la obligan a renunciar a su entidad verdadera; es decir, a la razón y a la libertad. Ésos son sus verdaderos enemigos, se encuentren en el campo que se encuentren.

—Resulta curioso que estando usted tan bien dotado para la palabra se encerrara en un lugar donde no se habla, en un convento de cartujos.

—Si la palabra es una sinfonía, o una música, el silencio también es música. La música no podría estar siempre sonando. Necesita de las armoniosas pausas. Y el silencio y la soledad son refugios donde se reflexiona bien; donde uno se encuentra más próximo a sí mismo; donde uno se reencuentra si se ha perdido. No crea que esas altas músicas, llenas de decibelios irresistibles, se utilizan para otra cosa que para impedir pensar. No crea que esas grandes ciudades, tremendas, en que la gente está de verdad sola, pero infinitamente rodeada, no son también utilizadas para impedir que la soledad nos deje pensar, nos deje encontrarnos, nos deje reconciliarnos con lo que somos. Por eso me fui.

—¿Puede ocurrir que vuelva al convento?

—No, no creo. Creo que yo he encontrado fuera, extramuros, la paz, una paz laica, tolerante, comprensiva. Me parece que, sin duda alguna, lo poco que tengo que hacer en el mundo tengo que hacerlo en este mundo, no en otro distinto.

—¿Usted fue un cristiano, un creyente convencido?

—Sí, por supuesto.

—¿Y cómo se fue alejando?

—Yo creo que quizá no he dejado de ser cristiano. No porque pertenezca a una área de cultura o a una área geográfica cristiana y lo lleve en la masa de la sangre (porque la fe también se hereda, como que se respira, ¿no?), sino por pura deducción, por racionalidad y libertad creo que soy cristiano. Lo que creo es que no soy católico. Si se refiere a mi estancia en el convento, toda esa serenidad, todo ese silencio, toda

esa soledad me fue útil. Yo me separé de la iglesia de Roma por otra cosa. No tuvo nada que ver mi experiencia religiosa.

—¿Puedo saber por qué?

—Sí; es un poco duro para mí decirlo, pero lo diré: por la Eucaristía. La presencia real de Jesús en la Eucaristía, que es un dogma tan consolador para el que cree, me detuvo en seco.

—¿Cómo se explica?

—Porque creo que se ha interpretado mal; porque creo que de alguna forma todo es un símbolo. Yo no sé si hice bien pero, en cierta ocasión, a un amigo mío que era anglicano lo convertí al catolicismo. Es en este momento un santo y está en una leprosería de África. Cuando él vio que yo me echaba para atrás, que retrocedía ante el dogma de la Eucaristía, me dijo:

«No lo dudes, sigue siendo cristiano, formando parte de alguna comunidad cristiana; hazte anglicano». Porque los anglicanos tienen la comunión, pero de una manera simbólica, un rito comunal de participar todos de un ágape. Sin embargo, eso no es el cuerpo y la sangre de nadie, sino una jubilosa conmemoración.

—¿Hasta qué edad rezó usted en las comidas o antes de irse a dormir?

—Yo no estoy seguro de haber rezado antes de las comidas. Mi casa era una casa profundamente liberal y quizá no se atrevieron a insinuarnos esa acción de gracias («gracias por los alimentos que vamos a tomar»), porque ya están dadas las gracias de antemano. Esa especie de abuso de la cotidianeidad, ese sentar a Dios forzosamente en nuestra mesa a comer unas judías o un postre de huevo, me parece excesivo. Estamos viviendo en Dios, nos movemos en Dios, respiramos en Dios, ¿para qué mencionar su santo nombre en vano? Últimamente he aprendido una plegaria muy breve para ese acto: «Benedictus benedicat», que el Bendito bendiga.

—Pero usted es un hombre de oración. Yo lo he visto rezarle a la Luna.

—Y yo lo he visto a usted hacer cosas que no digo.

—Perdón, si he sido indiscreto.

—Sí, le rezo a la Luna creciente, es una antigua oración india. ¿Sabe usted por qué?

—Si no tiene inconveniente…

—No tengo el menor inconveniente en confesarme. Yo le temo a la Luna. Al Sol, no. Si yo fuese idólatra, probablemente sería heliólatra, adorador del Sol. Pero a la Luna le temo. Tiene esa extraña palidez, esa extraña seguridad, esa luz reflejada que no es suya y que el día amortigua, y eso me da un poco de pena. Entonces le pido muchas cosas para que se contente con no concedérmelas y no me haga otro daño que ese.

—Pues yo creí que le rezaba a la Luna porque era un lunático.

—Quizá lo soy, señor Quintero, y el trato con usted me empeore más que las fases de la Luna.

—¿Qué le parece este catecismo del Padre Ripalda que me han regalado?

—Que no me extraña, porque buena falta le hace a usted… Está muy bien esta figurita del Niño Jesús… Es muy devota… ¡Y pensar que toda la doctrina del Cristo, de ese Sermón de la Montaña, imperativo, se ha transformado en pequeños librillos, vademécumes, devocionarios, que se llevan en el bolsillo, melosos e inservibles! Pero a Dios no se lo puede uno meter en el bolsillo, amigo mío, porque explota dentro. Dios es más grande que nuestro corazón. Y también que nuestros bolsillos.

—«Yo soy el camino, la verdad y la vida».

—Buen programa. Pero cuando le preguntan qué es la verdad no dice yo.

—Se calló.

—Bueno, se calló con elle, que lo dice usted de una manera que parece que se dio un guarrazo.

—¿Cree en el demonio, señor Gala?

—Pues hablando así, un poco de prisa, no creo en el demonio, porque me parece que es una criatura que sirve como una especie de contenedor de basura, para exculparnos. Todo lo malo que nos pasa, nos pasa por causa del demonio, las tentaciones son del demonio… Nosotros tenemos dentro la luz y la sombra. No necesitamos al demonio para destrozar el mundo; lo destrozamos nosotros solitos. Todos los asesinos, los guerreros, los beligerantes, los matadores de la humanidad, decimos: son posesos. ¡Qué van a ser posesos! Son mala gente, y basta. No hace falta echar mano del demonio. Lo que sucede es que el hombre está tan inseguro que, con tal de tener otra vida, acepta hasta que haya infierno. Siempre naturalmente que al infierno vayan los otros. Eso es tremendo: necesitar el apoyo hasta de la oscuridad.

—¿Cree en el cielo?

—No están mis oídos para músicas celestiales.

—¿Ni en el infierno?

—No soy tan supersticioso.

—¿Tampoco cree en el juicio Universal?

—Pues mire usted, yo que duermo tan mal, si he cogido ya el sueño, que no me despierten. No creo en eso. Creo en un Dios creador que ha delegado en el hombre la continuación de su obra. En un Dios remunerador me es difícil creer: quien ama comprende. Por otra parte, en el valle de Josafat no caben más que tres mil personas. Es como las crónicas en las que decían los cristianos que en el valle de Covadonga se cargaron, mataron, vencieron a trescientos mil moros. ¡Pero si no caben ni mil quinientos!…

—¿Los enemigos del alma no son, para usted, el mundo, el demonio y la carne?

—Parece un menú. No, los enemigos del alma son los que la obligan a renunciar a su entidad verdadera; es decir, a la razón y a la libertad. Ésos son sus verdaderos enemigos, se encuentren en el campo que se encuentren.

—¿Llegaremos un día a localizar el alma?

—Para mí el alma y el cuerpo forman una unidad inseparable y mueren al mismo tiempo. En las cortezas cerebrales están localizados ya los centros que producen la emoción, el amor, la simpatía, la depresión… y probablemente ésa es la vía para descubrir físicamente la sede del alma. El alma no sabemos lo que es. Es el principio vital del cuerpo, pero no sabemos qué es ni dónde reside. Hubo unas teorías que decían que residía en un sitio poco honesto, y que no me atrevo de ninguna manera a repetir aquí. Pero probablemente está donde están esas endomorfinas promovidas por las neuronas. Y a mí no me parece nada mal. No me rasgo las vestiduras. Para ser más exacto, no tengo vestiduras.

—¿No le parece un poco materialista reducir el alma a una cuestión de endomorfinas?

—No creo que sea materialista pensar así. Me parece que el hombre se apoya en la materia con comodidad. Ojalá se apoyase en el espíritu con la misma comodidad que en la materia.

—¿Ha odiado alguna vez a Dios?

—Creo que no sólo no he odiado a Dios, al que he amado profundamente, esencialmente, sino a ninguna, ni a la más pequeña ni a la más malvada, de sus criaturas. Incluyendo los críticos.

—¿Cómo es su Dios?

—Mi Dios es el principio de la vida. Creo que la vida es la que lo tiene todo, la que lo da todo, la que nos sostiene, la que nos mantiene, la que nos exige y también la que nos recompensa y nos conduce. Es un Dios parecido al que definió un pequeño lego, joven cito, a San Juan de la Cruz cuando éste vino a fundar a Granada y le preguntó: «¿Cómo cree que es Dios, hermano?», y dijo:

«Dios es lo que Él se quiere». Hay más respuestas en el cielo que preguntas en la boca de los hombres.

—Es decir, que no se puede amar a Dios si no se ama la vida, si no se ama a todos los hombres.

—Creo que eso es lo básico. «El que no ama está muerto», dice San Juan, y creo que, si no amamos a los hombres a los que estamos viendo,

que son como nosotros, que podemos alargar la mano y tocar esa frontera de la piel, que podemos mirarnos en sus ojos, adivinar su gesto y su alma, si no los amamos,

¿cómo vamos a amar a Dios a quien no vemos? Dios es el resumen de todos los humanos: su fuente y el mar que los recibe.

—Pero ¿quién nos asegura que Dios existe? Porque nadie ha probado su existencia.

—Ni su existencia, ni su inexistencia. Dios no es concebible, o sea, no es un concepto sobre el que sea posible elucubrar.

—Ante la duda, ¿es mejor creer o no creer?

—Yo envidio al que cree con sinceridad. Envidio esa almohada cariñosa que puede ser Dios para las noches, para las inquietudes, para los temores del alma humana. Lo envidio de todo corazón.

—¿Cree que creer es una suerte?

—Creer es un don. Es un don probablemente inmerecido, no lo sé, o arbitrario. O quizá la cosecha de una siembra de dudas. No conozco la economía divina, no conozco ni la mía propia, si es que la tengo. Pero, en todo caso, me parece que es un don deseable.

—Pero esa necesidad de creer en un ser superior, esa necesidad innata y universal, ¿de dónde viene?

—El hombre tiene un corazón inquieto. El hombre mira a su alrededor y se ve innecesario, absolutamente innecesario. El hombre muere y puede perecer toda la humanidad y, en el fondo, no sucede nada. Entonces, el hombre necesita alguien que sea anterior y posterior a él, que lo sostenga todo, que sostenga también sus miedos, sus debilidades, sus desvanecimientos. La cuestión capital es: ese ser que al hombre le es necesario, ¿le es también necesario al universo?

—¿Y cuál es la respuesta?

—En este momento hay algunos científicos que ven la posibilidad de que ese motor del mundo echara a andar por una vocación divina, una especie de casualidad conducida en medio de millones de otras

casualidades. Y hay otros que piensan que el ímpetu de la vida se explica por sí mismo, sin necesidad de la intervención de Dios. El agnosticismo es una actitud prudente: a nuestro entendimiento le está velado lo absoluto. Pero sin duda el Dios en el que creo es mucho menos prudente que los hombres. Y mucho mejor amante.

—Pero las teorías siguen sin dar respuestas a esta especie de instinto de trascendencia que todo hombre lleva en su interior.

—Quintero, yo no creo en ese instinto. En efecto, hay dentro de nosotros algo que nos mueve a más, pero es algo que nosotros no dejamos volar, que es la razón. La razón tiene que desplegarse entera, y yo no sé hasta qué punto las religiones, que no interesan a Dios sino a los hombres, no están precisamente coartando la razón, haciéndola arrodillarse demasiado, haciéndonos creer en dogmas demasiado contrarios a ella. El hombre necesita desarrollarse de una manera natural porque, en la naturaleza, todo lo que no crece muere. Si transformamos la religión en una ortopedia, ¿qué va a ser de nosotros? El hombre no necesita esa ortopedia para desenvolverse. Quizá fuese más feliz desde un punto de vista más materialista. Si su vida acaba aquí y él consiente en que su vida acabe aquí, quizá el orden del mundo sería distinto y el hombre podría ser más feliz, más hedonistamente feliz, más animalmente feliz. No obstante, en lo más recóndito de nuestro corazón suenan voces que no entendemos.

—Pero ¿se puede vivir sin religión?

—Sí, pero es difícil. Es tan difícil como ser independiente: no se pertenece a una familia, ni a un club, ni a un partido político, ni a un periódico, ni a una corriente de opinión establecida. Y, por otra parte, se tiene que ser justo sin esperar que nadie diga nada en la otra vida; se tiene que ser casi heroico sin esperar una recompensa; se tiene que ser generoso y solidario con los hombres sin pensar que nadie nos mira. Es decir, el hombre tiene su reino al lado de un derrumbadero, tiene que estar mirando al derrumbadero, sabiendo que allí se acaba todo, y tender, sin embargo, la mano a su gente. Eso me parece extraordinariamente humano. Me parece casi, casi divino. Quizá el hombre, llevado hasta sus últimas y mejores consecuencias, sea como

un dios. Y no fuese tan falaz la promesa del Tentador en el árbol: Eritis sicut déos.

—Para ser creado en seis días, el mundo no salió muy mal, ¿o quizá sí?

—No sé yo. No me atrevo a decir: si yo fuese Dios… Pero, si yo fuese Dios, comprendería que el proyecto no había salido muy bien, y que quizá debería ocuparme en otro algo mejor tramado y con más fiables colaboradores.

—Si Dios existe, ¿es de derechas o de izquierdas?

—Si existe Dios no es ni de centro: está por encima de esas minucias tan efímeras… Pero la izquierda, en el fondo, tiene ideales de justicia social, de solidaridad, que están más cerca de los preceptos que yo imagino que serían los preceptos divinos. La derecha se basa más bien en una especie de ley de mercado y de conservación de bienes que no están tan cerca de ese desasimiento que significa Dios, de su generosidad abrumadora.

—¿Para usted, Jesús de Nazaret es Dios?

—Quizá ése sea otro de los dogmas innecesarios. Jesús de Nazaret, para mí, es uno de los pináculos de la humanidad, es una de las luminarias más radicales, más encendidas y más ardientes que ha dado el hombre. Pero no estoy seguro de que sea necesario que sea hijo de Dios. Él dijo: «Hijo del hombre». Hijos de Dios, si existe Dios y nos creó, somos todos. Pero esa sensación de ser hijo del hombre, como representante de toda la humanidad, como cúspide y personificación de todo, me parece suficientemente hermosa.

—¿Ve a Cristo como un revolucionario?

—¿Revolucionario el Cristo?… ¡El mayor de todos los tiempos, no ha habido otro como Él! Él consigue desconcertar al mundo. Él, que no es un celota (es decir, que no es de la resistencia frente al poder romano); Él, que no es tampoco un conformista ni un colaboracionista, muere como un terrorista. Él, que puede defenderse, no se defiende. Él, que puede responder hasta esa tremenda pregunta: «¿qué es la verdad?», no lo dice, se calla. Él consigue lo más innovador que había habido hasta

entonces: romper la Ley del Talión, el ojo por ojo y diente por diente. Y da ejemplo: ordena no responder a las ofensas. Ordena que nos amemos unos a otros, no ya como a nosotros mismos, sino como Él nos amó: hasta la muerte, y muerte de cruz.

—Pues sí que se han manipulado sus enseñanzas y su mensaje, ¿no?

—Absolutamente. Hasta el extremo de que se recomienda resignación siempre a los más débiles, a los más pobres, a los más desvalidos por la sencilla razón de que quien agrede es una sociedad que al parecer representa a una nación o a un Estado. ¿Es que el Cristo dijo en alguna ocasión que el Estado y la sociedad eran valores absolutos, o no quedó bien claro, por el contrario, que lo que de verdad es absoluto es la dignidad del hombre?

—No se puede seguir predicando resignación a los que sufren las injusticias.

—La liberación, puesto que ahora en el fondo estamos hablando de la Teología de la Liberación, tiene que destruir muchísimas estructuras criminales que oprimen y asesinan. Para que la redención de todos se cumpla, se tiene que producir esa revolución de unos cuantos. En ese sentido, comprendo a los teólogos de la liberación, comprendo cuáles son sus dudas y comprendo cuáles son sus vacilaciones, pero me da pena que tengan que contar siempre con Roma, me da pena que no quieran salirse de Roma, que tengan que estar siempre en misa y repicando, que sean más teólogos que liberadores. Porque Roma ¿qué es, en el fondo? La gran putana de las religiones. No nos engañemos, es un revoltijo; siempre ha estado cambiando de dioses. Dios, de verdad, no es católico, querido Quintero. Y menos todavía vaticanista: de eso estoy seguro.

—Ni siquiera religioso.

—Para Él la religión no significa nada, es una cosa nuestra. Como la teología. Él, si está, está allí. Él es el que está sentado. Es el que es. Es, como decía el lego, «lo que Él se quiere».

—¿Qué le falta y qué le sobra a la iglesia católica para ser cristiana?

—Le falta quizá humildad. Le falta aceptar, le falta desprenderse, desnudarse, echarse a los caminos como su fundador, si es que el fundador quiso fundar una iglesia o una religión, en lugar de proponer una forma de vida. Le sobra prepotencia; le sobra esa sensación de estar en la posesión exclusiva de la verdad; de acusar a los demás de fanatismo cuando no creen en ella; de romper el diálogo porque lo que quiere es un monólogo… Le falta Cristo, si me permite usted decírselo. Es decir, los países tradicionalmente católicos, como España, no suelen ser demasiado cristianos.

—Supongo que también le sobra esa excesiva vinculación con los poderes de este mundo.

—Mire usted, hay dos documentos muy recientes que siempre me han resultado estremecedores. Uno, la carta que le escribe, en un momento determinado, Truman, el de la bomba atómica, a Pío XII, es extraordinariamente violento. Lo acusa de haber pactado (siendo el hombre que más conocía el Reich, porque había estado de nuncio allí) con Hitler, y añade: «Jefferson dijo que un pueblo manejado por sus sacerdotes nunca podrá tener un gobierno laico, libre…» Y hay otro documento, una pastoral del episcopado portugués. Después de la «Revolución de los Claveles», el episcopado se calla como un muerto y está tres meses callado, a ver qué pasa. Una vez que aquello toma cuerpo, emana ese documento, en el que, por supuesto, se arrepiente de todo lo que ha hecho con las excusas habituales: la iglesia es de Dios, pero está en manos de los hombres, etc. Y dice algo que te deja de piedra: «Todo espíritu democrático tiene que proceder necesariamente del espíritu evangélico, y no sólo proceder, sino ser mantenido por él». Es decir, se apuntaban a lo que acababa de llegar de nuevo.

—Muy típico de la iglesia, ¿no?, estar con todos los que llegan al poder.

—La iglesia ha tenido cierta debilidad por el poder. En el imperio, en un momento glorioso nuestro, en la época de Carlos V, precisamente el del saqueo de Roma, hay un bello soneto, y uno de sus versos habla de un pastor, un rebaño y una espada. Ese era el ideal: un solo emperador, un solo pontífice y el rebaño único. La espada y el pastor se llevaron bastante bien y bastante mal, por razones de competencia siempre,

pero a ninguno se les ocurrió consultar jamás al rebaño. No extraña que Arias Montano aconsejara: «Al Papa besarle los pies, pero atarle las manos».

—¿Ha topado muchas veces con la iglesia?

—De lo que venimos hablando puede deducir que sí.

—¿Usted cree que la religión ha dejado de ser el opio del pueblo?

—Todavía quizá no, pero sí algo menos. Estamos ya en otras drogas, me parece. Creo sinceramente que la religión se ha hecho más interior; que la gente ha empezado a desconfiar de estos mítines sagrados; que la gente no quiere a esos dioses que son utilizados como cañones, como armas arrojadizas, como patentes de la verdad. Me parece que la gente ha empezado a encontrarse con su propio Dios, a su manera, a su medida.

—¿Qué fue antes: la superstición o la religión?

—Puede que nacieran casi al mismo tiempo. La palabra superstición, es curioso y conviene decirlo enseguida, viene de superstare, que quiere decir sobrevivir; es decir, superstición es supervivencia, y la religión ya decíamos antes que era una especie de seguro de vida. Buscan lo mismo: una apoyatura a los temblores del mundo, a los azares aciagos, a los eventos casuales incontrolados por el hombre. El hombre busca seguir, y seguir vivo y seguir lo mejor posible, y se agarra a un clavo ardiendo si es necesario. Para conservar lo que hay de tejas para abajo mira, de cuando en cuando, de tejas para arriba.

—¿Le parece aconsejable y prudente respetar las supersticiones?

—Me parece imprescindible, querido Quintero. Sé que usted tiene muy mala uva y le he visto retratado en la cara lo que me va a preguntar después. Es imprescindible. Hay que respetarlas porque hay que respetar sencillamente lo que no se comprende, y el hombre comprende muy pocas cosas. Tan pocas comprende que lo único que entiende apenas es esta vida, esta vidita suya, y lo único a lo que aspira es a que, después de morirse, venga otra vez esta vidita suya. No quiere

pasar, después de morirse, a la gran vida, a la vida universal, callada, serena, sin el yo encima. Quiere seguir diciendo: yo.

—¿Pero la superstición no es cosa de gente primitiva y poco civilizada?

—Suelen llamarse supersticiones a las creencias ajenas, y no a las propias. Los pueblos menos civilizados son los que están más en contacto con las grandes leyes naturales; son los que se han dado cuenta de que pueden confiar mejor en un espíritu desconocido que en un Gobierno, y en eso les doy toda la razón. En las supersticiones hay secuelas de religiones anteriores, pero también de la nuestra. Por ejemplo, usted sabe que hay una superstición: la de no pasar debajo de una escalera, que es el quebrantamiento del triángulo, el triángulo de la Trinidad. Usted sabe que sentarse trece a la mesa no es de buen augurio: naturalmente, en la última cena había trece y murieron dos al día siguiente, el Cristo y Judas. Usted sabe que derramar la sal es pernicioso: la sal era muy importante, de ahí el salario. Usted sabe que la rotura de un espejo es atroz: se trata de un atentado contra la propia imagen. Usted sabe que hay cosas que no se pueden mencionar porque se refieren al reptil malvado que organizó todo el tinglado del pecado original. Pocos pecados quedan ya originales, pero, vamos, ése parece que lo era.

—Es verdad, yo conozco mucha gente a la que no se le puede nombrar eso; usted, por ejemplo.

—Eso no se puede nombrar porque organizó la expulsión del paraíso. Por otra parte, ¿usted no ha oído hablar de los lunes de San Nicolás, de los martes de San Antonio, de los miércoles de Santa Isabel, los jueves de San Pancracio…? Todo eso estaba ya en la antigua Roma: los lunes de la Luna, los martes de Marte, los miércoles de Mercurio, los jueves de Júpiter… Es decir, no cambiamos demasiado.

—Bueno, algo ha cambiado. En el medievo a usted y a mí nos habrían quemado por salir en televisión y por decir lo que usted está diciendo.

—¡Ah, bueno, eso por supuesto! Sobre todo, a usted. Pero si el hombre ahora, entre el progreso, puede sentirse verdaderamente más liberado, ¿por qué busca de nuevo ese extraño burladero que es el mundo de lo

religioso? ¿Cómo es posible que en este momento haya más brujos que nunca, más videntes que nunca, más parapsicólogos, más gente que lee los horóscopos?

—Pero no están de moda los milagros.

—¡Hombre, los milagros están de moda! ¡Lo que pasa es que no hay! Hace poco he leído que se había acabado el agua en Lourdes. ¡Usted ya me contará! … Ya le dije: superstición es la devoción de los otros. No llamamos superstición a que vaya gente de todas partes del mundo a meterse en una piscina y a creer que se ha curado… Por otra parte, le advierto que yo ya casi no creo más que en el milagro y en el enigma.

—Sí, pero hay supersticiones y supersticiones. Que una persona inteligente y educada, como usted, crea en los gafes me parece excesivo.

—¡Pero es que eso es una evidencia! Claro que hay gente que contagia la mala suerte, no lo digo en broma, como hay gente que es «cisne», lo contrario de gafe, gente que trae la buena suerte. Decía Cocteau: «Si no creemos en la buena suerte, ¿cómo vamos a justificar el éxito de nuestros enemigos?» Y creer en eso no tiene nada que ver con la inteligencia. Mi padre era una de las personas más lúcidas que yo haya conocido jamás. A veces hacía cosas raras, y le preguntaban: «Pero ¿es que es usted supersticioso?» Y contestaba él: «No, pero ¿qué trabajo cuesta?» ¿Por qué razón va a pasar uno por debajo de una escalera, que es precisamente, con la pared y el suelo, la ruptura del triángulo de que hablábamos antes?¿Cuesta mucho trabajo dar un rodeo? No. ¿Por qué ponerse a tiro?

—Gala, ¿cuándo mira al cielo qué ve?

—Yo miro al cielo, sobre todo, de noche, y verdaderamente, si se mira con detención y expuesto a él, se oye la música callada, la música de las esferas. Y uno comprende que es el mejor ejercicio de humildad que puede hacer. No es ponerse de rodillas a besar el cemento en los aeropuertos. No es ésa la humildad. La humildad es mirar hacia arriba y decir: cientos de millones de años-luz hay de aquel punto que brilla a mí, ¿y todavía yo creo que Dios me puede condenar al

fuego eterno? Yo creo en ese Dios de amor que nos va a absorber cuando muramos, dejando ya los pronombres aquí, como deja una crisálida de gusano de seda el capullo, ya inútil. En eso creo y en eso espero.

—¿No cree que la salvación sea personal?

—Ya le he dicho alguna vez que no creo en los paraísos personales. Creo que todo el mundo se salva porque el amor de Dios (que es el Creador, si es el Creador; es decir, si existe, porque, si no existe, después de la muerte no habrá nada) no puede desear el infinito mal de una criatura. Yo creo de verdad, Quintero, que nos salvamos todos. Si hay Dios y si hay otra vida (esa es la duda), todos nos salvamos. Pero no en ese paraíso un poco azucarado, nebuloso, de música celestial, que es tan cargante. No. Desaparecemos como usted, como yo, como ellos, y ya somos todos el corazón del universo. En ese paraíso creo: en el de la despersonalización. La vida ha pasado por nosotros como un verde canto, como el agua de una acequia, nos ha llenado de gloria o de dolor, nos ha sentido firmes y nosotros la hemos sentido a ella nuestra. Y, de pronto, desaparece. Lo que se vaya de nosotros con ella es verdaderamente lo inmortal. Esa posibilidad de comulgar con todo, ésa es la comunión en la que creo.

—Gala, ¿quién sería hoy el Sanedrín?

—Aquellas instituciones que se creen administradoras de la verdad para su conveniencia; que consideran que se les ha encomendado el gobierno del mundo y de los hombres; aquellas instituciones seguras de que en sus manos está la salvación eterna de los hombres, y actúan en consecuencia. De todo corazón, deseo que esos sanedrines tengan, como poco, buena voluntad. Porque, si no, se les ha caído el pelo. Yo creo que los únicos que verdaderamente se condenarían son los condenadores.

—¿Quién sería Judas?

—Probablemente Judas es un ser sobre el que deberíamos reflexionar. Es un ser utilizado. Era necesaria la traición y era necesario un traidor. No hizo bien en quitarse la vida. El corazón de Dios, que él conoció, era

suficientemente grande como para haberlo disculpado, como disculpó las negaciones de Pedro y las dudas de santo Tomás. Todos dudaron, todos fueron débiles. Judas es un ser débil. Es el pecado contra la vida. Escribió Cervantes: «En dos pecados se ha visto/ que Judas quiso extremarse / y fue peor el de ahorcarse / que el de haber vendido a Cristo».

—¿Quién Poncio Pilatos?

—De esos hay más. Son los que se lavan las manos para desentenderse. Son los que dicen: «Yo lo único que he hecho ha sido seguir la voz del pueblo; el pueblo lo pedía, y yo lo he hecho». Cuántos crímenes se han cometido con base en la voluntad popular, que siempre libera a Barrabás, porque lo comprende mejor.

—¿Quién Pedro?

—¿El negador?… Otro débil hombre. Yo comprendo a los débiles, estoy siempre de parte de los débiles.

¿Qué iba a hacer Pedro en aquel momento? Estaba asustado, y todos los Pedros están asustados. ¿Yo voy a exigir que alguien dé la cara por mí? ¿Yo, que tantas veces he dado la cara, que así la he sacado? No puedo exigirlo. Lo comprendo. Hay muchos Pedros, hay muchos cobardes, y el cobarde miente siempre. Pero hay que precaverse, hay que procurar no tener miedo; sólo tenerle miedo al miedo, porque es uno de los peores enemigos. Es uno de los peores trastornadores del alma de los hombres.

—¿Quién Barrabás?

—El que se beneficia de la situación. El que está condenado y, de repente, no se sabe cómo, da la vuelta la tortilla y sale, y no ayuda siquiera al Cristo a llevar la cruz. Pero esos aprovechados, esos pescadores a río revuelto, también sabe usted, como yo, quiénes son.

—¿Quién María Magdalena?

—Uno de los más hermosos ejemplos. A ella le fueron dichas unas palabras fastuosas: «Todo te es perdonado porque has amado mucho». Y se le concedió ver, sin tocar (Noli me tangere), la primera al Resucitado.

—¿Quién Jesucristo?

—Toda víctima, todo perdedor, todo crucificado. Por eso yo le aseguro que cada vez que paso por delante de una cruz me florece el alma. Es nuestra bandera, la bandera de todos aquellos que, ya desde el principio, no fuimos acogidos en la posada, porque no había dinero. Los rechazados por el posadero: ésos son los Cristos. Los nacidos en un establo de rechazo, mientras cantaban los ángeles a la buena voluntad.

—¿Y quién la chusma?

—La chusma somos todos…

—Usted, yo…

—Todos. Porque de la chusma, Quintero, sale todo: sale el Cristo, sale la Magdalena, sale Pilatos, sale Pedro, sale Judas. Porque de la chusma sale la luz, y la chusma es la gran sufridora y la gran triunfadora.

—Pues volvamos a la chusma.

—Vámonos con ella, porque de ella somos.



NOCHE NOVENA: LA POLÍTICA

—¿Sería posible la política sin la mentira de sus actores principales: los políticos?

—No sólo sería posible, sino que sería aconsejable. Yo creo que el principal defecto de un político es mentir. Mentir al pueblo que lo ha elegido, al pueblo que lo tiene como jefe, que voluntariamente ha decidido que él sea el jefe, es un mal pago.

—Con su permiso me voy a fumar el primer cigarrillo.

—Había prometido usted no fumar esta noche.

—Es verdad, pero no creo que el tema que nos ocupa sea un tema apropiado para dejar de fumar.

—Pues entonces me temo que tenga usted que pedir un cartón.

—¿Un cartón?… Tampoco es tanto. Eso es lo que me vengo fumando últimamente entre acto amoroso y acto amoroso.

—¿Tanto va de uno a otro, señor Quintero?

—Señor Gala, ¿en qué momento de su apasionante vida, porque supongo que ha sido apasionante, tomó usted conciencia política?

—Ha sido bastante más apasionada que apasionante… Hay dos momentos, muy seguidos (uno con diez años y el otro con once), en que recibí el impacto de la política, de una política municipal y espesa. Y tienen una cierta gracia, aunque entonces no me la hiciera. El primero fue a la vuelta de un «perol», esas fiestas campestres que se hacen en Córdoba. Volvía con un grupo de amiguillos e iba recitando el «Romance de la Guardia Civil» de Lorca. Al llegar al verso de «tienen, por eso no lloran, /de plomo las calaveras», un señor de paisano, que luego resultó ser guardia civil, me arreó un tortazo. Esa fue una toma de contacto un poco brusca. Al año siguiente, que fue el año justamente de mi primer amor, había un falangista notable que daba una de esas clases que se llamaban de educación política o algo así en el bachillerato de entonces y hablaba de la guerra civil. Yo no sé si con cierta maldad, me levanté y pregunté: «Pero ¿de qué guerra habla?», y me arreó el segundo tortazo. Me di cuenta de que por ese camino no íbamos a ninguna parte y creo

que, desde entonces, me hice contestatario. Me parecía que esa educación a bofetada limpia no era lo que debía ser.

—¿Sería posible la política sin la mentira de sus actores principales: los políticos?

—No sólo sería posible, sino que sería aconsejable. Yo creo que el principal defecto de un político es mentir. Mentir al pueblo que lo ha elegido, al pueblo que lo tiene como jefe, que voluntariamente ha decidido que él sea el jefe, es un mal pago.

—¿Y por qué mienten?

—Mienten porque es conveniente echar cortinas de humo, no decir toda la verdad o decir media verdad, con lo cual se dice media mentira, y así se encuentran más escudados. No olvide usted que la información es ya un poder, y el poder no se le puede dar del todo a los informados, a los que deberían estar informados, sino que se reserva para el poderoso. No digo que sea honesto, pero es comprensible.

—¿Está usted de acuerdo en que el poder corrompe?

—El abuso del poder corrompe, y el poder está siempre a dos dedos de pasar del uso al abuso.

—¿El poder aísla?

—El poder aísla, irremediablemente.

—¿El poder emborracha?

—Yo creo que primero alegra, después marea y luego ya, si se bebe sin tasa, nos pone como una cuba.

—Pero quizá lo más importante sea saber si el poder escucha.

—Mire usted, si hay algo que sea exactamente lo contrario de un sonotone, es el poder.

—¿Cuál es la servidumbre del poder, señor Gala?

—Hombre, es que el poder mismo es una servidumbre. El poder está hecho para servir al pueblo. Probablemente lo que usted quiere

preguntar, con su característica mala intención, es si el poder tiene servidumbres en otro sentido. Sí, las tiene. Hay que renunciar a muchas cosas. Para ingresar en esa mínima, cuidadosa, alta, exclusiva cofradía del poder hay que renunciar a los propios ideales, a las propias convicciones, hacerse obediente, hacerse servil, tragarse eso que se llama «sapos», desayunar cada mañana con ellos. Y ésa es una servidumbre dolorosa. Por no estar dispuesto a esa servidumbre, hay gente que no llega al poder, o que se aleja enseguida de él.

—¿Para usted, qué cualidades debería tener un buen gobernante?

—¿En serio?

—En serio.

—La honestidad, la humildad, la previsión, la ejemplaridad y la serenidad.

—Raro de ver.

—Raro de ver, pero con que hubiese algunos… ¿Usted se ha fijado cómo avanzan las grandes bandadas de aves migratorias? Avanzan en punta de flecha, y es uno quien las lleva. Ese uno tira de todas. Esa excepción es la maravilla. De esas excepciones están hechos los pueblos.

—Para usted, entonces, lo más imperdonable de un político ¿es…?

—La mentira, la falacia. La falacia no puedo excusarla. Me saca verdaderamente de quicio.

—¿Y lo más admirable?

—Lo más admirable de un político, para mí, es la disponibilidad de ser utilizado, o de ser sustituido, no por su partido, sino por su pueblo. Esa gallardía de decir: «Aquí estoy y, mientras os sirva, me tenéis; y, cuando no, me despedís».

—Me pregunto cómo y cuándo se pasa de vivir para la política a vivir de la política.

—Yo creo que todos los políticos han soñado que un día iban a tener encomendada una misión noble, hermosa, fuerte, generosa. Han

soñado que la buena fe y el amor iban a ser sus armas; que iban a construir un país mucho mejor que el que encontraban. Habían sentido esa llamada que es la vocación política. Y, sin embargo, como una vocación frustrada, se encuentran de repente en un aburrimiento, en algo que no deciden, en que ya no hay alas, en que sólo hay números, dentro de ministerios extraños, siniestros y aburridos. Y se transforman en profesionales, y transforman la política, que había sido su ilusión, en una fuente de ingresos.

—¿Se le debe exigir a un político que dé ejemplo o basta con que haga bien su trabajo, como cualquier profesional?

—Debe dar ejemplo. Él está arriba y todo el que está arriba tiene como condición ser ejemplar, ser un modelo. Todos nos miramos en alguien, todos somos un poco «fan» de alguien a quien admiramos y a quien procuramos imitar. Entonces, ¿cómo no va a ser ejemplar, imitable, modélico el político? Debe serlo, por encima de todo.

—¿Usted ha conocido a hombres con conductas verdaderamente desinteresadas, o todos nos movemos por algo?

—No, no todos.

—Me alegra saberlo.

—Es difícil, pero sí. Conozco admirables científicos, conozco incluso admirables políticos que lo pasan tan mal que probablemente están deseando retirarse de la política. Es gente, no diría desinteresada sino en un sentido económico, interesada en algo tan valioso que no hay dinero que lo compre. Creo en ellos y espero en ellos. Se resisten a esa tentación fácil de los tiempos difíciles. Ellos son los verdaderos modelos.

—Sin embargo, sospecho que no son esos hombres, sino los carismáticos, los que se ganan la voluntad del pueblo. Cuando usted escucha decir de un político que tiene carisma, ¿qué siente?

—Se me pone la carne de «gallisna». Detesto el carisma en política. Porque el carisma se dirige no a la razón, no al cerebro, sino a otras vísceras menos respetables. El carisma no convence, arrastra, y eso no me gusta. A mí me gusta lo que verdaderamente se reflexiona, se decide

con conciencia, con conocimiento de lo que se trata. La gente aclamada no me interesa o cada vez me interesa menos, por desgracia. Una vez yo escribí sobre esto y un ministro, imperturbable, me dijo: «¿Pero cómo es posible que hables tú contra el carisma? Si tú no tuvieses carisma, no serías nada». Y le dije: Pero estoy hablando de carisma en política; y, por otra parte, yo no ejerzo nunca el carisma que pueda tener. Yo razono.

—Los carismáticos, por otra parte, no suelen terminar bien, ¿no?

—No. Es lógico. Usted supóngase cuando, de pronto, cae el carisma al suelo, pega un carismazo y entonces la gente se venga de todos los engaños. Porque no está convencida, está simplemente vencida por el carisma.

—Don Antonio…

—Diga usted, don Jesús.

—Por primera vez ha dicho mi nombre, y me gusta.

—¡Pues don Quintero!

—Los populares no son populares, los socialistas no ejercen, los liberales son conservadores… Como dicen por aquí, ¿esto qué es lo que es?

—Usted está deseando que yo le conteste que el coño de la Bernarda. Pues delo usted por contestado.

—Pero así es difícil que uno se ilusione con un proyecto político, porque no hay manera de saber quiénes son los tuyos ni quiénes los contrarios. Da igual a quien votes.

—Qué quiere usted que le diga, Quintero. Se ha roto el proyecto común en millones de proyectos personales. Se ha roto el amor común en pequeños amores y deseos. Se ha roto la casa común y cada uno se ha refugiado en su rinconcillo, en su pequeño corral, en su maceta, como si lloviese sólo para regarla. Cada uno se ha refugiado en su patio, el patio de su casa que, como usted sabe, es particular.

—¿Y eso por qué? ¿Porque nos hemos quedado sin ideología?

—Yo sigo creyendo que existen las derechas y las izquierdas y que España es de izquierdas. Derechizada o no, pero de izquierdas. Yo creo que sigue existiendo esa izquierda que aspira a la justicia social, a la redistribución de la riqueza; que aspira al ideal cordial del hombre. Y sigue existiendo la derecha, de otra manera, medio camuflada, pero aspira a lo mismo que aspiraba.

—Pero de verdad, Gala, ¿usted cree…?

—Lo que sucede, perdóneme, es que, en este momento, los hombres honrados no debían sólo de contentarse con ser honrados. Tendrían que salir a la calle a pregonarlo, a decir: soy honrado, mírenme, aquí están mis papeles, aquí está mi cuenta, aquí está mi ganancia, aquí está lo que pago.

—¡Pero no salen!

—¡Ojalá salieran, porque serían un ejemplo! En este momento nos estamos manejando ad exempla, como decía Séneca, es decir, según la mayoría. Teníamos que mirarnos en esos espejos, que la gente se la jugara, que la gente le dijera las verdades del barquero a todo el mundo, que le cantara las verdades al lucero del alba. Porque, en este momento, no basta ser honrado; como la mujer del césar, hay que parecerlo y publicarlo.

—¿Y no será que todavía nos quedan secuelas de la dictadura?

—Pues claro que quedan secuelas de la dictadura. La historia avanza con una vertiginosa lentitud. Mire usted, yo escribí una vez un artículo, que me costó media vida y la amenaza de quitarme la otra media, que se llamaba «Las viudas». No me refería a la viuda del anterior jefe de Estado, ese anterior a la monarquía. Me refería a las instituciones. Y decía que las instituciones debían arder en la pira en que se consumiera el cadáver del dictador; porque, si no, no habíamos adelantado nada. Unas fuerzas armadas, que siguen armadas y que no estamos seguros de si es para protegernos o para ir en contra nuestra… Y, por otra parte, es cierto que la educación en la dictadura nos implicó tanto, nos hundió tanto, nos ennegreció tanto que cuesta trabajo salir.

—¿En qué nota usted que, de algún modo, somos hijos de la dictadura?

—Se dictan órdenes sin demasiadas aclaraciones. En un aeropuerto no se aclara por qué se atrasan los aviones ni por qué no llegan. No hay a quien reclamar de verdad. Todo es una confusa y boscosa burocracia. No se nos dice en serio la verdad. No se nos convence de las decisiones, y nadie dimite. ¿Usted se ha fijado en que hay gente que debería haber dimitido ya dos o tres veces, y no ha dimitido nunca?

—Y si por casualidad se le ocurre dimitir, cosa rara, se va sin aclarar ni contar nada.

—Bueno, eso es otro asunto muy bien visto por un amigo mío que se murió, que se llamaba Josep Tarradellas. Una vez le pregunté: ¿Para ser un buen político qué hay que hacer? Y me dijo una cosa muy vaga: «Lo primero, tener una mujer inteligente — no sé por qué—; en segundo lugar tener muy buena salud —él la tenía estupenda

—; y, en tercer lugar, si te echan de un sitio, callarte, porque, si no, no vuelven a llamarte». Es decir, que eso es una técnica lógica del señor que espera las segundas vueltas.

—Pero eso no está bien.

—Perdone, Quintero. Lo que no está bien es callarse estando en el puesto. Estando en el puesto es cuando hay que decir lo malo que se ve desde ese puesto, que está un poquito más alto que el nuestro y que, por tanto, ofrece más paisaje. Debían hablar no cuando los destituyen, sino todavía cuando están instituidos.

—Hablábamos de la dictadura y ahora recuerdo que usted fue el autor de la famosa frase «contra Franco vivíamos mejor».

—Contra Franco vivíamos mejor porque vivíamos en la esperanza, vivíamos en la ilusión de un mundo que íbamos a hacer entre todos. Todavía nadie nos había tronchado la idea de la utopía que teníamos. Todavía no empezaba a confundirse la política con el arte de lo posible, con el pragmatismo, con los pies pegados al suelo. Todavía volábamos. Eramos más jóvenes y todavía creíamos que la buena fe y el amor a España iban a ser decisivos en nuestra vida y en la vida de nuestros hijos.

—No fue así, pero ha habido logros, ¿no?

—¡Qué duda cabe! No, no, perdón… Yo parto siempre de que España ha cambiado y de que la libertad no es, de ninguna manera, lo que había antes, y de que usted y yo podemos estar hablando afortunadamente aquí de estos temas. ¡Claro que ha cambiado! Yo me refiero a lo que ha cambiado no en el buen sentido. A lo que creíamos que iba a cambiar para mucho mejor y sólo ha cambiado para bien. Pensábamos que íbamos a llegar más lejos, simplemente.

—Quizá es que creíamos que la democracia era la meta y que, cuando llegara, se iba a resolver todo. Nos olvidamos de que la democracia no es un fin, sino un medio para llegar más lejos, como usted acaba de decir.

—La democracia no es una panacea, es una disponibilidad. La democracia es lo posible, un punto de partida. Si en esta mesa nosotros colocamos objetos, unos bonitos y otros atroces, la mesa es la democracia, y no es la culpable. Los culpables somos nosotros que colocamos esos objetos inservibles, rotos o perjudiciales. Es decir, la democracia es un medio para mejorar la sociedad en libertad.

—¿No es un mito de la democracia eso de que la mayoría nunca se equivoca? ¿No es como decir que el cliente siempre tiene la razón?

—Sí, un poco. Pero usted sabe que los dependientes suelen decir eso con cierta retranca. Ellos piensan que el cliente nunca tiene razón. Lo que sucede es que quieren vender el producto. Yo encuentro que muchas veces (y más ahora, cuando hablamos de estas técnicas de marketing) a la mayoría se la puede llevar a equivocarse. ¿Cuál es la razón de la mayoría? ¿Qué es la mayoría? Un hombre, una mujer, un voto… Es difícil, es difícil… ¿A un burro quién puede enseñarle a cantar como un ruiseñor? Lo del burro no es cantar, es rebuznar. Habría que educarle la voz. Para eso está la democracia, para educar a todos, para que todos cantemos. No es bueno que todos rebuznemos. Sería injusto, tan injusto como juzgar a los desiguales igualmente o como juzgar a los iguales desigualmente. La realidad es que todos somos iguales ante la ley, pero no unos con otros. Le digo más todavía: siempre he estado convencido de que si todos fuésemos iguales, todos seríamos peores.

—¿Que le debe usted particularmente a la democracia?

—Yo he tenido que hablar mucho entre dientes. Recuerdo que había un compañero de usted que se llamaba Pedro Rodríguez, espléndido periodista, espléndido entrevistador, que en cierta ocasión dijo: «Si hubiese un ministerio de mutilados por la censura, debía hacerse ministro a Antonio Gala». Yo he sufrido mucho con esa especie de mater et magistra regañona, que se transformó en colaboradora mía sin pedírselo. He sido muy infeliz y ésa es la razón probablemente de que tuviese tantos procesos. Yo llegué a tener dieciséis procesos simultáneos en aquella época, y en el principio de la transición, con Arias Navarro, que era muy duro y profundamente odioso.

—¿Gala, usted cree que el fin justifica los medios?

—No hay ningún fin que justifique medios malos. No se puede perseguir un fin lícito a través de medios ilícitos. El Estado es el administrador de la ley y tiene que ser el primer cumplidor de la ley. Odio los desagües. Odio las fontanerías turbias y sucísimas que no sé dónde van a parar. No me gusta eso. Una democracia significa ya un cumplimiento de la edad suficiente para votar, y todo el que vota tiene derecho a saber a quién ha votado, por qué lo ha votado y qué administración se va a hacer con su voto.

—¿Quiere decir que tampoco cree que la razón de Estado esté por encima de la razón de los ciudadanos?

—Que la razón de Estado se oponga a la razón del ciudadano me parece una contradicción tan grave que sería ocasión de echar un buen foco sobre ella. A mí oír hablar de gastos secretos o reservados, de asuntos reservados, de temas reservados, de cuentas reservadas, de datos que se reservan procedentes de aquel o este Instituto de Estadística o de lo que sea, me produce una gran desazón. Es como si yo estuviese jugando con alguien y de pronto descubriese que tiene ases en la manga. Es un extraño juego de tahúres.

—¿No tiene por qué ocultarse nada?

—No tiene por qué hacerse ocultación. Hace tiempo, alguien dijo: «El Estado soy yo». Contra aquello se podía ir o no, pero estaba clarísimo: el

Estado era él. ¿Ahora quién es el Estado? ¿Dónde está el poder? Nadie es el Estado. Nadie es el poder. Está recluido en extrañas instituciones no legisladas, en institutos sombríos que lo manejan misteriosamente, en asesorías que desconocemos y que nunca salen en los periódicos, contra las que no se puede reclamar, a las que no se puede pedir indemnización. Lo que era la mayoría silenciosa se ha ido convirtiendo en la mayoría silenciada. Todo esto es un poco difícil de digerir. Porque el pueblo se siente así disminuido, se siente apartado, se siente discriminado, se siente engañado.

—Afortunadamente hay periodistas inquietos y valientes dispuestos a bajar a las cloacas y a descubrir los interiores de las extrañas instituciones y los institutos sombríos de los que usted hablaba. ¿Qué opina usted de la relación periodismo-poder?

—No sé si es muy buena.

—Bueno, hubo un momento en que sí.

—Sí, era buena al principio. Pero luego hubo una sutileza que distinguió entre «la opinión pública» y la «opinión publicada». A mí aquello me preocupó porque fíjese usted: si existe una opinión pública que no se hace pública (es decir, que no se publica), es como si no existiese, con lo cual la administración sería mucho más cómoda. Por otra parte, el que publica su opinión (es decir, el periodista), primero, forma parte de la opinión pública, puesto que forma parte del pueblo que tiene derecho a criticar y, en segundo lugar, y eso es lo temible para ellos, forma esa opinión pública. No sólo forma parte, sino que la forma y la conforma. Por cierto, no me gustó lo que usted dijo antes.

—¿Qué?

—Lo de hijos de la dictadura, porque eso es como ser hijos de mala madre.

—Pues entonces digamos hijos del agobio.

—Eso sí. Pero entonces ellos también participan de tal situación. No les gustan las críticas. Quieren la aclamación. Yo comprendo que es fácil quererla, porque todos los que trabajamos delante del público, de una

manera o de otra, queremos que se nos aplauda y que se nos aclame, y nos molestan las críticas. Pero creo que la crítica es absolutamente necesaria y esencial para que todo oficio público funcione.

—Gala, los políticos salen del pueblo, no son extraterrestres…

—Yo espero que no, me asusta usted… No, yo creo que el político tiene que tener unas virtudes lógicas: la honorabilidad, la honestidad, la serenidad, la facultad de previsión, la ejemplaridad… Y tiene que tener una esencial: pertenecer en carne y sangre a su propio pueblo. Es un ser que el pueblo da de sí, que el pueblo da a luz, en el estricto y nobilísimo sentido.

¿Cómo va a ser ajeno a nosotros? Es nuestro, no tanto porque nos gobierne, sino precisamente porque nos representa. No es fácil ser político, Quintero. No es fácil ni envidiable. Hace falta verdaderamente mucha vocación y, si esa vocación se frustra, debe de ser extraordinariamente triste.

—¿Tiene razón el pueblo cuando desconfía de la sinceridad de los políticos?

—Sí, tiene toda la razón. El pueblo español podrá no estar muy bien informado y podrá no estar muy bien formado, pero tiene una naturaleza congénita de una vivacidad tremenda, y tiene un sentido por encima de todos los demás: un olfato magnífico. Y si huele a podrido, él lo sabe antes que nadie.

—¿Cómo imagina que juzgará políticamente la Historia estos tiempos?

—Si la Historia va a peor, los juzgará benéficos; si va a mejor, los juzgará como son: desalmados y desamorados, insolidarios y repulsivos.

—¿Cree que la Historia absolverá a los responsables de la corrupción, la guerra sucia y demás desmanes que en los últimos años nos está tocando vivir?

—La Historia se olvida de ciertas cosas cuando tienen éxito. Ojalá no lo hiciera y emitiese sus condenas más graves. Según Eugenia de Montijo, lo único que no se perdona en política es el error.

—¿Usted los absuelve?

—No, de ninguna manera. Hay que castigar a los que caen en las tentaciones que perjudican a quienes en ellos confiaron. Ay de quien defraude a su gente.

—¿Qué es lo más grave que ha sucedido políticamente en estos años?

—La política no tiene la culpa de todo, aunque hasta los políticos (por darse importancia) se lo crean. En España lo más grave es la confusión de los poderes democráticos, que ha dejado aquí a los políticos sin pueblo y ha transformado todo en un bodrio infinito.

—¿Qué piensa de los GAL?

—No se puede combatir el terrorismo con otro terrorismo. Si un ciego conduce a otro, ambos caerán en el abismo.

—¿Hay solución para el terrorismo?

—Difícil, porque los terroristas actúan sin criterio, sometidos a una inercia que no pueden o no saben resistir. Son profesionales del terror y es imposible que aprendan otro oficio.

—¿Hay solución para el paro?

—Sí, y se debió prever hace mucho tiempo. Hay que sustituirlo por el ocio: un ocio enriquecedor, bien repartido y generoso. Ya los gobiernos empiezan a saberlo.

—Algunos científicos aseguran que se podría acabar con el hambre en el mundo sin grandes esfuerzos. Si es así, ¿por qué no se acaba?

—Siempre hay alguien empeñado en que no sea así: los depredadores capitalistas y los vendedores de armas son los culpables principales. Los que queman el café o el azúcar o lo que sea para que no baje su precio.

—¿A los políticos les interesa de verdad arreglar los problemas o es más rentable políticamente perpetuarlos?

—Los políticos, si es que se puede generalizar, no estoy seguro de que sepan lo que quieren. Acaso los más altos, los que no están aquí, planean la prolongación de los problemas para tratar de ser

imprescindibles. Nunca me he fiado de los fríos y malditos Estados mayores. Ni creo que todos los políticos sean iguales: los hay mucho peores.

—Para terminar, Gala, ¿cuál sería su ideal de España?

—Yo creo que el ideal de todos: una España clara, una España limpia, una España culta, una España en la que todos los partidos se pusiesen, unidos, a trabajar como los costaleros de un paso de Semana Santa en busca de las aspiraciones conjuntas, de los ideales comunes, de los más altos. Una España en la que la religión, esa Banca que a usted tanto le duele, la economía, los ejércitos, estuviesen a disposición del hombre y para el hombre, y no el hombre a disposición de ningún sistema. Esa es la España que yo he soñado, que sueño y que soñaré hasta que me muera.

—¿Nos encontramos mañana por la noche, en el mismo lugar y a la misma hora?

—Si nada lo impide.

—No creo que nada lo impida. Afortunadamente, pasó la época en la que por decir lo que hemos dicho se podía acabar en la cárcel. Algo ha cambiado.

—Muchas cosas han cambiado, y las que cambiarán si todos nos empeñamos.

NOCHE DÉCIMA: LA GUERRA Y LA PAZ

—¿Si de verdad fuéramos valientes diríamos no a la guerra?

—Si de verdad fuéramos valientes no nos importaría pasar por cobardes, que es la acusación que se hace a los que no quieren participar en este ensangrentado embrollo. Antes de sentamos a dialogar, para centrar el tema, le había pedido a Antonio Gala que me definiera la paz y la guerra. Cuando entramos en el plato iba recordando sus palabras: «La paz es el estado de ánimo que conduce a la serenidad, al progreso, a la creación, al desarrollo de los pueblos, y la guerra es un estado de ánimo que significa un desastre interior, ya de los individuos, ya de los pueblos; un desastre que siembra, al mismo tiempo, el desastre». El tema que habíamos escogido para dialogar aquella noche era, por supuesto, la guerra y la paz. Le había preguntado también a Antonio Gala que, según él, quién era la paz: Caín o Abel, a lo que me había respondido: «Supongo que la paz no era ninguno; si hubiera sido alguno, probablemente el crimen no se hubiera cometido». Luego me contó que su primera comedia, Los verdes campos del Edén, se llamaba así en recuerdo de una frase del dramaturgo Eugeni O'Neill: «Dicen que existe la paz en los verdes campos del Edén. Habrá que morirse para averiguarlo».

—Cuando hablábamos del sentido de la vida me dijo usted que su máxima aspiración era la serenidad. ¿Quizá porque, en el fondo, es usted un hombre propenso a la ira?

—Pues, sí. La ira ha llegado a ser fundamental en mí. Pero porque sin cesar la vida está llena de ocasiones de irascibilidad. Le decía, aquella noche, que tenía la virtud de la docilidad, pero siempre he tenido la de la rebeldía, la de la rebeldía airada. Porque no se hacen las cosas bien, porque se

intenta equivocar al prójimo, porque se intenta explotar al prójimo, porque se transforma la información para sacar partido de la mala información. Eso me aíra, porque hay mucha gente de buena voluntad, que serían vivientes maravillosos, que se han transformado simplemente en vividores, en maletas que unas manos interesadas traen y llevan de un sitio para otro sin su consentimiento. Y todo eso me aíra. Para echar a los mercaderes de los atrios del Templo son precisos los látigos.

—Sin embargo, yo no consigo despertar su ira, aunque le juro que más de una vez a lo largo de estas noches he intentado cabrearle para que no se pierda en las estrellas.

—El cabreamiento, como se dice de una manera totalmente… vulgar…

—Muchas gracias.

—… creo que viene por la provocación de una contradicción que uno sabe que es inexacta. Usted no me está contradiciendo de una manera inexacta. Usted es un colaborador admirable. Está haciendo de partera. Lo que le gustaba a Sócrates hacer, y era el oficio de su mujer: ir preguntando y, a través de las preguntas, ir obteniendo la respuesta, que es, al mismo tiempo, otra pregunta para seguir naciendo. Eso está bien.

—¿Y cómo va el parto?

—¡Usted verá, que es la partera!

—Hablando de partos y de parteras, se ha dicho que la violencia es la partera de la Historia. Duro, ¿no le parece?

—Sí, es muy duro, y a veces uno piensa que la partera es una hija de la gran puta. No creo, de ninguna manera, que la Historia necesite la violencia para desenvolverse. No conozco ningún proceso que no se haya hecho en la paz. Nunca los imperios triunfantes han conseguido otra cosa que desgracias.

—Pero no me negará que la violencia está en la naturaleza. Podo es doloroso y violento, hasta un parto.

—En el parto, la violencia está de acuerdo con la naturaleza. Se pare de una manera lógica y gozosa, dentro de lo costoso que es parir. Sospecho que ni usted ni yo lo hemos experimentado, pero no tardaremos en experimentarlo si esto sigue así, porque ya hay hijos in vitro y se está contradiciendo permanentemente a la naturaleza. Hasta que la naturaleza de verdad se cabree, empleando su vulgar expresión.

—Pues yo no sé qué es más vulgar: si mi cabrearse o su hija de la gran puta.

—Es que mi hija de la gran puta es una definición.

—En fin, a usted, de vez en cuando, tampoco le viene mal alguna vulgaridad.

—¡Todo lo contrario! Si yo soy bastante arremangado… Creo que el idioma del pueblo es el necesario y el justo. El que habla las lenguas es el pueblo, y al pueblo hay que ir porque de él venimos y en él estamos y somos.

—Creo, señor Gala, que nos hemos contagiado del tema de esta noche que, como estaba previsto, es la guerra.

—Y la paz.

—Exacto. Pues, si le parece, hablemos en paz de la guerra y de la paz. ¿Se ha dado usted cuenta de que la Historia de la humanidad está llena de guerras?

—Hombre, si no me hubiese dado cuenta de eso sería un poco… torpe.

—¿Ya empezamos?

—No. Usted me pregunta que si yo me he dado cuenta de eso y yo le pregunto: ¿se ha dado cuenta de que en toda la Historia de Europa sólo ha habido cincuenta años de paz? Y esos cincuenta años han servido sólo para lamerse las heridas causadas por la guerra, para fortalecerse, para prepararse a una nueva guerra. Eso es estremecedor.

—Usted naturalmente, y pese a la ira, es pacifista.

—Sí, yo soy un profesional de la paz. Tiene usted ahí un libro de Gandhi, que era un profesional de la paz. También Russell, del que veo otro libro ahí, era otro profesional de la paz. Me parece que hay más de los que creemos. Me parece que somos más en esta lucha paradójica de la paz de los que pensamos. Hay muchos corazones que palpitan al unísono, pero no se les oye. El estruendo de las guerras no deja oír los latidos de los corazones de la paz.

—¿No ha tirado nunca la primera piedra?

—No suelo ser aficionado yo a las primeras piedras. En todo caso, prefiero poner primeras piedras, no tirarlas.

—¿Tampoco le ha pegado a nadie?

—Sí, pero en general por amor. Creo que el amor tiene de repente ese extraño permiso de dar quizá un empujón o una

bofetada que resuelve una cuestión, en vez de extraños circunloquios y noches enteras de conversación sobre quién fue el culpable.

—¿Pone la otra mejilla?

—Procuro no dar ocasión a que me golpeen la primera vez. Me parece que es la forma de llegar a la paz. Me parece que con el diálogo, con el convencimiento, con el traslado de la propia convicción se puede evitar el primer golpe y no tener que hacer ese paripé, entre evangélico y ridículo, de poner la otra mejilla.

—¿Pero realmente se puede ser pacifista cuando los de enfrente vienen en son de guerra, cuando son beligerantes?

—Yo creo que es la única forma, la mejor forma de resolver la cuestión: ser entonces más pacifista que nunca. Creo que el pacifismo consiste, precisamente, en una actitud antibeligerante, y con los beligerantes es con quienes se tiene que ser pacifista, no con los pacifistas. Si no, no haría falta el pacifismo. Parece que la guerra es la única salida posible. Sin embargo, yo confío en la paz. Creo que el ser humano se levanta sobre los hombros del ser humano, que puede llegar mucho más arriba, que puede desplegar una serie de potencialidades tan espléndidas que soy incapaz de dejar de confiar en que la paz se haga, en contra de todo lo comprobado, en contra de todas las experiencias. La paz es la única salida airosa, la única salida no difunta con que cuenta la humanidad.

—¿Usted ha sido soldado?

—Sí, he sido y no me gustaría volver a serlo de ninguna manera. ¿Me lo preguntaba usted por algo?

—Sí, porque no me lo imagino vestido de caqui. Me resulta más fácil imaginármelo insumiso.

—Fui un soldado un poco insumiso, porque yo creí que, en definitiva, iba a civilizar a los militares, que iba a hacerlos civiles, pero no fue así. Tampoco ellos me militarizaron, pero nuestras relaciones fueron radicalmente poco cordiales.

—¿No le gusta la mili?

—El servicio militar es un problema muy grave, el servicio militar obligatorio. A mí me parece que lo que debiera ser obligatorio sería la objeción de conciencia. Creo que hay otros caminos para conseguir el derecho y la defensa de la patria. El servicio militar no enseña nada, convierte a los chicos que están en esa edad gloriosa, en esa edad en que se es generoso y vulnerable sin saberlo, los convierte en una especie de petates de humillación, en unos sparrings de los profesionales. No les enseña nada, sino lo peor.

—Les enseña a hacer la guerra, ¿no?

—Ni eso. Yo creo que las únicas guerras decentes que se han hecho en este país nuestro las han hecho los no militares. Esos guerrilleros que hacían las guerrillas de una manera enamorada e improvisada, sin saber logística, sin saber técnicas de guerra, sin saber balística, sin saber esas ciencias, si se pueden llamar así, de lo militar. Desde Viriato hasta los maquis, pasando por los grandes guerrilleros de la Independencia, que cubrieron los primeros años del siglo XIX de honor y de belleza.

—Ha dicho que lo que debería ser obligatorio es la objeción de conciencia. ¿Le parece que la objeción de conciencia es un derecho humano?

—Me parece casi una obligación, más que un derecho. Me parece que la objeción de conciencia es un derecho no reconocido o no cumplido, como el derecho al trabajo y a la propia sexualidad, y el derecho al techo y a la casa. Existen los más íntimos derechos del hombre que no se satisfacen por ningún Estado. ¿Cómo no va a ser un derecho esa objeción de conciencia de alguien que dice «yo no», conjugando las dos grandes y magníficas palabras? Estoy absolutamente de su lado. Creo que en ese momento en que el joven está en el esplendor de la vida no puede humillársele de una manera gratuita, no puede hacérsele indigno.

—Y todo ello en nombre del honor,

del valor y de la patria.

—El honor es una cualidad moral, interior, que proviene del consentimiento de estar cumpliendo los deberes que tenemos para nosotros mismos y para los demás. Es decir, no se puede confundir el honor con la opinión ajena que tanto daño ha hecho a los españoles. Me parece que el honor es la raíz de nuestra propia alma.

—¿Y el valor?

—Para mí, el valor es la fuerza que nos proporciona la certeza de nuestras convicciones, una fuerza, por tanto, moral. Toda fuerza que no lo sea ha de ser desechada. A la fuerza, ni la salvación.

—¿Y el miedo?

—A mí es probablemente lo único

que me aterra. El miedo es una perturbación del ánimo y todo ánimo perturbado es peligroso. El miedo es como la oscuridad, que menos se ve cuanto más grande es. Hay que tener cuidado con el miedo porque viene de cualquier parte. Nos acecha desde los rincones, como una extraña araña. Escribió Ercilla: «El miedo es natural en el prudente / y el saberlo vencer es ser valiente».

—¿Y qué es la patria?

—Temo a las grandes palabras porque pueden ser utilizadas como bandera: Dios, patria, rey, democracia… La patria, para mí, es algo mucho más sencillo, es el sitio donde nacimos, el sitio donde nacen nuestros hijos, el sitio que nosotros cultivamos, la tierra a la que un día esperamos llegar y ser en ella enterrados.

—¿Se siente ser humano antes que patriota?

—Ser humano, por encima de todo. El mundo es una patria más grande.

—Matar es un crimen que se castiga. Sin embargo, en la guerra no sólo nos animan a matar, sino que hasta nos dan medallas por matar. Esa contradicción ¿cómo se puede justificar en conciencia?

—Eso ya estaba en Séneca: «Por lo que en la vida civil se nos condenaría, en la guerra se nos condecora». Cuantos más asesinatos, más y más alta será la condecoración. Esa subversión de valores pone al hombre en una tensión irresistible. Los que volvieron vivos de Vietnam a Norteamérica o tenían la sensación de que podían seguir

matando o venían abrumados por la responsabilidad de haber matado. En cualquier caso, eran almas desconcertadas.

—¿Puede un gobierno obligar a un hombre a matar?

—Existe el derecho a la defensa. Pero, antes del derecho a la defensa, está el diálogo, están las armas de la paz que son las que yo promuevo y seguiré promoviendo siempre.

—¿Pero hay alguna razón por la que usted pueda justificar una guerra?

—Yo no veo ninguna guerra justa. No veo ninguna guerra que verdaderamente pueda ser calificada de santa. Ese empleo desconcertado del nombre de Dios, ese empleo de la más alta aspiración del hombre: los reyes vienen por derecho divino, los padres son los encargados de Dios, el Papa es el vicario de Dios… Siempre se emplea esa palabra para hacer la violencia, siempre se emplea esa garantía que tiene todo poder, cualquier poder, para oprimir, para no dejar expresarse a las almas menudas, cotidianas, frágiles de los hombres. Se siembra la violencia en ambientes casi domésticos. Esos padres violentos engendran hijos violentos, porque el niño siente el pavor ante una autoridad que lo martiriza, ante una autoridad injusta, y siempre querrá evadirse de cualquier autoridad que luego venga.

—¿Se nos educa para la guerra, para la violencia, o somos violentos y guerreros por naturaleza?

—El hombre tiene tres necesidades esenciales: el amor, para el que necesita su cubil, que es el instinto de procreación; el instinto de conservación, es decir, el instinto de alimentarse y, de alguna forma, el instinto de mantener su propio territorio,

como un perro que alza la pata para que el otro perro sepa que él allí es el amo. Pero no existe el instinto de la agresividad. La agresividad se suscita cuando el hombre se agrupa en sociedades más grandes. Esa es una de las grandes mentiras, decir: «las guerras son irremediables porque el hombre, por instinto, es agresivo».

—Pero supongo que usted, como todos, sentirá la agresividad a su alrededor: en la calle, en el trabajo, en cualquier ambiente.

—Sí, pero no es ésa la agresividad de que hablo. Eso es una incomodidad, una desconfianza, un malestar que tiene el hombre porque ya ha dejado de tener fe en sus semejantes, y eso es una de las consecuencias de la guerra. Es el estado anímico de la guerra. El hombre se siente inconforme, se siente con la posibilidad de ser atacado por los otros y eso es lo que lo hace al mismo tiempo atacar. Hay delincuencia ciudadana que proviene de las drogas; pero ¿de dónde provienen las drogas? ¿Qué hemos hecho con nuestra juventud? No con la nuestra personal, sino con la de los chicos jóvenes de ahora. Los hemos acostumbrado a un extraño hedonismo, a una extraña complacencia. El que no es rico es un resentido o un drogadicto o un delincuente, y el que es rico, con frecuencia, también. Es decir, los hemos hecho a imagen de una sociedad extraña y perturbada.

—Hablando de guerras justas, cuentan que Federico II de Prusia solía decir: «Yo comienzo por hacer la guerra, los políticos se encargarán luego de demostrar que era una guerra justa».

—Sí, a eso se llama la lógica de la guerra, una expresión absolutamente atroz, porque la lógica sólo tiene un camino, todos los demás, que son infinitos, son ilógicos. La lógica de lo ilógico es una contradicción repugnante, repugnante intelectualmente, por los menos. Federico II era un emperador muy aficionado a los signos marciales, a las charangas y a los cañones y, por tanto, un ser lamentable. Y los políticos que justifican esas guerras, que están por debajo de las armas, tienen un cariz humano lamentable también.

—¿Por qué se hace realmente una guerra?

—Nos dicen que son razones ideológicas o defensivas. Pero no hay otra causa de las guerras que el dinero, no existe otra que favorecer las economías. Es una turba de mercachifles que están entrando en el sanctasanctórum del corazón humano sin que el Cristo, otra vez, los eche a latigazos. Todo lo demás es falso. Todo, toda esa especie de melaza que se echa sobre la verdad, sobre la oscurísima verdad de los mercaderes.

—Usted tiene absolutamente claro que las guerras se hacen por dinero, ¿no?

—Está claro que la guerra es siempre por una razón económica. La economía se ha hecho la verdadera tirana de la casa. La economía manda en los que mandan, está por encima de las políticas, por encima de los pueblos y por encima de las razas. El dinero no tiene fronteras, no reconoce colores de piel, no reconoce malos olores, no le importa nada.

—¿Es posible la paz sin justicia?

—No, no es posible. La paz sin justicia es una paz volátil, efímera, que no conduce sino a otra guerra, porque lo que produce es el resentimiento. Gandhi decía: «No se puede hablar a la gente de Dios si tiene hambre, porque Dios para ellos, en ese momento, será el pan y la mantequilla». Yo no creo que haya más que una violencia justa, y le respondo a lo que me preguntó antes: la violencia que se alza contra el tirano. Porque hay una especie de matanza colectiva cuando se somete a la gente a unas condiciones de supervivencia inviables. Entonces, para sobrevivir, sí puede esa gente defenderse, y esa violencia es loable porque está provocada por alguien de arriba que ha perdido todo el derecho de estar arriba y que tiene que ser destronado. No otra violencia, sino aquella que directamente conduzca al hombre al valor más absoluto que tiene, que es el de la dignidad.

—Es decir, que mientras haya hambrientos y explotados, mientras haya injusticia la paz no será posible.

—Es que la paz es la única que puede evitar todas esas lacras. La paz es el único camino de la justicia, de la falta de explotación, de la situación de cada hombre en su puesto de trabajo con una remuneración justa, eso es obra de la paz, nunca es la obra de la guerra. La guerra lo que hace es destruir. La paz es la constructora. Pero no una paz amañada. No una paz en la que, previamente a la guerra, se hayan repartido las reconstrucciones los países que han destruido meticulosamente para luego tener más que reconstruir. No ese gesto de decir: ahora te doy el dinero que te he robado cobrándote un interés. Un médico artero no quiere que su enfermo se ponga del todo bueno. Una economía que está en recesión siempre es aficionada a la guerra, porque destruye lo

que hay y luego lo reconstruye, con lo cual ella sonríe y se alegra. Alguien que produce armas no quiere nunca que la guerra se acabe, siempre conviene mantener una zona de conflicto, una zona que llegado el momento conveniente se alce y provoque la necesidad de más armas.

—¿Qué podemos hacer cada uno de nosotros para ganarle la paz al mundo?

—Yo encuentro que hay un cierto entreguismo de poderes. La sociedad, cuando está ya coherentemente organizada, crea el Estado. Pero entonces delega en el Estado casi todo. Quiere que el Estado le saque las castañas del fuego, y hay cosas a las que la sociedad no puede renunciar de ninguna manera. Se puede renunciar a los derechos, pero no a las obligaciones. La sociedad, que era la aliada del hombre, se ha convertido en su enemiga, se ha convertido en una gran devoradora de sus propios hijos. Y, en tal caso, la voz de los individuos tiene que empezar a oírse colectiva y privadamente. Tienen que empezar a funcionar esas dos grandes palabras de todos los idiomas: el yo, como afirmación de una individualidad que protesta frente a las atrocidades de la colectividad, y el no, como una resistencia ante esas batallas a las que nos empujan, a las que nos llevan a zurriagazos, sin que nosotros las queramos ni las autoricemos. Es imprescindible que los individuos, a través de organizaciones no gubernamentales, se cohesionen, se hagan fuertes, porque si no los Estados, los grandes leviatanes acabarán extinguiéndonos, acabarán, como han empezado ya, a dejarnos sin voz.

—¿Cree que los Estados, ni siquiera cuando son democráticos y de derecho, nos escuchan?

—Un país democrático, en principio, es un país que oye a su pueblo, un país en el que el poder está en el pueblo. El pueblo elige a sus gobernantes, los elige en una extraña campaña de ofertas de supermercado. Sólo hay dos o tres, y tienen precios rebajados. Elige la que le parece que más le conviene, o la que le parece que le va a dar más, o la que le parece que le va a eximir de impuestos. Pero ahí se acaba toda la democracia. Ya no se interviene más. Antes se elegía (como dice mi Séneca) al gobernante por su alma: ¿quién sabe hoy día qué es el alma?

—Lo que se ha dicho tantas veces: que vivimos en una democracia formal, aparente.

—La democracia griega consistía en adivinar un poco cómo era el alma del elegido y se le vigilaba día a día. Se iba detrás de él, se le acusaba o se le aplaudía. Ahora no. Ahora se entrega el máximo poder hasta que llegue otra elección igualmente conturbada e igualmente improbable. Se le entregan las llaves de la despensa, las llaves de los arsenales de armas, y él se maneja. Detesto a los Estados Mayores, iba a decir a los Estados y casi lo digo. Creo que estamos en sus manos sólo porque ellos tienen que ayudar a que nos desarrollemos en la paz, como dice la Carta de las Naciones Unidas, a través del orden, a través del consentimiento, a través de la convivencia. Y, sin embargo, utilizan esos votos dados para meternos en situaciones irremediables. No me gusta.

—Habla usted como un anarquista.

—Es que soy un anarquista, un anarquista comprensivo. Entiendo que haya gente que prefiera incluso la injusticia al

desorden, como Goethe, pero yo no lo entiendo. La justicia me parece uno de los poquísimos valores absolutos y tiene que estar por encima de todo, por encima del orden también.

—¿Incluso por encima de las razones de Estado?

—No puede haber ninguna razón sobre la razón. No puede haber ninguna razón secreta ni pública de Estado que esté por encima de la razón de los ciudadanos, porque la razón de los ciudadanos es la que ha elegido a los gobernantes, la que les ha dado el poder y puede retirárselo, y haría bien en retirárselo.

—En democracia, también la guerra se debería someter a votación, ¿no?, preguntarle al pueblo si quiere o no quiere ir a la guerra.

—El pueblo es el que muere, y no se le pregunta si quiere morir. Los Estados Mayores están apartados en sus búnkers, protegidos con su vaso de whisky en la mano, sobre los grandes mapas. Todo es ya número, todo es ya estadística. Ellos no recuerdan que la gente muere de una en una, que se muere solo, que morir en compañía no quiere decir nada más que morir al mismo tiempo, y mandan al degolladero con toda naturalidad a sus súbditos, a la gente que de verdad es la apoyatura de todo, su peana, su pedestal y su razón de ser. El Estado, si no mejora las condiciones de vida, ¿para qué sirve? ¿Sólo para la muerte? ¿Es que vamos a emplear el corazón sólo para morir?

—No merece la pena vivir en estado de guerra, ¿verdad?

—El estado de guerra es como un humo que lo contamina todo. Se mete por los intersticios de las puertas, por debajo

de las ventanas, llega hasta la intimidad más absoluta. Hace que el ciudadano se vaya aislando, porque crea esa sensación grave de desconfianza; el estado de guerra más aún que la guerra.

—Al principio de esta charla se definía como un profesional de la paz. ¿Cuál ha sido, a grandes rasgos, su lucha por la paz?

—Hubo un momento en que el referéndum para entrar en la OTAN me conturbó. Me parecía que en ese momento la nación estaba por encima del Estado y los ciudadanos estaban por encima de los partidos políticos, y el sentimiento de virilidad nacional debería estar por encima de todo. Y entonces encabecé el movimiento del NO a la OTAN. Esa fue mi primera aportación, digamos, belicosa, aunque sea una paradoja, a favor del pacifismo. Desde entonces, ya no he podido parar. No he podido parar porque me dolería el alma si no dijera lo que tengo que decir, si no fuese un poquito, un poquito sólo, la voz de los que no tienen voz, si no representase de alguna manera a la mayoría silenciada. He hecho lo que he podido.

—También fue especialmente, combativo con la guerra del Golfo.

—Sí, por dos razones: primero, había vivido la razón de mis opiniones, sabía lo que quería, sabía lo que se esperaba de mí y sabía que la única obligación que yo tengo y el único poder al que aspiro es a decir la verdad; pero, por otra parte, es que la guerra del Golfo nos cayó, en el estricto sentido, como una bomba.

—¿Por qué esa guerra nos sensibilizó de una manera especial?

—Porque durante mucho tiempo habíamos vivido bajo el peso terrible de la amenaza, de ese peso terrible de la falsa disuasión. Estábamos con la espada de Damocles sobre nuestras cabezas pendiente de un hilo. Vivíamos en un ay, y de repente aquello se resuelve con la caída del muro de Berlín y de otros muros. Decía Bertrand Russell: «Al final del siglo sucederán una de estas tres posibilidades, y no puede suceder otra: en primer lugar que el mundo se termine; en segundo lugar que la población disminuya por catástrofes bélicas y que se vuelva a la barbarie; y en tercer lugar que haya un gobierno que monopolice y controle todas las armas más peligrosas de la humanidad». Creíamos que no iba a ser así, que había una cuarta posibilidad: el acuerdo, la concordia, la conciliación. Hemos visto que no, que se va a realizar la tercera: que un solo gobierno se va a autoerigir en el alguacil del universo, en sheriff del universo. Cuando se pensaba que el mundo iba a ser una aldea global y Europa una casa común, resulta que esa casa ya tiene gobernante y esa aldea ya tiene alcalde. Duro.

—Pero usted es consciente del peligro que supone echarle un pulso al Estado, ¿no?, como Séneca.

—Sí, lo sé, y no me importa. Yo no he matado. No creo que fuese capaz de matar, pero sí soy capaz de morir. No sólo de morir de una manera heroica y de una vez, sino lo que es más incómodo, ir muriendo poquito a poco, porque hay muchas maneras de callar una voz. No he visto una reacción más extraña contra los pacifistas que la que han tenido hace bien poco nuestros gobernantes. Los pacifistas, por lo visto, éramos poetas o aldeanos.

—¿Si de verdad fuéramos valientes diríamos no a la guerra?

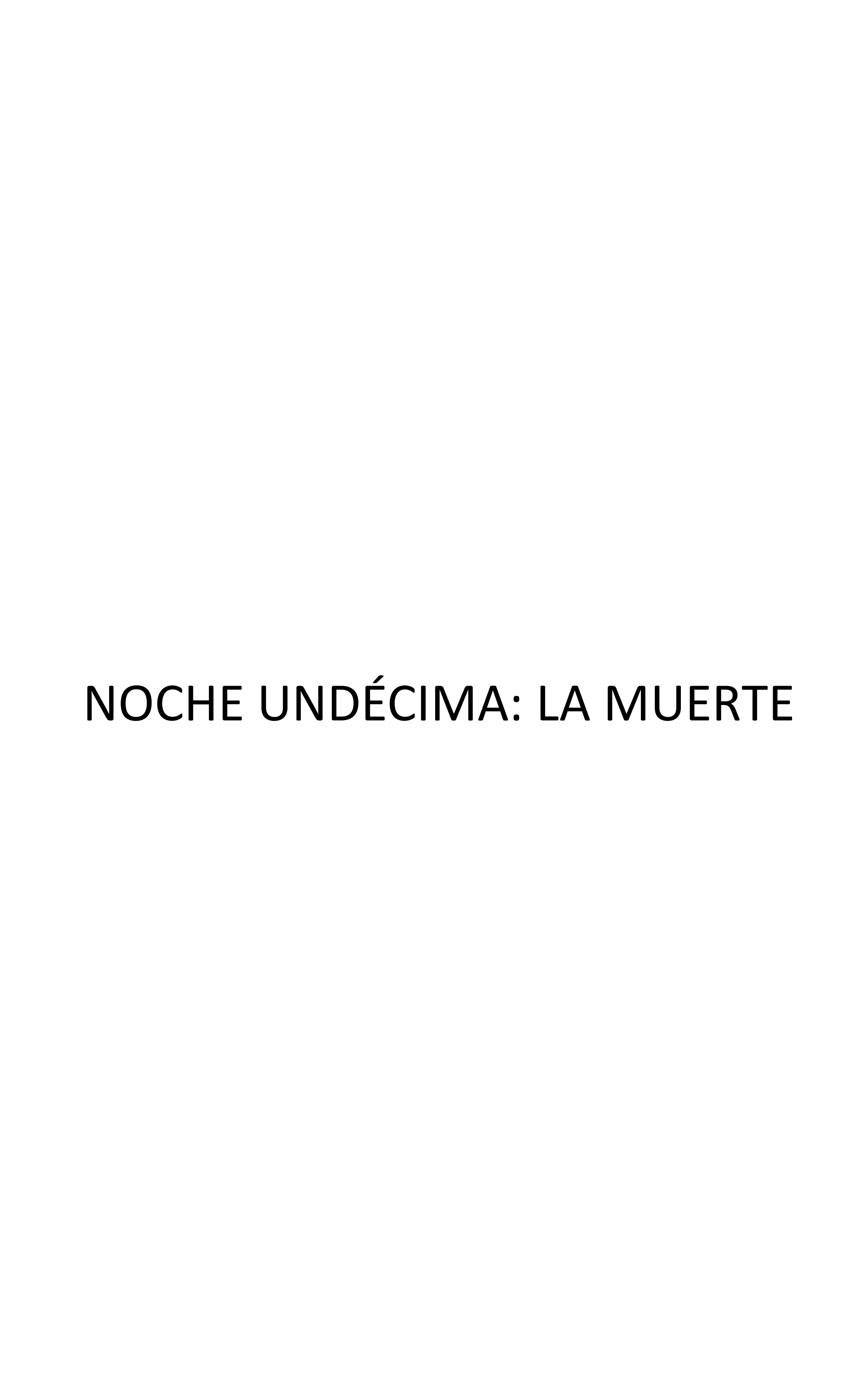
—Si de verdad fuéramos valientes no nos importaría pasar por cobardes, que es la acusación que se hace a los que no quieren participar en este ensangrentado embrollo.

—¿Qué le parece si termínanos con una reflexión de Einstein?: «Los pioneros de un mundo sin guerras son los jóvenes que rechazan el servicio militar».

—Sí, ésa es la primera batalla que hay que ganar y el primer gesto. Es necesario darse cuenta de que el militarismo no es más que un símbolo de ignorancia y de ceguera, y ni la ignorancia ni la ceguera pueden ser omnipotentes, porque nos conducirán a la ceguera y a la ignorancia. Vivan los insumisos.

—¿Cuántos miles de millones de dólares se habrán gastado en armamento en lo que va de año?

—Yo creo que nunca lo sabremos, nunca se nos darán esas cifras porque resultan atrozmente vergonzosas. Yo sé decirle que con el precio de un misil intercontinental pueden alimentarse cincuenta millones de niños, ponerse en riego un millón de hectáreas y plantarse dos millones de árboles. Mientras una tercera parte de la población del mundo pasa hambre y muere de necesidad las otras dos están muriendo de guerra. Es algo tan terrible que sólo pensarlo da miedo.



NOCHE UNDÉCIMA: LA MUERTE

—¿Usted viviría mil años?

—No viviría mil años porque me parece que la muerte no está mal pensada. La muerte da intensidad y vehemencia a la vida. La inmortalidad nos haría sentarnos, acomodarnos. Con mil años por delante, siempre diríamos: lo haré el siglo que viene, lo haré dentro de un par de siglos…

Una tarde, mientras paseábamos bajo el añil del cielo sevillano, recordé que Antonio Gala había estado, en una ocasión, clínicamente muerto. Alguna vez me había contado su experiencia de vida más allá de la vida y se me ocurrió decirle: Antonio, usted estuvo una vez en la frontera de la muerte, ¿no? Gala, con su natural rapidez de reflejos, me respondió: «¿En la frontera?… ¡Estuve en San Juan de Luz, como mínimo!» Sabía del amor de Gala por los cementerios. Sabía que siempre que llegaba a una ciudad solía visitar antes que nada los mercados y los camposantos y me constaba que las autoridades de varias localidades le habían ofrecido alguna que otra parcelita en tierra sagrada. Quién mejor que Gala, pues, para mantener un diálogo sobre la muerte, aunque reconozco que a mí el tema me intranquilizaba bastante, y no por miedo, no; porque yo, como Woody Allen, no le temo a la muerte, sólo espero no estar allí cuando suceda.

—¿Usted viviría mil años?

—No viviría mil años porque me parece que la muerte no está mal pensada. La muerte da intensidad y vehemencia a la vida. La inmortalidad nos haría sentarnos, acomodarnos. Con mil años por delante, siempre diríamos: lo haré el siglo que viene, lo haré dentro de un par de siglos… No haríamos nada, nos pondríamos gordos como zoilos, porque no se necesita tanto tiempo para hacer lo que tenemos que hacer, que es cumplirnos. Y es importante esa urgencia de tener que cumplirnos cuanto antes, esa urgencia de no poder decir: para mañana queda… No; hagámoslo hoy, emprendamos la marcha hoy. Es como las utopías lejanas: cuanto más lejanas estén, antes hay que ponerse a andar. No me gustaría vivir mil años. Me gustaría ir madurando y que, cuando ya estuviese maduro, de una manera lógica, cayera el fruto sobre la tierra.

—Madurar y caer del árbol.

—Madurar y caer del árbol del conocimiento, del árbol en que empezó todo. Porque toda la vida empieza al pie de ese árbol del conocimiento y de la ciencia del bien y del mal. El hombre alza la mano y peca, conculca un mandato. Es decir, el hombre es libre de decir no, libre de negarse a esa vida cómoda del jardín del Edén. A esa vida en la que es un animal cariñosamente tratado, con las necesidades cubiertas, como el resto de los animales. El hombre se rebela. Se ha rebelado en todas las mitologías. No es Adán sólo, también Prometeo y también Asclepio. Todos arrebatan a los dioses algo, todos se rebelan. Y ahí está, por una parte, el conocimiento del bien y del mal, que es la razón; y, por otra, la libertad. La libertad que salva y que condena, pero que hace grande al hombre. Ya lo he dicho mil veces, supongo que me repito, pero no me importa: el hombre ahogándose, náufrago en un mar, es más grande que el mar, porque el hombre sabe que muere y el mar no sabe que lo mata. Esa es la grandeza. Que, como castigo a tanta insumisión, acarrea la muerte.

—¿Le emociona hablar de la muerte?

—No más que hablar de la vida. Me emociona en cuanto que es una parte en sombra de la vida.

—¿No se arrepiente de haber nacido para morir?

—No creo que haya nacido para morir. Supongo que he nacido para vivir, y no me arrepiento, ya que estoy aquí. Por otra parte, no me dieron opción. Quizá si misteriosamente se nos pudiese consultar antes (quizá digo, no es seguro) hubiese dicho no. Pero, puesto que el hecho está consumado, prefiero que tarde en consumarse del todo y estar vivo.

—Creo que usted vivió la experiencia de «vida más allá de la vida»…

—Sí, y no fue una experiencia desgarradora. Coincido con los que dicen que hay un túnel y una luz al final. En efecto, así lo vi yo. Y coincido con los que dicen que la vida nos pasa como en una película: toda nuestra vida en unos instantes. Sucede como en los sueños, es un poco todo sin pies ni cabeza. No coincido en lo de los hechos importantes ni en la

forma. Es decir, mi vida no pasó como momentos cronológicamente sucesivos, sino como una especie de retablo gótico que cuenta la historia de un santo. Estaban todos los momentos simultáneamente exhibidos. Y me sorprendió algo: no estaban los momentos que yo he considerado importantes en mi vida. Estaban momentos cotidianos, gestos cotidianos: mi padre enseñándome a dormir, mi padre enseñándome a sonarme la nariz, un beso de saludo… Y lo que sí vi, lo que sí sentí más bien, es una sonrisa, una sonrisa en el aire. ¿Usted recuerda el gato de Cheshire, de Alicia en el Vais de las Maravillas? El gato aparecía de una manera muy extraña: primero la sonrisa, luego aparecía el bigote, luego la boca, la cabeza, el cuerpo, la cola… Para desaparecer era igual: desaparecía primero la cola, luego el cuerpo, la cabeza, el bigote… y se quedaba la sonrisa. Esa sonrisa. Sentí y fue plácido decir: Bien, vamos… Vamos hacia la luz. Luego no fuimos.

—¿No será que lo que queda es lo cotidiano, lo efímero?

—Efímero es todo, yo creo. Pero somos un poco ambiciosos. Como los grandes imperios, hacemos templos, palacios, construcciones… Luego todo acaba en las ruinas y el polvo es lo que lo sostiene. Supongo que el polvo y la adelfa, que es la triunfadora de las ruinas en nuestra tierra, son lo importante: más que el mármol y el bronce, que decaen.

—¿Lo que vio y lo que sintió le hizo concebir la esperanza de otra vida?

—Yo creo que la esperanza esa ya la tengo. Si pudiéramos hablar de vida con minúscula y con mayúscula, yo diría que aquella es la Vida con mayúscula. Es la fusión con las vidas anteriores, con la fuente de la vida, con el río interminable y manso de la vida. Yo creo que la naturaleza, o quien la haya creado, es demasiado buena economista como para malgastar. Había una ley, que usted recordará del colegio, que creo que era de Lavoisier: «La energía no se crea ni se destruye, simplemente se transforma». Y, en el fondo, es lo que dice la Iglesia católica, sin querer decir eso, pero lo dice: «Vita mutatur, non tollitur», «la vida no se quita, se cambia». Eso es lo que yo presentí, y eso es lo que creo.

—¿Y no da vértigo pensar en la eternidad?

—Nuestros ojos son humanos y la eternidad no está hecha para ojos humanos. Excede la razón, pero no la contradice. El mismo vértigo podía darnos pensar en las inmensidades, en el infinito del cosmos, en los agujeros negros, en los cientos de millones de galaxias… Levantar los ojos y ver eso también da vértigo.

—¿En aquellos momentos le dio ganas de confesarse?

—No, ninguna. Por otra parte, tampoco tenía ocasión porque fue demasiado fulminante. Entré en coma, que es esa suave anestesia de la naturaleza, y la confesión ya no tenía lugar. Pero no sentí la necesidad. En ese momento final, la criatura y el Creador, si existe, serán la misma cosa. Un amanecer nuevo.

—¿Usted no le teme a la muerte?

—Yo creo que no tememos al hecho de la muerte. Tememos a esa especie de salto al vacío. En realidad, sólo lo desconocido nos parece terrible, sólo tememos lo que no comprendemos. Eso es lo que nos echa para atrás de la muerte: esa agonía que desconocemos cómo va a ser, ese paso de aquí a allá: el horror vacui. Ayer mismo me dijo alguien de Sevilla: «Don Antonio, cómo no voy a creer yo en el más allá, si vivo en el Cerro del Águila». Probablemente llevamos un poco en la masa de la sangre ese temor al juicio eterno, al juicio definitivo. Pero Dios no es un remunerador cruel. Si tenemos la idea católica de Dios, tendremos la idea católica de un padre. Ese juicio infernal, esas postrimerías, ese enlutamiento de la vida, esa transformación de todo en un valle de lágrimas para irnos llevando al Valle de Josafat, eso no me gusta. Yo prefiero pensar en la muerte como en la primera noche de veras silenciosa (yo amo mucho el silencio) en una especie de viejo sillón, en que uno se encuentra cómodo y se adormece. Prefiero pensar en la muerte como el final de una aventura extraña, de un recado que nos encomendaron sin pedirlo, y que no sabemos si hemos cumplido o no. Yo creo que la muerte es justamente la terminación de todos los miedos. Se acabaron los miedos, los miedos a envejecer, los miedos a perder lo que tenemos, a la persona que tenemos; el miedo al desengaño, el miedo a un mañana que siempre está un poco al acecho con la escopeta cargada… A mí me parece que la muerte es mucho más

simple: una mano apaga la luz y nos quedamos en la oscuridad maternal, en el olvido, hasta de nosotros mismos. Porque ya no seremos más Jesús Quintero o Antonio Gala o aquel que nos escucha. Hay un verso, que usted recordará, de Manolo Machado, que dice: «Hijo, para descansar / es necesario dormir, / no pensar, / no sentir, / no soñar. / Madre, para descansar, / morir».

—¿La muerte no le parece fea?

—Yo creo que es que miramos la muerte desde la vida…

—Y la hacemos fea…

—La hacemos fea. Pero no es fea ni es bonita. ¿Es fea la oscuridad, es fea la noche, es fea la vida misma? Y, sin embargo, en la vida pueden suceder cosas atroces, pero no por ello decimos: la vida es fea. No, la vida se pone de pronto un poco extraña. Pensamos, por ejemplo, en la Antártida, y pensamos en el terrible frío. Pero es que pensamos en la Antártida desde nuestra mesa camilla. Yo no creo que sea fea la muerte, la hemos enfeecido, quizá.

—¿Es verdad que le gustan los cementerios?

—Sí, me gustan mucho. Mire usted, yo estoy tan hecho a la muerte que verdaderamente ya no la veo. Es como el aire. Respiramos, y no lo vemos. No la huelo. Soy como una especie de perfumista que, a fuerza de oler perfumes, ya no distingue bien. Ni la saboreo. Entonces los cementerios me dan un gran sosiego, me dan una gran paz. Y me dan, por qué no decirlo, una gran esperanza… Y, en todo caso, es bueno irse acostumbrando.

—¿Por eso le regalan a usted parcelas en los cementerios?

—Sí, me regalan parcelillas, bastante céntricas, por cierto, y algunas con vistas al mar. Yo creo que he visitado cementerios de todas las latitudes del mundo. Conozco muchos. No es que los coleccione, pero me gusta verlos. Cada vez que llego a una ciudad, siempre me intereso por los cementerios y por los mercados. Ver cómo los vivos se mantienen, y ver cómo de alguna manera mantienen a sus muertos. Me parece que define bastante a un pueblo. Sin duda alguna, debo haberlos piropeado

en alguna ocasión, y tengo varios, varios enterramientos, digamos. Yo suelo contestar agradeciéndolos y diciéndoles que no soy muy aficionado a los estrenos; que, si quiere, la comisión municipal puede ir pasando y calentándome el sitio.

—¿Qué le parece a usted ese refrán tan duro que dice «el muerto al hoyo y el vivo al bollo»?

—Yo no lo veo mal. La vida continúa. Me parece además que los vivos, de alguna forma, tienen la obligación de vivir por los muertos. Es una especie de doble vida, de vida duplicada. Una delegación. No está mal eso. «Para sentir hay que comer», le oí decir el otro día a una viuda que estaba en el velatorio de su marido. Me parece que la vida y la muerte no se llevan tan mal como nosotros creemos.

—A mí me contó un enterrador que las viudas y los familiares de los muertos van muy compungidos al principio, pero que después…

—Es natural.

—¿Le parece natural?

—Yo creo que sí. ¿Usted opina que de por vida se puede uno vincular a algo tan concreto como una tumba? Una tumba en la que, ¿qué hay ya? Lo hermoso probablemente es el recuerdo. Hay una canción que dice: «El luto que es bien sentío, / se lleva en el corazón, /no en el color del vestío».

—O sea, que el luto, como la procesión, va por dentro.

—La procesión, en general, va por dentro. Y habrá mucha gente que visite con frecuencia los cementerios y que considere esto un acto social. Usted sabe que en los países árabes los días de fiesta, los viernes, se va a los cementerios a merendar, incluso sobre las propias tumbas. Yo encuentro que esa fusión de la vida, como decíamos al principio, ese no enfrentamiento sino coincidencia, como la urdimbre y la trama de un tapiz, es una lección de sabiduría.

—Sin embargo, en Estados Unidos se puede considerar socialmente de mal tono hablar de la muerte.

—Sí. A mí me da un poco de pavor ese rechazo por los muertos que tienen los países muy desarrollados. Ese Funeral Home, ese intentar que la gente ya muera en el hospital, y no en su casa, y luego trasladarlos a los tanatorios, donde se quedan solos, fríos y no perturbadores… Yo casi prefiero esa muerte muestra, un poco vociferante. Esos velatorios nuestros, esa sensación de desgarro nuestra, no esa frialdad tan antipática, esa toilette del cadáver, ese pintar y maquillar a los cadáveres… Yo recuerdo que una vez, en un Estado del centro de Estados Unidos, fui a visitar un funeral borne y me encontré a un señor sentado, con un traje azul oscuro, fumando un puro y perfectamente maquillado: era el muerto. Me dio tal impresión que retrocedí sin darme cuenta y me caí encima de un macizo de azaleas que había allí. No me gusta eso. Prefiero que la muerte sea la muerte, no ponerle miel por encima. Porque no lo necesita. Quizá lo necesitamos nosotros, pero no la muerte.

—Sí, pero también ese desgarro nuestro, al que se refería, es terrible. Incluso para el muerto que, según dicen, en el momento de expirar, puede escuchar el llanto y los gritos.

—Sí, yo creo que es una impertinencia, una falta de solidaridad. Deberíamos pensar que, en definitiva, el que se despide es él, y es él el que marca el tono.

—¿Usted prefiere morirse sin darse cuenta o conscientemente, sabiendo que se está muriendo?

—No me importa. Hace poco tiempo ha muerto un buen amigo mío, un viejo, en todos los sentidos, amigo mío. De noche. Cuando han ido a despertarlo estaba muerto. Pensamos todos: no es mala muerte. Pero ¿lo sintió? Eso no lo sabemos. Creo que en el último minuto el ser humano tiene como un deslumbramiento, se enfrenta por primera vez con él, sin las complicaciones y contradicciones que ha habido en la vida, y creo que elige. En ese minuto único en que de verdad es libre de aceptar, acepta. Tengo una gran confianza en eso.

—No sé… Alguien me dijo alguna vez que se muere como se vive.

—Supongo que se refería a la naturalidad, no a la forma en que se ha vivido. A mí me parece que la muerte es una aliada, que la muerte es buena, favorecedora, eximidora de temblores y temores. Lo que sucede es que no tenemos experiencia. Yo tengo un poquito de experiencia, pero muy poco. Y, con la que tengo, puedo decir que estaba de acuerdo y que, en el fondo, sí estaba muriendo como había vivido.

—Hay escuelas para todo, pero no hay ninguna escuela que nos enseñe a morir.

—Qué difícil es enseñar a morir. Yo creo que hay que improvisarlo. Mishima, que se suicidó, se hizo el harakiri, recordaba que los samurais recomendaban pensar unos minutos cada día en la muerte, porque era la única manera, decía él, de no temerla. Él, cuando se suicidó, dejó un papel escrito, diciendo: «La vida del hombre es limitada, pero a mí me gustaría vivir siempre», y se suicidó acto seguido. Es decir, que ese pero, esa adversativa debe entenderse como que él hubiese preferido la vida humana, pero que pasaba a otra vida distinta. Y eso también pienso yo.

—¿Usted se suicidaría?

—No creo. Simplemente, insisto en mi petición, que ya he hecho por escrito, de que cuando la vida ya no me valga (me valga en el sentido de servir y en el sentido de acompañar), cuando la vida me considere ya un despojo, cuando la vida me deshabite, quiero salir desahuciado de la vida lo más rápidamente posible.

—¿Pide que no le alarguen artificialmente la vida?

—Yo creo que el ser humano tiene derecho a la dignidad de la muerte y a que se le exima de dolores inútiles. Hay dolores útiles, dolores como el parto o como el que produce una enfermedad o una operación quirúrgica para salir de esa enfermedad. Tales son dolores de vida. Pero cuando el dolor se vuelve como un barco con velas negras desplegadas hacia un callejón sin salida, hay que evitarlo. Yo estoy completamente convencido de que el Estado hace mal en prohibir la eutanasia, en vez de regularla. El Estado tiene la obligación de mejorar la vida y de mejorar la muerte. Creo que todo vivo tiene derecho intransferible a su

vida. Y creo que todo agonizante o todo moribundo tiene derecho intransferible a su muerte.

—¿Y por qué el Estado se resiste a concedernos ese último derecho?

—Por una especie de hipocresía, de querer lavarse las manos en esos extremos. Los Estados, o la sociedad, normalmente deja morir de hambre a millones de seres. Declara guerras atroces, es genocida, se desentiende de los viejos, se desentiende de los enfermos o cumple mal sus obligaciones de seguridad social y de sanidad, autoriza la pena capital… Y, sin embargo, ante la eutanasia, siempre vuelve la cara. Se desentiende, no quiere saber nada, no autoriza.

—¿Qué le diría al desesperado que invoca la muerte?

—¿Al que la invoca sólo?… Ése todavía está lleno de esperanza. Lo único que le digo es que espere todavía más. No más tiempo, sino con más intensidad. El fracaso no significa nada. El fracaso es sólo volver a empezar, simplemente unos puntos suspensivos o un punto y aparte. Pero la lectura sigue, la página sigue. Yo, a veces, en un momento muy triste de mi vida (usted se ha acercado bastante, también, a ese momento, ha tenido también el suyo) me ofrecía de verdad, cada noche, para morir en sustitución de gente que tenía más vínculos, más raíces. Y me ofrecía de todo corazón y adoptaba la postura que quería tener con la muerte. No fui recogido, no fui escuchado, no sé a quién me ofrecía. Pero invocar la muerte no sirve. Hay que invocar la vida.

—Pero cuando la vida se convierte en un penoso trabajo, sin ninguna gratificación, no es extraño que uno quiera descansar. Recuerdo que en mi pueblo, cuando yo era muchacho, oía decir «pobrecito, ya descansó», cuando se moría alguien.

—En Castilla se suele decir: «En caso de duda, yo la viuda». Son palabras consoladoras, pero nadie quiere descansar, normalmente. Hace poco tiempo, una actriz se quedó viuda y, por lo visto, no se llevaba muy bien con su marido. Yo lo supe de una manera póstuma, y al darle el pésame me dijo: «No, hijo mío, no. Los dos hemos pasado a mejor vida. Él está ya en el cielo y yo me he quedado en la gloria». Es una confirmación más de que se muere solo. Siempre se muere solo. Decimos con

frecuencia: «Nacemos solos y morimos solos». No se nace solo, se nace de una mujer con una vinculación tremenda e imposible de imaginar por uno y, sin embargo, sí se muere solo. Por mucho que se muera entre gente, quien se muere es uno. Los demás están allí, pero no se mueren.

—Los que nos resistimos a la idea de la muerte lo llevamos crudo, ¿no?

—Antes o después, les llegará. Pero ¿por qué el temor a algo que es natural?

—Será por soberbia.

—¿Ha visto usted cómo mueren los animales, con qué naturalidad mueren, cómo se recogen en sí mismos, cómo se apartan del tráfago, de los líos vitales, de las costumbres, y se arrinconan para morir tranquilos? Es el dolor anterior, es la lucha anterior la que nos asusta, pero no el hecho de la muerte.

—¿Cambia la visión de la muerte con el paso de los años, Gala?

—Supongo que sí. Entre otras cosas, porque la gente muy joven no tiene idea de la muerte. Un niño, por ejemplo, no se va a morir nunca, aunque se muera al día siguiente, aunque le caiga de pronto una teja y lo mate, mientras que la gente ya mayor ve la muerte más cerca. Somos los novios de la muerte, permítame decirlo, como los legionarios. La muerte es nuestra prometida. Está al final del camino, lo que sucede es que no sabemos cuánto dura el camino, y probablemente esperamos que ella esté al final; es decir, en la vejez. Pero ¿y si ella anda a la inversa el camino que nosotros recorremos? Viene la prometida, nos pone una mano en el hombro, nos toma la mano con la suya, nos mira a los ojos y dice: «Vamos». Estamos en ese camino entreteniéndonos, distrayéndonos un poco con la música, con las flores, con el amor, y es hermoso que así sea. Es hermoso mirar el camino. Creo que lo importante es el camino, más que la llegada. En la vida la llegada es también el camino, pero la edad no importa. La muerte es igualitaria, no sólo con las clases sociales, sino también con las edades y las castas.

—O sea que la muerte es socialista.

—Bueno, en algún sentido; por lo menos es igualizadora. Toda la Edad Media se la pasaron metiendo a los poderosos, a los papas, a los obispos, a los reyes, en la «Danza de la Muerte», en la danza macabra. Supongo que era una especie de venganza, un consuelo un poco infantil pensar «ahí sí que ya somos todos iguales, y además ellos pierden más porque tienen más».

—¿Usted cree que los que tienen más temen más a la muerte?

—Por lo regular siempre se ha pensado así, y puede ser que sea verdad. El dejar casi nada es menos doloroso. Pero en el casi tenemos que incluir una cosa absolutamente mayestática y fastuosa, que es la vida. La vida puede tener muchos adornos o pocos adornos, pero es el único almacén que tenemos, más o menos provisto. La hayamos llenado de lo que hayamos querido o esté vacía (vacía digo de contenido), es la vida lo único.

—¿Es más injusta la muerte de un niño que empieza a vivir o la de un joven en la flor de la vida que la de un anciano que ya ha vivido todo lo que tenía que vivir y ha visto lo que tenía que ver?

—Yo no estoy seguro de que el anciano haya visto todo lo que tenía que ver, no es que me ponga de parte del anciano. Pero, si me pongo de parte de esos ojos demasiado humanos, que intentan ser justos a la manera de los hombres compasivos, a la manera de los hombres, estoy casi completamente convencido de que nadie que opina así se brindaría a sustituir en la muerte a un niño o a una mozuela en la flor de la vida. Creo de verdad que no entendemos bien la vida, que la vida no está hecha para ser entendida, y que todo lo que nos parece injusto en ella de alguna forma, incluida la muerte, patentiza nuestra antropomensura, nuestra idea de configurarlo todo como nosotros lo vemos. Y eso nos lleva a ser injustos nosotros, no la vida.

—Recuerdo ahora que una de estas noches, cuando hablábamos del amor, dijo que éramos sexualidad y poco más. ¿Comprende a esa gente que cuando le ha llegado la decadencia, cuando ha dejado de funcionar, usted ya me entiende, se ha quitado la vida?

—Tenemos buenos ejemplos de suicidas porque habían perdido lo que creían que era la única fuerza vital. Estaban, a mi entender (desconozco sus últimas circunstancias), equivocados. Yo no creo que la fuerza vital se pierda o, por lo menos, no del todo. Por otra parte, usted sabe que la muerte tiene una sexualidad sobreañadida. También es erotizante. La muerte puede llegar a ser una exaltación de la vida. La muerte está al final y pensar en ese final nos enardece.

—¿Pero entiende que alguien se suicide porque ya no funciona sexualmente?

—Esos suicidas son comprensibles, como otros suicidas. El suicidio es un problema realmente importante, trascendental. Hubo quien creyó que era el primer problema filosófico.

—Camus, por ejemplo.

—Por ejemplo… Yo comprendo que haya gente que, de repente, como el huésped famoso de un hotel, cuelgue un cartelito en la puerta, diciendo: «Estoy cansado, voy a dormir, no molesten». Querer vivir es siempre querer vivir más, meterse en la vida hasta los dientes, no ser testigo de la vida. Yo creo que la madurez comienza en el momento en que uno empieza a comprender su muerte, y admiro profundamente al hombre que, en el último tramo de la cuesta abajo, ya sólo compañero de la torpeza, de la inutilidad y de un dolor no demasiado digno, ponga fin con gallardía a su vida. Me parece que el suicidio ha de ser comprendido. Nadie es quién para perdonar al suicida; pero sí es cierto que ni el sufrimiento ni la pena conducen a la muerte. Probablemente el suicida se mata porque quiere más vida y porque quiere una vida mejor, no ésta. Creo que es un gesto de busca de la vida, no huyendo de la vida. De ahí que también admire, acaso más, a quienes siguen ejerciendo de vivos pese al dolor, al entorpecimiento, a la debilidad, hasta el final.

—A veces la muerte es preferible a una vida que es sólo apariencia de vida. Porque hay muchos muertos en pie, que diría Bécquer.

—Sí, los muertos vivientes, los que han agotado la vida sin vivir, los desazonados, los desganados, los tediosos, los que viven de trabajos

que no los ayudan a cumplirse ni a realizarse, los que sufren de rechazo y de aburrimiento… Eso es tremendo. De eso sí que se debía ocupar la sociedad, más que de enseñar a morir: de enseñar a vivir. Yo creo que hay gente que sobrevive, pero que ya no vive. Yo detesto el verbo sobrevivir. Porque hasta el final la vida nos mantiene, la vida nos inunda, la vida puede cantar en nosotros si no la amordazamos, si no la maniatamos. Todas las penas que podamos sufrir en la vida, en el fondo, producen el efecto de un tóxico que nos va inmunizando contra el mismo tóxico, si lo tomamos en pequeñas dosis: como un mitridatismo. Todo el que sobrevive después del sufrimiento, incluso el que está inmerso en el sufrimiento, me parece un poco Dios. Porque la llama ilumina y quema al mismo tiempo. El brillo y la quemadura son hermanos. Yo creo que no se es Dios por haber comido del árbol del bien y del mal («seréis como dioses»), se es Dios por haberse fundido de verdad con la vida. Se es Dios porque uno ya, al final, empieza a transformarse un poco en animal, un poco en vegetal, un poco en piedra fría, juntando todas las vidas. Eso es lo que yo admiro. A eso es a lo que aspiro yo.

—¿Sólo se vive una vez?

—¿Usted cree en la reencarnación? A mí me han dicho que yo he sido Plauto, que he sido un joven llamado Lanscino en la época de Diocleciano. No tengo recuerdos, si quiere usted que le diga la verdad y tampoco siento dentro de mí voces que me digan Plauto o Lanscino, no. Soy yo, aunque antes haya sido ésos. Tendré que hablar con mi voz incluso para ésos. Si yo he sido muertos anteriores, por mi boca, por mis ojos y por mis manos esos muertos querrán acariciar las mañanas azules de este mundo y las cosas doradas de este mundo y el goce de este mundo. Si yo he sido alguien, y también en nombre de mis muertos, actúo por delegación, tengo más responsabilidad todavía porque he de vivir por más gente y en nombre de más muertos.

—Por cierto, me dijo un enterrador que nuestro cuerpo se convierte en polvo a los cinco años.

—No. Hay un pudridero famoso en España, que es el de La Antigua, de Valladolid, donde en dos días, allí, está usted absolutamente convertido en eso que acaba de decir.

—Hay cajas de cinc, que permiten que se dure un poquito más.

—Pues ya sabe usted lo que tiene que hacer al salir de aquí: ir encargándola.

—¿Se da cuenta de que si le doy un tiro ahora mismo esta entrevista sería su último testimonio?

—Sí, sería una entrevista sonada… en todos los sentidos. Pero ya me he asegurado de que usted no lleva pistola.

—No esté tan seguro. ¿Prefiere algún lugar para morir?

—Allí donde esté mi casa, como el pequeño extraterrestre de la película, sea donde sea, allí quiero morir.

—¿Para descansar eternamente elige la tierra, el fuego o el aire?

—El fuego, la incineración, y luego que me viertan sobre el agua y la tierra, o aireen mis cenizas.

—¿Tiene pensado su epitafio?

—No soy partidario de los epitafios. Pero, con frecuencia, he dicho que me gustaría uno: «Murió vivo». Me parece que es lo mejor que se puede desear: estar vivo, rotundamente vivo hasta el final. Creo que a los medio muertos ni la muerte los quiere.

—Gracias, señor Gala, por hacerme, por lo menos, soportable la visión de la muerte. Hasta mañana por la noche.

—Hasta mañana por la noche, con permiso de la autoridad competente, que en este caso es la muerte.

—Toquemos madera.

—Yo ya tengo los dedos ciñendo mi bastón.

NOCHE DUODÉCIMA: LOS PECADOS CAPITALES, ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES

—España, ¿tragedia, comedia o drama?

—Farsa.

—Gala, ¿de cuántos pecados capitales se acusa?

—¿Usted sabe los pecados capitales?

—Creo que sí, con un poco de esfuerzo…

—Con un poco de suerte, querrá decir…

—El primero, soberbia.

—Pues no, soberbio no soy.

—¿Contra soberbia?

—Humildad. A lo mejor, tampoco soy humilde. Pero soberbio, desde luego, no soy.

—El segundo, avaricia.

—No, la avaricia a mí me parece un pecado capital totalmente ridículo. El amor al dinero por el dinero, a la acumulación de bienes, me recuerda a un señor que coleccionase microondas. ¿no? Es una cosa absurda. Es como un impotente que se casa con la mujer más guapa del mundo.

—¿Contra avaricia?

—Largueza… Pero estábamos hablando de pecados, no de virtudes… capitales.

—Sí, pero en el pecado va la virtud.

—No, en el pecado va la penitencia.

—Bueno… ¿Cómo anda usted de ira?

—Bien, gracias. Sobradamente bien. Pero no tanto como para decir: mi vida entera es la ira. No. Mi vida entera es el amor de mis semejantes. Lo que sucede es que ese amor me produce muchas veces ira. Lo que el fundador del Opus Dei, en el librillo ese llamado Camino, llamaba la santa ira. No tan santa, pero es una ira amorosa.

—¿Contra ira?

—Paciencia. Soy paciente, eso sí. Pero hasta un límite… Se está usted dejando la lujuria.

—Y la gula.

—¡Y la envidia!

—Y la pereza.

—¿La pereza? No, soy un gran trabajador. La gula no me atañe, tengo el estómago hecho polvo. ¿Cómo voy a ser yo guloso? No puedo. Y lujuria… Pues durante muchos años creí que era más bien ardiente, ¡fíjese usted qué cosas! Y ahora, mirando para atrás, me doy cuenta de que he sido más bien… un frigorífico.

—De la envidia vamos a hablar más detenidamente, porque no en vano es nuestro pecado nacional, no el suyo ni el mío, sino el de los españoles, según dicen. ¿Quizá somos envidiosos porque la riqueza en España siempre ha estado mal repartida?

—Es doloroso pensar que la envidia es uno de los pecados nacionales. Doloroso y exacto. Pero no creo que lo sea por el reparto de la riqueza: eso engendra otros movimientos sociales y más justos… Lo mejor que podemos hacer es encararnos con la realidad. Cuando se hizo la Reconquista (durante ocho siglos, que no son pocos) los cristianos del norte bajaban al sur por dinero, traduciéndolo en una sola palabra. Envidiaban una forma de vida que era más gozosa que la suya: perfumes, baños, ropas ligeras, climas venturosos…, todo lo que para ellos era pecaminoso, sencillamente porque no lo tenían. La envidia mayor siempre consiste en llamar enemigo al que tiene lo que nosotros deseamos o lo que nosotros tenemos en menor medida, y procurar acabar con él. En realidad, la Reconquista no consiguió casi nada; los pobres siguieron siendo pobres. El Descubrimiento de América quizá nos hubiese hecho de otra forma. Había que dar salida a aquellos héroes fatigados, dándoles una oportunidad de que se fueran de la casa para que no alborotaran mucho en ella. En el siglo XVII las diferencias sociales eran terribles y la envidia, por tanto, terrible. Lo que sucede es que los envidiables eran muy pocos. El siglo XVII se apoya todo en: o

toma o pide; es decir, en roba o en halaga. Y luego, al irse produciendo una cierta nivelación de la riqueza, los envidiados eran más y los envidiosos también, quiero decir más envidiosos. El pueblo empezó a envidiar y a imitar a la burguesía y la burguesía empezó a imitar, primero, a la aristocracia de la sangre y, luego, decididamente, a la aristocracia del dinero. Y, en el fondo, todos ahora intentan parecerse a quienes tienen dinero.

—Envidiamos, sobre todo, el dinero, ¿no?

—Sí, esa es la envidia más notoria; pero en España la envidia llega hasta la muerte. Es decir, en España, los honores póstumos se otorgan por merecimientos que se habían hecho en vida, pero que no fueron reconocidos por pura envidia. Hay un verso de Rosalía de Castro que, hablando de España y de los españoles, dice: «Llora a mares su muerte, / les cose la mortaja / y les hace las honras / después de que los mata». Eso es un producto de la envidia nacional.

—Pero parece que ya nadie envidia la inteligencia, la sabiduría, el talento; sólo el dinero.

—Bueno, no se envidian las cualidades humanas, las cualidades del alma, sino el dinero que se pueda ganar con ellas. Se envidia la inteligencia si es productiva, o la belleza porque es productiva. Ya lo único que se envidia es el dinero mismo, en sí mismo, ni siquiera lo que puede conseguir el dinero, sino el dinero, a la descarada. Es verdad.

—Hay una definición terrible de la envidia…

—«Tristeza del bien ajeno». Me parece una definición colosal. Que el bien ajeno nos produzca tristeza da un poco de escalofrío y justifica un poco la etimología. Envidia viene de invidere, es decir, de mirar mal, de ver mal. Por eso está tan relacionada con el mal de ojo. El mirar de través, el mirar de soslayo y el hacer mal de ojo. «Me ha mirado mal», se dice, «ha mirado mal a tu niño». El temor al mal de ojo. La envidia es muy rara porque empieza como por un silencio, como por un desentendimiento de las cualidades buenas de los otros. Un no hablar de ellas, a ver si así conseguimos que no existan, que ellos no sean mejores que nosotros. Luego da un pasito más y se convierte en la

crítica desaforada, la hipercrítica, la crítica dura, el no reconocer. Y, por fin, se convierte en la calumnia, en la difamación, que tanto y tanto mal ha hecho en España, que es un país que ha vivido del qué dirán durante tantos siglos. La opinión ajena, la mala opinión ajena. Todo lo transforma ese pecado. Porque todos andamos con la barba en el hombro, a ver si podemos pasar inadvertidos delante de los malos ojos del envidioso.

—Qué tremendo, ¿no?, tristeza del bien ajeno… Cómo debe sufrir un envidioso…

—El envidioso lleva en el pecado la penitencia. Es un ser que está lleno de rencor, de resentimiento, de frustración. Es un ser capaz de delaciones, de competitividades llenas de zancadillas. Es un ser amargado, dolorido, encapotado, porque todo su alrededor lo invita a la envidia. Porque para envidiar no se necesitan grandes metas, ni lo envidiado tiene por qué ser grande. Se puede envidiar un pequeño collar o una pequeña silla, da igual al envidioso.

—¿No tiene nada positivo la envidia?

—Hombre, se habla a veces de la envidia sana…

—¿Su envidia, señor Gala, es sana?

—Yo no entiendo la envidia. Me pasa como con el terrorismo: no sé por qué, no la calculo. Por mi profesión, he conocido maldades, y la literatura se ha apoyado muchas veces en la maldad humana, en la estupidez humana, en la ambición humana y en el egoísmo. Pero la envidia siempre me ha parecido algo muy confuso. No la entiendo y, por tanto, no puedo envidiar. Yo soy muy admirativo. Se me sorprende con facilidad y me da una gran alegría que alguien acierte. No sé si es por generosidad o simplemente por admiración a la obra bien hecha. A mí también me gusta hacer la obra bien hecha, pero reconozco mucho cuando la hacen los otros. Incluso me enriquece mucho una obra que está a punto de estar bien hecha, porque entonces yo, que técnicamente estoy dentro de ella, procuro sacar partido de esa falta de un centímetro o de un gramo que todavía le falta para ser perfecta. No envidio.

—¿Y qué cree que le envidian los que lo envidian?

—Los primeros que descubrieron que la envidia me podía hacer mucho daño fueron los videntes; esos videntes que hay por doquier en la actualidad. Me decían: «Tenga usted cuidado porque está rodeado de envidiosos». Entonces yo me preguntaba: ¿Cómo me pueden envidiar a mí? Soy una persona de una mala salud horrenda; soy cabeza de una familia inexistente; no tengo más que perros; llevo mi obra a trancas y barrancas, con muchas dificultades; no tengo un amor importante, ni amores menos importantes siquiera; he renunciado a la felicidad por la serenidad; estoy envejeciendo de una manera horrorosa… Entonces ¿por qué coño me envidian? No lo entenderé jamás.

—Quizá por su pico.

—¡Ah!, por el pico… Entonces tendré que comprar una pala para acompañar al pico.

—En cualquier caso, ¿el sentirse envidiado le preocupa o le halaga?

—Dicen que cuando una persona se queja de que es envidiada es que está publicando que merece provocar esa envidia; es decir, se está incensando un poco. Pero ya he dicho que la envidia no necesita grandes cosas para producirse. El hombre es un ser bastante incompleto. Entonces, si hay alguien un poco más completo, ya es susceptible de ser envidiado. El envidioso yo creo que es una personalidad un tanto inmadura; tiene falta de firmeza, tiene falta de desarrollo, tiene un cierto sentimiento de inferioridad, una carencia de adecuación entre la edad que tiene y la edad mental. ¿Cómo me voy yo a sentir halagado por la envidia de un medio imbécil? Pues no, no me halaga nada. Incluso antes descreía de ser envidiado. Ahora, alargo unos centímetros la mano y toco la piel mucilaginosa de la envidia.

—¿Cómo reacciona usted ante las críticas? ¿Piensa que son producto de la envidia?

—Siempre he dicho que si yo tuviese una total confianza en un crítico procuraría ponerle piso y visitarlo con una frecuencia extraordinaria. Porque no hay nada que agradezca más un creador que una orientación fuera de él; alguien que le diga: por ahí vas bien, o esto no lo estás

haciendo bien, o te estás desencaminando. Yo agradezco mucho la crítica cuando respeto al crítico, que no es siempre, por descontado.

—Lo que más tremendo me parece de la envidia es que el envidioso goce más con el fracaso del otro que con el éxito propio.

—Sí, hay un refrán que dice: «Pedro, poco medrarás si yo medro». El otro día me subí a un taxi y el taxista, conversador, me dijo: «Mire usted, don Antonio, yo no es que sea muy sevillista, lo que a mí me pasa es que soy completamente antibético, y esta semana puede suceder que gane el Sevilla, y ese triunfo del Sevilla va a beneficiar al Betis. Pues mire usted, para no beneficiar al Betis, lo que yo quiero es que pierda el Sevilla». España siempre ha sido un poco maniquea, ¿no? Cuando en España se ha dicho «viva Joselito», lo que se ha querido decir es «muera Belmonte». El envidioso prefiere sacrificarse él, perder un dedo con tal de que el otro pierda la mano. Eso está clarísimo. Y no descarto que prefiera perder la mano con tal de que el otro pierda un dedo.

—Decimos que los españoles somos envidiosos. Pero seguramente no sólo los españoles, todos los hombres son envidiosos.

—Si decíamos antes que el hombre es un ser incompleto y todo hombre lo es bastante, ¿cómo no va a sentirse llamado un poquito a envidiar a los demás? Fíjese usted si todos somos envidiosos que somos envidiosos hasta de nuestro pasado. La hierba de ayer era más verde que la de hoy siempre. Y la hierba del vecino, mucho más verde que la nuestra, por supuesto. La envidia está llenando los rincones con un extraño aire fétido, y respiramos envidia. Yo soy envidiado por gente que desconozco, por escritores que escriben en otros idiomas. No se trata sólo de un pecado nacional: ni en eso podemos ponernos moños.

—¿Se han estudiado, Gala, los efectos físicos y psicológicos de la envidia?

—Los efectos físicos son terribles. Son gente ictérica, un poquito amarillenta. Y, por supuesto, los efectos morales son desastrosos. Desastrosos porque, en el fondo, el envidioso está lleno de amor a sí mismo, pero al mismo tiempo se desprecia, puesto que sabe que envidia. Esa contradicción de amar y despreciarse al mismo tiempo es

muy dura, y produce unos efectos devastadores moralmente. No en vano Kierkegaard definió la angustia como el temor de lo que se desea.

—Debe de ser terrible, porque yo no conozco a ningún envidioso que presuma de serlo.

—Yo tampoco. Pero es lógico porque la envidia es un pecado inconfesable. Si se confesara se transformaría casi en un homenaje a alguien, y hasta ahí podíamos llegar… La envidia implica y aún proclama la propia descalificación, la propia manquedad, la propia insuficiencia, y nadie confiesa eso. Envidia el que carece de algo; si lo reconoce está pregonando una carencia. Realmente, la esencia de la envidia es secreta.

—Estamos hablando de los españoles porque hablamos de la envidia. Pero supongo que los españoles no somos sólo envidia, que tendremos también alguna virtud.

—Tenemos todas las virtudes que nos dejan la envidia y ese otro defecto de los malos modales. Los malos modales, en España, significan un mal más hondo. El español, cuando sabe que no tiene la razón, es cuando habla más fuerte y cuando pisa más fuerte, si puede, al enemigo. Es decir, aquí se descalifica al lucero del alba y, como estamos siempre a dos dedos de la afrenta, antes de que nos llegue a nosotros, nos adelantamos. Hasta los golpes de Estado se dan aquí con una alpargata. España no es un país todavía (¡ojalá empiece a serlo!) de finuras, sino de brochazos, y quizá por eso tenemos buenos pintores. No es un país de sutilezas, sino de caricaturas, y por eso quizá tengamos escritores magníficos de un humor desaforado y cierto, y no es un país de ironías, sino de puñetazos más o menos dialécticos. A mí no me gusta eso que, como excusa, se dice: «Son cosas de España», porque las cosas de España son un extraño batiburrillo en que se confunde lo popular con la grosería, el folklore con la chabacanería, la democracia con la insolencia, el gobierno con la arrogancia, y lo moderno, permítame decírselo, con lo despreciable.

—Ya que estamos, ¿le importa que hablemos a fondo de España, señor Gala?

—No, todo lo contrario. Es como si me hablara usted de mi novia.

—¿Qué es para usted España?

—Para mí, de todo corazón, España es un estado de ánimo. España es una geografía, España es una historia, pero España, sobre todo, es un amor. Si tuviese que definírselo a un europeo, le diría que España es el rabo sin desollar de Europa. Porque está ahí, lejos de Europa, no rodeada de Europa; entre su propio destino, un poco en el Finisterre, y por eso me gusta más, ¡qué coño!

—¿España es una?

—Costó muchísimo trabajo hacerla una, y no sé si se hizo bien. También cuesta trabajo mantenerla unida, pero yo quiero pensar que sí se mantendrá. El mal estuvo en que los Reyes Católicos hablaron de unión, como algo hecho ya y casi funeral, en lugar de hablar de unidad, que implica un proceso continuo, un esfuerzo compartido, un deseo en marcha.

—¿España es grande?

—A la vista está.

—¿España es libre?

—Hay opiniones, señor Quintero, pero España supongo que somos todos los españoles. Y hay unos más libres que otros.

—España somos todos los españoles, pero ¿sigue habiendo dos Españas?

—No, el mito de las dos Españas ya ha terminado; hay muchas más, pero todas tienen que caber en ésta, y eso es lo hermoso. Hemos hecho por separado cosas magníficas, hemos hecho juntos cosas mejores, y peleándonos entre nosotros también hemos hecho cosas buenas. Me parece que el nombre de España ya puede decirse en altísima voz, no como aquella perífrasis que durante tantos años nos obligamos a nosotros mismos a decir, medio entre dientes: «este país —decíamos—, el Estado español»… No, digamos España. Digámoslo.

—España, ¿tragedia, comedia o drama?

—Farsa, un género muy gracioso, extraordinariamente malintencionado, lleno de humor, de sarcasmo, la Farsa y licencia de la reina castiza, de Valle- Inclán, por ejemplo. Así veo a España y a los españoles, que se incluyen de una manera tan natural en la farsa, como si hubiesen leído previamente el texto y se lo hubiesen aprendido de memoria.

—¿Hemos dejado de ser «la reserva espiritual de Occidente»?

—Bueno, usted todo eso lo pregunta en guasa, y a mí no me gustan esas preguntas en guasa. Ahora somos la reserva ornitológica de Occidente, de todos los pájaros de cuenta habidos y por haber, y estamos contentísimos. Somos como el Doñana del mundo.

—¿De qué entiende más el pueblo español, Gala: de ética o de picaresca?

—Usted cree que yo voy a contestar que de picaresca, pues no, no es verdad. Entiende más de ética. Lo que pasa es que practica la picaresca y siempre la ha practicado. En su tierra, que no deja de ser la mía, aunque a usted le pese, hay una soleá que dice: «Yo no quiero ser ladrón, / pero a robarle al gobierno, / me tira la inclinación». Un pueblo así, que ha tenido que sobrevivir en tan adversas y hostiles circunstancias, ¿cómo quiere usted que se fije más en la ética que en la picaresca? Es pícaro, pero sabe que está actuando en contra de la ética. El pueblo español tiene un concepto moral hondísimo. Sabe perfectamente cuándo infringe, pero infringe. Qué le vamos a hacer.

—Pero la corrupción forma parte de nuestras costumbres, ¿o no?

—Para desgracia común, sí. No hay nada que pueda producir un contagio tan grande como algo que desciende de las alturas, porque contagia a todos. Si esto es una pirámide y el vértice de la pirámide es corrupto o es arrogante, resbalará por los lados de la pirámide la corrupción y la arrogancia, y nos llenará a todos, desde un ministro hasta un portero, desde un presidente hasta un ujier. Y se transformará, como se ha transformado, en una enfermedad crónica de la que tenemos que salir.

—Puesto a elegir, ¿no habría preferido nacer en otro país?

—No conozco otra vida, no conozco otra patria, no conozco otro anhelo. No voy a decir eso de que «me duele España» porque no me duele, porque la amo gozosamente y espero en ella, estoy bien en ella y será difícil que me echen, aunque ya lo han intentado.

—Y yo que creía que usted, de mayor, quería ser norteamericano…

—Pues ya que me lo dice, no. No me gustaría. Norteamérica me parece un paraíso un poco indeseable.

—España es un país de extremos, ¿no? O sanchos o quijotes, o héroes o villanos… El punto medio nos cuesta encontrarlo…

—Pues, a la larga, se encuentra. Fíjese usted: cuando se está muriendo el Quijote, él recobra la razón y el que la pierde es Sancho, que lo está invitando a salir por tercera vez. La mística Santa Teresa se apea del éxtasis para darle una vueltecita al arroz de la cena, y Juan el Empecinado, que es uno de los grandes héroes de la historia de España, es al mismo tiempo uno de los grandes villanos. Es decir, hay un momento en que todo acaba fundiéndose.

—El Alcalde de Zalamea, don Juan, Carmen… ¿siguen siendo prototipos de lo español?

—No sé qué decirle. Por fuera, todavía. Yo escribí una Carmen que al poco tiempo estaba en el Japón. Es decir, siguen funcionando los mitos nuestros de «al rey la hacienda y la vida se ha de dar, pero el honor / es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios». No obstante, también están cundiendo, por fuera y por dentro, otros mitos, como el escudero que se salpicaba la barba de migas para que creyera todo el mundo que había comido, y no había comido, o esos buscones, truhanes, buscavidas y lazarillos, todos esos picaros que en este momento están haciéndole la competencia a los quijotes, a los sanchos, a los don juanes y a las doñas cármenes, y sobre todo a Monipodio.

—Los españoles somos trágicos, ¿no?

—Sí, quizá nos tomamos la vida demasiado en serio. Pero es que la vida es para tomársela en serio. En realidad, Unamuno hablaba del «sentimiento trágico de la vida» y tenía razón, porque entendemos la

vida como una agonía, como una lucha, en el estricto sentido. Y es que tampoco nos ha ido tan bien a los españoles como para no entender así la vida, como para no tomárnosla en serio. El español no es un ser alegre. La fiesta de los toros, por mucha campanilla que le pongamos y mucha mulilla y mucho cascabel y mucho colorido, es una fiesta demasiado seria: es una ceremonia ritual de riesgo y muerte: «Muera el hombre y viva el nombre» era un lema frecuente. Morir es el paso que precede a vivir en el recuerdo ajeno, es decir, en la fama. Entendida, desde luego, en un sentido más alto que el de hoy.

—Pero el andaluz sí es alegre, ¿o tampoco?

—El andaluz es alegre porque tiene quizá la alegría debajo del misterio. Pero hay sitios en Andalucía que tienen el misterio debajo de la alegría. Sevilla, por ejemplo.

—O Córdoba.

—Córdoba tiene el misterio por encima.

—¿Se puede hablar del carácter español, o lo que de verdad imprime carácter es ser andaluz, valenciano, gallego o catalán?

—A mi entender, todo imprime carácter. Nacer en España, un carácter; nacer en Lleida o en Ávila o en Córdoba, otro carácter, pero no son incompatibles. Sobre uno se imprime el otro, como un sello que no mata otro sello, pero que lo deja ligeramente modificado. Yo creo que en un momento en que las nacionalidades interiores parece que estuviesen atentando contra el concepto de España, en que se pone tan de moda hablar de los hechos diferenciales y de las señas de identidad, a mí lo que más me asombra es qué hondas y qué afincadas tienen que estar las raíces de lo español para mantenernos secularmente unidos. Es decir, lo español tiene tanta fuerza como para mantener vinculadas a tan distinta gente, tipos, ideologías, climas, etnias, personajes y actitudes. Yo estoy un poco harto de esa calificación de chascarrillo de decir andaluces fuleros, levantinos vulgares, aragoneses cabezotas, castellanos antipáticos, catalanes peseteros, extremeños torpones, gallegos cazurros… Estoy muy harto porque todos sabemos que eso no es verdad o que no sólo eso es la verdad, y me parece que todos juntos

hemos hecho cosas magníficas y que tendremos que hacer cosas magníficas, porque España ha sido inmensa y quizá pueda volver a serlo. Como inmensa es la carpa de un circo, hecha de remiendos, que ampara los peligros provocados y la grandeza cotidiana de quienes trabajan, a redoble de tambor, bajo ella.

—¿Usted no es separatista?

—A pesar de ser muy andaluz, Quintero, no soy nada separatista. Los españoles nos parecemos en que nos emborrachan más las palmas que el vino y la tea encendida más que lo que la tea ilumina y el entusiasmo mucho más que la idea. Y nos parecemos en que verdaderamente somos aficionados a generalizar y estamos todos salientes de guardia, de una guardia muy larga, y no respetamos demasiado al contrario y no lo oímos demasiado y tenemos todos la idea de que la patria es algo por lo que se muere, pero no por lo que se vive.

—Y, además, somos muy individualistas.

—Siempre se dice que cada español es un rey, que cada español es el que manda en sí mismo, que el español no ha nacido para servir, sino para ser servido… Pero me da la impresión de que eso, que en el fondo puede ser una virtud, tiene un contrapeso grave, que es el egoísmo, la rebeldía que no siempre es buena (sobre todo cuando no tiene causa) y la insolidaridad.

—¿El individualismo le parece, en el fondo, una virtud?

—El individualismo es una virtud, siempre que vaya por el buen terreno y no se desafore. Pero los españoles somos muy dados a desaforar. Los españoles somos muy dados a sacar las cosas de quicio y a tirar la casa por la ventana. Nuestras virtudes siempre están a dos dedos de convertirse en nuestros principales defectos.

—¿Y por qué es tan difícil que los españoles nos pongamos de acuerdo en un proyecto común?

—El español no suele ser buen colaborador. Primero, porque desconfía de los otros. Yo mismo he dicho que si me llamase Álvarez Quintero de apellido, de nombre me llamaría Serafín y Joaquín. Es decir, soy un

ejemplo de mal colaborador. Pero, además, el español desconfía no sólo de los demás, sino un poco de las leyes. Es decir, es capaz de infringir las leyes, pero es mucho menos capaz de hacerles frente hasta conseguir que las cambien.

—Cultivamos poquito el sentido cívico, ¿no?

—¿Usted cree que lo cultivamos, aunque sea poquito? Yo creo que quizá el sentido cívico es un sentido que el español no tiene. Creo que la ley moral, en un amplio sentido, no depende de que haya espectadores. Yo castigaría más precisamente a aquel que infringe la ley pensando que no lo están viendo. Da horror pensar que, después de muchos años de un gobierno paternalista y de una educación bobona, palabrera y falsa, el español, en el fondo, se comporta quizá como un niño que hace la maldad cuando nadie lo ve. El español sin guardias es capaz de todo: de meter el pie en el acelerador, de saltarse a la torera un semáforo en rojo, de defraudar a Hacienda («yo no quiero ser ladrón, / pero a robarle al gobierno / me tira la inclinación»), de robar en un supermercado o de cortar flores en un parque público. Porque tiene un poco la idea de que lo que es de todos no es de nadie; es decir, lo contrario de la realidad: lo que es de todos es exactamente de todos, y cada uno debe cuidarlo como si fuese exclusivamente suyo. Esa es la falta de sentido cívico del español.

—¿Se atreve a decir que, en general, el español es un mal ciudadano?

—No, porque un mal ciudadano sería un ciudadano difícilmente gobernable y me parece que quizá no hay otro pueblo en Europa, como no sea el alemán, tan gobernable como el pueblo español.

—¿Eso lo dice en serio?

—Lo digo en serio. El español puede quejarse, puede verdaderamente rebelarse en la barra de un bar, pero con eso se satisface. Me da la impresión de que, como no es muy cívico, tampoco forma asociaciones cívicas potentes que actúen contra el poder o contra los gobiernos y gobernantes. O sea, es fácilmente gobernable.

—Me ha impresionado mucho eso que está diciendo. Yo creía todo lo contrario.

—Somos fáciles de gobernar, en contra de todo lo que normalmente se piensa, porque no es que seamos un rebaño, no es que seamos demasiado obedientes, pero nos satisfacemos con el derecho a la queja. Basta con el derecho a la queja para que no intentemos desgobernarnos. Nos desahogamos con el grito o, como mucho, con la pancarta. Ya hemos protestado: con ello nos basta.

—¿Cree que entendemos mejor la mano dura que la razón?

—¿Usted cree que no?

—Yo creo que no.

—Pues yo creo que, a fuerza de ser niños y ser tratados como niños por gobernantes que durante largo tiempo nos han dado una recompensa, como a un niño, o una bofetada, como a un niño, pero sin darnos explicaciones, nos hemos ido acostumbrando un poco a la mano dura y no a que se nos razone. También los gobernantes tienen que empezar a emplear ese procedimiento, único de gobierno para el hombre, que es convencer; no vencer, sino convencer; no imponerse, sino razonar. Es la diferencia que hay entre la auctoritas y el imperium. Aquí el que manda, manda.

—¿Qué opina de esa frase repetida tantas veces de que tenemos los gobernantes que nos merecemos?

—Yo no me atrevo a opinar de mucho tiempo atrás, pero tuvimos a Fernando VII hasta que se murió y tuvimos a Franco hasta que se murió. Yo no sé si tenemos los gobernantes que nos merecemos, pero acabamos por merecérnoslos.

—Entonces, ¿usted cree que los españoles somos rebeldes o tragamos con todo?

—Es difícil generalizar (cosa a la que usted es proclive y que es muy española), pero yo creo que los españoles somos soberbios, pero tímidos a la vez; somos acomplejados, pero vanidosos a la vez; somos individualistas, pero muy inseguros. Es decir, somos un poco la caraba.

—También somos fanáticos e intolerantes.

—Lo somos, probablemente, pero no lo hemos sido. El ejemplo más claro de tolerancia racial, cultural y religiosa se ha dado en este país durante siglos. Lo que sucede es que, en este momento de hoy, sí estamos empezando a considerar enemigo al disidente y nos parece que el que se nos opone nos está retando, y el español no aguanta bien un reto. Eso lo llevamos en la masa de la sangre y tenemos que aprender no sólo a convivir, sino a conversar.

—¿Usted cree que el orgullo español tiene fundamento? ¿Tenemos realmente motivos los españoles para sentirnos orgullosos?

—Pues mire usted, ya que lo dice, sí. El orgullo no es más que una valoración alta de lo que somos. El español se valora muy alto, siempre que no se le exijan pruebas, porque no está decidido en absoluto a pasar un examen. Como usted sabe, durante muchos siglos Dios fue español, y eso da muchas garantías de éxito. Lo que sucede es que, en el fondo, el orgullo, la valoración propia, se puede manifestar en una minusvaloración ajena, y ésa es la causa del desdén, del desdén español, tan tradicional, y de la envidia.

—Pues yo creía que Dios era andaluz.

—La que es andaluza es su madre, si no le importa; ésta es la tierra de María Santísima. Pero lo que yo quiero recalcar es que sí podemos sentirnos orgullosos. España ha hecho cosas tremendas: en cuanto a la dimensión asombrosa y en cuanto a la calidad.

—¿Qué hemos aportado los españoles a la humanidad?

—No le voy a dar más que un par de datos, porque no estamos para más. No sé si usted olvida que España fue la que descubrió América; mal o bien, la descubrió; estaba allí, es verdad, pero la descubrió. El submarino lo inventó Isaac Peral y el autogiro Juan de la Cierva. Por si fuera poco, el español ha hecho un invento absolutamente estético y bellísimo, que es la mulata.

—¿Y qué trenes importantes hemos perdido?

—Yo no soy jefe de estación, Quintero.

—Señale, por lo menos, las páginas más gloriosas y las más nefastas de nuestra historia.

—Yo he escrito mucho sobre eso y he procurado contarles a los españoles su historia; pero lo que he deducido es que las páginas más gloriosas de este pueblo las ha escrito el pueblo mismo con su paciencia, con su trabajo y con su esfuerzo. Porque, para mí, la historia no es un monumento conmemorativo, ni un libro, ni una serie de guerras interrumpida por una serie de paces, o viceversa. Para mí, la historia es la vida diaria, y es el pueblo quien la escribe con paciencia, con tolerancia, con esfuerzo y con una gran resistencia. Y las páginas nefastas son justamente las contrarias: aquellas en las que la historia se le ha impuesto al pueblo a través de credos, de religiones, de inquisiciones, de órdenes, de proyectos espurios que no eran los suyos, y a través de una tiranía que probablemente el pueblo nunca se mereció.

—¿Qué personaje de la historia de España le parece más despreciable?

—Cualquiera que haya querido sojuzgar por cualquier procedimiento ideológico, religioso, de fuerza, de armas, de ideas, al pueblo español. El último, y esperemos que sea de verdad el último, fue el general Franco.

—¿Y quién es el español más apasionante de todos los tiempos?

—Me cuesta un cierto trabajo reconocerlo. Pero, a pesar de los pesares, que son muchos, los españoles más apasionantes han sido los conquistadores de los imperios americanos. Por ejemplo, Hernán Cortés; por ejemplo, Pizarro. Basta leer las Crónicas de Indias. No hay absolutamente ninguna novela de aventuras que pueda comparársele.

—Usted sabe que si escucharan en México lo que acaba de decir, lo matarían.

—Bueno, supongo que me darían una oportunidad de defenderme.

—¿Qué hemos ganado y qué hemos perdido los españoles de hoy?

—Hemos ganado algo absolutamente definitivo: la libertad de poder pensar, de poder opinar, de poder madurar… Si no la ejercemos es cosa nuestra, pero la tenemos. A cambio, hemos perdido una virtud que era

muy nuestra, la del desinterés. En este momento, el afán de reducirlo todo a dinero, cuanto más rápido mejor, nos llena. Me da pena pensar que a costa de la propia dignidad o incluso a costa de la dignidad de los demás.

—¿Nunca ha odiado a España?

—Haga usted el favor de levantarse y de santiguarse.

—¿No se atreve a decir la verdad?

—Siempre he amado a España, sencillamente porque sin ella yo no existiría, o no existiría como soy.

—Pero, en algún momento…

—No a España, a las malas circunstancias de España.

—De cualquier manera, suena bien: los españoles.

—Suena bien y alegra el corazón.

—Buenas noches, Gala.

—Buenas noches, español.

—Buenas noches, andaluz.

NOCHE DECIMOTERCERA: EL ARTE Y LA CULTURA

—¿Usted cree, señor Gala, que ha escrito algo que merezca la pena?

—La pena, no lo sé. Mi pena, sí, y con eso me basta.

—¿Por qué los artistas suelen ser insoportables?

—Bueno, también algunos entrevistadores lo son. No creo que eso sea imprescindible. Es muy conveniente, pero no imprescindible.

—Que conste que no lo decía por usted.

—Lo que sucede es que el artista insoportable lo es porque está en esa soledad comunicativa, en esa soledad sonora, y está trabajando para todos y también un poco en contra de todos.

—¿Para qué sirve el arte, Gala?

¿Quizá para conocerse a uno mismo?

—Principalmente. El arte se ha dicho mucho que es comunicación. Pero ¿qué vamos a comunicar si la comunicación no viene precedida por un conocimiento más hondo de la realidad verdadera y rigurosa de las cosas y de la realidad de uno mismo? A través del arte conocemos mejor el mundo y nos conocemos mejor a nosotros. Si no, el arte verdaderamente será un artificio, pero no un arte. El verdadero es el que nos enseña la grandeza interior del hombre en general y del creador en particular.

—Se ha dicho también que el arte es un espejo.

—El arte es un espejo, pero no del artista. El artista que se mira en un espejo es, primero, tonto y, luego, narciso, y acabará por no gustarse ni a él. El arte es como un espejo que refleja lo que está detrás de nosotros.

—Pero el arte es testimonio, ¿no?

—Sí, pero, insisto, no del propio creador. No debe serlo, sino de aquello que procede de él. Él es el testigo, él es el mártir, que es lo que significa testigo, y testifica sobre lo interior.

—¿El arte es la expresión de la belleza, como se ha dicho, o mucho más: la expresión de la vida?

—Mucho más: la expresión de la vida, y lo que sería perfecto es que fuese una bella expresión de la vida. Esa es la aspiración suprema del arte.

—Pero ¿qué es la belleza, Gala?

—Quién lo sabe… La belleza es algo tan inefable que no sabemos si es un permanente reproche que se nos está haciendo, o una invitación. En cualquier caso, es una armonía y verla nos pone un poco tristes, porque no nos parecemos nada a ella.

—¿Qué es la emoción?

—Para mí la emoción es el coincidir con un abrazo.

—¿Y qué es el sentimiento?

—Un camino por el que se avanza juntos y coincidentes.

—¿Y la imaginación?

—Como una ventana abierta por la que nos asomamos y vemos lo que no está dentro.

—¿Y la fantasía?

—Las alas, las alas abiertas. Salir a través de la imaginación con las alas abiertas.

—¿Y qué es el arte?

—¿Otra vez? El arte es el resumen de todo eso: de la emoción, de la belleza, del sentimiento, de la sensibilidad, de la imaginación y de la fantasía.

—¿Y usted quién es?

—Yo Antonio Gala, qué voy a hacerle. Una vez más, Antonio Gala.

—Mucho gusto.

—Encantado.

—¿Cómo nació en usted la vocación de escritor?

—He dicho con frecuencia que yo no soy escritor por vocación, que soy escritor por destino y que quizá, si hubiese podido elegir, hubiera elegido la ebanistería. La ebanistería me apasiona, pero posiblemente hubiese sido un mal ebanista o manco como mínimo. No considero que sea un buen escritor, ni mucho menos. A eso aspiro y todavía me queda por llegar. Todavía está ese futuro al que avanzo ferozmente, como un perrillo que huele el olor de la hembra en celo. No hay que sentarse a esperar el futuro, hay que hacerlo, y se hace andando. Si yo quiero escribir mejor no es para satisfacerme, como usted comprenderá. Yo podía engañarme y decir: soy el mejor escritor del mundo. Pero es para los demás, es para comunicar mejor, es para desaparecer yo y que sólo se diga lo que tiene que ser dicho sin estilo literario, sin que yo esté entorpeciendo o enturbiando su expresión. Usted sabe perfectamente que hay cantaores que no han cantado bien durante la noche y que, de pronto, al irse ya a su casa, medio borrachos, desazonados, con los ojos rojos del humo, de pronto, aparece ese cante que hace enmudecer al campo. ¿Qué pasa? Que ya no está el que se interponía, que ya no está el cantaor luchando con el cante: ya de pronto está libre y sale el cante solo. Le sale cuando ya él mismo no está haciendo oposición ninguna, cuando ya es sólo vehículo. Así quiero yo escribir.

—¿Ha cometido alguna vez el pecado del plagio?

—Una vez hubo un pequeño proceso sobre eso que, naturalmente, quedó en aguas de borrajas. Yo creo que he escrito tanto y sobre tantas cosas (he sido un poco una criada para todo) que puedo empezar ya, si quiero, a plagiarme a mí mismo.

—¿Qué escritor le emocionó siempre?

—San Juan de la Cruz, y Garcilaso también.

—¿Qué pintor le emocionó siempre?

—Velázquez, con esa… fría emoción persistente.

—¿Qué músico le emocionó siempre?

—Mozart: Dios puede estar contento de haberlo creado… Tengo fervores casi inexplicables, que, desde luego, no necesitan explicación.

Tengo fervor por Cervantes y tengo fervor por Santa Teresa. Son los dos los más antigramaticales que he conocido. Hacen con el idioma lo que les sale de las narices. Hacen el idioma, lo crean, porque el idioma no es algo que esté allí ya quieto para siempre, es algo móvil, creciente, duradero, irisado. Quiero a Rilke. Quiero la serenidad casi desdeñosa de Velázquez. Quiero el calor de Murillo. Quiero mucho a Goya, porque nos representó con todo el amor hiriente que se puede representar a un pueblo. No sé si han influido en mí, pero los quiero tanto… Y luego un arquitecto que me cautiva. Se llama Norman Foster.

—¿El marido de la doctora Ochoa?

—Sí. He visto un Banco (¡un Banco, señor Quintero!) que se llama de la China y de Shanghai y no sé qué, en Hong Kong, hecho por él, y yo le aseguro a usted que si los arquitectos de las catedrales de la Edad Media tuviesen que hacer un Banco, seguramente lo harían como él. La tradición en el arte es esencial.

—Deme los nombres de cinco poetas andaluces.

—¿De ahora?

—De siempre.

—Góngora, Fernando de Herrera, el Arcipreste de Hita (porque estoy absolutamente convencido de que nació en Alcalá de Benzaide, que ahora se llama Alcalá la Real) y dos de los últimos premios Nobel españoles: Juan Ramón Jiménez y Vicente Aleixandre, Huelva y Sevilla.

—Yo le digo Lorca y usted ¿qué me dice?

—Universal. Es tan universal que casi no es ya ni andaluz. Eso pasa. Compadezco, sin embargo, a sus traductores.

—¿Por qué hay tantos poetas en Andalucía?

—Está el clima, está esa generosidad de la naturaleza, está esta placidez, está esa falta de prisa por adquirir, está el ser sobre el tener…, esta espejeante atracción que ejerce el color, la luz dorada. La luz dorada de la que Murillo decía: «Yo no sé cómo Velázquez puede pintar en Madrid, con esa luz plata, neutral, que no interviene en nada». Y era justo por lo

que Velázquez se había ido a Madrid. Él continuaba: «En cambio, en Sevilla la luz es tan dorada… Pintas un pómulo y ya está la luz ahí, interviene en todas las cosas, nada en luz lo que pintas»… No lo decía, pero lo hacía. Lo dice en un Murillo que yo escribí.

—¿Cuál es el más hermoso poema que conoce?

—Uno que verdaderamente parece escrito con truco. Es como para creer en Dios, en un Dios que dicta, que revela. Es un trocito de un cántico de San Juan de la Cruz. Dice: «Y todos cuantos vagan / de ti me van mil gracias refiriendo / y todos más me llagan / y déjame muriendo / un no sé qué que quedan balbuciendo…» Ese misterio de que el poeta balbucee antes de decir el verbo balbucir, me parece un hallazgo literario no superado.

—¿Usted cree, señor Gala, que ha escrito algo que merezca la pena?

—La pena, no lo sé. Mi pena, sí, y con eso me basta.

—¿Ha aprendido más de los libros que de la vida?

—Yo siempre pensé que era un poco el príncipe que todo lo aprendió en los libros, pero en los libros se aprende mucho de la vida. Y es que creo que la vida no necesita ser aprendida. La vida no enseña nada. La vida invita a la felicidad, invita al gozo. Muchas veces hay que sustituir el gozo y la felicidad por otras cosas. Yo las he sustituido, supongo que no con ganancia, pero, por lo menos, con una serena parsimonia.

—¿Lo que usted dice, lo siente o lo ha aprendido?

—Yo no he aprendido sino aquello que siento. Creo que no se puede aprender nada si no es a través del corazón, si no es a través del sentimiento. Lo demás se aprende en frío y, como no somos una cámara de frío, se nos pudre.

—Señor Gala, sinceramente, ¿cuesta mucho ser auténtico?

—Sí, porque han conseguido que ser auténtico parezca que fuese ser cínico o ser descarado o echarle en cara a alguien algo. Y, desde luego, para ser auténtico hay que ser un buen conocedor de sí mismo, porque la autenticidad no nos la va a decir ningún gurú ni ninguna religión. No

nos la va a decir ningún gobernante. Nos la vamos a decir nosotros y las personas que nos amen, las personas que estén interesadas en nosotros. Ese es el trabajo de la autenticidad: rodearse bien y echar a andar.

—Decía Quevedo: «¿Siempre se ha de sentir lo que se dice, / nunca se ha de decir lo que se siente?»

—Yo no soy aficionado a los juegos de palabras, pero le aseguro que yo siento lo que digo, sencillamente porque siempre digo lo que siento. El peor divorcio que puede haber en un hombre es el que haya entre el corazón y la cabeza.

—Lo difícil es expresar lo que se siente.

—Pero eso ya es una cuestión de palabras y no de corazón. De vocabulario y de profesionalidad.

—¿También de profesionalidad?

—Sí, hay gente que es profesional de la palabra. Un escritor tiene que serlo, es su instrumento de trabajo.

—Por supuesto, usted cree en las palabras.

—Sí, porque me parece que han sido el fruto de un largo trabajo. Imagínese usted ese mono que, poco a poco, de repente, se puso de acuerdo con otros monos, en su clan, en su tribu, para que un sonido determinado significase miedo o amenaza o tormenta o fuego, y dos sonidos juntos amor o deseo… Y así nace el idioma, así nace la palabra, así nace el entendimiento. Cada tribu se entiende y es como un lazo común, como un lazo que los lleva juntos a vivir alrededor del fuego, a refugiarse de las tormentas, a consolarse del temor de la noche. Cómo no voy a amar las palabras, si ése es el gran triunfo del hombre, ése es el gran éxito, la primera meta del hombre. Hablar y entenderse. Lo que sucede es que también el hombre utiliza las palabras para esconderse detrás de ellas en lugar de manifestarse.

—Supongo que usted no cree que una imagen vale por mil palabras.

—¡Hasta ahí podía llegar la broma! ¡Ni una imagen del Sagrado Corazón, fíjese usted! De ninguna manera, ¡no!

—¿Existe el arte cotidiano?

—Es difícil que haya un arte cotidiano. Estaría más cerca de la repetición de la artesanía. Sin embargo, lo cotidiano y el arte tienen una relación muy grande. Hasta ahora, el arte intervenía en lo cotidiano dándole gracia, quitándole vulgaridad, mejorándolo en obras bellas que de alguna forma salpicaban de belleza la casa. Ahora me temo que haya, en muchas ocasiones, una influencia contraria. Lo vulgar, lo cotidianamente vulgar está influenciando al arte… En cuanto a si se puede trabajar cada día, respondo que sí. El nullum die sine linea es un propósito mío.

—Hay quien piensa que todo es arte. ¿Usted no lo cree?

—Decía Platón que todo es poiesis, que todo es poesía. El arte es muy variado, es como el agua que toma la forma del recipiente en que se vierte. Existe el arte de la palabra, que es la literatura; o el arte de los volúmenes, que es la arquitectura; o el arte de los colores, que es la pintura; o el arte del ritmo, que es la música; o el arte de la luz y el movimiento, que es la fotografía y la música y la danza… Todas esas variedades de arte serán más altas

cuanto más significativas de los de abajo sean. Por ejemplo, ¿qué libro hay que nos signifique más a los españoles, hayámoslo leído o no, que el Quijote?

¿No decimos todos cosas del Quijote aun sin saberlo? Porque está dentro de nuestras arterias, sabemos cómo era Sancho, cómo actuaba Sancho, perfectamente. Como lo italiano está representado en Dante, o lo ruso en Dostoievski. Y son obras tan sutiles que se pueden escribir pasando por todas las barreras. En todo momento ha habido censura; en todo momento el orden establecido ha querido mantenerse, pero las grandes obras de arte, que han concretado a su pueblo, a la colectividad que tienen por debajo, han traspasado las fronteras. Porque están los sobreentendidos, está esa lengua entre dientes que el pueblo adivina. El arte creo yo que no debe ser gratuito, que no debe ser una especie de onanismo, que no es una masturbación de una persona que, de pronto,

se encuentra artista y hace algo. Tiene que aspirar siempre a ser clásico; es decir, a durar. Ahora, para durar en el porvenir, tiene que servir en el presente. No hay nada clásico para mañana que no haya sido moderno hoy, que no haya sido representativo del hoy.

—Dice usted que el arte no es la masturbación de una persona, pero sí debe ser personal, ¿no?

—Para mí es quizá la más alta y personal manifestación de la cultura. Yo creo que es la concreción estética, es decir, bella e individual, de los subconscientes colectivos, de las memorias comunes, de los sobreentendidos, de los sucesos que se han quedado latiendo en el alma de los pueblos. De repente, alguien concreto los utiliza, los expresa, los configura y hace la obra de arte. Para mí, el arte verdadero, el alto arte lo es por eso.

—Ha dicho que el arte tiene que aspirar a ser clásico. ¿Qué papel cumple la tradición en el arte?

—Grande, grande. No se puede cambiar de repente de camino. Avanzamos por donde han avanzado. Se hace camino al andar, y nosotros estamos poniendo al principio los pies en las huellas de los que ya no están. Somos representantes suyos. Se puede avanzar, se puede ir más lejos, se puede importar del exterior, se puede enriquecer la expresión, se puede aprovechar todo lo nuevo que hay de medios, de luces, de escenarios, de fantasmagorías, pero en el fondo tiene que estar aquello que está. No obstante, la tradición, para ayudar, ha de ser bien manejada: si yo no llevo como es debido mi bastón, me trabaré con él los pies, y me hará caer en lugar de apoyarme.

—Todos los jóvenes, y los jóvenes artistas quizá mucho más, aspiran a ser originales y modernos. Y, a veces, confunden ser moderno y original con copiar lo que nos llega del exterior.

—A mí me da mucho miedo cuando los novelistas españoles escriben como los americanos. Los americanos están dotados para narrar espléndidamente, pero un novelista español tiene que narrar como un novelista español. Tenemos los suficientes como para saber cómo se

narra en castellano. Bendita sea la rama que al tronco sale. Aunque cada rama tenga su forma, su fronda, sus flores y sus frutos.

—Pero ¿no es una obligación del artista ser vanguardista, experimentar, abrir caminos…? ¿Qué opina usted de las vanguardias?

—Las vanguardias ya están decaídas un poco, ésa es la verdad. La vanguardia es una especie de rompimiento, es una ventana que se abre de pronto porque hay un huracán: sorprende, refresca. Pero siempre me ha parecido la vanguardia como alguien que coge el pomo de la puerta, que la abre y pasa todo el mundo, y él se queda el último sosteniendo el pomo. Porque, en realidad, la vanguardia peca siempre de ser azarosa, peca siempre de ser un farol de una persona, al que no responde la verdad del resto. Es decir, peca siempre de que, de alguna forma, el artista de la vanguardia se haya despegado de lo común, de lo colectivo y haya querido hacer su propia pirueta. Eso es malísimo para el arte, pésimo para el arte. El artista debe desaparecer porque, si no, se pierde, detrás de la obra, la causa de la obra; detrás de la vida de ese artista, el trasluz de la vida de verdad.

—¿Usted cree que el arte se valora de verdad? ¿Cuándo se pagan miles de millones por un Picasso o un Van Gogh, se valora el arte o se está especulando con el arte?

—Es evidente que lo segundo. Hay muy pocos auténticos aficionados al arte que tengan tanto dinero. No se valora más el arte porque se paguen miles de millones por un cuadro, ni tampoco se admira más al pintor por el que se pagan miles de millones más que por otro. Simplemente hay uno que, de momento, se cotiza más. Y suele cotizarse más alguien que se murió de hambre, o alguien que se cortó una oreja, alguien estrepitoso y llamativo, o alguien que vivió noventa y tantos años. Me refiero a Modigliani, a Van Gogh, a Miró y a Picasso. El dinero entra a saco en casi todas partes. Los mercaderes no son admiradores ni refinados: son, ante todo y sobre todo, mercaderes.

—¿Qué piensa usted del arte popular?

—No me gustan esas expresiones de cultura popular, teatro popular, arte popular… ¿Por qué arte popular? Da la impresión de que no se sabe

si se va a rebajar el precio de una cosa o la calidad de la cosa. Es como si se pensase que el pueblo es un poco mongólico y hubiera que tratarlo con una cierta deferencia, o como si se tratase de halagarlo pasándole la mano por el lomo, para obtener de él determinados beneficios. Mi arte es popular porque yo soy del pueblo.

—Usted no cree, por supuesto, que al pueblo haya que darle la razón, aunque se equivoque, ¿no?

—Si el pueblo se equivoca, hay que decírselo; hay que tener la cara, la dignidad y la moralidad suficientes para decírselo. Hay dos cosas que detesto, Quintero, respecto del pueblo. La primera, cuando el pueblo se hace un poco snob, que es un horror. El pueblo llano, de pronto, quiere imitar los gestos de la burguesía, y queda fatal, porque no es ni chicha ni limoná, no es ni gitano ni americano, no es ni corte ni cortijo. Pierde esa frescura anterior, y no gana a cambio más que una mala imitación contagiada. Y, luego, otro hecho que detesto es ese de alabar sistemáticamente lo popular, la veneración de lo popular. La artesanía no es arte, es otra cosa; es una repetición, una reiteración, una reproducción de módulos o de lo que sea, y el arte es diferente: una creación distinta, ex novo, desde el principio. El pueblo merece que se le hable alto y sinceramente. Si el pueblo tiene mal gusto, digámoselo. Porque, en ese momento, la parte del pueblo de mal gusto está traicionando al pueblo de verdad, al que lo precedió, a la mayor parte del pueblo que tiene un natural buen gusto. Hay cosas que sólo el pueblo sabe hacer: pintar una pared de un rosa desvaído, indeciso; un zócalo de un verde leche casi, porque, si la leche fuese verde, sería de ese color, de un azul imposible… Eso lo hace cualquier decorador y naufraga. Eso sólo lo puede hacer el pueblo porque tiene la seguridad de que está haciendo lo que le da la gana, lo que le ha dado la gana a mucha gente que él tiene por detrás respondiendo por él.

—Gala, usted escribe, viaja, ha estudiado varias carreras, cultiva la elegancia… ¿es usted un hombre culto?

—Creo que soy culto, como son cultos los que nos están escuchando. A lo mejor tengo algún dato o alguna información más, por haber viajado o por haber estudiado un poco más. Pero yo le aseguro que si mi

cultura, la honda, es distinta de la de un campesino andaluz, pongo por caso, yo soy el equivocado.

—Sí, pero por muy equivocado que estuviera, cuando la gente piensa en un hombre culto es más fácil que piense en usted que en un campesino andaluz.

—Porque para la gente un hombre culto sería un hombre que ha puesto su intelecto al servicio del conocimiento: no de la cultura congénita, sino al servicio de la cultura adquirida. Pero hay gente que tiene esas dos culturas: la congénita, la natural, la colectiva, esa cultura que está en la masa de la sangre, que es infusa, y la otra adquirida. Hay gente que tiene las dos; gente que tiene una sola; y hay gente que no tiene ninguna.

—Y hay gente culta que no sabe que lo es, ¿no?

—Ocurre con muchísima frecuencia. Hay un personaje de Molière, que es Monsieur Jordan, que hablaba en prosa sin saberlo. Creo que eso quedará claro si yo digo lo que entiendo que es la cultura, la cultura congénita, con la que se nace, no la cultura adquirida después. Es el único concepto, a mi entender, en el que se puede fundar y crecer el concepto de patria. Me parece que es el camino más recto para que un pueblo sepa quién es y se reconozca. Esa cultura, dentro de la que se nace, es una suma de lenguas y sus emanaciones, de tradiciones, de religión, de comportamientos, de ideales, de determinadas artes, de la historia de ese pueblo. Digo de la historia y casi debía decir algo que decía Unamuno: la intrahistoria, que es lo que está debajo, que es la verdadera, porque la historia que se nos cuenta, la historia que aprendemos en el colegio es siempre una historia un poco superficial y menos definitiva. Esa cultura es nuestro supremo bien, el más íntimo y el más familiar, es eso que se ha dado en llamar «señas de identidad», es nuestra huella dactilar. Es una forma de llegar a ser, una forma de haber sido, de estar siendo que no se termina nunca del todo. Es como el amor, que no se termina nunca de hacer; o como la vida, que de uno en uno nos morimos, pero la vida sigue por encima de todo. Creo que la cultura es lo inmutable que puede ser enriquecido. Es como una transmisión en la masa de la sangre, como una herencia, como un

recado, como una transverberación, como algo que al nacer se nos dice de boca a oído, o de boca a boca, como en un salvamento. Es decir, los poseedores de esa cultura son los iniciados a vivir en su mundo. Yo estoy convencido de que quienes nos están oyendo son realmente cultos, los más cultos, los poseedores de esa cultura. Que no es que se tenga, sino que se es. Porque un pueblo es casi nada, además de su cultura.

—Y, sin embargo, muchas de esas personas no sólo ignoran que son cultas, sino que además piensan que la cultura es aburrida.

—La cultura es la vida, una forma de vida, una actitud ante la vida, ante los problemas y las trascendencias de la vida: la alegría, la pena, la muerte, el gozo… Es una forma que tiene un pueblo determinado de considerar esos grandes problemas. Yo no creo que pueda ser aburrida. Lo que sucede es que se olvidan dos cosas fundamentales: la cultura, primero, es viva, tiene que ser viva, igual que una lengua, que se habla o desaparece, porque nada muerto se arraiga; y, luego, es una obra en común, es algo que se hereda y que se tiene que transmitir, como un patrimonio colectivo. Yo creo que la forma en que la cultura se apodera de nosotros, la forma en que nos inviste es por las vías respiratorias y por las vía lácteas; es decir, respirando y mamando; paseando por una calle determinada, por un paisaje determinado, por un clima, por unas huellas, por unas ruinas, por unos monumentos… No puede ser una cultura nórdica igual que una sureña. Ni siquiera la de una ciudad a la de otra. Hay variaciones de cultura, hay matices de cultura. Y luego, y esto es algo que probablemente usted dirá que insisto demasiado, la cultura es algo que crece de abajo arriba. La última rama de un árbol no es más que un extremo de la raíz. Un árbol viejo siempre empieza a morirse por la copa. Todo viene de abajo arriba; hasta la lluvia, que parece que cae, tiene que subir primero. Y la cultura crece de dentro afuera, y ha de ser absolutamente espontánea.

—Por lo que usted dice, difícilmente podrá ser culto, en el sentido más profundo, un hombre sin raíces.

—Puede ser culto, pero no pertenecerá de verdad a una cultura determinada. Hay un ejemplo un poco típico de esto, que es un gran

admirado por mí: el poeta Rilke. Él era un viajero, se sentía siempre desazonadamente, no perteneciente a ningún pueblo, y se nota en su obra. Está opinando como desde arriba. No tiene esas hondas raíces del que pertenece de verdad a una cultura y está bebiendo, nutriéndose de esa cultura anterior, larga, secular, como nosotros.

—Pero no le parece, señor Gala, que su discurso puede ser peligroso, porque luego llegan los concejales de Cultura haciendo populismo y diciendo que todo es cultura, hasta hacer un gazpacho.

—Señor Quintero, hacer un buen gazpacho, en todo caso, es un acierto. Si es cultura o no, vamos a dejar que lo deduzcan los que nos escuchan, de lo que estamos diciendo.

—Dentro de una misma cultura, se puede distinguir entre una cultura de pueblo y una cultura de ciudad, ¿no?

—Sí, incluso algunas ciudades tienen culturas un poco diferentes. Le voy a poner un ejemplo, porque hay una especie de predestinación en esto: dos ciudades tan próximas como Córdoba y Sevilla. Lo cordobés es lo cordobés desde antes de Séneca. Se dice: Séneca era cordobés por estoico, y estoico por cordobés. Sevilla era Sevilla, y lo sevillano era lo sevillano, mucho antes de Almutamid. ¿Por qué se imprime ese sello en los pertenecientes a unas geografías tan próximas y siguen siendo realmente diferentes los cordobeses de los sevillanos? Averroes dice, en un momento determinado: «Si un músico muere en Córdoba, sus instrumentos siempre se llevan a venderse a Sevilla; si un sabio muere en Sevilla, su biblioteca siempre se trae a venderse a Córdoba». Son dos manifestaciones, dos posiciones, no opuestas pero sí distintas, ante la cultura y la manifestación de lo popular. Y sigue manteniéndose así.

—¿En qué nota usted que es andaluz?

—Yo tengo un síntoma físico, casi. Yo vengo en coche, me pueden poner una venda en los ojos, y al entrar en la provincia de Jaén, a la que yo llamo «Janua Coeli», la puerta del cielo, porque el cielo está ya detrás, siento el tirón. Lo siento físicamente. Sé que ya estoy en Andalucía, que ya estoy en casa amiga, que puedo comer el pan y la aceituna y el bienmesabe y el boquerón.

—Antonio, su cabeza es romana, pero sospecho que su corazón es árabe.

—Quizá sí, y tendré algo de judío también. Eso es bueno, porque me parece que, si soy cordobés, la amalgama de lo cordobés me impediría elegir una cosa u otra. Yo he sido el que ha dicho de Córdoba que en ella no es moro todo lo que reluce; habían relucido antes otras cosas. Y precisamente fueron esas otras cosas las que cautivaron a los árabes, como ese extraño sentido del orden, de lo jurídico, que tenía lo romano. Y ellos venían prendados de eso y prendaron, a su vez, a los que había allí, porque traían un perfume oriental que ya conocían los de Córdoba. Está bien pertenecer a demasiadas cosas. Me parece que toda cultura verdadera es una cultura de hibridez, de mestizaje, una cultura fronteriza. Las culturas que se mantienen muy puras son siempre endógamas y son primitivas. Son demasiado simplonas: no hay que presumir de ellas.

—Demasiado cerradas.

—Demasiado cerradas. La cultura no se puede encasquillar. Lo característico de ella es estar abierta; que entren, que pasen, que vean, que nos dejen lo que tengan que dejarnos. Y, si se tienen que ir, que se vayan. Pero generalmente no se van del todo.

—De todos los pueblos que estuvieron en esta tierra, ¿cuál dejó más cultura y más arte?

—Yo no puedo dejar de pensar que en Andalucía fueron los árabes los que introdujeron la grandísima cultura. Esa yacija de Al-Andalus, donde se acuesta lo germano con lo islámico, produce unas chispas tan deslumbrantes que todo el Renacimiento de dos siglos después ya está temblando ahí. Santo Tomás no hubiera sabido nada de Aristóteles, si no lo hubiera traducido Averroes. El Dante dice de Averroes: «el que hizo el gran comentario». Y se queda uno sorprendido de pensar cuánto fulgor ha habido en una tierra que tiene fama de lo contrario.

—¿Fama de analfabeta, quiere decir?

—Es que la cifra de analfabetismo es tan alta y la cifra de lectores tan baja que, ¿cómo se compagina eso con la certeza de la gran cultura

andaluza? Porque la cultura no son datos, no es información, no es aprender a leer; es una especie de sangre, de alimento telúrico, como una especie de placenta y de cordón umbilical. Y nacemos ya cultos.

—Se puede ser culto, pero no sabio.

—¡Claro! De hecho, hay muchos cultos que no son sabios. Se puede ser culto y analfabeto.

—Pese a nuestra fama de analfabetos, ¿cree que Andalucía es uno de los lugares que ha apartado más cultura y más arte a la humanidad?

—Sí, está en el mismo nivel de las altas civilizaciones: de la mesopotámica, de la egipcia, de la griega… Más que la romana. La cultura andaluza consiste en hacer siempre una magnífica digestión. Vienen de todas partes, a Andalucía, los sabios, llenos de contradicciones, de credos diferentes, de ideologías distintas. Aquí se serenan, aquí hacen su obra y, cuando está ya suficientemente solidificada, Andalucía la transporta otra vez a los distintos lugares del universo. Verdaderamente los andaluces han sido, a lo largo de la historia de la humanidad, grandes portadores de luz. A mí me gusta pronunciar la palabra andaluz con una coma en medio: anda, luz.

—También estuvieron por aquí los bárbaros; no hay que ser tan optimista.

—Y siguen estando. ¿Usted no se encuentra muchísimos bárbaros?

—Muchísimos. Por eso lo digo.

—Siguen estando, y no es malo que estén, siempre que no nos quieran imponer su cultura y, sobre todo, que no nos quieran imponer su incultura. Cuando hay un pueblo inculto, en una terminología casi agrícola, un pueblo sin cultivar, siempre viene alguien a colonizarlo, también en un sentido agrícola. Y eso es gravísimo, es la peor de las invasiones. Los romanos sabían muy bien que la mejor vía de penetración para conquistar un pueblo era meterles la cultura por delante. La religión y la cultura han sido siempre dos eficaces caminos de penetración. En este momento, la música lo es; la forma de vestir lo es… Verdaderamente sabemos de dónde viene el peligro de invasión. Ya

hemos padecido, aunque más benevolente, esa amenaza de la aldea global: Roma nos la trajo.

—¿De dónde viene? ¿Quiénes nos están colonizando?

—Mire usted, a mí, hablarme de una cultura universal, me produce un escalofrío espantoso. Me produce el mismo escalofrío que hablarme de un orden nuevo mundial, porque eso es mentira, porque el orden está impuesto por quien manda y la cultura universal también. Yo, el día que entramos en Europa, me dediqué a visitar paisajes; porque me da miedo que, de repente, al señalar el Mercado (o el supermercado) Común Europeo lo que tiene que producir cada tierra de España, se cambien los paisajes, se arranquen los olivos, sean sustituidos por otras plantaciones. Y verdaderamente el infinito amor con que los agricultores españoles hicieron esa arquitectura de campo que es la agricultura, se transformaría, se subvertiría, sería ya otra cosa. No me gusta que manden lo que tiene que hacer cada pueblo, y no me gusta que les impongan una cultura determinada. Porque la cultura, para mí, es la definición de un pueblo, su perfil, sus facciones, su forma de pronunciar las letras y conjugar los verbos.

—Porque, además, eso lleva a la uniformidad. Los europeos cada día nos parecemos más, incluso físicamente.

—Sí, pero todavía se ven caras que no podrían, de ninguna manera, ser inglesas. A mí me complace mucho. No porque me parezca que los anglosajones son feos o bajos o tontos, no, sino porque me parece que lo distinto es lo hermoso. Me parece que la diversidad es un lujo que debemos seguir manteniendo. Todo lo diverso es bueno, y que llegue una cultura nueva debe producirnos gozo, pero de ninguna manera si viene como conquistadora. Aunque Andalucía ha sido, en largos siglos, la conquistadora de sus conquistadores. Se ha levantado muchas mañanas preguntando: «¿Cómo se llaman los dioses de hoy?»

—Por aquí, por Andalucía, han pasado todas las civilizaciones. ¿Usted cree que nos gusta que nos conquisten?

—Somos los grandes conquistados. Nuestra manera de conquistar ha sido siempre ésa. Aparentemente, Andalucía se entrega al primero que

llega, con armas y bagajes. Pues bien, es mentira. Lo único que Andalucía entrega son las armas y los bagajes. Ella se queda siendo exactamente igual que era antes y así es como se erige en gobernadora de quienes la gobiernan. Es esa alusión a «la cultura del abanico», que decía Ortega: la china y la andaluza con un abanico tienen suficiente.

—Señor Gala, ¿si a usted le ofrecieran el Ministerio de Cultura, aceptaría?

—No. Yo no soy un político ni quiero actuar en la política. Esa es la única fuerza que tengo: que no tengo aspiraciones. Y además, no tendría por qué haber un Ministerio de Cultura. La cultura ha de estar en su sitio, y su sitio es cualquiera, no uno solo.

—¿Los políticos suelen ser cultos?

—El político suele tener un camino muy raro, y es que deriva su cultura hacia la cultura adquirida y suele olvidar un poco, por alejamiento y porque el poder aísla, la cultura infusa, la cultura a la que él pertenece, el proceso del que él forma parte. Y, entonces, se queda cojo y no entiende de verdad a su pueblo.

—¿El poder debe dirigir la cultura o lo que debe es no estorbar?

—A mí me dan mucho miedo los dirigismos. La misión del poder es favorecer las investigaciones de carácter cultural o de carácter histórico, fomentar el conocimiento, fomentar la conciencia de los creadores o de los artistas o de los investigadores de la realidad, y dejar en libertad a la gente. Yo creo que la oficialidad debería ser un poco como un jardinero persa, no como un jardinero inglés o francés que podan a deshora y hacen figuras con los cipreses, con el boj y con los mirtos, no: dejar el proceso natural a su aire, con su paciencia, con su propio desarrollo. No intervenir en él. Cualquier intervención ajena es siempre mala. Y más para la cultura, que es extraordinariamente delicada. La cultura se desmaya en los largos pasillos de la burocracia. La cultura, de verdad, es como un animal; si se la cautiva, acaba por morirse y, desde luego, no procrea.

—¿Qué significa la cultura para un político?

—No tengo una certeza absoluta, pero sospecho que los políticos utilizan para su política cualquier arma, y la cultura es un arma magnífica.

—Los intelectuales ¿dónde están?…

—¡Eso digo yo!

—Quiero decir que si están más cerca del poder o del pueblo, en general.

—El intelectual tiene la misma tentación que los políticos: encasquillarse, meterse en su fría torre de marfil. Y la cultura, la cultura congénita, no crece ahí. Esa cultura está en todas partes menos en la torre de marfil. Hay que mancharse las manos viviendo con ella, conviviendo con ella, ayudándola y siendo ayudado por ella.

—Gala, ¿la televisión es un buen medio para impartir cultura?

—Hombre, sería magnífico que se ocupase de verdad de ello, pero yo no estoy nada seguro de que imparta cultura. Ella, la televisión, la doña, está convencida de que la cultura es profundamente aburrida, y eso es falso.

¿Por qué tiene que ser aburrida? ¿Quién hace aburrida la cultura? ¿Quién hace aburrida la historia? La historia de un pueblo, contándole cómo ha llegado a ser como es y por dónde ha llegado hasta donde está. El pueblo está interesado en conocerse y, además, está encantado de conocerse.

—Está claro, pues, que la televisión no cumple la supuesta función social de elevar el nivel cultural del pueblo, ¿no?

—Está claro que no la cumple. Quizá no se encuentra ella capacitada u obligada a cumplirla. Y, claro, el reproche es grave y se agrava más en cuanto que la fuerza de penetración de la televisión, justo en el mismo centro de las casas, en el mismo centro de las familias, es muy grande. Su responsabilidad es mucho mayor que la de cualquier otro medio.

—Para terminar, señor Gala, ¿qué sabe el hombre que más sabe?

—Podría decirle que el hombre que más sabe sabe que no sabe nada, pero me parece que no es así. El hombre que más sabe, el más sabio, supongo que sabe lo que sabe su pueblo, lo que desea su pueblo, el que coincide en las aspiraciones y en los ideales con su pueblo. Ese me parece el más sabio de todos: el que ha hecho la gran digestión de la sabiduría que ha recibido, de la sabiduría que representa y de la que, por un enigma no comprensible, se ha transformado en una concreción.

—Buenas noches una vez más.

—Buenos días y buenas noches para todos y siempre.


EPÍLOGO

J. Q.—¿Cuándo empieza uno a darse cuenta de que está diciendo tonterías?

A. G.—Yo creo que uno se empieza a dar cuenta de eso cuando empieza a ser inteligente. Siempre se dicen tonterías.

—¿Alguna vez se ha sentado en una silla contemplando el paisaje y viendo pasar las horas?

—Hace mucho tiempo que apenas hago otra cosa. No he visto pasar todavía ninguna hora, si quiere usted que le diga la verdad, pero he visto caer o ascender luces hermosas. He visto el movimiento permanente de la naturaleza. He asistido a esa hora de la tregua en que todo queda en silencio y esperando que suceda algo. No sucede gran cosa: cae la noche, pero es hermosa esa larga paciencia.

—Despreciar esta vida y este mundo, ¿es cosa de sabios, de ingratos o de necios?

—Si usted me dice este mundo que hemos ayudado a crear o que estamos consintiendo y esta vida pequeñita, que nos dan en pequeñas dosis, como si fuésemos Mitrídates, como si nos envenenara una gran dosis de vida; si nos referimos a este mundillo y a esta vidilla, despreciarlos puede ser de sabios. Pero el mundo y la vida no creo que ningún sabio se atreva a despreciarlos. Eso es de necios.

—«Ojos que no ven, corazón que no siente». ¿Qué piensa de los refranes?

—Si quiere que le diga la verdad, los refranes me caen gordos. Son cazurros, son desalentadores, son desconfiados y, en el fondo, son mostrencos. Aunque tengan muchas veces razón, pero todos van un poco a ese refrán clarísimo de «más vale pájaro en mano que ciento volando». Me desespera.

—¿Prefiere el pájaro en la mano o los ciento volando?

—Yo prefiero los ciento volando, pero con mucha diferencia. Me parece que la felicidad son los ciento volando. La felicidad suprema sería que uno de los ciento volando supiese que has sido tú el que lo has liberado y se detuviese un momento en el hombro.

—«Dime con quién andas y te diré quién eres». Ya ve… Jesucristo iba con Judas…

—Sí, «cría cuervos y te sacarán los ojos». Es decir, vive uno en una perpetua amenaza.

—¿Se pregunta con frecuencia qué hago yo aquí?

—Me lo estoy preguntando cada cinco segundos.

—¿Usted se siente ya más animal que filósofo?

—Filósofo no me he sentido nunca, pero todavía no me siento suficientemente animal. Me gustaría ser muchísimo más animal, pero es imposible.

—¿Tiene usted algo contra mí?

Después de tantas horas de amistad, de diálogo, de charla a veces apasionada hasta el enfrentamiento dialéctico, Antonio Gala sonríe, dejando la respuesta en el aire, o en el viento, como diría Bob Dylan. Yo, por supuesto, contra él no sólo no tengo nada sino que le agradeceré eternamente el placer de estas trece noches. Hasta siempre, señor Gala. Fue un lujo compartir con usted la palabra.

Jesús Rodríguez Quintero (18 de agosto de 1940, San Juan del Puerto, Huelva) es un periodista, director y presentador de programas de radio y televisión español, conocido en los medios como Jesús Quintero. Periodista, director y presentador de prestigiosos programas de radio y televisión que han supuesto importantes hitos en la comunicación, colaborador de destacadas publicaciones y autor de libros, como Cuerda de presos, publicado en esta misma editorial. Nació en San Juan del Puerto (Huelva). Se inició en Radio Nacional de España, donde desarrolló buena parte de su trayectoria profesional. «El loco de la colina», su programa más emblemático, supuso la mayor revolución en la radio española, a la que aportó un nuevo estilo que ha creado escuela. «El loco» traspasó los límites de la radio para convertirse en un

auténtico fenómeno social, cuya fama cruzó el océano y llegó a América. Su primera experiencia televisiva, «El perro verde», trajo a la televisión marginalidad e intimismo y fue un notable éxito de crítica y público.

«Qué sabe nadie» lo confirmó como el navegante solitario de una televisión distinta, de autor, imaginativa y profunda. Otros programas en los que ha dejado cumplida muestra de su maestría y de su decidida apuesta por la calidad y el humanismo son: «La boca del lobo», programa donde incorporó al medio televisivo elementos y profesionales del mundo del cine; «El lobo estepario», su última incursión, de momento, en la radio; «Cuerda de presos», programa con el que recorrió más de treinta prisiones y entrevistó a más de cien reclusos, lo que supuso una experiencia inédita hasta entonces en televisión, y «Trece noches», serie de diálogos con el escritor Antonio Gala, de la que nace este libro. A lo largo de su vida ha recibido más de ochenta premios, entre los que destacan el Ondas, el Ondas Internacional, el Rey de España de Periodismo y el Premio a la Originalidad Periodística del Club Internacional de Prensa. El nombre de Jesús Quintero es sinónimo de independencia, originalidad, credibilidad y prestigio. Dentro del mundo audiovisual, forma parte del pequeño grupo de los creadores, de los que entienden la comunicación como un arte. Su inconfundible estilo y sus famosos silencios forman parte de la mejor historia de la comunicación en lengua hispana.

ANTONIO GALA, nació en Brazatortas (Ciudad Real) donde su padre ejercía de médico, el 2 de octubre de 1930, pero a los pocos meses la familia se traslada a Córdoba. Se licenció en Derecho, Filosofía y Letras y Ciencias Políticas y Económicas.

Dramaturgo, novelista, poeta y ensayista, con su primera incursión en la novela, El manuscrito carmesí, ganó el Premio Planeta en 1990. A ésta le siguieron La pasión turca, con una conocida adaptación cinematográfica, Más allá del jardín, Las afueras de Dios, El imposible olvido y los libros de relatos: Los invitados al jardín y El dueño de la herida.

Su obra poética, iniciada con Enemigo íntimo, reconocido con el Premio Adonais de Poesía, continúa con Poemas cordobeses, Poemas de amor y El poema de Tobías desangelado. Con su comedia Los verdes campos del Edén, comenzó una larga y fructífera carrera como dramaturgo, durante la cual ha escrito obras como Anillos para una dama y Petra Regalada, así como el libreto de la ópera Cristóbal Colón.

Su firma como articulista es de las más prestigiosas de España: Pueblo, Sábado Gráfico, Actualidad Española, El País y El Mundo. Varias de sus series de artículos han sido publicadas como libros: Charlas con Troylo, En propia mano, Cuaderno de la dama de otoño, Dedicado a Tobías, La soledad sonora, A quien conmigo va y La casa sosegada, entre otros.

Antonio Gala ha sido reconocido con numerosos galardones literarios. Entre los más destacados figuran el Premio Nacional de Literatura, Premio Nacional Calderón de la Barca, Premio Ciudad de Barcelona, Premio Foro Teatral, Premio del Espectador y de la Crítica, Premio Quijote de Oro, Premio Antena de Oro, Premio Mayte, Premio Nacional de Guiones, Premio Medios Audiovisuales 1976, etc.

En 2002 inició sus actividades la Fundación Antonio Gala para jóvenes creadores.

La televisión era una mina abandonada y saqueada. El pueblo vivía en permanente zapping. Los mercaderes y los políticos aprovechaban el medio más poderoso de todos los tiempos para vender su mercancía. España entera era una portería. A la televisión no le interesaba la cultura. En su circo no había lugar para los sabios, los filósofos, los intelectuales, los líderes de opinión, los creadores, los poetas, los hombres y mujeres que de verdad tenían algo que contar. En este desolador panorama, en este apocalipsis de la comunicación, tuve la idea y el placer de grabar una serie de televisión con el escritor Antonio Gala.

Se trataba de «Trece noches», un programa a contra corriente que se emitió en Andalucía, con el que pretendíamos reivindicar el diálogo, el pensamiento, la sabiduría. Una mesa, una luz azul, dos hombres, la noche y la palabra eran los únicos elementos con los que se quería atraer la atención del espectador inteligente y sensible, cansado de artificio y basura. Durante trece noches, Antonio Gala y yo dialogamos en profundidad sobre trece temas de ahora y de siempre, como el amor, el dinero, la guerra, los mitos o el paso del tiempo. El resultado es un documento excepcional, imprescindible para conocer de cerca y a fondo a uno de los más brillantes intelectuales españoles del siglo XX.

Título original: 13 Noches

Jesús Quintero y Antonio Gala, 1999 Retoque de cubierta: FLeCos

Editor digital: FLeCos ePub base r1.2

A Joana Bonet Camprubi